

L.A.BELLO

TRECE

*Mi número
favorito*



TRECE

(Mi número favorito)

Copyright 2021 por L.A.Bello

Todos los derechos reservados.

Ningún fragmento de este libro podrá ser reproducido de ninguna forma o por ningún medio electrónico, o manual, incluyendo sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del autor, excepto por el uso de citas breves.

Prohibido rendirse

Jesús Rodríguez

CAPÍTULO 1

Acababa de salir de la clase de *ballet* cuando me llegó el mensaje de Fabiola pidiéndome que, por favor, fuera a un barrio del extrarradio por el que no solíamos salir. Mi padre, que era muy sobreprotector, me tenía prohibidísimo ir a «según qué sitios» y ese era uno de ellos. Intenté llamarla, pero no tenía cobertura, solo me respondió con un «por favor no tardes, me he metido en un lío».

Busqué la parada más cercana que me llevara hacia allí mientras avisaba a mi madre diciéndole que llegaría más tarde porque estaba con ella.

Me subí al autobús y puse mi macuto de entrenamiento junto a mí. Miré a mi alrededor y la gente que se dirigía hacia allí era muy diferente a mi círculo cercano. Vestían de forma sencilla, gritaban mucho y me miraban diferente, posiblemente porque llevaba puesta la ropa de entrenar. Estaba algo nerviosa.

Volví a mirar el móvil cuando me bajé del bus y tenía una ubicación con un mensaje de ella preguntándome si me quedaba mucho tiempo para llegar. Le respondí que estaba a unos minutos y seguí andando hacia la dirección que me había mandado. Me tenía intrigada tanto secretismo.

Poco antes de llegar al supuesto lugar me percaté de que era un callejón bastante solitario y oscuro; empecé a presentir que algo no iba bien, a estar segura de que Fabiola estaba en peligro y, aunque me daba miedo acercarme, el pensar que podía estar sola, tirada o asustada ahí, me impulsó a seguir.

—¿Fabiola estás ahí? —grité mientras caminaba hacia el interior del callejón agarrando con fuerza el asa del macuto que llevaba colgado.

Al no escuchar nada decidí darme la vuelta; algo me olía mal e intenté llamar a mi padre que era inspector de la policía para pedirle ayuda. En cuanto di un par de pasos alguien tiró de mi macuto haciendo que perdiera el equilibrio y cayera hacia atrás. Mientras esa persona me levantaba por las axilas, otro encapuchado en chándal me agarró de los tobillos y en volandas consiguieron adentrarme aún más en aquel callejón.

—Dame lo que tengas, niñata. —Esa voz tan grave me heló la sangre. Quería gritar, aunque estaba tan asustada que me quedé paralizada—. ¡¡He dicho que me des lo que lleves, niñata de mierda!! ¿Qué pasa, que no está tu papaíto, tu abuelito o tu tío aquí para salvarte? —Me quedé aterrada.

Sabían quién era yo y a qué se dedicaba mi familia. Eran odiados por muchos de los delincuentes de por aquí y eso me convertía en enemiga pública.

—No sé de qué me hablas —intente responder con algo de seguridad y hacerme la tonta.

Me agarró de los pelos y me hizo levantar la mirada hacia él. Ni podía, ni pensaba derramar una sola lágrima delante de esos dos.

Me soltó y abrí la cremallera del macuto en el que empecé a rebuscar. Cuatro euros con cincuenta fue lo único que encontré y se los mostré nerviosa. El otro chico se acercó a mí, que

estaba arrodillada en el suelo, y me dio un golpe en la palma de la mano que hizo que volaran todas las monedas. Ahí sentí que estaba en un problema más grande del que pensaba y, entonces, reaccioné: le di un puñetazo con todas mis ganas en sus partes íntimas e intenté correr sin conseguirlo porque el otro me agarró por la cintura.

—¿Qué has hecho?! —me preguntó el primero sorprendido por mi impulso—. Te vas a enterar... —Justo en ese momento alguien apareció de la nada y lo empujó. Consiguió que cayese encima del otro que seguía revolviéndose en el suelo de dolor.

—¡¡Vamos, levántate!! —El chico que había intervenido se había colgado mi macuto y tiraba de mis brazos para que me levantara y saliera corriendo con él—. Mi moto está allí, no te pares.

El camino hacia allí se me hizo eterno a pesar de estar cerca. Cómo nos montamos en ella y nos fuimos, lo tenía confuso en la mente. Al final había terminado acompañada de otro desconocido.

Me apoyé en su espalda sin ningún tipo de vergüenza y lo rodeé desde atrás. Me había hecho la fuerte, pero en realidad sentía cómo el corazón iba como una locomotora: echando humo y acelerado. El chico agarró mis manos en la parte de su vientre y las apretó dándome seguridad porque estaba atemorizada.

—Tranquila. Estás a salvo. —Sus palabras no conseguían reducir mi nivel de ansiedad aunque se lo agradecía.

Yo iba con los ojos cerrados y con la mejilla apoyada en su espalda. El viento dejó de mover los cabellos que se habían soltado de mi roete desecho cuando la moto se inclinó hacia un lado de la carretera. El motor dejó de hacer ruido y la temperatura cambió. Todo parecía haberse detenido, pero yo seguía con tanta tensión en el cuerpo que no estaba preparada para moverme y seguí en la misma postura.

—Aquí no te pasará nada. —Se quedó callado unos segundos antes de volver a dirigirse hacia mí—. Si quieres puedes quedarte en esa postura el tiempo que quieras, aunque aquí estás a salvo, puedes estar tranquila. —El chico seguía agarrando con una de sus manos las mías—. ¿Quieres que nos bajemos de la moto y nos sentemos en algún lado? —Intentó darse la vuelta para mirarme y empecé a separarme despacio. De pronto toda la ansiedad que había acumulado momentos antes dentro de mí quería salir de mi cuerpo y la expulsé llorando, perdiendo el control—. Tranquila. —Se escuchó preocupado.

Se bajó de la moto y me agarró por la cintura para ayudarme a hacerlo a mí también; a continuación me abrazó y esperó paciente a que soltase todo lo que llevaba dentro.

—Seguro que él está llorando más que tú. —Mientras me hablaba, acariciaba torpemente el cabello que tenía suelto e intentaba sin conseguirlo que se sujetara al moño.

—¿Qué? —pregunté confundida mientras me sorbía los mocos.

—¿Dónde has aprendido a pegar así? Uf, no querría verme en su situación. —Se contorsionó como si estuviera sintiendo el dolor real y me hizo reír—. ¿Te hace gracia hacer sufrir de ese modo a un hombre? —bromeó mientras intentaba separarme para poder mirarme a los ojos. Despacio y algo avergonzada quité mis manos de mi rostro humedecido. Hasta ese momento no fui consciente de que no lo había mirado a la cara. Se quedó observándome, ladeó la cabeza y frunció el ceño—. Eres... eres muy...

—¿Muy qué? —pregunté curiosa.

—Nada. Quería decir que tienes la cara llena de pecas. —Me llevé las manos a las mejillas sin saber muy bien si ese comentario era algo positivo o negativo y él lo notó—. No te las tapes —comentó mientras apartaba mis manos de la cara.

Ese chico a simple vista parecía un poco mayor que yo. Tenía el pelo castaño claro, ondulado y más largo de la parte superior. Era bastante atractivo. Por su forma de vestir y actuar podía adivinar que no era de mi zona, además, nunca lo había visto en los pocos lugares donde mi padre me dejaba salir.

—¿Estás más tranquila? —Él se apoyó en el sillón de su moto y subió una pierna al reposapiés trasero.

—Sí. Más o menos.

—No te preocupes por esos dos. Solo querían robarte. No creo que sean peligrosos.

—¿Cómo no me voy a preocupar? Saben quién soy. —Volví a sentir esa angustia en la boca del estómago.

—¿Y quién no lo sabe?

—¡Madre mía! Tenían el móvil de mi amiga Fabiola. —Recordé de pronto.

Me llevé las manos a la frente pensando que a ella le podía haber pasado algo malo.

—¿Es un móvil con la funda verde? Lo cogí del suelo pensando que era tuyo. No te preocupes, seguro que está bien. Tenían pinta de ser los típicos raterillos.

—Necesito asegurarme. —Estaba muy asustada pensando que le hubiese pasado algo.

Saqué mi teléfono y marqué el número de su novio Juan pensando que había muchas posibilidades de que estuviese a esas horas con él. Fue la voz de ella la que estaba al otro lado del teléfono.

—¿Me has llamado mil veces y no te lo he cogido verdad? No sé dónde lo he dejado. Estoy harta de buscarlo.

—¡Fabiola te lo han robado! Estaba super asustada por ti. —Miré de reojo a aquel chico que me observaba de arriba abajo con curiosidad.

—¿Cómo que me lo han robado? ¿Por qué lo sabes? —preguntó angustiada.

—Es una larga historia. Pásate por mi casa y te lo cuento todo un poco más tranquila.

—¿Lo tienes tú? Supongo que tu padre...

—Luego hablamos. —Le colgué porque no quería desesperar a aquel chico.

—Muchas gracias. No sé qué hubiera pasado si no hubieras aparecido y... ¿puedes dejar de mirarme de esa forma?! —comenté incómoda, aunque tranquila para que viese que no lo decía enfadada.

Se encogió de hombros, guiñó un ojo al mirarme a la cara porque le deslumbraba el sol y sonrió.

—¿Por qué vas vestida así? Esas mallitas rositas con los calcetines por encima, esa rebequita... —Se cruzó de brazos esperando mi respuesta—. Y por cierto, yo sí sé qué hubiera pasado si no hubiese llegado: les hubieras dado una paliza —bromeó y me hizo reír—. Ahora, ¿me puedes explicar lo de ese *outfit*? ¿Esa es la palabra que utilizáis las chicas, no?

—A ver, venía de mis clases de *ballet*. —Agaché la cabeza para ver mis pintas—. Pensaba ir directamente a mi casa porque tengo un examen de matemáticas y un trabajo de la academia de inglés.

—Ya lo veo: responsable, estudiosa, bailarina... —hizo una pausa— peleona, atrevida... guapa... —Hizo otro parón tras esas palabras—. Serías la chica perfecta si no fueras inconsciente.

—¿Por qué me dices inconsciente? —No me representaba para nada ese adjetivo.

—Por meterte en ese barrio, sola y con esas pintas de niña buena. ¿En qué pensabas?

Tenía que darle la razón en eso y había sufrido las consecuencias de mis actos.

—Pensaba que mi amiga me necesitaba. ¿Te parece una buena excusa? Se mensajaban

conmigo por el móvil haciéndose pasar por ella.

—Tienes que dejar de ser tan ingenua, bailarina.

—No soy ingenua —refunfuñé.

—Sí que lo eres. —Levantó las cejas asintiendo y me tocó con el dedo índice en el antebrazo.

—¿Quieres que te dé un puñetazo en los huevos como al otro chico?

Empezó a reírse. Luego se quedó mirándome a los ojos durante unos segundos antes de hacer un leve gesto de negación y levantarse del sillón de la moto mientras expulsaba de una vez todo el aire de sus pulmones.

—Será mejor que nos larguemos. —Se acomodó en la moto, acomodó mejor mi macuto en la parte delantera entre sus piernas y arrancó—. ¡Vamos!

Volví a sentarme en la parte trasera de la moto, pero esta vez solo me sostuve por su camiseta. Agarré la parte que caía sobre sus caderas. Él me miró con una sonrisa segura antes de acelerar y, al volver la cabeza hacia delante, llevó su mano hacia la mía y la arrastró hasta su estómago donde la dejó atrapada. Ese gesto provocó algo en mí: una sonrisilla tontorrón y un leve nerviosismo.

—No quiero que te caigas —dijo como quien no quiere la cosa.

—¿Y si te ve mi novio? —bromeé.

—¿Tienes pareja? —hizo una leve pausa—. Pues que te hubiera acompañado en vez de dejarte sola. Si fueras mi chica no te dejaría hacer esas locuras. Deberías dejarlo porque no merece la pena.

«Mi chica». Me gustaron esas palabras. Sonaban muy bien.

Acerqué mi cara a la suya para ver sus gestos y parecía molesto, como si se lo hubiese creído.

Antes de llegar al lugar donde le dije que vivía le comenté que parase. No quería que me viera nadie de mi familia, sobre todo mi padre que era muy estricto y cada vez que me veía con alguien que no conocía le hacía un interrogatorio.

—¿No quieres que te vean conmigo? —Paró la moto y me dio el macuto cuando ya me había bajado de ella.

—Ni contigo, ni con nadie sobre todo siendo un chico. Me haría un cuestionario sobre ti y no le gustaría nada que me hubiese montado contigo en la moto sin conocerte. Tampoco está contento con nada de lo que hago o de lo que consigo, aunque muchas cosas las hago por él. Además, me controla demasiado. Sé que lo hace para protegerme porque está acostumbrado a ver lo peor de la gente, pero yo necesito a veces algo de libertad y...

—Y sentir que está orgulloso de ti —musitó mirándome con compasión.

No comentó nada más sobre ese tema porque se dio cuenta de que estaba dolida, solo me miraba expectante.

—Entonces tu novio debe ser perfecto. Él no dejaría que estuvieses con cualquiera, ¿no? Espera, espera ya sé. Alto, deportista, rubito y que saca unas notazas. —Intenté contestar, pero me cortó—. Se me olvida algo... Sus padres tienen una empresa que heredaron de sus abuelos y en sus dieciocho años le van a regalar un cochazo. —Empecé a reír y él me siguió—. ¿Me equivoco?

—No tengo novio, era solo una broma. —Me gustó ver cómo volvía a sonreír.

—¿No será porque vas con esas pintas y nadie se fija en ti? No le echas la culpa a tu padre por favor... —dijo en tono burlón exagerando sus gestos, mientras yo hacía como que me marchaba enfadada—. Ey, ¿dónde vas? Corrió hacia mí y me sujetó. Me dio la vuelta y nos

quedamos mirándonos y sonriendo—. Nunca voy detrás de ninguna chica.

—Ni yo dejo que me digan que llevo malas pintas —respondí haciéndome la chulita.

—Haces bien —susurró mientras me agarraba de la cintura y me acercaba a él—. Incluso me merecía uno de esos puñetazos en las pelotas de *Kárate Kid* que se te da tan bien. A mi favor debería de recordarte que te he salvado hoy. —Aguanté la risa.

Estábamos uno frente al otro, mirándonos fijamente y nuestra sonrisa se esfumó. En un segundo, el ambiente entre nosotros había cambiado por completo con esa simple mirada. Ahora podía escuchar cómo mi corazón bombeaba más rápido y cómo mi respiración se volvía más intensa. Él apartó su mirada y la llevó hasta mis labios lo que hizo que me pusiera aún más nerviosa, pues intuí lo que pensaba hacer. Ese chico atrevido y descarado que parecía no tener miedo a nada me atraía.

Tragó saliva. Pude ver cómo la protuberancia de su garganta descendió y se elevó segundos antes de que se acercase peligrosamente a mí. Fue un beso directo que empezó sin lengua, solo atrapaba mis labios de una forma delicada. Yo me dejaba llevar por él, como si me hubiera echado un conjuro que no podía romper. Estuvimos así unos segundos, hasta que su lengua se atrevió a entrar en mi boca de una forma segura. Estaba húmeda y cálida a la vez, algo excitante que me ponía los pelos de punta. Fue un ataque inesperado y delicioso que se me hizo corto.

Cuando se separó de mí me di cuenta de que estaba de puntillas y apoyé los pies al completo en el suelo. Era mucho más alto que yo.

—Solo he besado a un chico y hace mucho. No tengo tiempo por culpa de los estudios, las extraescolares y mi padre encima...

—¿Por qué me cuentas eso? —Me miraba confundido.

—No lo sé. —Me arrepentí de haberlo soltado, fue algo impulsivo.

—Besas muy bien. —Creo que al final entendió que era pura inseguridad—. Es mejor que te vayas. No quiero que te metas en problemas si nos ve tu padre aquí... ya sabes.

No quería que se fuera, quería seguir hablando con él y no se me ocurría ningún tema de conversación hasta que recordé un comentario que me hizo.

—¿Por qué cuando te dije que esos chicos sabían quién era me dijiste «y quién no»?

—Quizás entendiste mal. No recuerdo haber dicho eso.

Yo hubiera jurado que sí que lo había hecho, pero como había transcurrido ya un buen rato, tampoco podía asegurarlo.

—Bueno ¿y cómo te llamas? —Se había subido en la moto y la había arrancado.

—Me llamo Ulises. —Apretó el puño y avanzó unos metros.

—¿No me vas a preguntar por mi nombre? —Alcé la voz al ver que se alejaba.

—No. —Sentí una enorme decepción que se me debió notar en el rostro.

Se giró hacia mí y se despidió con la mano y una mirada pícara.

—Adiós, Ginebra. Y no vuelvas a hacer otra locura como la de hoy o me enfadaré contigo. —Aceleró y se alejó veloz de allí sin decir nada más.

¿Cómo y por qué sabía mi nombre?

Las calles que me separaban hasta mi casa las hice con una enorme sonrisa en la cara. Me había encantado el beso y el tiempo que había estado con él había olvidado por completo lo que me había ocurrido con esos dos tipos. Ahora tocaba contarle a mi tío lo ocurrido, que era mucho más accesible y racional que mi padre o mi abuelo. No sabía cómo podría haber terminado todo si no hubiera aparecido Ulises.

Su nombre no dejaba de sonar en mi mente.

CAPÍTULO 2

Mi tío, que era mucho más joven que mi padre, pues es de diferente madre, estaba en mi casa. Se preocupó bastante cuando le conté lo ocurrido, aunque conseguí convencerlo de que no se lo dijese ni a mi abuelo ni a mi padre. Le prometí que si veía algo raro o alguien me molestaba se lo diría urgentemente, aun así, decidió investigar por su cuenta.

Fabiola no tardó en llegar a mi casa para que le contase todo. Estaba muy intrigada y necesitaba saber cómo había llegado su móvil hasta mis manos. No fue hasta ese momento que me di cuenta de que con las bromas y el beso no me lo había devuelto. En cierto modo me alegré pensando que así podría volver a verlo para recuperarlo.

Le conté todo con pelos y señales. Empecé desde el momento en el que salí de la academia hasta el instante en el que nos encontrábamos. No me dejé ni un solo detalle, es decir, le conté lo del beso también. No dijo ni una sola palabra hasta que finalicé la historia, pero con sus gestos me lo dijo todo.

—Estás... Loca. Se entera tu padre de que te has besado con un chico que has encontrado en ese barrio y que no conocías de nada y no vuelves a ver la calle en tu vida. ¡¡Loca!!

—Lo sé, pero fue emocionante. —Empecé a recordar todo de nuevo—. Pasé mucho miedo cuando intentaron atracarme. —Me quedé mirando al infinito—. Mereció la pena.

—Por Dios, Ginebra. —Puso los ojos en blanco—. ¿Habéis quedado otro día?

—La verdad es que no. Tampoco me ha pedido mi número de teléfono.

—Creo que solo quería morrearte y punto. ¿No lo ves?

Me senté en la cama y pensé. Quizás tenía razón y para él solo fui un entretenimiento. Estaba claro que yo me había montado en una montaña rusa de emociones esa tarde, pero no tenía que ser recíproco.

—Salgamos a la calle y así podremos llamarlo, quedar con él en algún sitio y que nos devuelva tu móvil. ¿Qué te parece?

Antes de que abriésemos la puerta que daba a la calle entró mi padre con cara de amargado como siempre. Le di un beso y me dirigí con Fabiola a la salida.

—¿Dónde vais? —preguntó mientras abría una carta que había llegado.

—A dar una vuelta.

—De eso nada. Trece está merodeando por aquí y me tiene mosqueado porque nunca lo ha hecho. Algo está buscando.

—Papá por favor. No nos alejaremos mucho de esta zona. Tendremos cuidado, te lo prometo. Además no es ningún asesino ni nada por el estilo. —Fabiola me dio un codazo disimuladamente y la miré de reojo.

Mientras mi padre descolgaba el teléfono porque lo acababan de llamar, mi amiga se acercó a mi oído.

—¿Y si Trece es uno de los que te intentó robar y me quitó el móvil? Tiene lógica —susurró para que solo yo pudiese escucharla.

Nos fuimos de nuevo a mi habitación, pero antes de entrar escuchamos a mi padre decir que lo habían atrapado y que le habían incautado un teléfono móvil con la imagen de Fabiola y de su novio Juan en el fondo de pantalla.

—Fabiola. Trece ha debido de reconocer a Ulises y le ha robado. ¿Estará bien? ¿Le habrán hecho algo? —La angustia se apoderó de mí.

—Ginebra.

—Ahora no podemos llamarlo para preguntarle cómo está. —Andaba nerviosa por el dormitorio.

—¡¡Ginebra!! —gritó mientras me sujetó por los hombros.

—¡¡Qué!! —alcé la voz yo también.

—Trece es Ulises. ¿No lo ves? Seguro que estaba por aquí para darte mi teléfono.

—¿Trece es Ulises? No puede ser. —Había escuchado hablar muchas veces de él y de muchos más. Lo tenía como un delincuente común que se metía en líos de poca gravedad; a pesar de eso, mi padre y casi todos los policías que lo conocían lo tenían entre ojo por reincidente como a todos los chicos que daban problemas.

De pronto apareció mi padre con el gesto molesto y se dirigió a mi amiga.

—¿Por qué no me has dicho que te habían robado el móvil, Fabiola? Tu padre es guardia civil. ¿Tampoco se lo has dicho a él?

—Yo... no...

—No se lo ha robado, papá.

—¿Cómo que no se lo ha robado? ¿Qué sabrás tú? No me digas que lo conoces, Fabiola.

—No. Es solo que... Que se me perdió, él lo encontró y... Y me llamó para que quedásemos para dármelo.

—Claro, papá. Él no se lo ha robado.

—¡Sois tontas las dos! Seguro que te lo robó y te ha engañado para quedar contigo, devolvértelo y sabe Dios qué.

—Sí que lo sabíamos. Fabiola lo sacó del bolso y se le olvidó en un parque. Él llamó para localizarla, pero como no lo conocíamos y queríamos ser precavidas quedamos en nuestra barriada. Ese chico lo entendió y no puso problemas.

Tenía que contarle a mi tío Abraham que la persona que me había salvado era Trece y que no había robado el móvil. Por eso aproveché mientras mi padre, a regañadientes, conducía con nosotras de acompañantes para mandarle unos mensajes y explicarle todo. Cuando llegamos ya estaba el problema arreglado, muy a pesar de mi padre que odiaba a ese chico de una forma exagerada. Nos quedamos sentadas allí, esperando a que lo soltasen solo para asegurarnos de que era Ulises.

Cuando todo se aclaró y Fabiola confirmó que lo había dejado olvidado, abrieron la puerta de la zona que daba a los calabozos y apareció él. Tenía mala cara. Su rostro demostraba lo indignado que estaba con lo sucedido y lo injusto que había sido todo. Mientras esperaba órdenes de un compañero de mi padre, se tocaba las muñecas aparentemente doloridas.

Ulises no era consciente de que yo estaba allí hasta que giró la cabeza hacia el lugar en el que nos encontrábamos. Me dio la sensación de que se avergonzó al sentir mi presencia, pero no hizo ningún gesto de complicidad ni amago de saludarme. Directamente apartó la mirada de mí y se dirigió a la puerta con cara de enfado.

Aún me costaba creer que Ulises, ese chico que se enfrentó a dos personas por salvarme a mí, fuera Trece, un delincuente común con fama de ser problemático.

CAPÍTULO 3

Me llevé toda la semana con la esperanza de recibir una llamada suya que nunca llegó. Quería pensar que no le había dado tiempo de conseguir mi número de teléfono cuando tuvo en sus manos el de Fabiola. Quizás por eso no se había puesto en contacto conmigo, pero no me gustaba la idea de no volverlo a ver más. Ese chico había despertado en mí una sensación tan necesaria como la libertad.

El viernes mi padre, acompañado de mi abuelo, me recogió del instituto con el coche patrulla: de vez en cuando lo hacían para ahorrarme coger el autobús. Allí logré escuchar una conversación entre ellos que me inquietó.

—En ese lugar vamos a coger a más de uno y lo sabes. Hay que tener cuidado porque tanto niño suelto puede ser peligroso. —Mi padre hablaba de tal forma que parecía enfadado.

Quise preguntar porque sentí curiosidad, pero preferí ser prudente y esperarme.

—Claro. Hay que preparar el dispositivo y mañana sobre las doce de la noche cuando todos estén en Capitolio, entramos. Pillaremos a los de siempre y con un poco de suerte estará también el Rubio, Trece... ya sabes; esa pandillita.

Me hice la tonta para no levantar ninguna sospecha sobre Ulises. Sabía que si mi padre se enteraba de que me caía bien o que simplemente había hablado con él nos meteríamos en un problema.

Tenía que pensar en algo urgente para avisar a Ulises y que no se acercase allí por lo menos ese día pero... ¿cómo? No tenía su teléfono, no sabía dónde vivía y tampoco dónde buscarlo. La única solución que encontraba era colarme en ese tal Capitolio y buscarlo, aunque sabía que iba a ser complicado porque Fabiola y Juan no iban a estar por la labor. Lo mejor era no decirles nada y actuar sobre la marcha.

Al día siguiente y como todos los fines de semana cogí mi maleta y me dirigí a casa de Fabiola. Allí y sin que mi padre lo supiera, me cambiaba de ropa. No me dejaba vestir con trajes cortos, ni con escote, y mucho menos con la espalda descubierta. Mi madre simplemente accedía a todo lo que mi padre dijese aunque sabía que a ella no le importaba mi forma de vestir. Era la típica madre sumisa que no tenía ni voz ni voto en mi casa porque el que mandaba era él. Tenía claro que nunca en la vida saldría con alguien que se pareciese a mi padre en nada.

Ese día, como tenía la esperanza de volver a ver a Ulises, elegí algo especial. Un traje largo color beis, completamente ceñido y con la espalda descubierta. Si me viera mi padre así por la calle me encerraba de por vida y no volvía a ver la luz del sol. Yo solo quería verme sexi y guapa como las demás chicas. Era una chica joven, estudiosa y hacía todo lo que me pedía, pero necesitaba ser yo misma y no la persona que él quería que fuese.

Fabiola me maquilló porque se le daba genial. Se había pasado con el iluminador para mi gusto; decía que me hacía más dulce la cara. Como llevaba el pelo corto y no podía hacerme mucha variedad de peinados, me lo ondulé con las planchas. Quizás no me había vuelto a llamar porque me había visto con esas pintas y le parecía insípida. Quería estar exuberante para él.

Enseñarle que podía ser atractiva.

En cuanto llegó Juan nos dirigimos a la escalinata. Era una zona algo alejada donde paraba la juventud. Allí la mayoría eran chicos y chicas de familias medias-altas con las que mi padre quería que me juntase. Lo que no sabía él o no quería saber era que el comportamiento que tenían muchos de ellos dejaba mucho que desear: bebían, se drogaban y había más de uno que se pensaba que podían hacer lo que quisiesen y cometían actos vandálicos. Evidentemente salían siempre de rositas porque sus padres lo solucionaban sabe Dios cómo. Odiaba esa faceta clasista de él.

Fuimos a buscar a los amigos de Juan y nos quedamos allí con ellos casi toda la noche. Yo no paraba de mirar el reloj visualizando la manilla acercarse cada vez más a la hora que se suponía que harían la redada. No sabía cómo decírselo a Fabiola porque una parte de mí no quería meterla en problemas. Una u otra era mala idea porque si me veía por casualidad mi padre podía ser mi perdición.

—Fabiola. A las doce la policía va a hacer una redada en una discoteca que se llama Capitolio.

—¿Y qué? ¿Desde cuándo te importa eso? Además, ¿por qué lo sabes?

—Escuché a mi padre comentárselo a mi abuelo.

—¿Y bien? Sigo sin saber a qué viene eso.

—Voy a ir.

Levantó las cejas sorprendida y se acercó a mí. Me miró, parpadeó varias veces y luego negó con la cabeza.

—No me digas nada más. El niño ese estará allí. ¿Todavía piensas en él?

—Sí. Mi padre dijo que seguramente estuviese en ese lugar y quiero devolverle el favor avisándole.

—¿Perdona? Hola, soy yo. ¿A quién quieres engañar? No tienes que devolverle nada porque lo sacaron del calabozo gracias a ti. ¿No te das cuenta de que no ha dado señales de vida desde entonces? Olvídalo, Ginebra. Mira que guapo es el primo de Juan.

—Cállate, Fabiola. Voy a ir sí o sí. Cogeré un taxi, entraré antes de que lleguen, lo avisaré y...

—¿Y qué? Deja de leer esas novelas románticas. Ha pasado de tu culo, Ginebra, olvídalo. — Fabiola parecía furiosa y no entendía el motivo.

—¿Qué te ocurre? Solo quiero decirle que...

—Que no se puede ir por la vida besando a una chica y ni siquiera mirarla cuando te saca del calabozo. —Fabiola tenía mucho carácter y se estaba enfadando.

—No podía hacer otra cosa. Estaban todos allí. Hubiera sido mucho peor. —Me acerqué a ella y la agarré de los hombros—. ¿Estás bien?

—No quiero que salgas con ese chico. Te quiero mucho y sé que te vas a meter en problemas, Ginebra.

—Solo voy a avisarlo, te lo juro. Después me voy. —Las dos sabíamos que no había dicho eso en serio, pero al final me comprendió y accedió.

—Está bien. Se lo diré al amigo de Juan y que nos acerque en coche. Pero será algo rápido.

Me acerqué a ella, la abracé y me la comí a besos. Tener el apoyo de Fabiola era muy importante para mí.

CAPÍTULO 4

Bruno nos llevó en coche hasta aquel lugar. Tardamos algo más de lo debido porque nos perdimos en dos ocasiones, pero finalmente dimos con el sitio.

—Aparca aquí —exigió Juan al ver un hueco entre dos coches que estaba a cierta distancia de Capitolio.

Miré el reloj y eran las doce menos cuarto, todavía me quedaba tiempo para poder buscarlo antes de que llegara la policía.

—Será mejor que os quedéis aquí —comenté.

—De eso nada. Yo te acompaño —exigió Fabiola mientras intentaba salir por la otra puerta—. Iremos todos o ninguno.

Nos bajamos del coche y caminamos hacia la entrada. Como era gratis, accedimos directamente al recinto. Había mucha gente e iba a ser muy difícil encontrarlo allí si es que estaba, cosa que no era seguro.

La gente estaba apelotonada y atravesamos por completo esa discoteca sin tener suerte. Tenía la impresión de que algunas personas se quedaban mirándome de una forma despectiva y me inquietó bastante. Podía ser que al igual que los chicos que intentaron atacarme, también supiesen quién era yo.

De pronto la música se apagó y la gente empezó a extrañarse. A lo lejos vi cómo los compañeros de mi padre empezaban a entrar. Estábamos metidos en un lío.

Yo intenté esconderme entre la multitud, pero eran muchos.

Fabiola tiró de mí para dirigirnos a la puerta cuando a lo lejos divisé a mi tío increpando casualmente a Ulises. No me lo podía creer. Me solté de la mano de Fabiola de un tirón y sin pensarlo mucho me acerqué a ellos. Escuchaba a Trece decir que no llevaba nada encima y que no podían hacerle nada, fue en ese momento en el que agarré del brazo a mi tío y le miré suplicante.

—Deja que se vaya. Le debo una y lo sabes. Te cuento todo porque sé que puedo confiar en ti, por favor. ¿Acaso me he metido en líos alguna vez? ¿Acaso no soy responsable?

—Quizás no te has metido en líos porque no paras con gente como él. ¿No crees?

—Te prometo que solo será esta vez. Te lo juro. —Ulises me miraba desconcertado, no solo por mi presencia sino por mi forma de actuar.

—Está bien. Lo dejo ir, pero no sé si mis compañeros lo dejarán salir de aquí. Esto es lo que puedo hacer.

—Gracias, gracias. —Agarré a Ulises del brazo para dirigirme a la puerta, pero mi tío me frenó—. Prométeme que de aquí te irás a casa.

—Te lo prometo —mentí.

Se puso la capucha y yo caminé delante de él. Podían reconocerme y dejar que saliera de allí aunque eso significaba que se lo podían contar a mi padre cuando lo vieran, si es que no estaba allí.

Fuimos adelantando a la gente hasta que llegamos a la puerta y contra todo pronóstico la atravesamos sin ningún problema. Una vez fuera me adelantó y empezó a guiarme hasta que llegamos a un aparcamiento.

Sacó unas llaves y la luz del coche que estaba junto a nosotros se encendió.

—Sube, rápido. Quiero salir de aquí.

Le hice caso y me senté en el sillón del copiloto. Una vez montados, arrancó y nos alejamos de ese lugar sin llamar mucho la atención.

Mientras conducía me quedé observándolo. Era más guapo de lo que recordaba y todo en él me parecía emocionante y poderosamente atractivo: la forma en la que agarraba el volante, cómo miraba hacia los lados con mucha atención y precaución y cómo cambiaba las marchas... Me di cuenta de que mi corazón había subido de pulsaciones y no era por lo ocurrido en la discoteca.

No hablamos nada más hasta que paró en el aparcamiento de la playa. Todo se quedó en silencio.

—Gracias —susurró—. La verdad es que tenía... —Se sacó algo del bolsillo, bajó la ventanilla y lo tiró tan lejos como pudo—. No quiero más esta mierda. —No sabía qué decirle—. ¿Qué hacías allí?

Fue en ese instante cuando por fin nos miramos a los ojos. Sentí un pellizco tan intenso en la boca del estómago que aunque intenté hablar... no pude. Estaba llena de emociones extrañas y nuevas que nunca había experimentado y que me estaban desbordando: solo podía pensar en ello.

—¿No me vas a responder? —Sonrió y me miró de arriba abajo—. Me ha costado reconocerte vestida así, como una chica que no está mal de la cabeza—. Bromeó, pero estaba tan abrumada por lo que estaba experimentando con mis emociones que mi rostro se quedó tal cual.

—Necesitaba verte —respondí por fin sintiéndome valiente y segura.

Quizás no era la respuesta que debería haberle dado. Quizás debí decirle que solo quería ayudarlo y devolverle el favor, pero lo que me salió fue eso. La verdad más pura y real: necesitaba volverlo a ver.

Se sorprendió con mi respuesta porque pude notarlo en sus gestos. Arrugó levemente el entrecejo y su respiración se aceleró. Luego suavizó su rostro y sin previo aviso tiró de mí y me sentó sobre su regazo a horcajadas. Durante un segundo sentí como la piel desnuda de mis muslos se posaba sobre su áspero pantalón. Fue tan rápido que cuando me quise dar cuenta tenía su boca sobre la mía. Lo hizo con tanto ímpetu que rozó uno de sus dientes con mi labio, dañándolo. Se separó para mirarlo y me pidió perdón algo nervioso, pero pasé la lengua por mi piel malherida intentando quitarle importancia y continué besándolo de nuevo. «Esto no tenía nada que ver con lo que me hacía sentir mi ex»

Me besaba con ansiedad, atrapando mis labios con devoción mientras acariciaba la piel de mis muslos que habían quedado al descubierto al subirse el traje con esa postura.

Agarré su camiseta y tiré de ella hacia arriba dejando su pecho libre. Empecé a acariciarlo mientras nos devorábamos sin piedad queriendo más y más.

Mi vestido terminó en la cintura y uno de sus dedos agarró el pequeño tirante que sujetaba la parte superior y lo dejó caer por el hombro.

Empecé a besarle el cuello y a mordisquearle el lóbulo de la oreja mientras escuchaba cómo se aceleraba por segundos su respiración. Fue entonces cuando, muy atrevida por mi parte, intenté quitarle el botón del pantalón. Él arañaba mi espalda al descubierto con sus cortas uñas poniéndome la piel de gallina cuando escuché:

—No, no, no... Espera. —Me agarró por la cintura y volvió a ponerme en el asiento lateral. Puso sus manos en la cabeza demostrando el agobio que tenía.

Me quedé callada porque no sabía el motivo de ese acto y empecé a temblar ligeramente sin saber por qué. Quizás era inseguridad o puede que fuese nerviosismo puro.

—¿Qué edad tienes, Ginebra?

—¿Por qué quieres saberlo?

—Porque lo necesito, aunque puedo imaginarlo por tu actitud ahora.

—Dieciséis.

Apretó los puños, cerró y se mordió el labio inferior.

—Lo sabía.

—¿Qué ocurre?

—Dieciocho años, problemas con la policía y si no paro hubiera hecho algo con una menor de edad. ¿Te parece suficiente?

—¿Digo yo que también tendré voz en esto no?

—Pues no. No se puede y no se puede. Con las ganas que me tiene toda tu familia le estaría dando las llaves de mi celda.

—¿Crees que le diría que me he acostado contigo?

Se giró para mirarme a la cara con seguridad.

—¿Acostado? Pues no lo sé porque no te conozco. No sé si lo que me dices es verdad o...

—Empecé a reírme porque me di cuenta que solo era inseguridad de él y no tenía nada que ver con no querer tener relaciones conmigo.

—Cállate. —Le di una leve cachetada cariñosa y salí del coche para dirigirme a la arena de la playa.

—¿Dónde vas? Tu tío te dijo que te fueras directamente a tu casa. ¡¡Ginebra!!

Yo salí corriendo hacia el agua llena de energía. Sentía el aire surcar mi rostro y empecé a dar vueltas riéndome hasta que llegó.

—Vamos. Tengo que llevarte a casa o tu tío pensará que te estoy secuestrando.

—¿No crees que el aire hoy es más puro que otros días? —Respiré con exageración y abrí los brazos de par en par mirando al horizonte.

—¿Dé qué hablas? —comenzó a reírse—. Esas ondas en el pelo que te has puesto te están cortocircuitando el cerebro.

—Huelo a libertad, a felicidad... —Me giré hacia él y se lo solté—. Voy a bañarme en el agua.

—¿Qué? De eso nada. Tu padre...

—¡¡Ya!! ¿Puedes dejar de mentar a mi padre? Necesito sentirme liberada por una vez. No pensar en qué pasará cuando llegue a casa. ¿No lo entiendes? —dije frustrada.

Se quedó en silencio segundos después de que apareciera una sonrisa pícaro en su cara y me abrazó de forma muy cariñosa.



Al principio pensé que era para quitarme las ganas aunque nada que ver porque me agarró por la cintura y corrió hasta el agua conmigo. Caímos los dos y nos levantamos riéndonos a carcajadas.

Empezamos a jugar, a echarnos agua, a cogerme en peso y lanzarme tan lejos como podía... El agua estaba tan negra que cada vez que se sumergía para asustarme se me ponía los pelos de punta.

Acababa de salir de darse una zambullida cuando decidí asustarlo esta vez yo y me sumergí aguantando la respiración todo lo que pude. De pronto empecé a escuchar como sus gritos eran más fuertes y me levanté.

—¿Qué te pasa?! No ha sido gracioso. —Se había enfadado y me levanté confundida esperando que se acercase a mí—. No vuelvas a hacer eso.

No dejé que dijera ni una sola palabra más y salté sobre él rodeándolo con las piernas y empecé a besarlo.

—¿Por qué no te relajas conmigo? ¿Puedes dejar de pensar en que soy la hija y la nieta...?

—Y la sobrina... —recalcó.

—Está bien, y la sobrina de... y empezar a verme como a la que soy: Ginebra.

—Ginebra, la que me va a buscar una ruina, que se pone ropa rara y que tiene un alter ego muy... muy... provocativo.

—Nooo... —me reí—. Ginebra, la que necesita ser ella y quiere divertirse: divertirse, pero contigo.

—Conmigo tipo... chica buena quiere chico malo por puro cliché —volvió a bromear.

—Ginebra quiere divertirse con Ulises porque se siente bien con él y... y le gusta estar con él. —Me dio algo de timidez, pero me quedé bien diciéndolo.

—Veo que eres cabezota. ¿Sabes? Voy a volver a besarte, aunque no debería. —Su sonrisa burlona me hizo reír—. Me da miedo de que esa locura se pegue.

—No te aseguro nada, así que, tendrás que arriesgarte si quieres.

Volvió a cogerme en peso y me llevó hasta la arena donde se tumbó sobre mí sin importar que nuestros cuerpos se llenasen de tierra húmeda y comenzamos a besarnos de nuevo.

Esta vez dejé que decidiese él qué hacer, pero tras muchas caricias, volver a probar su boca humedecida y cálida y tras hacer varias posturas que hacían presagiar que terminaríamos desnudos, recapacitó y se separó.

—Deberíamos quitarnos la tierra e irnos. —Sus gestos y su forma de actuar habían cambiado. Parecía arrepentido de todo lo que había sucedido—. Es mejor que te lleve a tu casa.

Entramos en el coche totalmente mojados y en mi caso con frío. El camino lo hicimos cantando las canciones que salían en la radio y riéndonos. Como la vez anterior, me dejó a unos metros de casa.

—Tengo curiosidad por algo. No se supone que las bailarinas deberían llevar el cabello largo para que no se suelten los pelos de los roetes esos que os hacéis.

—También se suponen que deben estar extremadamente delgadas y yo no lo estoy.

—¿A no? ¿Eres gorda? —bromeó.

—No tonto, pero no tengo el físico que debería tener. —Lo miré esperando quizás que me dijese que estaba bien así, que a él le gustaba... pero no—. El pelo me lo corté por rebeldía, para no poder ponerme el roete. No me gusta el *ballet*, yo... yo lo hago solo por mi madre. Sé que a ella le hace mucha ilusión.

—¿Qué te hace ilusión a ti?

—Estar contigo —solté sin pensarlo mucho y sin arrepentirme.

—Sabes que no puedo besarte aquí, ¿verdad? —Acarició mi mano y lo sentí más cerca que nunca.

—Tranquilo, lo sé. Bueno, será mejor que me marche. —Salí del vehículo y empecé a caminar hasta mi casa. Cuando llegué a la puerta miré hacia él que seguía observándome sin marcharse. Introduje las llaves y cuando el portón se abrió, escuché encender el motor y acelerar.

Abrí la puerta con cuidado. Fue un alivio para mí darme cuenta de que mi padre no había llegado porque no me había cambiado de ropa, pero la silueta de mi madre me hizo presagiar lo peor. Se vino hacia mí como una auténtica histérica. Todo lo que no era capaz de decirle a mi padre me lo decía a mí. Pagaba todas las frustraciones conmigo, aunque sabía que me quería mucho.

Volví a estar castigada de nuevo sin saber hasta cuándo esta vez. Quería que le contase por qué venía totalmente mojada; entendía que estuviese preocupada, pero solo tenía que verme la cara de felicidad que tenía para saber que no era nada malo. Preferí no decírselo a pesar de que las consecuencias iban a ser peores: volvía a mi cárcel de cristal.

CAPÍTULO 5

Tras un largo mes sin salir por fin me levantaron el castigo. Me había comportado mejor que nunca durante este tiempo para que no se alargase demasiado sin embargo no sirvió de nada. Mi único escape era ver a mis amigos en el instituto y a las estiradas de mis compañeras de *ballet*. Eran buenas chicas, pero nuestra profesora incitaba a la competitividad entre nosotras y lo único que conseguía era intensificar la envidia. A mí no me afectaba tanto porque sabía que nunca sería ni tan delgada, ni tan fina, ni lo haría tan bien como ellas por mucho que me esforzase: tenía mis límites.

Salí de las clases muy cansada. No tenía ilusión por nada y estaba frustrada con mi vida. Nada de lo que hacía era porque me gustase a mí, todo era por los demás y lo único que yo elegía, que era a Ulises, no quería saber nada de mí. Ese día estaba más de bajón que de costumbre.

Me despedí en la puerta de las chicas y me coloqué bien el macuto de entrenamiento cuando una imagen delante de mí hizo que me diera un vuelco el corazón. Era Ulises y me miraba fijamente. Había estado un mes entero sin dar señales de vida, no había intentado ponerse en contacto conmigo y nunca me pidió el teléfono sabiendo que podían castigarme y no verme en mucho tiempo. No pensaba correr hacia él, así que dije hola y cogí hacia otro lado.

—¿Cómo que hola? Ey, la de las mallitas rositas. —Seguí caminando sin mostrar ningún tipo de emoción exterior aunque por dentro me latía fuerte el corazón—. ¡Ginebra!

Me di la vuelta muy seriamente y observé cómo empujaba la moto mientras me seguía.

—¿Qué quieres? —pregunté de malas formas.

Se encogió de hombros.

—No sé.

—¿Cómo que no sabes? No me hagas perder el tiempo —respondí indignada.

—Me apetecía verte. ¿Por qué estas enfadada conmigo? ¿He hecho algo malo? —No supe qué contestar. En realidad no había hecho nada y ese era el problema, que yo quería que hubiera sido diferente. Me gustaba y él había pasado de mí—. ¿Vamos a algún sitio y charlamos un rato? Como amigos.

—No soy tu amiga.

—Pero podíamos serlo. Me caes bien.

Resignada terminé aceptando porque en realidad me apetecía. Agarró el asa de mi macuto y lo puso en la parte delantera de la moto; en cuanto me subí y me acomodé, me agarró las manos en la parte baja de su estómago. Me llevó a una zona apartada del centro que era mucho más tranquila, dejó el vehículo a un lado de la carretera y empezamos a caminar.

—¿Te castigaron?

—Sí. Pero me da igual; estoy acostumbrada. En mi vida solo hay dos caminos: o vivo la vida que ellos quieren, o vivo la mía unos segundos y luego me llevo encerrada en casa una buena temporada. —Me agarró del moño y empezó a jugar con él de forma cariñosa. Lo sentí como

un «estoy contigo».

—Mis padres nunca me han castigado. Creo que deberían haberlo hecho en más de una ocasión, pero siempre están trabajando. —Lo miré extrañada. No era típico de alguien de su edad quejarse por eso—. ¿Qué haría tu padre si nos viera ahora mismo? Simplemente caminando por la calle.

—Otro mes encerrada. —Nos miramos y empezamos a reírnos.

—¿Y si...? ¿Y si fuera tu novio? —Caminaba con las manos en los bolsillos mientras daba pataditas a todo lo que veía por el suelo.

—No saldríamos bien parados ninguno de los dos. —Yo empecé a reírme, pero él no. Se quedó totalmente serio—. Pero no te preocupes. Solo quieres ser mi amigo, ¿no? Qué más da. —Seguí caminando aunque él se quedó atrás—. Venga, vamos.

—Sí, claro. ¿Quién querría tener de suegro a tu padre?

—No sé... Cualquiera que sienta algo por mí. Alguien que no tenga miedo a un hombre, porque mi padre no deja de ser un hombre como otro cualquiera.

—No conoces bien a tu padre.

—Sí que lo conozco y no le tengo miedo. Me gusta pensar que valgo la pena para alguien como para que se arriesgue por mí. —Éramos conscientes de que hablábamos de los dos y de que la conversación era más personal de lo que parecía.

—No eres tan perfecta. Vistes demasiado rara a veces. —bromeó aunque no había sonrisa en su rostro.

—Seguro que a alguien le gustaré.

—No me gustan las chicas que van pegando puñetazos en los huevos.

—Él se lo buscó.

—Nadie querría estar con alguien que siempre estuviese castigada —susurró mientras formaba un surco con el pie en el suelo de arenilla.

—Para alguien seré suficientemente buena como para que le compense verme, aunque sea poco.

—Tampoco me gusta que me obligues a bañarme en el agua con ropa. No me gustan las chicas que me ponen en esas situaciones.

Miró hacia el horizonte y se mordió el labio inferior. Me acerqué de nuevo a él y me puse delante.

—¡¡Cállate ya!! ¿Cuánto de sincero has sido en esta conversación?

—Puede que un diez.

—¿Un diez de diez?

—No, un diez por ciento. Sobre todo en la parte que te dije que mis padres deberían haberme castigado. —Comencé a reírme.

Me acerqué y le di un beso casto en la boca.

—¿Eso es todo? No lo he podido disfrutar nada. —comentó de forma burlona.

—¿Te parece bonito todo lo malo que has dicho de mí? No te mereces nada más.

—Pues apunto eso a tu lista negra.

Me cogió en peso y me mordió el labio. Esos mordiscos fueron transformándose poco a poco en lentos besos que se mezclaban con su olor.

Seguí en sus brazos cuando dejamos de besarnos y apoyé la cabeza en su hombro. Estar abrazada a él me transmitía una sensación especial, una positividad y una energía interior muy intensa.

Se sentó en un banco y cambió mi postura, aunque no me soltó. Seguía sentada en sus

piernas mientras me acariciaba el pelo con su mano. Yo tenía apoyada la cara en su pecho y escuchaba los latidos de su corazón. Me relajaba ese sonido y la calidez que desprendía su cuerpo.

Cuando mejor estaba sumergida entre sus brazos, decidió que nos marchásemos. Lo único que tenía continuamente en la cabeza era llevarme a casa y que no me castigasen; como yo quería estar con él, le dije que no ocurría nada. A veces iba a casa de Fabiola un rato después de entrenar y no había problema.

—Comamos algo. ¿Te apetece una pizza?

—Ehh... bueno... No sé. Está bien. —Pensé que así podría estar más tiempo con él y eso merecía la pena.

Me cogió de la mano y estuvimos callejeando hasta una pizzería que había cerca. No iba tranquilo. Cada vez que escuchaba un coche se ponía en alerta e incluso en alguna ocasión me soltaba y se separaba. Se le veía inquieto.

—¿Puedes relajarte un poquito, por favor? Disfrutar del momento.

Me miró arrepentido por su comportamiento y entrelazó sus dedos con los míos.

—Perdona.

Llegamos y Ulises pidió una pizza para los dos y unas patatas con beicon y queso. Aquello olía de maravilla y me faltó muy poco para hincarle el diente a aquella comida de los dioses.

—Qué forma de devorar. Otro punto negativo para ti —bromeó.

Yo me quedé seria y solté el tenedor con las patatas que tenía pinchadas y él se sorprendió.

—Sigue comiendo.

—No, ya he terminado. —Empecé a sentirme incómoda con la situación.

—De eso nada. Tenemos que terminar con todo esto. —Volvió a pinchar el tenedor y me lo acercó—. Abre esa boquita.

—No me apetece nada más.

—Vamos que llega el avioncito. —Terminé riéndome por la tontería que acababa de decir y accedí.

Antes de marcharnos empecé a arrepentirme de todo lo que había comido y me empecé a rayar. Si mi madre viera la cantidad que había ingerido le hubiera dado un patatús.

—Tengo que ir al cuarto de baño un momento.

Mientras él pagaba yo fui a lavarme las manos. Me miré al espejo y me toqué las mejillas. Tenía la barriga hinchada y cada vez mis piernas eran más musculosas. Empecé a agobiarme. Lo mejor era meterme los dedos para vomitar. Había visto a mi madre hacerlo muchas veces. Después de disfrutar de la comida era la única manera de no quedarme con la cantidad de calorías ingeridas. No era algo que hiciera a diario; cuando me daba un atracón como estos prefería hacerlo.

Con mucho cuidado e intentando que no se escuchase nada, metí los dedos hasta la campanilla y lo eché todo. El único problema sería que no podría volver a besar a Ulises.

Me recompose, me lavé la cara y salí sonriente.

—¿Nos vamos? —Se acercó a mí para besarme, pero me aparté.

—Lo siento, me ha sentado mal la comida y he vomitado.

—¿En serio? ¿Por qué no me has llamado? —preguntó preocupado.

—Tampoco es para tanto, tranquilo.

Se quedó inquieto, pude verlo en su mirada, pero no volvió a preguntar nada más.

De allí nos dirigimos a mi casa. Aparcó donde siempre lo hacía, a unos metros de donde vivía y me ayudó a bajarme.

—¿Cómo sigues?

—Bien. Ya te he dicho que solo me ha sentado mal. No te preocupes, de verdad. —Seguía mirándome intranquilo.

—Está bien —accedió al fin—. ¿Puedo darte un piquito?

Me acerqué y posé mis labios sobre los suyos de una forma rápida, pero luego me arriesgué a que cualquiera pudiese vernos y lo abracé. Estoy segura de que a él le gustó ese gesto tanto como a mí porque me apretó contra él y empezó a darme besitos en el cuello. Me dio un empujoncito y con una sonrisa pícara me separó.

—Adiós, Ginebra. —Arrancó de nuevo y se marchó.

CAPÍTULO 6

Pasan los días y no vuelvo a saber nada de Ulises. Fabiola era reacia a que siguiera liándome con él cada vez que aparecía, pero no iba a dejar que otra persona decidiera por mí. Era algo que yo había elegido y aunque tampoco era una situación que me gustase, lo aceptaba en cierto modo.

Había días que pensaba que necesitaba un tiempo para asimilar algo entre nosotros que se me escapaba: por ejemplo lo referido a mi padre que parecía afectarle mucho. Otros días quería buscarlo y decirle que nunca volvería a verme si volvía a desaparecer, pero la realidad era que tenía ganas de coincidir con él.

Esa mañana era uno de esos días que quería verlo y me daba igual que no hubiera dado señales de vida. Necesitaba respirar el aire que él me ofrecía porque mis padres me tenían asfixiada esa semana con los estudios. Me habían ofrecido ir a estudiar a Inglaterra lo que quedaba de curso para aprender mejor el idioma y me había vuelto loca. Sabía que como se les metiera esa idea en la cabeza, terminaría allí.

Salí del instituto y esperé como todos los días a Fabiola y a Juan en la puerta central. Me daba envidia sana cada vez que veía una muestra de cariño tan natural por parte de ellos, delante de cualquier persona sin tener que esconderse.

Desde allí, caminábamos hacia el autobús que nos llevaba cerca de casa, que paraba a unos metros de la puerta del instituto cuando escuché el pito de un coche. Me giré y tras la multitud divisé el vehículo que conducía Ulises la noche de la redada. Me sonrió e hizo un gesto con la mano para que me acercase y, sin despedirme de mis amigos, corrí hacia él. Llegué hasta la ventanilla que estaba bajada y sonreí.

—Necesitaba verte —le solté sin pensar en las consecuencias.

Me daba igual si había desaparecido, ahora estaba ahí.

—Yo quería verte desde el día en que te dejé en tu casa.

—¿Qué?! ¿Lo dices en serio? —No me esperaba esa respuesta y me emocionó—. ¿Por qué no me has buscado antes?

—Porque sé que eres una chica muy ocupada entre semana: inglés, *ballet*, estudiar... No quería ser una mala influencia. ¡Venga, móntate! Voy a llevarte a tu casa, y por favor hazme frenar para que no termine poniéndome romántico —dijo de forma burlona.

Metí la cabeza por el hueco de la ventana y lo besé. Le di la vuelta al coche y me senté junto a él, pero antes de que arrancase lo abracé cariñosamente y me lo comí a besos.

—Me encanta tu uniforme de niña buena. Parece que has salido de una serie de adolescentes. —Le di un manotazo en el brazo aunque me reí—. Estaba intranquilo pensando que estuvieses enfadada conmigo. Y ahora, cuéntame, ¿por qué necesitabas verme?

—Necesitaba respirar. —Creo que entendió lo que quise decirle. Ahora mismo él era mis pulmones en una vida que me oprimía.

—¿Podemos quedarnos un rato juntos o tus padres están esperándote?

Sabía que podía meterme en un lío, sin embargo, mentí.

—Justamente iba a comer con Fabiola y Juan. Ellos entenderán que me quede contigo y mis padres no sospecharán. Voy a avisarla del cambio de planes. —Hice como si estuviese mandando un mensaje porque en realidad era mentira y me esperaban en casa para comer. No quería perder la oportunidad de estar con Ulises.

Pasamos por el Mc Auto porque decidimos ir a comer a la playa. Allí estaríamos más tranquilos ya que había menos posibilidades de que alguien nos viese.

Después de comer nos tumbamos en una manta que sacó Ulises del maletero. Nos quedamos mirando el cielo. Inhalaba todo el aire posible y luego lo expulsaba lentamente.

—¿Lo de respirar era literal, no? —bromeó.

Me quedé mirando sus bonitos ojos y le regalé una pequeña sonrisa. No podía contestar porque mi cerebro estaba trabajando, intentando buscar el motivo por el que había dejado entrar a Ulises de esa forma en mi vida. Cada vez que estaba con él era como si un tsunami me arrastrase, me dejara sana y salva en una isla desierta y eso me llenaba de euforia.



—Me gustas. ¿Qué sientes por mí? —le sorprendió mi pregunta directa y sin rodeos.

—¿De verdad crees que una niña vestida así, con ese polito blanco, esa faldita de tablas, esos calcetines por la rodilla y esa forma descarada que tienes a veces, puede gustarme?

—Te has olvidado de mi padre —dije bromeando.

—Oh, verdad. Y que tiene un padre, abuelo y tío que le encantarían que desapareciera del mundo. ¿En serio crees que puedes gustarme?

—Te has olvidado de mi ropa de *ballet*. —seguí mientras empezaba a reírme.

—Y que me fijaría en una chica que da volteretas con una ropa rosita muy extraña.

—A veces es negra. —Me giré para verlo mejor mientras él seguía con los brazos debajo de su cabeza, mirando hacia arriba—. En realidad creo que sí porque, si a pesar de todo eso estás aquí, tiene que ser por algo. —Esta vez se volvió y me miró unos segundos antes de ponerse sobre mí y observándome de una forma penetrante.

—Tienes razón. Me gustas.

Comenzamos a besarnos sin prisa, con suavidad, saboreando cada momento y cada centímetro de nuestras bocas. Podía vivir abrazada a él toda la vida porque me sentía plena, eufórica y me provocaba un bienestar emocional completo. Por el movimiento de sus labios intuía que quería entrar en mi boca y la abrí mientras seguía besándolo. Introdujo su lengua con suavidad y buscó la mía.

El peso de su cuerpo oprimía mi pecho, pero tenía la necesidad de tenerlo ahí, sobre mí, avasallando mi espacio personal. Fue un beso largo, húmedo y demasiado sensual. Cuando nos separamos dejó caer la frente sobre la mía y se quedó unos segundos mirándome hasta que me entró la risa.

Se acostó junto a mí y apoyó el codo en la manta.

—¿Sabes qué? —Lo miré expectante—. Esta semana no he salido mucho con mis amigos y he aprovechado para estudiar. Últimamente sacaba puro cinco e incluso llevo arrastrando algunas asignaturas y quiero quitármelas.

—Eso es muy bueno. —Acaricié su mejilla con la yema de mis dedos y él atrapó mi mano con la suya.

—He estado pensando y quiero dejarme de... —me miró supongo que imaginando si yo sabía o no en los líos en que se metía—... quiero dejar de hacer tonterías. Quiero separarme un poco de mis amigos.

—Pero eso tiene que ser complicado.

—No. Vivimos lejos. Terminé parando en su barrio y aún no sé exactamente qué me llevó allí.

—¿Le estás echando la culpa de las cosas que haces mal?

—Claro que no, pero con ellos será complicado no dejar de hacer algunas cosas. No voy a dejar de verlos radical, pero me voy a alejar un poco. Quiero cambiar.

Era imposible no intuir que una de las culpables de ese cambio podía ser yo y me alegraba.

—Al final le vas a caer bien a mi padre —bromeé. Me sorprendió mucho ver la seriedad con la que se quedó. Quizás sí que era una de sus metas, algo que para mí era imposible—. A mí me da igual que no te acepte. No me importa lo más mínimo.

—Eso dices ahora, ¿pero más adelante...?

—Más adelante ya veremos.

—¿Crees que existirá el más adelante entre nosotros?

—¿Hombre estamos juntos, no?

—¡¿Qué?! —Empezamos a reírnos. Él por la sorpresa de lo que yo había dicho y yo por la

cara tan dura que tenía—. Otra cosa más para la lista. Estás como una cabra.

Me abrazó con una enorme sonrisa en la cara y me besó.

—¿Quieres que seamos pareja con todo lo que eso significa?

—¿Suená muy antiguo para ti? ¿Eres más de relaciones pasajeras y sin compromiso? —pregunté.

—Me dá igual como suene porque me gusta lo que significa. —Esa frase me había sonado más profunda de lo normal.

—¿Entonces estás de acuerdo y quieres que seamos algo más con todo lo que conlleva eso?

—¿Y qué conlleva si puede saberse? —Su mirada de curiosidad me encantaba.

—Qué apostaremos el uno por el otro sin importarnos los demás. Ni amigos, ni familia, ni nada si no están de acuerdo. Cuando estemos juntos solo seremos tú y yo.

—Suená bien. —Comenzó a acariciar mi mano y me derretí.

—Demasiado bien.

—¡¡Ginebra!! —un grito nos hizo separarnos.

Me di la vuelta. No había escuchado llegar el coche patrulla. Mi tío se acercaba hacia nosotros con el rostro desencajado. Estaba muy enfadado.

—Tío, puedo explicar...

—¡¡Cállate!! Ginebra, sabes que te apoyo en todo, pero...

—Perdónala la culpa es... —Ulises intentó mediar.

—¡¡Cállate tú también, Trece!! Vete de aquí.

—Pero ella... —volvió a intervenir de nuevo para ayudarme.

—He dicho que te calles y te largues. No quiero llevarte al calabozo por desacato a la autoridad.

—Pero, tío, él no está haciendo nada.

—¿Desde cuándo mientes de esa manera? No es propio de ti, Ginebra.

Ulises me miró confuso, pero le volví la cara. No quería que se enterase de lo que había ocurrido en realidad.

—¿Sabes lo asustado que están tus padres al ver que no llegabas y llamar a Fabiola y que le diga que no estás en su casa?

—¿Cómo? Pero, Ginebra, me dijiste que... —Ulises se calló al ver que podía perjudicarme aún más, aunque alcanzaba a ver su frustración en la mirada.

—Lo siento, tío. He mentado a todo el mundo, él tampoco lo sabía.

—Móntate en el coche... ¡ya! —exigió—. Y tú Ulises, no quiero verte cerca de ella ni merodeando a su alrededor, eres una mala influencia y lo sabes. Ella es una buena chica y se merece algo mejor, así que no quiero que la vuelvas a mirar. ¿Entendido? —Mientras se encaraba con él lo señalaba con el dedo. Para mí era triste porque mi tío era el único que podía confiar de los tres y el único que me comprendía un poco más.

—No, no lo entiendes —solté ante la sorpresa de mi tío—. Me salvó de esos chicos, ¿recuerdas?

—Sí, sí que lo entiendo —respondió Ulises dirigiéndose a él y sin prestarme atención—. Me voy porque no quiero más problemas.

Ulises me miró, agachó la cabeza y caminó hasta su coche. El compañero de mi tío le pidió los papeles del vehículo y tras gestionar el procedimiento oportuno, desapareció de allí.

Durante el camino intenté explicarle todo lo ocurrido, cómo me sentía y lo que empezaba a sentir por Ulises o Trece como lo llamaba él. Para mí no eran la misma persona porque el que yo conocía no tenía nada que ver con el chico que me retrataban.

—Trece es un niño problemático que ha estado metido en todo. Lo hemos cogido por robar, a pesar de que viene de una buena familia, trapicheando y partiendo mobiliario público. Ese es Trece; no el chico que salva vidas y según tú es cariñoso. ¡Madura, Ginebra!

Empecé a llorar de pura impotencia porque si él se ponía así, no quería ni imaginar lo que me quedaba al llegar a casa, pero había valido la pena y lo volvería a hacer una y mil veces más.

Antes de bajarme del coche y enfrentarme a mi destino le dije a mi tío que me había decepcionado y que me entristecía no tener su apoyo. Él me había enseñado que podía confiar en él, pero me había equivocado. Eso pareció dolerle porque me dijo que esperase.

—Ginebra, quiero lo mejor para ti y ese chico ni se acerca a algo normal.

—Tú eres el único que me da algo de libertad y me has decepcionado.

—Espera. —Salí del coche y me dirigí a casa— ¡Ginebra! —Corrió hacia mí y me agarró del brazo—. No les diré nada de Trece a tus padres, ¿vale? —Empezaba a ver de nuevo al tío que conocía y lo abracé.

—Gracias.

En cuanto crucé la puerta empezaron los gritos de mis padres. Yo dejé de escuchar en el segundo uno y simplemente esperé a que el tiempo transcurriera. En mi mente solo tenía a Ulises besándome y riéndose conmigo y eso era con lo que me quedaba. Cuando pensé que quedaba poco los miré y presté atención. Mi padre seguía rojo como un tomate y la vena de su cuello tenía vida propia. Era uno de los días que más enfadado estaba porque no le había dicho dónde ni con quién había estado. Tenía que proteger a Ulises.

Tras el chaparrón y el castigo pertinente me fui a mi habitación. Me encerré en el cuarto de baño y cogí una llamada entrante de Fabiola preguntándome por lo ocurrido. Dejé un segundo el teléfono en el lavabo y me metí los dedos para vomitar.

—¿Qué estabas haciendo? ¿Has vuelto a potar?

—No, déjame.

—Pero, Ginebra, te he escuchado. ¿Qué has comido hoy? Seguro que algo calórico.

—¡Olvídame, Fabiola! Necesito que me ayudes no que me eches la bronca. —Mis lágrimas empezaron a caer por las mejillas y me las sequé con un poco de papel higiénico.

—¡Ginebra! ¡¡Ginebra!! —gritó y le colgué.

Mi única esperanza era que pasasen los días y volver a ver a Ulises de nuevo. Era mi única ilusión.

El móvil se volvió a iluminar e intenté apagarlo pensando que era mi amiga pero vi un mensaje de WhatsApp de una desconocida que ponía Davinia y tenía la imagen de una mujer.

Hola soy yo. Este es el número del teléfono de mi madre y te escribo esto porque quiero decirte algo. Lo que estuvimos hablando antes, es mejor que no. Espero que lo entiendas.

Me dio un vuelco el corazón al darme cuenta de que tenía mi número de teléfono y estaba cortando literalmente conmigo horas después de empezar algo solo por mi familia. No pensaba quedarme con los brazos cruzados y tenía que convencerle de que no. Pensé unos segundos en qué decirle antes de escribir puesto que no iba a perder la única ilusión que tenía por culpa de mis padres, sin embargo era demasiado tarde. Me había bloqueado y no tenía forma de contactar con él.

CAPÍTULO 7

No pensaba rendirme tan fácilmente y me llevé todo el tiempo que estuve castigada pensando en cómo podía contactarlo.

Le pedí ayuda a Fabiola y a Juan, pero se negaron, sobre todo porque pensaban que si me había dejado y no había luchado por la relación era que no valía la pena.

Pensé en faltar a clase o a *ballet* y salir a buscarlo, pero siendo lógica era algo imposible. No sabía dónde salía, dónde paraba con sus amigos y no conocía a nadie de su alrededor para preguntarle por él.

El primer fin de semana que pude salir, me dirigí como solía hacer a casa de Fabiola. Estaba algo resentida con ella por oponerse a que saliese con Ulises, puesto que ni siquiera le había dado la oportunidad de conocerlo.

Por primera vez no llevaba nada para cambiarme. No tenía ilusión por salir porque lo que yo necesitaba era hablar con Ulises.

—¿Puedes animarte un poco? —dijo Fabiola mientras me tiraba un cojín a la cara.

—Sí, claro.

—Sí claro, no. Toma ponte esto. No vas a salir con esa ropa. —Me dio una falda larga negra con una enorme raja en la pierna y un top negro—. Ponte la chaqueta vaquera que traes y déjate las Converse blancas. Te peinaré para que te veas espectacular esta noche.

Se sentó en el borde de la cama y me onduló el cabello porque según ella me quedaba genial, luego me maquilló de forma muy natural.

—Estás espectacular, Ginebra.

—Gracias. —Me tumbé en su cama boca arriba a esperar que se terminara de arreglar ella.

Salimos de su casa a las diez de la noche y fuimos a hacer botellón con los amigos de Juan. Me presentaron a un chico que no había visto nunca y estuvo tonteando conmigo toda la noche, no quería ser antipática con él, aunque no me apetecía nada esa situación.

—Ginebra, ven. —Me llamó Juan, que estaba con mi amiga.

Caminé hacia ellos que me observaban con cara de pena.

—¿Qué?

—Hemos estado hablando y... y como te apreciamos tanto creemos que lo mejor es ayudarte a encontrar a Trece.

—Ulises —corregí.

Me tiré a los brazos de los dos y demostré con una enorme sonrisa lo feliz que me acababan de hacer, dándome su apoyo.

Cogimos un taxi que nos llevó a la discoteca donde lo encontré la vez anterior, pero no hubo suerte. La recorrimos de arriba abajo caminando con esfuerzo entre la multitud y nada, así que decidimos marcharnos y al salir por la puerta una chica se tropezó conmigo y casi me tira de espaldas. Chocó su hombro con el mío y, aunque le pedí disculpas, ella se puso a la defensiva.

—¿Qué haces, niñata?! —Nunca me había visto en esa postura y no supe reaccionar.

—No te he visto, lo siento. —Volví a disculparme de nuevo.

—No te he visto, no te he visto... —repitió con voz burlona—. No me mires así o te partiré... —Uno de los seguratas de la puerta la agarró e intentó calmar el ambiente diciéndome que me fuese.

—Deja a la chica, Yumara. —El hombre la conocía.

Fabiola me agarró de la mano y acompañadas de Juan, que se le veía incómodo en aquel lugar, nos dirigimos hacia el taxi que seguía esperándonos. Me fui con una enorme decepción porque necesitaba verlo, explicarle mis motivos y pedirle perdón.

Aunque no era demasiado tarde, me apetecía marcharme a casa después de eso, había perdido la ilusión esa noche. El taxi nos llevó hasta el lugar en el que hicimos el botellón y, como en casa sabía que no habría nadie porque estaban con mis abuelos, decidí regresar caminando sin miedo a que me viesen vestida así. Antes de marcharme le di las gracias a los dos por haberme acompañado.

La calle estaba vacía, pero había buena iluminación. Hacía algo de frío, sin embargo, me apetecía sentir ese frescor del ambiente en mi rostro. Me encontraba tan vacía y abandonada que solo quería acostarme a dormir y que se me olvidara esta decepción.

—¿No te da miedo ir sola por la calle a estas horas?

Di un bote y me volví hacia la voz. Ulises tenía las manos en los bolsillos y la mirada suave.

—¿Qué haces aquí? —Todo mi cuerpo reaccionó a esa vibración que provocaba en mi cuerpo sus palabras.

—¿Estás segura de que solo quieres hablar?

Cuando escuché eso corrí hacia él y me tiré en sus brazos. Pensaba que eso no volvería a ocurrir y, sin embargo, ahí estaba, envuelta en su cuerpo y sintiendo su calor, su olor y su aura.

Me agarró de las mejillas y me robó un beso casto. A ese le siguieron otros más, algunos lentos, aunque mi corazón iba muy rápido, y otros ansiosos tal como nos sentíamos. Había sido un momento mágico sobre todo por lo inesperado. De pensar que no volvería a verlo a saber que había venido especialmente a buscarme... había sido fascinante.

Cuando nos vimos con fuerzas para poder separarnos el uno del otro pudimos hablar por fin.

—¿Qué hacías allí? —Estaba frente a él con sus manos en mi cintura.

—¿Me viste? Fui a buscarte.

—¿Por qué eres tan cabezona? —dijo con el rostro lleno de incompreensión.

—Solo quiero explicarte lo que pasó. Por qué mentí.

—Ya lo sé, pero me vas a meter en un lío y te vas a llevar toda la vida encerrada en tu casa. ¿No te das cuenta? ¿Por qué lo haces?

—Porque aunque me castiguen sé que cuando salga me volveré a sentir libre contigo.

—¿Entonces es eso? Pensaba que era porque sentías algo por mí —comentó imitando indignación y nos pusimos a reír—. ¿Cuándo vas a parar?

—Cuando te consiga de verdad y apuestes por nosotros. —Esa fue una frase llena de intenciones por mi parte.

Volvimos a besarnos de nuevo. Esos besos eran capaces de hacerme olvidar todo lo malo que había pasado este tiempo e iluminar mi camino. Esos besos acariciaban mis labios como si fueran algodón de azúcar que endulzaban mi vida, esos besos sabían a esperanza e ilusión.

Me despedí de él intentando creer que no volvería a desaparecer, pero en el fondo tenía algo de miedo.

—Apunta esto en tu teléfono móvil.

—¿El qué? —lo miré con curiosidad.

—El número de tu chico. —Sonrió algo avergonzado.

El corazón me iba a explotar, no me cabía en el pecho. Estaba muy emocionada y antes de hacerle caso tuve que hundirme en su pecho con un fuerte abrazo para sentirle cerca de mí.

—¿Qué nombre vas a poner?

—Ni Ulises, ni Trece. —Si en casa veían que tenía su número podía meterme en un buen lío.

—Pon un nombre pijo. No sé... Borja, Cayetano...

—Pelayo. —Nos parecía demasiado divertido este juego.

—Perfecto. Si algún día te mando un mensaje y estás con tu familia no habrá problemas. Nadie dudará.

Nos sentamos en el parque un ratito porque no teníamos ganas de separarnos y habíamos pasado muy poco tiempo juntos. Él se empezó a mensajear con sus amigos para que supieran que se había marchado de la discoteca y mientras lo hacía, yo me apoyé sobre su hombro.

Ahora que lo tenía junto a mí, no podía evitar pensar en lo que hubiese pasado si no hubiera ido a buscarlo esta noche. Esperé paciente y pensativa a que dejase el móvil.



—Me gustaría quedarme toda la noche aquí, pero puede vernos tu padre.

Nos levantamos y me terminó acompañando un poco más a mi casa. Ninguno de los dos queríamos separarnos, aunque había que hacerlo, tenía que hacerle una videollamada a mis padres desde mi casa para que supieran que había llegado y si me pasaba de la hora volverían a castigarme de nuevo.

Para despedirnos nos dimos un último beso que nos dejó un dulce sabor en los labios pero que nos supo a poco.

CAPÍTULO 8

ULISES

Cuando la vi en Capitolio me dio un vuelco el corazón. Sabía que no había tenido ocasión de hablar conmigo después de que la dejase con un miserable WhatsApp desde el teléfono de mi madre, pero me di cuenta de que le estaba mintiendo a sus padres solo por mi culpa. Me sentía responsable y con el resentimiento que me tenía su familia y lo que me odiaba, esto sería solo el principio. Lo nuestro no tenía recorrido en el tiempo y estaba avocado al fracaso.

Estaba buscándome, estaba seguro porque, ¿qué iba a hacer allí si no? Había pasado cerca de mí y no se había dado cuenta, pero yo había saboreado su presencia y me había removido todos los sentimientos que durante este mes había intentado aplacar.

En esta ocasión no iba de niña buena. Era la segunda vez que la veía vestida así: la vez anterior tenía el traje beis que cortaba la respiración y esta vez... No tenía palabras para describir lo guapa que venía. Estaba perfecta con cualquier cosa que se pusiera, incluso con esas mallitas rosas y ese cabello despeinado con el que salía de entrenar. Me encantaban los peinados que se hacía a pesar de ser una de las pocas chicas que llevaba el cabello corto. Para mí era diferente a todas las demás.

Desde la distancia la estuve observando y en una ocasión estuvo a punto de verme. Menos mal que no conocía a ninguno de mis amigos porque estaban desperdigados por toda la discoteca. Ese era otro de nuestros problemas.

Empezó a decepcionarse al no verme, podía verlo en su mirada, así que terminó por reencontrarse con sus amigos de los que se había separado por un momento y se dirigió hacia la salida: se había rendido.

Quería ver cómo había llegado hasta aquí y los seguí; se me paró el corazón cuando Yumara, que era una exnovia mía y paraba conmigo y mis amigos, tropezó con ella queriendo. La conocía bien y buscaba pelea. Ella sabía perfectamente quién era Ginebra y, como muchos de los que estaban aquí, la tenían entre ojo y ojo simplemente por culpa de ser hija de quien era. No pude quedarme quieto y corrí hacia allí, pero al ver que el seguridad evitó que llegara a mayores, me aparté. Su silueta desapareció de mi campo de visión.

Con su marcha todo se volvió gris y perdí toda la ilusión por estar allí. La discoteca se había vuelto aburrida, sin sentido... No me apetecía beber, ni bailar, ni ligar... No podía quitarme de la cabeza a Ginebra y necesitaba verla, aunque sabía que no era una buena idea. Quizás solo había venido a pedirme una explicación y me iba a llevar una gran decepción cuando hablase con ella. Fuese lo que fuese decidí ir a buscarla para decirle cara a cara por qué había decidido dejarla. Aunque no conté con los sentimientos que aflorarían cuando simplemente la mirara a los ojos.

CAPÍTULO 9

Empecé a comportarme de una forma modélica. A todo accedía, estudiaba más que nunca, ayudaba a mi madre en casa. No quería bajo ningún concepto que volvieran a castigarme y quedarme sin poder ver a Ulises o sin poder hablar con él por el móvil.

Nos mensajeábamos durante todo el día. Yo era una chica demasiado ocupada y no podíamos vernos todo lo que queríamos, así que esa era una opción para estar cerca de él.

Me encantaba llamarle Pelayo en el WhatsApp porque me lo imaginaba con una camisita por dentro de los pantalones y peinado hacia el lado.

Me ponía textos muy bonitos porque era un chico muy cariñoso y romántico, aunque estaba segura de que nadie se imaginaba esa forma de actuar en él. Me gustaba pensar que quizás era una de las pocas que conocía esa faceta suya.

Hola, ¿Cómo estás hoy? ¿Sigues estudiando? Yo, haciendo un trabajo que tenía pendiente y como no pienso salir (a no ser que necesites un poco de oxígeno para respirar) pues he decidido hacerlo. Cuando tengas un rato libre me avisas y dejo todo para ir a verte. Me he dado cuenta de que eres una influencia demasiado buena. Bueno... y guapa, e inteligente, y simpática... Piensa en mí aunque sea un ratito.

Me encantaban sus mensajes porque podía imaginarme su cara mientras lo hacía. Sonreí al leer la parte del oxígeno porque era algo que aunque pareciese una tontería, para mí tenía mucho significado y que él lo tuviera presente me demostraba muchas cosas.

La primera semana de relación solo nos vimos a ratos. El tiempo de llevarme del instituto a casa, aunque no siempre porque su horario era el mismo. También me recogía después del *ballet* y nos daba tiempo de darnos varios besos y hablar un poquito, aunque siempre me sabía a poco. Había coincidido que tenía exámenes esa semana y no podía bajo ningún concepto traer malas notas ahora así que no quedaba otra que sacrificarnos.

Por fin llegó el fin de semana y podíamos pasar más tiempo juntos, algo que necesitaba. La noche del sábado quedamos con Fabiola y Juan para presentarlos y poder incluirlo en mi grupo de amigos. Al principio estaban algo reacios aunque poco a poco empezaron a congeniar.

—Pensaba que eras diferente —soltó Fabiola.

—¿Ulises, o Trece? ¿Cómo te gusta que te llamen? —comentó Juan con curiosidad.

—¿Por qué tienes esa fama? —preguntó de nuevo mi amiga.

—Dejad de avasallarlos con tanta pregunta. Parece un interrogatorio —intenté defenderlo.

—¿Te han hecho algún interrogatorio alguna vez? —Fabiola de nuevo.

—¡¡Ya basta!! —le dije a mi amiga con un tono un poco alto.

—No te preocupes, no pasa nada. Mis amigos y... bueno, y la familia de Ginebra —dijo en tono burlón— me llaman Trece, pero prefiero que me llaméis Ulises como lo hace ella.

—Ves, Ginebra, a él no le importa responder. —Se sentaron en un banco a escucharlo mejor y atentamente.

—Supongo que cuando dices que no me imaginabas así te refieres a la forma de ser. No voy por ahí pegando ni liándola todo el tiempo. Es verdad que bueno, si tengo la fama es por algo, pero... no soy tan malo. Y sobre si me han hecho interrogatorio...

—No lo vas a responder porque a nadie le importa —exigí—. Vamos, chicos, dejadlo ya. —No quería que se sintiera como un mono de feria y estaba molesta.

Tras esa conversación estuvimos hablando y bebiendo con ellos y con los amigos de Juan, pero veía a Ulises desubicado. En cuanto me serví el segundo cubata se empezó a poner nervioso.

—¿Te vas a beber ese también? —me preguntó con el ceño fruncido.

—Sí. ¿Y tú por qué no te tomas algo? —Me acerqué a él y lo abracé absorbiendo todo su aroma—. Por favor, intenta relajarte. No estás haciendo nada malo. Tienes dieciocho años, eres mayor de edad.

—Lo sé, pero tú no. —Me apartó un mechón de pelo de la cara—. No soy de esos novios que prohíben cosas, te lo prometo, pero... esto es diferente.

—Sé por qué lo haces. No es por mí, es por mi padre, ¿verdad?

—Ha pasado por ahí un coche patrulla y... —Estaba demasiado preocupado como para disfrutar de la noche.

—Es algo normal, siempre lo hacen. Deja de preocuparte un poquito, por favor, no quiero verte así.

Ulises no estaba a gusto aunque quisiera hacerme ver lo contrario; lo conocía bien.

De todos los que estaban allí, nadie aparte de Juan y Fabiola hacían por conocerlo, prácticamente lo ignoraban y sabía que él estaba incómodo: aguantaba por mí. No quería hacerle más largo el sufrimiento el primer día, así que dije:

—¿Quieres que nos vayamos un ratito a un lugar tranquilo los dos solos?

—¿Tú quieres? —Que mono me parecía preguntándome eso.

—Sí. Me gustaría conocer a Trece. —Sonreí.

—¿A qué te refieres? Soy yo.

—Para mí eres Ulises: un chico atento, cariñoso, que me antepone a mí y lo único que le importa es protegerme de los castigos de mi padre. ¿Dónde está ese chico que se mete en problemas? No te imagino siendo así.

—Me alegro. —Me agarró de la cintura y me acercó a él—. No quiero perder a una chica que no le importan las consecuencias, que no tiene inconveniente en meterse en problemas y que no espera a que sea el chico el que la busque o le pida salir. Prefiero que estes con Ulises —bromeó.

—¿Crees que si conociera a Trece te dejaría? —Acaricié su mejilla mientras le preguntaba.

—¿Quieres que sea sincero?

—Sí, claro. —Lo miré expectante esperando su respuesta.

—Creo que no —su comentario fue sincero y al ver mi cara de confusión, sacó su tono burlón—. Creo que tú tienes una Trece también dentro de ti. —Me hizo un gesto cariñoso besándome la mejilla.

—Yo estoy segura de que tampoco —comenté sonriendo para quitar importancia a esa conversación—. ¿Nos vamos ya?

—Estoy deseándolo.

Caminamos hasta el coche y cuando llegamos, nos dirigimos hacia un acantilado que había en la costa. En cuanto aparcamos, puse música y me bajé dejando la puerta abierta.

Le agarré de las manos y me puse a bailar delante de él.

—Venga, vamos. Aquí puedes estar cómodo porque solo estamos los dos. Nadie nos ve. Vamos, baila. —Lo incité a que me siguiese y así lo hizo.

Seguimos así, moviéndonos al son de la música, riéndonos y exagerando los movimientos hasta que me cogió en brazos, me sentó en el capó del coche y me empezó a besar. Ahí olvidamos lo que estábamos haciendo, el mundo se paró y solo estábamos él y yo.

La temperatura iba subiendo entre los dos a medida que se sumaban las caricias de sus manos frías por debajo de mi top. Me encantaba escuchar su respiración cerca de mi oído cada vez que besaba mi cuello dejando un reguero de humedad, me encantaba sentir el roce y la presión de su cuerpo sobre el mío. Comenzábamos un camino en el que iba a ser difícil dar marcha atrás.

—Será mejor que nos sentemos un rato en el coche a hablar —dijo mientras se separaba de mí e intentaba calmar su aceleración.

Obedecí porque sabía lo que pensaba y lo difícil que iba a ser que cambiase de opinión con respecto al sexo. Preferí esperar a que estuviéramos más seguros de todo.

Mientras que Ulises se sentaba en el asiento trasero, yo me quité los zapatos y me acosté boca arriba poniendo la cabeza en su muslo. Comenzó a peinarme con los dedos mientras empezamos a hablar.

—¿Quieres saber qué pensaba de ti antes de conocerte en persona?

—Sí —respondí entusiasmada.

—Que eras una niña de papá, consentida y engreída.

Me levanté un momento y me quedé mirándolo un poco confusa.

—¿Por qué? ¿Por qué sois así? Todo el mundo piensa eso de mí—. Tenía que reconocer que me había dolido porque me parecía demasiado injusto por parte de la gente que sin conocerme me juzgaran.

—Lo siento. —Ulises se empezó a sentir culpable por contármelo.

—Contéstame —supliqué.

—Qué más da lo que piense la gente de ti. No creo que seas de las que le importa eso. —Apoyó su mano en mi cabeza y se quedó mirándome arrepentido quizás por haberme juzgado sin conocerme.



—Pues sí que me importa porque es injusto. —Se agachó y me dio un beso en la frente.

—No debería habértelo dicho. No sabía que te iba a molestar tanto aunque en realidad lo entiendo si me pongo en tu lugar.

—Ahora comprendo por qué mi padre no quiere que vaya a según qué sitios. En Capitolio mientras salía con Juan y Fabiola una chica me empujó y ahora pienso que quizás fuera por ese motivo.

—Lo sé, lo vi. Se llama Yumara y es amiga mía. No intercedí porque vi como el segurata de la discoteca te dijo que te marcharas y ella no fue a buscarte.

—Tus amigos me odian, ¿no?

—Tampoco he visto a los tuyos muy volcados en mí esta noche. Quitando a Juan y a Fabiola.

—Bueno, da igual. El destino te puso en mi camino ese día por algo. Necesitaba a alguien que me ayudara a emerger de mi vida. Mis padres me hunden con el *ballet*, el inglés, incitar a que estudie en la academia de policía y ahora... Ahora quieren que termine el curso en Inglaterra para mejorar el idioma.

—¿Qué?! ¿Te vas? —Su cara se transformó sorprendido por lo que acababa de decirle.

—Espero que no porque no podría soportarlo. —Me gustaba la sensación que me daba Ulises de comprensión y cómo me escuchaba mientras me daba besos en la mano. Sentía el apoyo que no tenía de mi familia porque ellos solo exigían y exigían, quitando a mi tío que era el único con el que podía contar de vez en cuando.

—¿No quieres ser policía?

—Claro que no. Siempre me ha gustado ser maestra.

—Pobres niños —bromeó—. Los vas a volver locos.

—Ey... Sería una maestra perfecta porque me encantan los niños y tengo mucha paciencia con ellos. Puede ser porque no tengo hermanos y mi casa ha sido silenciosa y vacía siempre... ese alboroto de niños pequeños chillando por todos lados, como en la casa de mis amigas, siempre me ha encantado.

—Yo también soy hijo único y he sentido la misma sensación de soledad en casa.

—Pero tú tienes la suerte de llevarte bien con tus padres, ¿no?

—Sí, pero siempre están trabajando. Tengo que reconocer que la primera vez que me metí en problemas fue para llamar su atención. Mis nuevos amigos en ese momento, que son los que tengo ahora, eran problemáticos desde pequeños y me llamaba la atención lo que hacían. —hizo una breve pausa y tragó saliva—. La primera vez que me metí en problemas fue porque salí un día, bebí mucho y partí todos los espejos retrovisores de los coches que estaban aparcados en una calle, con tan mala suerte que una cámara nos cogió a mí y a un amigo. Cuando mis padres se enteraron se volcaron en mí, estaban pendientes por saber si tenía problemas, me querían llevar a un psicólogo, querían saber si salía con malas compañías y ¿sabes que terminaron haciendo? Me regalaron una moto para que me distrajese en otra cosa. No quería nada material, los quería a ellos. —Tras decir eso salió del coche y empezó a tirar piedras al horizonte—. No sé por qué te lo he contado.

Lo seguí y lo abracé desde atrás para que viera que estaba ahí.

—Qué bonito y qué triste. —Le di la vuelta y me puse delante. Lo besé despacio y con mimo mientras le acariciaba la mejilla.

—Trabajan mucho, lo sé.

—Pero no lo aceptas.

—Bueno, cambiemos de tema. —Se cerró en banda y no quise forzar la situación con el

tema de su familia, estaba segura de que había contado más de lo que le hubiese gustado—. ¿Qué pensabas cada vez que escuchabas algo de Trece?

—Te imaginaba fumando sustancias ilegales, con una cicatriz en la cara de alguna pelea y muy feo —exageré—. En realidad solo imaginaba a una persona con la que no me quería cruzar.

—¿Y ahora qué piensas?

—Qué no me quiero separar de ti. —No pudo reprimir la sonrisa y me besó.

Antes de llevarme a mi casa paseamos por los lugares en los que él se solía mover. Fue contándome batallitas, pero ninguna que tuviese que ver con un delito. Me daba la impresión de que se avergonzaba de esas cosas conmigo.

Cuando me enseñó su casa, pude imaginármelo haciendo una vida normal allí. Me sorprendió ver como el barrio en el que vivía, que era bastante normal, no tenía nada que ver con el lugar donde paraba con sus amigos, que era una zona bastante problemática del extrarradio.

CAPÍTULO 10

Cada mañana me levantaba con ganas de hacer cosas. Quería ir al instituto, quería hacer *ballet*, quería ir a inglés, solo y exclusivamente para que todo eso terminase y pudiera ver, aunque solo fuera un pequeño ratito, a Ulises.

Parecía que todo salía bien últimamente porque no me peleaba con mis padres y no habían comentado nada sobre lo referido a viajar a Inglaterra. Yo no quería preguntar, prefería vivir en la ignorancia.

El viernes tenía la tarde libre y quedamos con Fabiola y Juan para ir al centro. Paseamos por la calle cogidos de la mano aunque para él eso fuera un esfuerzo. No hacía nada más que mirar a todos lados cada vez que escuchaba un coche.

Juan quería ir a tomar un batido helado a un local que había cerca de allí. Al segundo vi como el rostro de Ulises se transformaba y se tensaba.

—¿Qué te ocurre? —le pregunté en voz baja intentando que no se dieran cuenta mis amigos.

—Nada.

—Sé que te pasa algo. Te has puesto en alerta.

Agachó la cabeza y se acercó lo más posible a mi oído.

—No creo que me dejen entrar allí. —Me miró avergonzado y le di un beso para que se diera cuenta de que no me importaba. No pensaba preguntarle el motivo, aunque podía imaginarme varias hipótesis.

—Propón otra cosa, tranquilo.

—Podemos ir a merendar a una cafetería donde ponen unos dulces enormes que están muy buenos y no está lejos de aquí.

—Sí, claro. Tengo hambre —contesté ante la atenta mirada de Fabiola que sabía que esa clase de comida no entraba en mi dieta.

—¿Estás segura? Mira que...

—Sí, Fabiola, estoy segura —la interrumpí.

—Yo me apunto encantado. Me vuelven locos los dulces, sobre todo los bombones como tú. —Juan mordió el cuello de su novia y la empujó para que empezásemos a andar.

Cuando llegamos, el olor que desprendía aquella pastelería me hizo la boca agua y a aunque tuve que luchar con mi mente que solo veía calorías delante de mí, elegí uno como los demás. Era uno de los más pequeñitos, pero Ulises me recomendó un trozo de tarta de la abuela que era la especialidad de la casa y acepté. Tenía una pinta deliciosa.

Nos sentamos y cuando llegaron los batidos empezamos a comer.

El primer trozo que me llevé a la boca se me deshizo en cuanto cerré los labios. Con la mirada perdida empecé a degustar ese manjar. Odiaba perderme estos placeres de la vida, pero no iba a pasar nada por saltarme la estricta dieta del *ballet* por un día. Escuchaba las voces de los tres hablando, pero yo estaba en mi mundo de chocolate.

—Prueba mi tarta de queso con arándanos. —Ulises atrapó un trozo con el tenedor y lo llevó

a mis labios. No podía decirle que no. Estaba disfrutando como una niña pequeña.

Cuando terminé de comerme todo y vi el plato vacío, empezaron los remordimientos. El pensamiento intrusivo de la tarta venía a mi mente una y otra vez y me sentía hinchada. Si mi madre me viera comer esto se moriría.

—Voy un momento al baño.

—Ginebra, te acompaño.

—No te preocupes, Fabiola, no voy a perderme.

—Lo sé. —Me empujó y se acercó a mí para que Ulises no se enterase—. Pero puedes hacer algo peor.

Eso era lo malo de ser tan amigas, me conocía demasiado bien y sabía que ese trozo de tarta tenía que salir de mí.

Mi amiga no me dejó ni un minuto sola y en cuanto me metí en la zona donde estaba el retrete, cerré la puerta, fallo mío sin poner el pestillo porque en cuanto empecé a toser, ella abrió sabiendo perfectamente lo que pasaba.

—Venga, vamos. —No me dio otra opción.

Ulises se dirigió hacia mí en cuanto salí y me abrazó. Creo que no estaba acostumbrado a pasear por el centro porque iba rígido y parecía incómodo.

—¿Te lo estás pasando bien? —Quería saber si estaba disfrutando tanto como yo.

—Claro. Mientras esté contigo. —Me guiñó el ojo.

—¿Qué haces cuando estás con tus amigos? Y no delinques, claro —dije en tono burlón haciéndole reír.

—Quedamos en el parque que te mostré el otro día.

Seguimos nuestro camino por las tiendas. Fabiola y yo nos estuvimos probando ropa. Ulises quería que le enseñara los modelitos y él los puntuaba del uno al diez. El primero fue un pantalón de deporte con una sudadera a juego al que puso un siete. El segundo fue un traje negro bastante sencillo al que puso un ocho y medio y el tercero fue un pijama de corazones, cortito y muy estrecho. Mis padres nunca dejarían que durmiese así, pero a él le gustó tanto que entró en el probador conmigo, tiró la ropa que estaba en el banco al suelo, se sentó y me sentó a horcajadas sobre él.

—¿Es necesario que le ponga nota? —Me agarró de los brazos y se quedó mirando mi cuerpo con ese pijamita ceñido.

—Creo que no —susurré sobre sus labios.

Acaricié su boca con la mía de una forma lenta y dolorosamente sensual. Sus manos, que estaban en mi cintura, fueron bajando hasta llegar a mis glúteos que acarició y arrastró hasta pegarme por completo a su pecho. Podía sentir su excitación solo por su forma de respirar y comenzamos a besarnos. Empezamos de forma pausada, alimentando la pasión que comenzaba a emerger de entre nosotros y que empezamos a descontrolar en cuanto los besos se volvieron desenfadados. Sus manos comenzaron a acariciar todos los resquicios de mi cuerpo mientras yo me sujetaba a su espalda con fuerza. Era un momento íntimo, erótico y excitante que nos empujaba a avanzar, a seguir acariciándonos hasta dejarnos llevar, pero estábamos en un puto probador y Juan empezó a golpear la puerta al intuir que nos estábamos dando el lote.

—¡¡Seguridad!! —bromeó haciéndose pasar por ellos.

—¿Cuándo vas a dormir en mi casa? —Sus ojos me miraban esperanzados.

—¿Con tus padres? ¿Estás loco?

—A mis padres no les importará. Son muy liberales en ese aspecto. Van a su bola.

—Sabes que eso es imposible, ¿verdad? No me van a dejar porque si le digo que me quedo a

dormir en casa de alguien, querrán llamar a sus padres para asegurarse.

—Lo sé. Pero sería tan...

—¿Te atreverías a hacer algo más que lo que estamos haciendo ahora?

—No. Pero me conformo con besarte y acariciarte toda la noche. Además podemos hacer otras cosas. —Sonrió de forma pícaro.

—Vamos, chicos. Os estamos esperando aquí afuera. ¿Cuándo vais a salir?

—Déjalos, Fabiola. Seguro que se lo están pasando muy bien ahí dentro.

Nos estábamos riendo con los comentarios de los dos porque en ese instante solo me estaba vistiendo.

Salimos entre risas y bromas, pero no seguimos juntos porque Juan y Fabiola se tuvieron que marchar. A nosotros nos apetecía quedarnos más tiempo y decidimos o mejor dicho, decidí entrar en Primor a comprar, algo de maquillaje.

Estuve viendo paletas de pinturas y un iluminador cuando se me ocurrió robarlo. Me subió la adrenalina simplemente imaginándome cruzar la puerta de la tienda. Me parecía excitante.

—Atento —le dije a Ulises para que me mirase.

Cuando me vio intentando quitar la pegatina con la alarma se le cambió el rostro.

—Ni se te ocurra hacer eso.

—Pero ¿por qué?

—He dicho que ni se te ocurra. —Me sorprendió ese pequeño mosqueo.

—Será divertido. Solo es un iluminador. Tú has hecho cosas peores.

—Ginebra, no tiene gracia.

Accedí porque vi que lo decía en serio, pero cuando no se dio cuenta me lo guardé con disimulo.

Cuando nos íbamos acercando a la puerta mi corazón empezó a descontrolarse. Era una mezcla de peligro y miedo que atraía, pero al salir y que ese chisme no pitase me dio un subidón.

No podía parar de reír y Ulises se dio cuenta rápidamente de que algo pasaba.

Me agarró de la mano y tiró de mí sin decirme nada. Atravesamos el pasillo central y nos dirigimos al aparcamiento, una vez allí me miró fijamente y se cruzó de brazos.

—No habrás hecho lo que creo que has hecho, ¿no?

Comencé a reírme.

—Ha sido impresionante. He pasado unos nervios horribles; pensaba que se me iba a salir el corazón del pecho. ¡¡Qué subidón!! Puedo comprender lo que sentías cuando... —No me dejó hablar.

—Sube al coche —exigió.

—¿Qué?! ¿Ya nos vamos? —Obedecí porque me di cuenta de que estaba enfadado de verdad—. Ulises. —Ni me miraba ni me contestaba—. Ulises. —Al llamarlo por segunda vez y ver que no me hacía caso decidí quedarme callada y esperar a que se le pasase el mosqueo y se dignase a dirigirme la palabra.

Fue todo el camino con el ceño fruncido y la mandíbula tensa y empezaba a sentirme cada vez más incómoda.

—¿Dónde vamos? —pregunté en voz baja sin conseguir respuesta.

Cuando cogimos la salida tres supe que nos dirigíamos a mi casa, pero seguía sin comprender lo que pasaba. ¿Estaba enfadado porque había robado un estúpido iluminador cuando él había estado en el calabozo por sabe Dios qué? Me pensaba defender así si era ese el motivo.

Aparqué donde siempre y no paró el motor del coche. Yo lo miraba esperando alguna bronca

o alguna conversación de lo ocurrido, pero al momento me di cuenta de que eso no iba a pasar.

—¿Quieres que me baje sin más? ¿No piensas hablarme? —Esperé su reacción, pero nada.

Abrí la puerta y salí del coche mientras me abrazaba a mí misma llena de confusión. Cerré la puerta y le dije que bajase la ventanilla y me mirase aunque solo fuese un momento, pero no me hizo caso. Me sentía cada vez peor a pesar de que no me pareciese tan grave lo que había hecho.

—Ulises. —No sé si me escuchó o no, porque aceleró y se fue dejándome allí completamente compungida.

Caminé hasta mi casa un poco impactada por lo sucedido. Mi cerebro no era capaz de asimilar qué era lo que había pasado, aunque eso no fue nada comparado con lo que sentí cuando intenté llamarlo estando en mi habitación y vi que me había bloqueado.

Lo primero que hice cuando por fin reaccioné fue correr al cuarto de baño y vomitar la maldita tarta que seguía dentro de mí. Fue más fácil de lo normal porque sentía un malestar en la boca del estómago que no me dejaba respirar.

¿Por qué había hecho eso? ¿Por qué no hablaba conmigo para solucionar las cosas? ¿Tan poco le costaba echar todo por la borda?

La garganta empezó a dolerme mucho y los ojos se me empezaron a empañar. ¿De verdad había pasado esto?

Tenía un enorme sentimiento de arrepentimiento y sobre todo de impotencia por no poder preguntarle o contarle lo ocurrido. Necesitaba hablar con él a toda costa y no se me ocurría nada cuando recordé que me había dicho dónde vivía. No necesité nada más; cogí las llaves de casa y me dirigí hacia la suya arriesgándome a cualquier consecuencia.

Había luz en el interior de ese hogar que estaba silencioso. Tenía ganas de volver a vomitar; no sabía si por la tarta o por los nervios así que me puse la mano en la boca del estómago intentando calmar esa sensación antes de llamar a la puerta. No tardó mucho en abrir una señora.

—¿Sí? —Me miró algo extrañada, como si le sorprendiera mi presencia allí.

Era una mujer mucho más joven que mi madre: tenía el cabello largo y oscuro, era delgada y vestía con unos vaqueros y una camiseta blanca.

—¿Está Ulises?

—¿Ulises? —Sonrió—. Pensaba que solo lo llamábamos así sus profesores y nosotros—. Su sonrisa era igual que la de él—. Está en su habitación. ¿Ocurre algo? —De pronto se le ensombreció la mirada—. ¿Ha ocurrido algo? ¿Se ha metido en otro lío? Pensaba que estaba más tranquilo. —Empezó a preocuparse.

—No, no es eso. Solo necesito hablar con él.

—Ah. ¿Está bien? —Su rostro volvió a suavizarse con mis palabras. Su habitación está al fondo. Llama antes de entrar; se pone hecho una furia si no se le hace caso en eso.

—Gracias. —Intenté ser lo más educada que pude.

Caminé por el pasillo y antes de llamar a su puerta volví la cara hacia el salón, su madre me miraba entre curiosa y contenta.

Respiré hondo y llamé tres veces.

—¿Qué quieres, mamá? ¿Te vas a trabajar? —Me gustaba la forma en la que se dirigía a su madre. Muy diferente a lo que cualquiera pudiese pensar de un chico que se había metido en tantos problemas.

—Soy... soy yo. Ginebra. —Escuché crujir la cama, unos pasos y la puerta se abrió de par en par. Ulises me miraba con cara de sorpresa. —Solo vengo a... —Me agarró de la camiseta y me arrastró hasta el dormitorio. Allí se quedó frente a mí con las manos en los bolsillos y la mirada gacha.

—¿Qué haces aquí? —Se giró y se sentó en el escritorio.

Cruzó las piernas y los brazos y por fin me miró.

—Necesito hablar contigo.

—Habla. —Su mirada era gélida como el hielo y todo lo que pensaba decirle se me aturulló en la cabeza.

—¿Por qué me has bloqueado? ¿Tan malo es lo que he hecho? No entiendo nada. —Al ver que no se inmutaba mientras yo me estaba rompiendo literalmente delante de él, me entraron ganas de llorar. ¿Desde cuándo era tan frío?—. ¿Por qué me miras con esa frialdad? Parece como si no te importara verme así.

Esperé unos segundos a que mostrase alguna reacción y lo único que hizo fue agachar la mirada y agarrar con sus manos la tabla del escritorio y apretarla. Me di la vuelta para marcharme antes de ponerme a llorar delante de él.

CAPÍTULO 11

ULISES

No quería mirarla a la cara porque sabía que en cuanto la viera sufrir, se me pasaría el enfado y estaba muy cabreado para que esto se quedase en nada.

La había conocido haciendo algo totalmente inconsciente, como ir a por su amiga a un callejón oscuro y en una zona con mala reputación. No se daba cuenta de que tenía que ser madura para ciertas cosas si quería que lo nuestro funcionase.

Quizás exageré bloqueándola. Era lo que sentía en ese momento: una rabia descomunal.

Cuando empecé a escuchar cómo se sorbía los mocos levanté la mirada. Se había dado la vuelta y se dirigía hacia la puerta para marcharse. No pensé demasiado porque mi cuerpo reaccionó antes que mi mente y le agarré por la muñeca desde atrás para frenarla. Ella agachó la cabeza y empezó a llorar.

—Uli cariño, me voy a trabajar —dijo mi madre desde el otro lado de la puerta—. Papá llegará en un par de horas corazón. Os he dejado dinero en la entrada por si la chica se quiere quedar a cenar contigo.

Carraspeé para que no se me escuchase la voz debilitada.

—Está bien.

—Te quiero cariño.

—Mamá, joder. —contesté molesto.

—Dile adiós a tu amiga.

—Te está escuchando —respondí un poco exasperado.

—Adiós señora —logró decir—. Me llamo Ginebra.

—Que nombre con más clase. Es muy bonito.

—¿Puedes dejarnos ya, por favor? —supliqué molesto.

—Bueno dejo que sigáis con lo vuestro. Chao. —Se escuchó el zapateo de sus zancos de enfermera alejarse y antes de que llegara a la puerta gritó—. Uli, estudia.

—Síiiii. —Qué pesada era.

Hasta que no escuché cerrarse la puerta de la calle no respiré tranquilo. Esa conversación había conseguido quitarme un poco el enfado, sobre todo porque me había fijado en lo que le había gustado Ginebra a mi madre. No era el tipo de chicas que solía ver por aquí.

Pensé en si eso era lo que quería de verdad hasta que la escuché llorar de nuevo y me di cuenta de que no podía dejarla.

Bajé mi mano despacio y con miedo hasta que la entrelacé con la suya.

—Siento haberme comportado así, ¿vale? —Al ver que no podía hablar porque no dejaba de llorar, seguí haciéndolo yo—. Soy Trece, Ginebra. Me he metido en muchos problemas. He robado, ¡¡he vendido!! —alcé la voz—. También he roto lunas de coches, escaparates... Pero me

gustas mucho y no quiero que la gente piense que soy una mala influencia para ti, porque todos pensarán que haces eso por mi culpa, ¿o no te das cuenta? Quiero que vean que estoy intentando cambiar porque quiero que me acepten. —Ella se empezó a secar las lágrimas con la mano que tenía suelta—. No puedes robar nada conmigo porque me tienen enfilado, porque eres hija de un policía que me odia y porque yo soy mayor de edad y tú no. Todos son inconvenientes. Me agobié mucho cuando...

—Lo siento. —Se fue girando hacia mí y sin que pudiese verle la cara me abrazó.

Me rodeó por la cintura y escondió su cara en mi pecho. La abracé y me dejé llevar por el momento empezando por acariciar su pelo para que pudiese calmarse y así hablar: estaba muy afectada. Me sentía fatal por haberle hecho sentir así, pero el motivo era demasiado importante.

—Ginebra me gustas demasiado. No quiero problemas, ¿entiendes?

—Sí, lo siento. —La separé un poco y le sequé las lágrimas con mis pulgares.

—Por favor tengamos cuidado. ¿No crees que tu tío pueda pensar después de pillarnos en la playa que el día que llegaste mojada fue por mi culpa? —Asintió con la cabeza y dejó que le diera un pequeño piquito en los labios.

—No eres una mala influencia para mí. No sé por qué lo hice. Me lo estaba pasando tan bien que para mí era como pasar de nivel. No sé explicarlo.

—Crees que haciendo eso llevas el control y haces lo que quieres aunque no debas. —Me miró tan confundida que reí—. Tiene sentido, ¿verdad? —Estaba muy decaída.

La cogí en brazos y la acurruqué en la cama conmigo. Era todo lo que necesitaba en la vida en ese instante. Estar abrazado a ella para que se sintiese protegida y bien.

—Ulises.

—Dime.

—A mí también me gustas demasiado.

La besé con mimo y ternura. Era la mejor forma de acabar con este enfado.

—Cuando haces esas cosas pienso que no deberías estar conmigo. Esta vez no te han cogido... pero ¿cuántos castigos te has ganado desde que estamos juntos?

—Lo sé. No sé por qué me entran ganas de portarme mal o por qué no me «importan» los castigos. Solo sé que me merecía la pena estar un mes encerrada a cambio de estar una tarde junto a ti. Sé que no lo entiendes porque no tienes mi vida. Tu madre se ve muy dulce y comprensiva. Me da mucha envidia. La mía solo hace lo que dice mi padre y a veces pienso que también está asfixiada con él.

—Bueno, pero son tus padres y hasta que no puedas independizarte tienes que obedecerlos.

—Cuando tenga dieciocho años me iré de mi casa. Aunque tenga que estudiar y trabajar a la vez. Viviré mi vida y elegiré cómo hacerlo.

—Yo estaré ahí para ayudarte.

—¿De verdad? Eso si no te cansas de mí como hoy.

—Lo siento, ¿vale? —Eso me dolió porque sabía que yo tampoco había actuado bien. Debería haberle explicado mis sentimientos en vez de dejarlo todo y huir—. No lo volveré a hacer. —Le di un beso en la frente en forma protectora.

Estábamos solos, en una cama y sin nadie que nos molestase, pero lo único que queríamos y necesitábamos era eso.

Estuvimos hablando varias horas sobre lo que nos unía, lo que nos separaba y sobre lo que queríamos. Era el momento de escucharnos.

CAPÍTULO 12

Convencí a mis padres para que me dieran un voto de confianza y me dejaran tener un poco más de libertad entre semana prometiéndoles que subiría todas mis notas y aceptaron. Eso significaba que de mi tiempo con Ulises tenía que sacar un buen rato para estudiar. Nos iría bien a los dos.

Empezamos a ir todos los días a su casa por lo menos durante un par de horas para poder hacerlo. Él se ponía con sus ejercicios en su escritorio y yo aprovechaba para estudiar acostada en la cama. Normalmente nos lo tomábamos muy en serio para poder salir después y disfrutar tranquilos.

Los primeros días notaba como Ulises se frustraba. Suponía que no entendía alguna cosa, pero yo no podía ayudarlo pues estaba dos cursos más avanzado que yo.

Conocí a sus padres que me parecieron encantadores. Me había dado cuenta de que Davinia le había hablado bien de mí a Antonio porque en cuanto me vio empezó a sonreír. Estaban encantados conmigo sobre todo al ver cómo Ulises empezaba a estudiar más y a dejar de salir con sus amigos. Amigos que de vez en cuando lo llamaban con insistencia para quedar y él ni siquiera descolgaba el teléfono.

—¿Quién te ha llamado?

—Jairo y Yumara. Seguro que quieren que me acerque al parque.

—¿Por qué no le contestas?

—Porque estoy estudiando contigo y lo prefiero. —Soltó el bolígrafo y se apoyó en el respaldo de la silla un poco agobiado—. Con ellos no voy a hacer nada bueno. —Se volvió a mirarme.

—Eso depende solo de ti. Si quieres podemos ir a verlos un rato.

Se levantó, me quitó el libro de las manos y se tumbó sobre mí.

—Quiero estar contigo. Deja de hablar de ellos.

—Ulises... —Parecía un oso atrapando a su presa. Hundió su cabeza en mi cuello y al responder me hizo cosquillas con su aliento.

—¿Qué quieres, pesada? —Empecé a reírme.

—No me llames pesada. Solo quiero que sigas con tu vida normal aunque estés conmigo. Que no te caiga bien esa chica no significa que no puedas quedar con ellos. —Volvió a soplar en mi cuello para hacerme reír y revolverme—. ¡Estate quieto ya! —reí— Quizás algún día me lleve bien con ella.

—¿Podemos dejar de hablar de mis amigos?

—Si me prometes que no los vas a dejar de lado por mí. El portarte bien o no es cosa tuya.

—Está bien. Lo haré.

Al ver que la conversación había acabado ahí y al estar en la postura en la que nos encontrábamos empezó a besar mi cuello. Separó un poco mis piernas con sus caderas y se acomodó sobre mí. Sus besos fueron subiendo y formando un reguero de sensaciones que electrificaron mi columna vertebral. Arqueé mi espalda cuando sus labios llegaron hasta los mios

y metió su mano por debajo de mi camiseta hasta llegar a mis pechos. Estábamos entrando en un camino pedregoso, por lo menos para él, porque yo estaba dispuesta a todo con Ulises.

Mientras me besaba comenzó a desabrochar mi camisa que estaba abierta por delante y me ayudó a quitármela. Justo después, y al ver su predisposición, hice lo mismo con su camiseta. Agarré la parte baja de ella y, con su ayuda, la subí hasta sacarla por su cabeza alborotándole el pelo. Seguimos besándonos cada vez con más ímpetu. Sus labios atrapaban los míos de una forma ansiosa, pero que combinaba con la dulzura de las caricias que me hacía por el torso y por las caderas. Se alejó de mis labios y comenzó un camino nuevo hasta ahora entre los dos, un poco más allá. De una forma dolorosamente lenta, comenzó a descender por mi cuello hasta llegar a la parte superior de mis pechos. Aún tenía el sujetador puesto y metió su dedo índice para intentar bajarlo cuando:

—¡¡Uli!!, ¡¡Ginebra!! ¿Estáis aquí? —preguntó su madre.

Le di un empujón que casi lo tiro de la cama. Él me miró extrañado.

—Mi madre no va a entrar, tranquila. Siempre llama antes.

—¡¿Estás loco o qué?! Esto es una falta de respeto. No voy a hacer nada raro con tu madre aquí aunque no entre.

—No estoy diciendo eso, solo digo que no hace falta que me tires de la cama.

—Uli —volvió a gritar su madre.

—Sí, mamá. Estamos aquí.

Mientras él hablaba, yo me ponía la camisa, me peinaba bien y me sentaba de una forma coherente en la cama.

—¡Quieres ponerte la camiseta de una vez! —le exigí.

—Está bien, está bien.

Mientras lo hacía salí a hablar un poco con Davinia. Me encantaba la forma en la que me miraba cada vez que estaba conmigo. Estaba muy contenta de que estuviese con su hijo, podía notarlo.

—Mamá, ¿puedes dejar a mi novia? Es mía.

—Oye. Ha sido ella la que ha venido a verme —dijo sonriendo—. Pero bueno chicos voy a darme una ducha y a dormir un poco. He tenido doble turno y estoy agotada.

Me daba mucha pena pensar que siempre estaba trabajando, durmiendo o no coincidía con el horario de Ulises. Comprendía lo solo que se podía sentir y la falta que tenía de ellos. El caso del padre era básicamente igual.

Cada vez que venía a verme a las clases de *ballet* me entraban unas cosquillitas en el estómago. Todas se quedaban mirándolo: no sé si por lo guapo que era, por lo menos así lo veía yo, o porque era diferente a lo que solían ver. Nunca me preguntaron por él, pero estaba acostumbrada. Allí, solo había envidia y competitividad.

Me encantaban los mensajes que me mandaba por la noche antes de dormir. Aun si hubiésemos estado juntos mucho tiempo. No me dormía hasta que leía lo que me había enviado.

Hola, señorita, soy Pelayo. Espero que estés pensando en mí ahora porque si no... no te llevaré a montar a caballo este fin de semana. Solo quiero darte las buenas noches y decirte que yo sí que estoy pensando todo el tiempo en ti. Buenas noches a la chica más guapa y que viste algunas veces un poco extraña, de tu Pelayo. Por cierto, mañana tengo un examen: deséame suerte.

Tuve que reírme con ese mensaje. Se metía en el papel de niño pijo con ese nombre y me encantaba su sentido del humor.

Me acosté en la cama con mi pijama, mis sabanitas suavecitas y dejé el móvil en la mesita de noche. Me quedé mirando el techo e inspiré una bocanada de aire que expulsé lentamente. Por primera vez sentía que podía respirar en mi casa.

Esa noche dormí mejor que nunca. Había libertad dentro de mi jaula de cristal y el sentirme libre en una parcela de mi vida me entusiasmaba, además, mis padres estaban especialmente relajados conmigo. No sé qué había cambiado, pero todo parecía estar más calmado.

Yo estaba cumpliendo la promesa que les hice y subí las notas de casi todas las asignaturas. Ulises empezó a aprobar lo que tenía suspendido y a elevar sus notas en otras de ellas. Sus padres estaban cada vez más contentos conmigo porque sabían que eso era gracias en parte a que yo lo motivaba. De lo que más se alegraban era que hubiese dejado de meterse en problemas aunque a veces estaban reacios a que eso no volviese a pasar. Suponía que no podían confiar en él de la noche a la mañana y era algo lógico.

Cada vez que sacaba buenas notas, ellos le daban dinero para que me invitara a comer. Eso me ponía cada vez más nerviosa porque tomando algunos alimentos mi cabeza no dejaba de repetirme que eso tenía que salir de mi estómago. Alguna vez me aguanté hasta llegar a casa, aunque en ocasiones lo hacía en el mismo restaurante.

Me acababa de comer un sándwich de pollo porque Ulises había insistido en ello.

Cuando estuvo en la mesa y llegó su aroma a mí, se me hizo la boca agua. Lo degusté bocado a bocado, disfrutando de aquella sensación que tan pocas veces me permitía. Ulises me miraba sonriendo porque podía percibir lo que estaba sintiendo.

—Ahora vas a probar la mejor tarta de queso del planeta.

—No. Estoy llena, te lo prometo. No puedo más —mentí.

Levantó la mano para llamar la atención del camarero que corría de un lado a otro y cuando la obtuvo le pidió ese maldito postre.

—No pienso comérmelo —me negué.

Se levantó y se sentó a mi lado. Agarró la cuchara y cortó un trozo de tarta que dirigió sonriente hacia mi boca.

—No puedes hacerme este feo. —Empecé a reírme—. Primero voy yo. —Acercó su boca hacia mí que aún estaba cálida de la comida y amortiguó sus labios con los míos. Los sentía esponjosos.

—Esto me gusta más —susurré sobre su boca mientras sonreía.

—Esto lo tendrás siempre. —Su mirada se volvió penetrante. Esas palabras salieron de su boca con la misma intensidad con la que me llegó al corazón.

Alcé la mano hasta su cabeza y jugueteé con el pelo cortito de su cuello. Se le pusieron los vellos de punta.

—No sigas haciéndome cosquillitas porque voy a devorarte esos labios con sabor a queso y te voy a dar un abrazo que nos hará ser la comidilla de este lugar. —Comencé a reírme y le di un besito pequeño—. Ahora abre la boca.

Al ver que no iba a desistir, le hice caso y probé esa delicia de los dioses. Estaba de muerte y dejé que Ulises fuese dándome cucharadas con tono bromista hasta que la terminamos.

Los remordimientos empezaron poco después de comer todo. Intentaba quitarme de la cabeza ese pensamiento repetitivo de que mi estómago estaba lleno de comida grasienta y lleno de calorías, cuando empezó a sonar mi teléfono.

—¿Dónde estáis?

—Estamos en el *burger* del centro. —Era Fabiola.

—¿Habéis comido allí? Estamos cerca. Esperadnos.

—No, espera —solté rápidamente, pero colgó.

Cinco minutos después aparecieron.

—¿Ya habéis comido? —Fabiola sabía que a veces vomitaba y estaba segura de que había venido para vigilarme.

Yo solo pensaba en marcharme para poder llegar a casa y hacerlo tranquila. No lo hacía siempre, solo cuando la comida era demasiado calórica y desde que estaba con Ulises esto se había convertido en algo demasiado común para mí. Antes, si mis amigos querían ir, yo simplemente decía que no me apetecía.

—Deberíamos irnos —comenté.

Tenía la mirada de Fabiola clavada en mí. Estaba segura de que sabía perfectamente cómo me sentía y el motivo por el que quería irme.

—¿Y si vamos a pasear un poco al parque? —pregunto la muy...

—No sé... —Intenté poner una excusa, pero Ulises dijo que sí al segundo y terminé aceptando.

Si caminaba terminaría perdiendo alguna caloría y quizás así pudiera quitarme este pensamiento de la cabeza.

Mientras caminábamos hacia el parque nos separamos un poco de la parejita.

—¿Qué te ocurre? ¿Por qué estás tan rara? —Agarró mi mano y la zarandeo para llamar mi atención.

—No estoy rara —dije con desdén.

—Sí que lo estás. No mientas. —Me cogió en peso y siguió andando.

Empecé a patear mientras le gritaba que me bajase, pero no me hacía caso. No lo haría hasta que le contase el por qué estaba así.

Fabiola corrió hacia mí mientras Ulises empezó a hacerme cosquillas en las costillas; comencé a contorsionarme mientras reía a carcajadas. Por fin me bajó y me estampó un beso de película.

Estábamos prácticamente en la puerta cuando Juan gritó que corriésemos hasta la fuente. Como si de una carrera donde el premio fuese un millón de euros nos pusimos a dar zancadas hacia el interior del parque. Yo iba en el último lugar y mi cabeza volvió a recordarme lo que me había zampado. Aminoré la carrera y me acerqué a un árbol para meterme los dedos hasta la campanilla y poder echar todo fuera por fin, cuando unas manos me agarraron de la cintura.

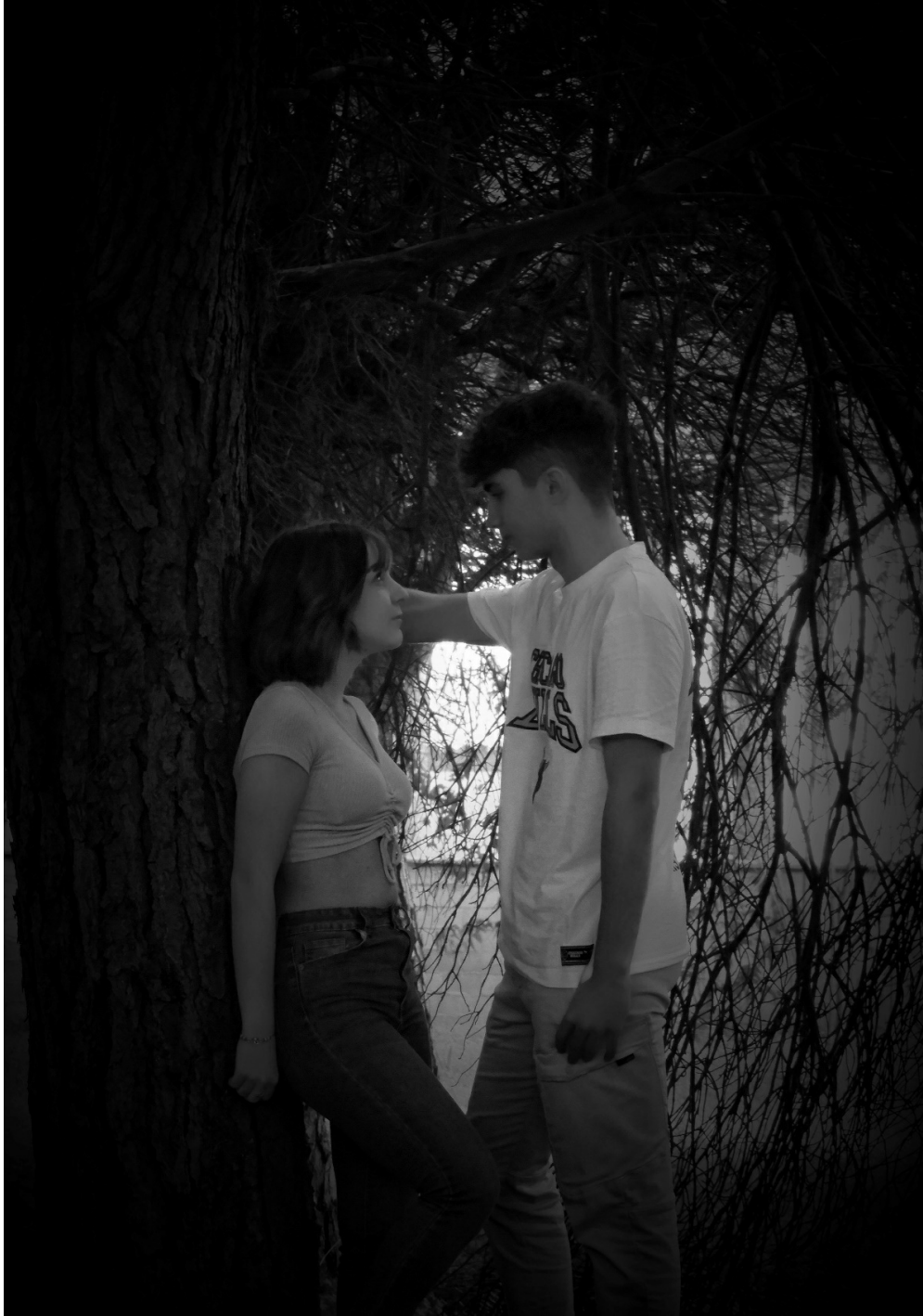
—¿Qué te pasa? —susurró junto a mi oído.

—Solo intentaba recuperar el aliento.

Me giró despacio acariciándome la cintura con la yema de los dedos, luego se quedó mirándome de forma acusatoria.

—¿Entrenas todos los días y con una carrerita de nada necesitas parar? Ginebra, soy demasiado observador como para creerme eso. ¿Te avergüenzas de mí delante de tus amigos?

—¡¿Qué?! Claro que no. —Me dio tanta pena ese comentario que lo abracé—. No vuelvas a decir eso nunca. —Intenté decirle con la mirada lo que sentía por él y lo orgullosa que estaba de tenerlo junto a mí. —Me da igual lo que piense la gente. Solo pienso en ti y en mí. Todo lo demás me sobra.



Me atrajo hacia él y apoyó su frente sobre la mía. No decía, ni hacía nada, solo me miraba serio.

—No voy a dejar que me dejes. —Arrugó la frente y su mirada se transformó en dolor—. Estoy cambiando. Puede que no te des cuenta porque no me conocías antes, pero...

—Espera, espera, espera... —Me separé de él sorprendida—. No te he dicho que cambies. Me gusta cómo eres. Me gusta que sigas así, sin cometer delitos y te he dicho que estudies. Tampoco quiero que te sientas en la obligación de hacerlo.

Me cogió en peso y me apoyó en el árbol. Yo lo rodeé con las piernas y apoyé mi cabeza en su hombro.

—No voy a arriesgarme a perderte. —Levanté la mirada asombrada por las cosas que me estaba diciendo y lo vi sonrojarse—. Me da miedo que sepas cómo era realmente y te arrepientas de estar conmigo. ¡¡Dios!! Qué patético soy, ¿no? Parezco un blandengue. —Empecé a reírme.

—No me vas a perder nunca. Pase lo que pase lo superaremos juntos. —En cuanto terminé de decir eso sus labios me buscaron.

Sus besos eran distintos. Podía percibir algo de tensión en ellos y no quería pensar que yo era la culpable solo por mi problema con la comida. No intentaría vomitar de nuevo y lo haría por él.

Sus labios se fueron suavizando y me fui resbalando por su cuerpo hasta poner los pies de puntillas en el suelo. Sus manos se dirigieron hasta mi trasero que atrapó con fuerza y me arrastró hasta él. Su lengua se entrelazaba con la mía con ímpetu y con destreza, humedeciendo y erosionando la suave piel del contorno de mis labios. Cada vez su cuerpo se acercaba más al mío atrapándome contra el árbol y la tensión entre los dos era cada vez más fuerte.

—¿Vale ya, no? —Fabiola nos dio un susto de muerte.

—Déjalos. ¿Por qué los molestas? —Juan la agarró desde atrás e intentó llevársela mientras ella se reía.

—Vale, vale. Bueno chicos os dejamos solos. Nosotros nos vamos.

Antes de irse llamó a Ulises y le dijo algo al oído que me llenó de curiosidad, pero que no me contaron. Él se acercó a mí y se quedó mirándome extraño.

—¿Qué? —pregunté algo inquieta.

—Anda, vamos. Te acompaño a casa.

Caminamos de la mano hasta que llegamos a la zona en la que vivía. Antes de dejarme en el lugar en el que siempre nos separábamos me abrazó y me dio un beso.

—¿Te lo has pasado bien, glotona?

—Claro. —La palabra glotona me revolvió el estómago—. ¿Y tú?

—Siempre. —Tiró de mí hasta una calle que estaba más apartada y me hizo agacharme—. Era tu tío montado en un coche patrulla—. Nos sentamos en el suelo con una sensación un poco ambigua—. ¿Crees que alguna vez... que alguna vez me aceptarán?

Agarré su mano y lo miré con cariño para que viese que me daba igual lo que pensase mi familia.

—¿De verdad te importa tanto? Estás conmigo, no con ellos.

Puso los codos en las rodillas y apoyó su frente sobre la palma de sus manos quedándose pensativo. Me sorprendió ver que en realidad era algo importante para él.

—Creo que me has contestado con esa respuesta. —Me levanté y tiré de él para que se pusiera de pie.

—Hoy ha sido un día algo raro. Dejemos que todo fluya, ¿vale?

Me abrazó y me dio una vuelta.

—Vale.

Me despedí de él y corrí hasta mi casa. Me había quedado con un mal sabor de boca al ver la importancia que le daba a mi familia y lo difícil, o incluso imposible, que iba a ser que algún día se llevasen bien, pero me daba absolutamente igual.

Al cruzar la calle se me vino a la mente, como si de un relámpago se tratase, la imagen de la comida, y como sabía que mis padres estaban en casa y se podrían dar cuenta, me acerqué a un bombo de basura y me metí los dedos en la boca. Tosí un par de veces hasta que la arcada hizo que echase de una vez todo lo que tenía en el estómago. Me limpié la boca y esperé a recobrar un poco el aire. Sabía que los ojos se me ponían rojos del esfuerzo y quería recuperarme antes de

entrar en casa. Respire un par de veces, me puse bien el pelo y me di la vuelta para marcharme.

—Hola. —Di un bote al verlo ahí, inerte, sin expresión en la cara y con las manos en los bolsillos.

—¿Qué haces aquí? Mi casa es esa y pueden...

—¡Ginebra! —dijo en voz alta para llamar mi atención—. ¿Qué estás haciendo?

—¿Cómo que qué estoy haciendo? ¿Pues no lo ves? Me ha sentado mal la comida. Te dije que no quería la tarta y tú me obligaste y...

—Ginebra. ¿Estás diciendo que la culpa es mía? —hablaba con un semblante tranquilo y serio.

—Yo... yo... —Se me empezó a formar un nudo en la garganta porque no solo le estaba mintiendo, también le estaba echando la culpa.

Empezó a caminar hasta mí con una mirada fría y dura. Mi alma se resquebrajaba, pero no podía darle la razón.

—Uli... —Me abrazó. Algo que no me esperaba y que me hizo emocionarme.

—Fabiola me avisó de que te vigilase.

—Yo... No es... —Empezó a acariciar mi cabello consiguiendo que toda la ansiedad y el estrés que tenía se fueran dispersando.

—No digas nada, ¿vale? —comentó mientras se separaba de mí y me secaba las lágrimas—. Tenemos que hablar de esto en otro momento, pero prefiero que estés más tranquila. Descansa y te ayudaré, ¿vale?

Afirmé con pena y le rodeé el cuello con mis brazos para volver a abrazarlo.

No dijimos nada más. Él solo esperó cabizbajo a que me marchase y no se fue hasta que no me vio entrar por la puerta. Me sentía enormemente avergonzada porque me hubiese visto, pero a la vez con una sensación de bienestar y alivio al sentir que no me juzgaba; que había sido comprensivo conmigo y podía apoyarme en él.

CAPÍTULO 13

Me senté en la mesa a la hora de comer como todos los días después de llegar del instituto. Mi padre me miraba de forma extraña mientras comía, pero no quise prestarle mucha atención. Sabía que desde que habíamos hecho la promesa mi comportamiento había sido excelente y no podía decirme nada malo.

—Ginebra, cariño. Tengo algo que comentarte.

Mi madre dejó sus cubiertos para prestar atención a la conversación que había comenzado mi padre y eso me inquietó.

—¿Por qué no nos lo has contado? —preguntó mi madre agarrándome de la mano.

—¿De qué estáis hablando? —Me puse en alerta.

No me cuadraba nada porque la única diferencia que había en mi vida en este momento era Ulises y si fuera ese el motivo, ¿por qué estaban tan tranquilos?

—Cariño, sé que tienes novio, o amigo o como quieras llamarlo. —Mi cuerpo entró en tensión máxima—. Tranquila, relájate—. Mi padre notó mi nerviosismo.

—¿Cómo lo sabéis?

—Como comprenderás tengo que cuidar de ti. Soy tu padre.

—¿A qué te refieres con eso?

—He visto las conversaciones que tienes con Pelayo y me gusta ese chico. Desde que estás con él estudias más y no haces tantas locuras, cariño. Es una buena influencia. Si quieres, y seguís bien, puedes invitarlo a la fiesta que hace el abuelo todos los años.

Esa fiesta era muy conocida aquí porque se juntaban muchos policías en un mismo lugar y se repetía año tras año. Llamaba mucho la atención.

—¿Qué has hecho qué? ¡¡Papá!! —Arrastré la silla hacia atrás y me levanté—. ¡¿Cómo has podido?! Es mi intimidad.

—Cariño, solo lo hago para protegerte.

—¿Protegerme de qué?

No di lugar a una respuesta porque me retiré de la mesa y me fui de casa. Por culpa de las prisas se me olvidó coger el móvil y decidí dirigirme sin avisar, a casa de Ulises a buscarlo.

Llamé con insistencia a la puerta. Sabía que si había alguien dentro solo podía ser él. Cuando escuché la llave girar desde el interior la fuerza para aguantar las lágrimas se esfumaron y empecé a llorar. Necesitaba expulsar toda la rabia y la impotencia que llevaba dentro de mí y solo él podía apaciguarla.

En cuanto me vio de esa guisa se acercó a mí para abrazarme y hacerme sentir protegida. Estaba solo, como de costumbre y me sentó en el banco de la cocina para poder escucharme y ofrecerme un vaso de agua.

—¿Qué te ocurre? —Su mirada mostraba preocupación y al ver que no podía hablar por el llanto volvió a abrazarme—. Tranquilízate, por favor, y cuéntame qué ha pasado.

—Mi padre... —Se me contraía el corazón a causa del llanto y me costaba hablar.

—¿Tu padre, qué? —Empezaba a perder los nervios.

—Mi padre sabe de nuestros mensajes. Creo que me tiene... que me tiene *hackeado* el móvil y ve todo lo que hablo.

Lo escuché suspirar.

—¿Estoy en un lío? ¿Es eso? ¿Me quiere matar? —Su preocupación iba en aumento.

—No. Le encantas y te ha invitado a la fiesta de mi abuelo.

—¡¿Qué?! —Al ver su mirada de asombro me reí—. ¿Pero cómo?

—Ulises ese no es el problema. Mi padre tiene controlado mi móvil. Me siento sin intimidad, ¿no lo entiendes?

Empezó a secarme las lágrimas con una enorme sonrisa en la cara. Estaba claro que él no estaba pensando lo mismo que yo.

—¿Te imaginas que al final le caigo bien a tu padre?

—Ulises, por favor, deja de soñar. No. No pienses eso. Él no sabe que eres tú. No sé si te acuerdas, pero para él eres Pelayo.

De pronto su sonrisa desapareció. Estaba claro que no era consciente de eso hasta ese momento.

—Bueno, pero por lo menos le gusta cómo te trato, ¿no? —Me daba pena ver su mirada de esperanza.

—No tengas fe en mi padre.

Me acunó en sus brazos para darme seguridad y allí me sentí protegida de todo: de los prejuicios, de la incompreensión y de mi familia.

Esa noche me estuvo mandando mensajes para hacerme sentir bien. Prácticamente no pude dormir pensando en qué hacer sobre la fiesta. Sabía que mi padre iba a entrar en cólera cuando fuera consciente de quién era Pelayo en realidad, pero después pensaba... ¿No debería estar feliz de que su hija haya conocido a alguien que la trata tan bien? ¿La gente no puede cambiar? Soy consciente de que estábamos en el principio de la relación y era fácil cambiar por la otra persona, pero yo tenía fe en él.

Esa misma mañana le mandé un mensaje estando muy segura de qué era lo que quería.

Por favor, ven conmigo a la fiesta. Me da igual lo que piensen o lo que digan, sé que te comportarás bien allí y así podrán ver a Ulises y no a Trece.

Solo pasó unos segundos cuando llegó la respuesta.

Esta noche he estado pensando y llego siempre a la misma conclusión. Nos arriesgamos a que te prohíban verme. Viendo como es tu padre no me extrañaría nada. Deberíamos esperar un poco. No quiero ir a esa fiesta. Creo que es mejor que vayas tú sola. Para mí va a ser una situación muy incómoda y para todos los policías que habrá allí, mucho más.

Me dolió su respuesta y aunque lo entendí, preferí no contestar y apagar el móvil. Entré en la cocina y abrí el frigorífico con ganas de comerme algo bueno y lleno de calorías porque me sentía ansiosa.

—Hola, cariño. ¿Hablaste con Pelayo? —Me giré y vi la silueta de mi padre entrar a la estancia—. ¿Qué? ¿Vas a traerlo, o no? Tengo ganas de conocerlo.

—¿Estás seguro, papá? Llevamos muy poco tiempo.

—¿Y qué tal? ¿Te gusta?

Que mi padre se interesase por mis parejas me ponía de los nervios. Nunca se había preocupado por estas cosas. ¿Tanto le gustaba «Pelayo»?

—Sí. Estoy enamorada de él —lo solté y se sorprendió.

No se esperaba esa respuesta tan directa y le hizo sentir incómodo. Quizás demasiado intenso para él.

—Espero verlo por allí —Salió de la cocina sin mirarme mientras me lo decía.

Ulises me recogió en coche esa noche. Su padre estaba libre y se lo había dejado para que fuese a buscarme. En cuanto entré me quité la camiseta ancha que llevaba sobre la falda semilarga de tubo negra y me quedé en top.

—Uff... Guau... estás preciosa. —Sonrió—. Me siento afortunado de que seas mía. —Me acarició la mejilla—. ¿Qué hacemos?

—Podemos ir a ver a tus amigos. ¿Te parece buena idea? —Se quedó callado y empezó a poner excusas.

—Eh... Mejor no... no sé dónde están y...

—Vale —corté en seco. Aún no los conocía y quería pensar que el motivo era Yumara.

—Quiero estar contigo a solas. —Agarró mi mano y me miró lleno de incomodidad por el tema de conversación.

—Está bien —acepté a regañadientes.

Nos dirigimos hacia el acantilado donde aparcó en una zona muy tranquila y solitaria. En cuanto salí me cogió en brazos y me sentó en el capó del coche. Intentó meterse entre mis piernas, pero la falda tan estrecha se lo impedía. Agarró de los laterales de ella y la remangó hasta el lugar donde empezaba a verse las braguitas dejando mis piernas completamente al descubierto. Me tumbé sintiendo el frío que desprendía ese trozo de metal gigante, pero que a la vez provocaba que sintiera más cálidas las manos de Ulises acariciando mis piernas desde los tobillos hasta los muslos.

Se inclinó hacia mí y empezó a besar mi barriga de una forma demasiado sugerente. De vez en cuando sus labios sedosos se acercaban a los costados haciéndome contorsionar por las cosquillas que me provocaba. Cada vez que hacía eso me ponía la mano sobre el pecho para anclarme al coche y que no pudiese moverme. La sensualidad del momento iba cada vez a más.

La luz de un coche me hizo levantarme de un salto y Ulises me ayudó a bajarme para acomodarnos en la parte trasera del vehículo. Me senté sobre él con una pierna a cada lado y así poder mirarlo de frente.

—No crees que esta postura es un poco peligrosa para tener miedo a hacerlo conmigo —musité en su oído mientras mordisqueaba su lóbulo.

—¿Miedo? Yo no le tengo miedo a nada.

—Que chulito te has puesto. —Me contoneé sobre sus caderas y empecé a mordisquearle el cuello mientras inclinaba su cabeza hacia atrás y agarraba fuerte mis muslos.

—Pánico sí. A tu padre, pero solo desde que estoy contigo. —Levanté la cabeza y lo miré de forma cariñosa.

—Mi padre no es mi dueño. Sé que no es la mejor persona del mundo y que es muy rígido, pero... tampoco es para tanto.

—Creo que tú no has visto la faceta que he visto yo y mis amigos de tu padre. Una vez nos pegó tan fuerte que...

—¿¿Cómo?! ¿Qué os pegó? ¿Pero de qué estás hablando? —Levanté las rodillas y me senté a su lado completamente traumatizada—. No puede ser.

—Es algo normal.

—¿Cómo que normal? ¿Cuántas veces ha pasado? Se lo pienso decir a mi padre. ¿Cómo ha podido o cómo pueden hacer eso?

—Tú no vas a decir nada. Eso ha pasado, pasa y pasará y no te vas a meter. —Volvió a cogerme y ponerme sobre él antes de abrazarme para intentar hacerme olvidar esa conversación.

Estaba tan cabreada y frustrada que no podía quedarme quieta. Tenía algo en mi interior que quería salir a borbotones. No podía creerlo. ¿Por qué hacían eso?

—Cómo voy a poder seguir como si no pasara nada sabiendo lo que os hacen. No puedo quedarme callada. —Tenía apoyada la cabeza en su hombro y él me estaba acariciando el cabello de forma cariñosa.

—No vas a decir nada porque te vas y me vas a meter en un lío.

—Pero...

—Pero nada.

—Pues ven a la fiesta, por favor. Que te conozcan como eres de verdad.

—Parece que no eres consciente de lo mal que va a salir, lo sé.

—No. Te protegeré. —Empecé a hacer pucheritos.

—Está bien... tú misma. Pero quiero que sepas que lo hago por ti. —Me pareció tan tierno eso que tuve que darle un achuchón.

Después de eso y algo más tranquila volvimos a lo que estábamos haciendo antes de esa conversación. Agarró mi cuello desde atrás y me acercó a sus labios de una forma posesiva. Sus manos empezaron a recorrer todos los límites de mi cuerpo musculado mientras yo le quitaba la camiseta y la apartaba en el sillón. Sus manos caminaron despacio por mi piel hasta llegar a mi pequeño top y lo hizo desaparecer tirando de la cuerda trasera. Sus labios se dirigieron a ellos y cuando entraron en contacto con su húmeda lengua contorsioné mi espalda.

—Hagámoslo —musité sobre su boca.

Sus besos fueron subiendo por mi cuello y sus manos se posicionaron en su lugar donde los acarició suavemente.

—¿Nunca has salido con alguien menor que tú?

—No. Que yo sepa, claro. —Nuestras palabras se entrecortaban por los besos que nos oponíamos a dejar de darnos.

—¿Quieres hacerlo? —pregunté intentando hacer que cambiase de opinión.

Me agarró de las mejillas y separó por más de dos segundos su boca de la mía.

—Pues claro que quiero. Estoy deseando, pero...

Me remangué la falda hasta la cintura mientras lo miraba fijamente y de un tirón partí mi tanga.

—¿Qué haces? —sonrió—. ¡Estás loca! —Justo después de decir eso me agarró con un brazo y me ayudó a incorporarme para poder bajarse un poco el pantalón. Sacó un preservativo de la cartera y antes de romper el envoltorio me preguntó—: ¿Estás segura?

—Sí.

—Pues prométeme que no volverás a vomitar después de comer. ¿Pensabas que me había

olvidado?

—Sé que no debo, pero... —Me puse triste pues no me esperaba que sacase eso.

—Tranquila. Hablaremos en otro momento.

—Te lo prometo, Ulises. —Por lo menos lo iba a intentar.

Ayudé a ponérselo. Me subí sobre él y descendí poco a poco pues era mi primera vez. Él fue paciente y fue preguntándome en todo momento mientras mi acariciaba, por cómo me sentía y si me causaba dolor. Ver como se preocupaba por mí me daba confianza y me confirmaba que era el chico con el que quería hacerlo y que nunca me arrepentiría. Entre caricias, palabras bonitas y besos castos en el cuello, conseguí tenerlo dentro por completo: sin miedo, sin remordimientos.

El movimiento que en un primer momento era lento, delicado y con una fuerte tensión emocional, me hacía tiritar. Tras los primeros segundos de nervios y ansia, nos dejamos llevar y sus manos empezaron a agarrarme para llevar el ritmo un poco más rápido. Ese cúmulo de sensaciones nuevas para mí nublaron mi mente y quise decirle te quiero, pero recapacité y pensé que sería patético. El ambiente en el interior de ese coche se volvió en pocos segundos muy denso y caluroso. Los cristales comenzaron a empañarse por la condensación de nuestra respiración.

—¿Estás bien? —su pregunta me conmovió, pero no podía hablar. Estaba centrada en las sensaciones que estaba sintiendo mi cuerpo—. Ginebra...

—Sí.

Sus dedos acariciaban mi espalda, me acercaba a él agarrándome desde la nuca para morder mis labios y por última se ayudó de la fuerza de sus manos para dirigir el movimiento.

Cuando llegó el momento, escondí mi rostro en su cuello y tiré inconscientemente del pelo de su nuca. Segundos después y por su forma de respirar me di cuenta de que también había terminado.

CAPÍTULO 14

Ulises estaba muy raro últimamente. Todo empezó el día que le dije que mi padre lo había invitado a la fiesta y quería que viniese conmigo para dejar de esconderme.

Esa fiesta famosa en ese lugar... la organizaba mi abuelo y se llenaba de policías retirados, nuevos, familia... de todo un poco.

Cuando era pequeña me encantaba porque había muchos niños y jugábamos toda la noche, pero los últimos años era un tostón porque todos querían que me comportara como una mujer, es decir, sentada y hablando con señoras mayores o con chicas de mi edad que nada tenían que ver conmigo.

Le dije a Ulises que saldríamos desde su casa por miedo a que lo viesen antes y no lo dejaran entrar. Quería fiarme de mi familia, pero tenía un poco de recelo.

Cuando lo vi vestido me quedé impresionada al ver lo guapo que iba. Llevaba unos pantalones, una camiseta y una americana. En su rostro se podía ver su inquietud.

—Estás guapísima.

Yo llevaba puesto un traje negro, corto y estrecho que me potenciaba los músculos de las piernas producidos por el deporte al que seguía sintiendo que no pertenecía.

—¿Estás nervioso?

—Mucho.

Lo abracé, pero no conseguí que su rostro se suavizara lo más mínimo. Nunca lo había visto así.

Su padre, que sabía lo de la fiesta, le había dejado el coche y llegamos a casa de mi abuelo en un momento. Caminando hacia la cancela, agarré su mano. Yo sabía que todo el mundo estaría dentro. Quería llegar la última para no coincidir con nadie en el aparcamiento y evitar cualquier problema.

—Tengo ganas de echar el pato. —Estaba pálido—. No quiero ir.

—Vamos, Ulises. No seas infantil. Sé lo que has hecho y lo que te han hecho; ahora eres mi novio y quieran o no, esto seguirá así. No quiero esconderme más.

—Va a salir mal.

—Quién sabe. —Era posible que quisiese agarrarme a un clavo ardiendo.

—Yo lo sé. Va a salir mal.

Como quería dar el paso de una vez, no dejé que terminase de hablar cuando llamé a la puerta. Intentó soltarme la mano, pero no lo dejé.

—Si me sueltas te besaré delante de todos —amenacé.

Cuando se abrió la puerta y la luz invadió nuestra estancia apareció un compañero de mi padre. Volvió la cara hacia Ulises al segundo, aunque él no levantó la mirada del suelo. Ese hombre no dijo absolutamente nada, solo me sonrió de forma extraña, supuse que había reconocido a «Trece» y se retiró para dejarnos paso.

Nunca en mi vida me había sentido tan observada. Todos me miraban, sonreían y cuando se

daban cuenta de la presencia de Ulises, ensombrecían. Caminábamos entre las personas que parecían dejarnos un camino para pasar hasta llegar el momento del broche final. Mi padre, mi abuelo y mi tío estaban tomándose una copa mientras hablaban con sus amigos. Sus miradas se volvieron frías como el hielo y mi padre se incorporó de la silla en la que estaba sentado como si se hubiese clavado miles de chinchetas.

—Hola, cariño. ¿Este es Pelayo? Qué guapo es. Encantada, soy Soledad.

Ulises levantó por primera vez la cabeza y le dio dos besos a mi madre.

—Mamá, se llama Ulises. Pelayo es solo un apodo.

—¿Cómo Trece? Por poner un ejemplo —soltó mi abuelo.

—Sí, como Trece. —No pensaba achantarme. Me sentía fuerte estando junto a él y no le soltaba la mano.

Se acercaron los tres a nosotros. Mi tío iba detrás y con la mirada me decía que lo había hecho mal. Él era algo comprensivo.

—Ya nos conocemos, ¿verdad, Ulises? —La voz de mi padre ponía los pelos de punta.

Él solo asintió. Parecía un corderito.

Cuando me di cuenta nos estaban rodeando los demás compañeros de mi familia.

—¿Eres el novio de mi hija? —asintió con la cabeza y volvió a agacharla de nuevo—. Está bien. Pues nada. Pasároslo bien. Bienvenido a la familia. —Con la mano le dio en el cogote de una forma un poco brusca.

Tiré de él y lo alejé de las fieras. No nos quitaban ojo de encima, pero lo peor había pasado.

—No ha sido para tanto, ¿no?

—No.

—No pareces muy convencido. ¿Estás bien? —Quise acercarme, pero él me frenó.

—No me pongas esto más difícil.

—Tienes razón. —Debía ser más comprensiva con él pues estaba claro que estaba siendo una tortura.

En ese rinconcito pasamos el rato. De vez en cuando se acercaban a saludarnos y se quedaban hablando con nosotros, bueno, en realidad conmigo porque Ulises estaba en otro mundo. Tenía la esperanza de que poco a poco las cosas fueran relajándose, pero había tensión en el ambiente por parte de todos.

Mi madre se acercó, se sentó a nuestro lado y empezó a hablar con él.

—¿En qué curso estás?

—En segundo de bachillerato —su voz salía sin fuerza.

—¿Sacas buenas notas? Nosotros inculcamos a nuestra hija que estudie porque es el futuro.

—Sí, claro. Desde que estoy con ella voy mucho mejor.

—¿Qué quieres estudiar?

—Todavía no lo he decidido.

—¿Me acompañas, cariño? Tengo algo en la espalda que me pincha. ¿Puedes mirar qué es?

—Claro, mamá. Ulises, vengo en un segundo, ¿vale?

Intenté darme prisa para no dejarlo solo mucho tiempo, porque sabía que estaba supernervioso e incómodo. La empujé hasta el cuarto de baño con urgencia.

—Mamá, no veo nada. Puede ser esta telita que es un poco más áspera.

—Está bien, pues repásame el maquillaje, por favor.

—No. Ulises está solo ahí fuera.

—¿Crees que ese chico es de fiar?

—Sí, y se porta muy bien conmigo. Habéis visto en los mensajes cómo me trata. ¿No os vale

con eso?

—No sé. No me da buena espina.

Puse los ojos en blanco y abrí la puerta para salir a buscar a mi chico.

Caminé veloz, algo inquieta, y miré hacia el rincón en el que nos encontrábamos antes de marcharme de allí, pero no estaba. Caminé por todas las habitaciones aunque sabía que él no iba a moverse de allí por gusto y eso era cosa de mi padre. Corrí hacia él y le grité delante de todos.

—¿Dónde está?!

—Lo hemos encontrado intentando robarle a tu abuelo y lo hemos echado.

—¡Eso es mentira!! —grité de nuevo mientras me dirigía hacia la puerta para salir a buscarlo.

—Quieta ahí. —Mi padre me agarró del brazo—. No quiero volver a verte con ese chico nunca. ¿Me has entendido? No sé cuál es su propósito pero no está contigo porque le gustas, te lo puedo asegurar. Averiguaré el motivo y te lo demostraré.

—No. No le estáis dando una oportunidad.

—Ese chico es problemático y... ¿has visto por casualidad sus otras parejas? Cariño, no tienes nada que ver con ellas. No eres su tipo. Ahora si vas a llorar te metes en el cuarto de tu abuelo y si vas a comportarte bien te puedes quedar aquí —exigió.

Pasó de mí y me dejó allí llena de frustración y con las lágrimas a punto de desbordarse. Me dirigí al cuarto de mi abuelo y me acurruqué en la cama a llorar.

—¿Puedo entrar? —La voz de mi tío llegó a mis oídos.

Se sentó a mi lado y empezó a acariciarme la espalda.

—Tú sabes que él me salvó de esos dos chicos.

—Sí, lo sé. También sé que te escapaste con él y nunca lo habías hecho.

—Pero fue culpa mía porque le mentí.

—Me gustaría decirte lo contrario, pero la gente no cambia tan fácil. Por qué no os dais un tiempo y ves si...

—Porque lo quiero.

Mi tío no supo qué decir a eso, solo aspiró aire con fuerza y lo expulsó de una vez.

—Solo tienes dieciséis años Ginebra, algún día te darás cuenta de que llevamos razón.

CAPÍTULO 15

ULISES

Cuando vi que la madre se llevaba a Ginebra me di cuenta de que estaba en un problema y no me equivoqué. En cuanto desapareció de mi campo de visión me acorralaron entre unos pocos y me fueron empujando hasta una habitación en la que casi me tiran al suelo. Yo no me resistí, ni insulté, solo accedí lo más tranquilo posible para intentar que confiaran en mí.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué estás tan manso?

El padre y el abuelo fueron los últimos en entrar.

—¿No vas a contestar? —gritó su padre.

—No quiero problemas. —En cuanto terminé de decir eso llegó el primer golpe en el lateral de la cabeza que me hizo tambalearme.

—¡¡Te crees que somos tontos, Trece!! Estás aquí por algo y lo sabes. No tienes escrúpulos y estás jugando con lo más valioso para mí. Algo que es intocable para cualquiera. Te has atrevido con ella. Has ido demasiado lejos esta vez.

Sabía que poco podía decir porque me conocían demasiado bien y sabían perfectamente que era capaz de cualquier cosa por salirme con la mía. Convencerlos era imposible. Eran muchos años metiéndome en toda clase de líos y era difícil demostrar otra cosa.

—Sabes que tarde o temprano me voy a enterar y cuando lo haga te voy a encerrar, aunque me tenga que inventar el motivo. ¿Vas a hablar?

Negué con la cabeza y esta vez el porrazo fue por la parte contraria a la anterior. Cuando estaba en el suelo me dieron una patada por el costado aunque no supe quién fue. Yo aguanté mi frustración porque estaba completamente indefenso y lo mejor era salir de allí como fuera. No era la primera paliza que me habían dado y algo me decía que allí estaba más en peligro incluso que en la comisaría.

—Veo que no vas a hablar. Será mejor que te vayas y si eres inteligente desaparezcas del lado de mi hija o comerás celda por mucho tiempo. Esta vez te has pasado.

A empujones me llevaron hasta la puerta por la que prácticamente me tiraron para que la atravesara. Sentí una enorme decepción al pensar en lo que sentiría Ginebra cuando se diera cuenta de que yo no estaba.

Llegué a casa con un dolor de cabeza increíble y doblado por el golpe en las costillas.

—¿Qué te ha pasado Uli? —Mi madre me miraba asustada y le conté todo. Ella estaba preparada para ir a trabajar, pero decidió quedarse para ponerme una crema especial para los golpes y un poco de hielo en la cabeza. Empezaba a salirme un enorme cardenal—. Sé que no quieres que me meta en tus cosas pero ¿sabes qué significa para mí irme después de esto? Deja de meterte en líos por favor. —Me abrazó y se le saltaron las lágrimas—. Necesito poner una denuncia.

—Ya sabes lo que pienso de eso. No vas a hacer nada.

—Quiero confiar en ti y de verdad que pienso que esa chica te gusta, pero por favor, prométeme que no hay nada más.

—Tranquila. No voy a volver a verla. Hay cosas que simplemente no pueden ser.

Vi la decepción en su rostro y me rompió el corazón. Ginebra le encantaba.

—Mamá, es lo mejor. —La acompañé hasta la calle para que viera que estaba bien y esperé a que me diese un beso antes de marcharse.

Cuando el coche se alejó me quedé pensando por unos segundos en todo lo ocurrido hasta que decidí entrar y tumbarme a que se me pasase el dolor, que no era solo físico, porque el que sentía por dentro no tenía cura.



CAPÍTULO 16

Me quedé encerrada toda la noche hasta que terminó la fiesta y nos marchamos a casa. No hablé ni una sola palabra en todo el camino ni mis padres intentaron mantener una conversación conmigo, cosa que agradecí.

Nada más llegar me puse el pijama y me acosté. La puerta del dormitorio se fue abriendo poco a poco y escuché unos pasos llegar hasta mí.

—Te demostraré que tengo razón y que ese chico no es de fiar, cariño. Eres demasiado ingenua para ese tipo de personas que tienen tanto recorrido.

Seguí con la boca cerrada porque sabía que si hablaba se iba a liar aún más y terminaría castigada de por vida. Tenía la esperanza de que esto no fuera una justificación para hacerlo.

Cuando mis padres se acostaron a dormir y empecé a escuchar sus ronquidos me levanté de la cama, me vestí con unos pantalones y agarré lo primero que vi para ponerme arriba. Cogí mis deportes blancos porque sabía que me quedaba una buena caminata. Tenía demasiada angustia para dormir y necesitaba saber qué había ocurrido con Ulises, si estaba bien, qué le habían dicho y si estaba enfadado conmigo por obligarlo a ir.

Cerré la puerta de casa con cuidado y salí a la calle. Todo estaba muy solitario y daba bastante miedo, pero había luna llena y se veía bastante bien.

Caminando escuchaba todo tipo de ruidos a mi alrededor que eran prácticamente inapreciables, pero que me tenían en alerta. Me daba igual pasar por todo ese miedo con tal de ver a Ulises.

Después de un rato caminando vi su casa por fin a lo lejos y corrí hacia ella. Llamé a la puerta tres veces, dentro no se escuchaba nada. Su padre estaba de guardia, era bombero y su madre estaba haciendo su turno y le quedaban varias horas para salir del trabajo. Si había alguien dentro era él.

Al ver que no abría y que el esfuerzo había sido en vano, me derrumbé. No sabía si el motivo era que no estaba o si por el contrario estaba enfadado conmigo. Terminé sentándome en el escalón, me rodeé las piernas con los brazos y empecé a llorar.

Escuché el cerrojo y cómo se frenaba la puerta al abrirse por culpa de la cadena de protección. Salía una línea de luz hacia fuera que daba a mi espalda.

Escuché como se agachaba y se sentaba en el suelo. Sabía que estaba enfadado por el tiempo que había tardado en abrirme.

—¿Qué haces aquí a estas horas? —susurró.

—¿Qué pasó? —Logré decir a duras penas.

—Nada. Llama a un taxi y vete a casa, Ginebra. Me vas a meter en más líos, por favor. Lo nuestro... lo nuestro no puede ser.

—¿Eso es todo? —Yo seguía agazapada en el escalón dándole la espalda y escuchando cómo sus palabras se clavaban como puñales en mi corazón.

No hubo respuesta y eso era algo que me hacía tener clara sus intenciones. Se rendía.

—Lo siento. Perdóname. —Me di la vuelta y me puse de pie con la esperanza de que al verme cambiase de opinión—. Él se incorporó, pero siguió sin quitar la cadenita de la puerta—. ¿Se terminó? ¿No vas a luchar por lo nuestro?

—Ginebra...

—¡¡No!! Ginebra, no. Yo me arriesgo a todo por nosotros y...

—¿De verdad? —Abrió y tiró de mi hacia dentro. Un fuerte olor a Thrombocid inundó mis fosas nasales. Agarró mi mano y se la llevó a la cabeza pasando por su cabello frío como el hielo: tenía dos bultos en los laterales que me dejaron sin respiración. Quitó la mano como si me pinchasen—. ¡¿Quieres ver algo más?! —Aunque me negué, él levantó su camiseta mostrándome la forma de un gran cardenal recién hecho que tenía pinta de seguir oscureciéndose.

Me tapé la boca en un acto reflejo llena de sorpresa y dolor. No tenía ningún derecho a obligarle a aguantar todo eso por estar conmigo con todas las chicas que había en el mundo. Me quisiese o no, no era justo comprometerlo.

—No quiero imaginarme lo que te pasará a ti.

—Lo siento —fue lo único que logré decir antes de volverme y dirigirme a mi casa de nuevo entre un baño de lágrimas.

—¡¡Ginebra!! No puedes volver andando sola. Llamaré a un taxi.

Hice caso omiso a sus palabras y empecé a aligerar el paso hasta terminar trotando. Mis pulsaciones aumentaban y corriendo sentía como sacaba todo lo malo que sentía dentro de mí por culpa de mi familia. No entendía cómo podían haberle hecho algo así si se suponía que eran fuerzas de la ley.

Las lágrimas resbalaban por mi cuello a pesar de que intentaba secarlas con los puños de mi jersey, ni siquiera podía ver hacia donde me dirigía, solo aminoré el paso cuando llegué a mi barrio. Estaba destrozada, asfixiada, pues la distancia entre su casa y la mía era bastante grande y aunque corriendo la hice mucho más rápida, seguía siendo demasiado para mí. Ni siquiera sabía la hora que era, pero no podía más, estaba derrotada. Tenía un sentimiento de culpabilidad enorme.

Intentaba recobrar el oxígeno cuando escuché una fuerte respiración detrás de mí. Era Ulises, lo sabía perfectamente aunque no me atreví a darme la vuelta hasta que no me calmé un poco, algo que me costó bastante hacer porque no conseguía recuperar mis pulsaciones. Me sentía demasiado mal por todo y la sensación de estar segura de que lo mejor para él era tenerme lo más lejos posible, me estaba desgarrando el corazón. Me daba miedo mirar hacia atrás y ver en su rostro algún gesto doloroso para mí.



—¿Qué haces aquí?

—No iba a dejar que regresaras sola a estas horas. ¿Puedes mirarme? —suplicó—. Me giré y su rostro se contrajo al ver mis ojos enrojecidos y mis mejillas húmedas por las lágrimas.

—¿No crees que mi padre se merece que me ocurra algo malo?! —grité frustrada.

—¿Estás loca! Claro que no. Tú... tú no eres tu padre.

—Vete, Trece.

—¿Por qué me llamas ahora así? ¿Qué te han dicho? ¿Qué te han contado? —Se agachó y se puso de cuclillas mientras se cubría con las manos—. Mi cabeza va a explotar, Ginebra, te lo juro. No puedo más. No... no sé qué hacer.

—¡¡Pues vete!! ¡¡Corre!! Olvídame ya. Llevamos poco tiempo, soy una niñata de dieciséis años y te estoy complicando la vida. Corre de una vez. Hay millones de chicas maduras y sin una familia loca que te harán más feliz que yo —alcé la voz porque en el fondo necesitaba escucharlo yo también y aceptar eso.

Como me puse a gritar me llevó hasta el callejón y me apoyó en la pared sosteniéndome con sus manos en los hombros para tener mi mirada frente a la suya y hacerme parar.

—Nos separan tantas cosas, Ginebra... No es solo tu padre, es todo.

—Pues déjame. Te lo estoy pidiendo. Pero ¿a qué te refieres con todo?

—Nunca debimos habernos conocido.

—¿Y si fue el destino? Yo necesitaba encontrarte, Ulises.

—Y yo a ti. Deja de decir esas cosas, por favor. —Su voz empezaba a romperse—. Yo no creo en el destino, también que ocurran las cosas dependen de nosotros.

—Y si es así... ¿Por qué no...? —Se fue acercando a mí hasta apoyar su frente sobre mi frente haciéndome callar.

Cerró los ojos con el contacto y yo lo hice cuando sus manos agarraron las mías e intentaron que me relajase.

Su perfume natural empezó a invadir mis fosas nasales y las lágrimas empezaron a brotar de nuevo. Tragué saliva porque empezaba a sentir una enorme presión en el pecho por culpa de la impotencia.

—Se que no te mereces esas cosas por mi culpa, Ulises, pero... —Me hizo callar con un dulce beso que llegó a lo más profundo de mi corazón. Pensar que podía ser el último me hacía sentirlo con más intensidad aunque también con miedo—. Ulises.

—Qué —dio un suspiro mientras acariciaba mi pelo.

—Lo siento. Siento haberme cruzado en tu vida y complicártela. —Posó su dedo pulgar sobre mis labios para hacerme callar y empezó a acariciarlo.

—El problema soy yo. La culpa no es tuya, es mía por ser Trece y haberme metido en tantos problemas todo este tiempo. Ahora, aunque quiera cambiar... Es demasiado tarde. —Empecé a llorar de nuevo—. Todo será más fácil si te enamoras de un Pelayo de verdad. —Acarició con la punta de la nariz mis mejillas húmedas por las lágrimas y apreté los ojos.

—Lo sé. —Me agarré con fuerza de su camiseta—. Para ti es mucho mejor estar con cualquier chica que no sea yo: Sin familia policía, sin ser menor de edad, sin tener tantas restricciones... —Entendía a la perfección que se rindiese.

—Tampoco voy a sentir que alguien hace todo lo posible por estar conmigo a pesar de los inconvenientes. —Abrí los ojos y lo miré esperanzada.

—Ni yo voy a sentir esta sensación de libertad que solo tengo cuando estoy contigo.

Nos quedamos mirándonos sin saber qué decir. Perdiéndonos en la profundidad de nuestra pupila dilatada por la emoción y los sentimientos.

—¿Qué piensas? —susurró.

—¿Y tú? —En mi cabeza había tantas cosas, que no sabía qué decir.

—Pienso que aun sabiendo que todo lo que hemos dicho es cierto y que lo que voy a decir es un error, me gustaría escuchar de tu boca que te da igual todo y que te tiras sin paracaídas. —Su

pulgar pasó por mi mejilla dejando un surco de sensaciones cálidas.

—Estoy en caída libre. —Su mejilla se posó sobre la mía y absorbió todo mi aroma—. Ulises, creo que estoy enamorándome de ti—. El aire que salió de su sonrisa me hizo cosquillas.

—¿Tenían que pegarme para que me dijese esto? —Volvió a mirarme a la cara mientras sostenía mis mejillas con sus manos.

—No. Ha sido al pensar que la mejor opción para los dos, pero sobre todo para ti, era separarnos.

—Es verdad —dijo esta vez sobre mi boca.

—Lo sé, pero eso no va a pasar.

—Nunca. —Humedeció sus labios con la lengua antes de ir en la búsqueda de los míos que ardían por tocarlos—. Yo creo que también estoy enamorándome de ti.

Eso fue el pistoletazo de salida para necesitar tenerlo más cerca aún. Necesitaba tocarlo y volver a asimilar que no lo había perdido, para que mi corazón dejase de doler tanto. Ese callejón había escuchado lo más profundo que le había dicho a nadie y aún mi cuerpo temblaba al oír que pensaba lo mismo sobre mí. Enamorados: una palabra tan grande y que ahora me parecía tan fácil de utilizar.

Se separó de mí y apoyó el antebrazo en la pared mientras recobraba el oxígeno que yo misma le había robado con mis besos.

—Tienes que irte. No puedes meterte en más líos. A partir de aquí le dirás a tu padre que soy un capullo, que me odias y que... No sé, lo que sea, pero que no tenga dudas de que no estamos saliendo—. Yo solo asentía y lo miraba boquiabierto—. Ya nos hemos dado cuenta de que nunca me aceptará y con tu edad no podemos hacer nada. Cuando cumplas dieciocho años será diferente.

El corazón me iba a explotar viendo como Ulises hacía planes a largo plazo conmigo.

—¿Lo harás? —Asentí de nuevo—. Vamos, entra en casa. Ya iremos viendo cómo lo vamos a hacer a partir de ahora.

—Está bien. —Estaba llena de ilusión.

Volvimos a besarnos y luego se quedó mirando cómo me alejaba para llegar a mi casa.

—Te quiero —susurró alzando un poco la voz, lo suficiente para que yo lo escuchara sin despertar a nadie.

Me giré sonriendo y le respondí:

—Yo también te quiero.

CAPÍTULO 17

Salí de mi dormitorio porque mi padre me estaba llamando e invitándome a sentarme junto a él en la mesa central del salón. No me pasó inadvertida la enorme carpeta llena de papeles que estaba sobre la mesa. Mi idea inicial fue quedarme en silencio, no preguntar nada y dejar que él disertara lo que fuera, pero no pude aguantar.

—¿Qué ocurre? —pregunté intentando disimular mi intriga.

—Por lo que veo esto que voy a hacer es algo necesario. Voy a enseñarte quién es Trece en realidad y por qué no puedes fiarte de él.

—Papá, yo... —Mi idea era decirle que ya no me interesaba, que solo lo había hecho como rebeldía y que no tenía interés en él. Quería darle a entender que había sido un simple capricho rebelde. Él terminó insistiendo en enseñarme los documentos que traía para leerlos.

—Tengo algo que enseñarte. Dime lo que piensas cuando lo veas. —Sacó hoja por hoja y fue describiéndome—. Hurto, hurto, hurto, tenencia ilícita de estupefacientes para la venta, vandalismo, hurto otra vez, desacato a la autoridad... ¿Sigo?

Negué mientras observaba desconcertada las hojas. Sabía que había hecho cosas malas, pero lo que a mí me demostraba no tenía nada que ver con lo que estaba enseñándome mi padre.

—¿Entiendes ahora por qué no es de fiar? ¿Sabes en cuántos problemas nos hemos visto por él y sus amigos, Ginebra? ¿Crees que fue a la fiesta por ti?

Aunque yo sabía que para él fue todo un problema asistir allí porque no quería, decidí seguir con la falsa.

—Papá, qué miedo. Me parece un chico horrible. No sé qué he podido ver en él. Siento mucho haberlo llevado allí. —Aunque no tenía como costumbre abrazar a mi padre, me levanté y lo hice. Él era un hombre serio y frío y eso fue lo que me enseñó. Si era cariñosa era gracias a mi abuela y sobre todo en mi infancia.

—Me alegro de que te hayas dado cuenta, cariño.

—Gracias a ti, papá. Estoy segura de que me engañó, pero, por favor, no tengas represalias contra él. Solo quiero pasar página.

Justo después de hablar con mi padre llegó mi tío. Él era algo más comprensible y me llevó a un cuarto a solas para hablar conmigo.

Sabía que la había liado, pero había sido mi padre el que había insistido en que «Pelayo» fuera a la fiesta.

Mi tío Abraham estaba tranquilo y solo quería escuchar mi versión. No podía ser sincera con él porque sabía que Ulises no era santo de su devoción a pesar de que sabía lo del atraco. Debía entender que tuviera la sensación de deberle un favor.

Le comenté que mi padre me había enseñado todos sus antecedentes y que no iba a tener más contacto con él. Por la forma en la que me observaba intuí que algo no terminaba de

cuadrarle, me conocía demasiado bien, mejor incluso que mi propio padre.

Los días posteriores fueron algo extraños porque decidimos que no podíamos tener contacto por teléfono. La forma más factible que encontramos fue que él llamase a Fabiola y ella me llamase para decírmelo de forma disimulada o me lo enviara por mensaje. Estaba segura de que mi padre seguía vigilándome el teléfono móvil.

Sabíamos que durante unas semanas tendríamos que vernos muy poco para no levantar sospechas y así lo hicimos. Me esperaba a la hora de la salida del instituto y aprovechábamos esos minutos para estar juntos antes de que viniese el autobús. Ulises estaba atento y si veía que mi abuelo venía a recogerme, se escondía. También aprovechábamos la salida de las clases de *ballet* para callejear y poder caminar los dos juntos hasta mi casa sin que nadie nos viese. No teníamos mucho tiempo, pero ese ratito pequeñito se volvía aún más intenso.

Juan y Fabiola vinieron a buscarme a casa pues necesitaba una coartada para que mis padres no dudasen de mí y volvieran a confiar. Caminamos hasta la casa de Ulises porque tenía el teléfono apagado y no teníamos forma de localizarlo. Estaba segura de que se le había quedado sin batería, no le prestaba especialmente atención.

—Que sepas que voy a caminar hasta allí solo porque eres mi mejor amiga, pero esto está muy lejos —se quejó mi amiga.

—Pues yo quiero que sepáis que yo voy porque Fabiola me obliga. —Nos reímos con el comentario de Juan—. Vosotras reíros, que conste que estoy aquí porque no vive en el mismo lugar que paran sus amigos.

—Vive en una zona tranquila y su familia es muy sencilla y normal. No son para nada problemáticos. Ulises solo es un chico que quiere llamar la atención de sus padres y que se rodea de quien no debe. Evidentemente se equivoca.

—Con todos los tíos que hay en el mundo... ¿Por qué?

—¿Por qué no? Cuando estoy con él me hace sentir libre de la opresión de mi vida.

Seguimos conversando durante todo el camino hasta que llegamos a su barrio.

Llamé a su casa y abrió Antonio, su padre. Como siempre le hizo mucha ilusión verme allí.

—Le he dicho a mi hijo que este sábado podíais venir a comer a casa. Davinia y yo coincidimos libres y sé que a él le hace ilusión. ¿Qué te parece?

—Perfecto. —Ulises debía estar eufórico—. ¿Está aquí?

—No. Estará en el parque con los amigos. —Puso cara de descontento—. Menos mal que desde que está contigo solo los ve un rato al día.

Me sorprendió porque pensaba que solo los veía de vez en cuando; quizás me había equivocado o había tergiversado sus palabras. En más de una ocasión le había propuesto ir a verlos, nunca le pareció buena idea. Me había dado a entender que eran mala compañía y que con ellos solo haría cosas malas. Tampoco quería darle demasiada importancia porque al fin y al cabo eran sus amigos y quizás me lo había dicho para que no dudase de él sobre que volviera a delinquir. Todavía tenía en la mente todas esas acusaciones que me había enseñado mi padre.

—¿No pensaréis ir allí no? —preguntó Juan algo reacio al verme tan decidida.

—Está un poco lejos de aquí, pero ya que hemos llegado hasta este lugar no nos vamos a ir sin verlo, ¿no? ¿Tú te irías sin verme? —le acusó Fabiola—. Él empezó a reírse y aceptó.

Nosotras íbamos hablando durante el camino mientras Juan jugueteaba con el móvil. No se me hizo demasiado largo porque estaba entretenida, pero empezaba a sentirme algo cansada.

—Ahí está el parque. Entremos. —Crucé la puerta mientras miraba de un lado a otro para intentar localizar a Ulises—. Está allí. —Indiqué con el dedo dirigido hacia él.

Juan iba algo tenso porque ese parque estaba lleno de gente de nuestra edad que seguramente

sabía que mi padre era quien era.

—No pienso estar más de cinco minutos aquí, que conste —replicó.

—Tranquilo. Que Ulises nos presente a sus amigos y nos marchamos.

Mientras me acercaba algo incómoda hacia allí, observé como sus amigos me miraban desafiantes e incluso una de las chicas sonreía de forma maliciosa. Entendía que al no conocerme pudieran tener algún prejuicio, aunque esperaba terminar cayéndoles bien. Solo quedaban un par de pasos hasta llegar a Ulises que miraba hacia los lados algo incómodo cuando tropecé con algo y caí al suelo de rodillas. Todos empezaron a reírse al ver cómo me ponían la zancadilla.

—¿Que hace la tonta esta aquí? —Por la voz supe que era Yumara.

—¡¡No vuelvas a decirle eso!! —gritó Fabiola mientras se agachaba a ayudarme.

Alcé la mirada hacia Ulises buscando su comprensión, pero no la encontré. Ni siquiera intentó ayudarme. Su mirada era fría y no era capaz de mantenérmela fija; no me prestaba ni la más mínima atención, parecía ser indiferente para él.

Me levanté como pude y empecé a sacudirme la ropa cuando Yumara se acercó a mí para empujarme, solo en ese momento él la agarró del brazo frenándola.

—¿Qué haces? —le preguntó ella enfadada.

—No te metas en líos. No merece la pena. —Cada palabra que salía de su boca se me clavaba en el corazón.

—¿Qué se os ha perdido por aquí, colegas? —Sabía que ir con el uniforme no iba a ser buena idea, pero me pudieron las ganas de verlo.

Todos nos miraban de forma burlona y se reían. Estaba claro que no entendían mi presencia en aquel lugar.

—¿Ulises, qué te ocurre? —Le acusé. No podía creer que esto estuviese pasando.

—¿Ulises? Me meo —dijo Yumara riéndose de forma exagerada y seguida por todos los demás—. ¿Trece? ¿Qué has hecho con esta niña para que te llame así?

—Nada. —Su indiferencia me cogió por sorpresa.

—¡¿Cómo que nada?! ¿Cómo eres capaz de decir eso en nuestra cara? —Fabiola estaba sacando su carácter, pero yo no podía reaccionar.

Varios chicos que estaban sentados en el banco se levantaron y se acercaron a Juan intimidándolo.

—Vete —me dijo Ulises a la cara.

—Eso, vete. Largaros de aquí, niños de papá. —Aunque todos reían y se burlaban, era solo ella la que nos decía cosas.

—¿Cómo has podido...? —Intenté pedirle una explicación.

—¡¡Ha dicho que te vayas!! —volvió a gritarme muy cerca de la cara.

Uno de los chicos se puso frente a Juan con ganas de pelea.

—Jairo, déjalo —la voz de él me hizo volver la cara hacia él buscando esperanzada que todo esto fuera algún tipo de broma—. Que se larguen de una vez.

—Que te den, Ulises —dijo mi amiga antes de sacarle la peineta.

Destrozada y dolida, pero con la cabeza muy alta, me di la vuelta seguida de los dos que iban callados. Salimos de allí sin mirar atrás y sin entender nada. Aún podía sentir la frialdad que emanaba de él. ¿Dónde estaba el Ulises que conocía? ¿Por qué me había tratado así? ¿Había jugado conmigo? Mi cabeza daba vueltas y aunque me costase reconocerlo, me di cuenta de que mi padre tenía razón.

Fabiola intentaba por todos los medios animarme hablándome, pero yo solo estaba físicamente porque mi mente estaba a kilómetros de allí.

Necesitaba estar en casa, sola y llorar sin que nadie me viera porque tenía el corazón destrozado.

—Ginebra. ¿Puedes escucharme? ¿Qué le ha pasado al muy estúpido? ¿Cómo ha podido dejar que esa tipa te hablase así y que sus propios amigos se riesen de ti? ¿Es todo mentira?

—Ya. —Intenté hacerla callar mientras llamaba a un taxi que casualmente pasaba vacío por allí.

Mi cabeza no paraba de pensar intentando encontrar una explicación a lo que acababa de ocurrir. Estaba tan confundida que aunque Fabiola y Juan me estaban hablando yo ni siquiera los escuchaba.

La primera en bajarme fui yo y lo hice sin despedirme.

—Espera. Me quedo aquí contigo. —Mi amiga se bajó del coche y me siguió a pesar de que no le hacía caso—. No puedes entrar así, ¿qué pensarán tus padres? —Me agarró y me hizo sentarme en la plaza que había en mi barriada para intentar que me tranquilizase. Solo duré unos segundos porque en mi cabeza se encendió un clip que me gritaba que me atiborrara de comida.



Entré, me dirigí directamente hasta la cocina y empecé a rebuscar por los muebles. Saqué pan de molde, Nocilla y un paquete de patatas y me puse a comer compulsivamente.

—¿Quieres dejar eso? —Fabiola me quitaba de las manos cada cosa que cogía.

—¡¡Déjame!! —le grité.

—No quiero que termines como lo haces cada vez que comes así. —Me quitó todo, pero mientras lo hacía abrí la nevera y cogí un trozo de tarta que había hecho mi madre.

—Hola, chicas, ¿qué ocurre? —Mi madre entró y mi amiga tuvo que disimular y dejar que enguliese todo—. Cariño, vas a ahogarte.

Me atiborré ante la atenta mirada de las dos y cuando terminé me fui directa a mi dormitorio. Tenía tantas emociones por dentro como rabia, confusión, furia... esta vez la comida no fue capaz de apaciguarlas.

—Mírame. El teléfono empezó a pitar y vio quién era—. Tienes un montón de mensajes del tonto ese que espero que ni siquiera leas. —De pronto empezó a sonar—. No puedo creerlo, está llamando.

Corrí hacia el baño porque empezaron a entrarme náuseas. Me daba igual si Fabiola se enfadaba o me reñía, tenía que vomitar todo lo que había ingerido.

—Ulises, no sé cómo eres capaz de llamar después de... ¿Qué dónde está? Pues vomitando porque se ha dado un atracón por tu culpa. ¿Ahora quieres saber cómo se encuentra? No vuelvas a llamarla ni a dirigirte a ella nunca más o te juro que se lo diré a su padre.

Empecé a toser de nuevo para provocarme las arcadas cuando Fabiola entró en el cuarto de baño y empezó a recogerme el cabello. Me sostuvo la frente cuando empecé a vomitar de nuevo y no terminé hasta estar segura de que había expulsado todo de mi cuerpo. Me senté en el inodoro mientras mi amiga me limpiaba la cara con una toalla mojada.

—¿Por qué, Fabiola? —Fue lo único que dije antes de romperme por completo.

CAPÍTULO 18

Fueron pasando los días y Ulises dejó de dar señales de vida. En mi teléfono móvil seguían todos los mensajes que me había mandado el día de lo ocurrido sin leer. No tenía intención de darle una oportunidad para que se explicase ni para bien ni para mal. Para mí, no tenía justificación.

Intentaba no pensar en nosotros aunque era muy difícil porque había sentido algo tan fuerte por él que olvidarlo de un día para otro era imposible. Su mirada, su pose seria, su frialdad... aún me perseguían y seguían en mi memoria como si me estuviese pasando ahora.

—¿Puedes concentrarte? Llevas unos días algo dispersa y aquí no estamos para perder el tiempo.

Margarita, mi profesora de *ballet* me miraba desafiante, no estaba de buen humor hoy tampoco.

—Lo siento. Necesito ir al baño, por favor. —Me hizo un gesto con la mano señalándome la salida.

Caminé por el pasillo hasta entrar en el aseo, abrí una de las puertas y me senté en la tapa del váter. Subí las piernas, las rodeé con mis brazos hasta hacerme un ovillo y posé la cabeza sobre mis rodillas. Necesitaba estar sola unos segundos, coger fuerzas y pararme un poco a pensar en algo de lo que no tenía la respuesta, pero que me reconcomía las entrañas. ¿Por qué? Tenía tantas preguntas. ¿Por qué se portó así conmigo? ¿Me había estado mintiendo todo este tiempo? ¿Nunca sintió nada por mí? La única persona que podía darme una respuesta era él, y no pensaba escucharlo.

Cuando terminó la clase me colgué el macuto y esperé a una de mis compañeras para salir junto a ella. En cuanto crucé el umbral lo vi. Estaba apartado e intentaba pasar desapercibido para no llamar la atención, pero mi mirada y todo mi cuerpo parecía que percibía su presencia. No quise mirarlo a los ojos por miedo a ver algo que me gustase menos aún, aunque inconscientemente lo hice. Tenía las piernas ligeramente abiertas y las manos en los bolsillos; eso es lo primero en lo que me fijé. Me miraba de forma penetrante, pero a mi parecer con un atisbo de arrepentimiento. No me dijo nada, ni se acercó a mí, ni intentó llamarme, solo se quedó mirándome y observando que me marchaba sin hacerle caso.

En cuanto llegué a casa llamé a Fabiola y se lo conté. Lo único que ella quería era que me olvidara de él para siempre y que pasara página. Solo escuchar su nombre la enfermaba.

Los días seguían pasando y volví a encontrármelo a la salida del instituto. Estaba de pie, apoyado en un árbol y me buscaba con la mirada. Yo me había dado cuenta de su presencia mucho antes de que él me viera. Parecía ansioso buscándome. Pensaba ignorarlo y pasar cerca de él rodeada de los chicos de mi clase que volvían a casa en autobús también al igual que yo. Frunció el ceño cuando me vio reírme con ellos aunque fuese solo algo externo porque por dentro estaba tan destruida que no encontraba paz.

Me senté en el autobús y lo busqué con la mirada a través del cristal. Él no me quitaba ojo de

encima, pero al igual que la vez anterior no cruzó palabra conmigo ni hizo el intento de un acercamiento. No sabía que intentaba comportándose así, pero conseguía desestabilizarme de nuevo.

El fin de semana opté por no salir, pero Fabiola tenía otros planes diferentes a los míos y prácticamente me obligó. Eligió ella misma mi ropa porque estaba desganada y solo quería estar acostada. Me había dado un bajón. No entender algo te dificulta el poder superar y todavía no sabía el motivo de todo esto.

Nos vestimos y maquillamos en casa de Fabiola. Había elegido para mí un traje verde con la espalda descubierta y me había envuelto de purpurina. Quería que llamase la atención para que se me acercasen los chicos y empoderarme.

—Olvidalo ya. Ha sido una etapa de tu vida que tienes que borrar. Tienes un padre que es un...

—¿Hijo de puta con la gente?

—Sí. Un hijo de puta, y tendrás que vivir sin poder fiarte de todo el mundo. Por primera vez tu padre tenía razón y no era de fiar.

—Pero parecía que me quería, Fabiola. ¿Por qué me presentó a sus padres?

—¿Por qué no te presentó a sus amigos? —replicó ella.

—Tienes razón. Esta noche voy a salir y me voy a emborrachar. La pienso liar.

—Así me gusta. Hoy me escapo de Juan.

En cuanto llegué a la discoteca en la que nos colaron unos amigos, pedí una copa y empezamos a bailar en medio de la pista. Me sentía muy sexi con ese vestido o eso me hacían sentir los chicos que se quedaban mirándome y babeando.

Contoneaba mi cuerpo al son de las notas que emergían de los altavoces. Con la segunda copa dejé que uno de ellos se acercara a nosotras para presentarnos a los demás. Yo reía, pero por causa del alcohol no porque lo que me estuviesen diciendo me resultara gracioso.

—Es mejor que nos marchemos —exigió de pronto mi amiga.

—No quiero irme. Estoy bien aquí. ¿No querías que me lo pasara bien?

—Por eso.

—¿Por eso qué? —Entonces lo vi.

Tenía la espalda y uno de sus pies apoyados en la pared y me miraba solo a mí. Yo dejé de bailar y descaradamente empecé a observarlo. Ninguno de los dos se apartaba o cambiaba su semblante. El mío era más serio y frío, y el de él era abatido, como si no le gustase la situación que estaba viviendo.

Se metió la mano en el bolsillo y esa fue la única vez que apartó la mirada de mis ojos. Tecleó algo en el móvil y al segundo empezó a vibrarme el bolso. Aún no sé por qué llegué a cogerlo. Me había llegado un mensaje nuevo de Ulises, pero eso significaba tener que ver los anteriores.

Ginebra, a esto me refería también cuando te decía que no podíamos estar juntos. Sé que te he perdido, pero quiero que sepas que lo siento y que no podía hacer otra cosa. Solo lo he hecho para protegerte.

Ginebra, contesta, por favor, y te lo podré explicar.

Mis amigos nunca te aceptarán y no quería que te tuvieran en la mente

ni un segundo. Sé que no tiene justificación.

Ver cómo me mirabas pidiéndome ayuda y no haber hecho nada es algo que me persigue y no se va de mi mente.

Ginebra, por favor.

Ginebra, deja que te explique.

Siempre supe que lo nuestro no funcionaría, pero quise soñar.

Ese último mensaje me provocó una punzada en el corazón, pero ¿cómo creerle? Nada en este mundo me hubiera hecho comportarme de esa manera con él. Por nadie, ni por nada. Si para él había sido un sueño, para mí se había convertido en una pesadilla.

Levanté la cabeza hacia él que seguía mirándome de forma íntima. Odiaba sentir esa atracción y que mi cuerpo solo quisiese correr hacia él y abrazarlo. Dolía tanto su presencia...

Seguí leyendo los mensajes que me había enviado hacía unos segundos.

Ginebra. Estás preciosa con ese vestido. Eres la más guapa de este lugar. Qué suerte tuve de haber estado contigo y qué estúpido fui por perderte.

Fabiola empezó a empujarme para que bailase con ella porque estaba viendo como había cambiado mi semblante.

—Venga, vamos. —Agarró mis manos y se empezó a contonear de forma sexi para que la siguiese—. ¿Qué te ocurre? ¿Puedes cambiar esa cara? —Siguió mi mirada que le llevó hasta él y suspiró—. ¡Venga ya! ¡Olvídalo! —Le hizo una peineta y luego se acercó a mi oído—. Yo pasaría de su culo, pero quizás cierres este capítulo si hablas con él y te da una explicación. Por lo menos te ayudará a pasar página.

Ulises había intuido que había perdido todas las posibilidades de un acercamiento conmigo porque dejó de mirarme y se empezó a comportar inseguro y nervioso.

Agarré la mano de ella y le di mi móvil para que leyera los mensajes. Ella puso mucha atención en ellos y luego me miró decepcionada.

—¿Vas a volver con él solo por esta explicación?

—No quiero decir eso, pero... quizás tengas razón y deba escucharlo. Necesito saber el por qué.

Fabiola suspiró, pero luego me dio un abrazo.

—Te doy diez minutos. —Le sonreí y me di la vuelta.

Me giré y empecé a caminar hacia él. Su mirada oscura empezó a brillar y elevó una de sus comisuras haciendo un amago de sonrisa, como si no estuviera seguro de tener un motivo para sonreír.

Había dado unos escasos tres pasos cuando se formó un barullo en la puerta que me hizo volver la cara y ver como entraban dos policías al recinto. En cuanto vieron a Ulises se dirigieron directos a él. Cerró los ojos e inclinó la cabeza hacia atrás como asumiendo que venían a cogerlo y esperó a que llegaran sin oponer resistencia. Dejó que lo esposasen y, solo por un segundo, miró hacia mí esperando ver mi reacción. Yo estaba ahí de pie, mirándolo con el ceño fruncido y viendo lo que tanto me habían contado, pero que me costaba imaginar. Ahí estaba Trece.

CAPÍTULO 19

Esa noche me quedé dormida con la imagen de Ulises siendo arrestado y saliendo por la puerta de la discoteca mientras la gente lo miraba y cuchicheaba. A la mañana siguiente, con la mente más despejada, llamé a mi tío Abraham para preguntarle por él.

—¿Aún sigues con eso?

—No estoy con él te lo prometo. Me llamó la atención porque lo presencié todo y tengo curiosidad por saber qué es lo que ha hecho.

—No lo sé. Llevo dos días libres y no estoy informado, pero si se lo llevaron un viernes no saldrá hasta el lunes por la mañana. Olvida a ese chico, por favor.

—Tranquilo, tío. No tengo nada que ver con él.

—Espero que estés diciendo la verdad —comentó antes de colgar.

Llamé a Fabiola para quedar esa noche. Tenía que salir, conocer gente nueva, divertirme y olvidar a Ulises. Aún no lo había escuchado y una parte de mí sabía que no se merecía que lo hiciese. Intenté convencerme de mil formas de que todo eso que había pasado era lo mejor, era el destino que no quería que le diera ni siquiera la oportunidad de explicarse y me convencí.

Me divertí mucho bailando y bebiendo con unos chicos que habíamos conocido y que eran amigos, de unos amigos de Juan, por eso no los habíamos visto nunca.

Había uno que se llamaba Lucas que empezó a tontear conmigo. Tenía tres años más que yo y estaba en su primer año de carrera. Parecía muy responsable y tenía la vida muy estructurada. Por las mañanas estudiaba, por las tardes daba clases de pádel y por las noches iba al gimnasio. Quería ser ingeniero y estaba sacando unas notas altísimas. Era todo lo que mis padres hubiesen querido para mí. Físicamente era alto, castaño y con el cabello muy corto. Era bastante guapo y me había alagado que se fijara en mí.

—¿Quieres que demos una vuelta los dos solos?

—Lucas, acabo de dejar una relación de forma brusca y no sé si buscas en mí algo que no te voy a poder dar. —Quise ser sincera.

—¿Compañía para dar una vuelta? ¿Alguien con la que pueda tener una conversación algo interesante?

Qué mono era. No sentirme presionada me hizo aceptar su propuesta y nos apartamos de los demás.

Caminamos durante un rato mientras hablábamos. Era una persona encantadora y divertida. Era agradable conversar con él porque no te aburría, tenía historias graciosas que me hacían sonreír en todo momento.

Me ayudó a sentarme en un muro que estaba a un metro del suelo y él se quedó de pie junto a mí.

—Eres muy guapa, ¿sabes? No sé qué te ha pasado con tu ex, pero mereces algo bueno. Alguien que sepa valorarte y te proteja. —Esas dos últimas palabras me desarmó—. Eres demasiado valiosa para que no te valore.

Agradecía esos consejos que me estaban subiendo el ánimo y me estaban reconfortando.

—Gracias.

—No quiero que te sientas presionada ni intimidada, pero tienes algo que me gusta y me atrae. Creo que tenemos una buena conexión. —Alzó la mirada hacia mí y le sonreí.

—Ahora mismo estoy en un momento complicado porque acabo de salir de una «relación», o eso me parecía a mí y ha sido un poco dramático.

—Lo sé, yo también. Me he llevado tres años con una chica y hemos roto. Bueno en realidad la he dejado yo, pero no sé si lo he hecho bien.

—¿Todavía sientes algo por ella? —Agarré su mano y lo hice sonreír.

—No sé qué me pasó y no sé qué me pasa. A veces la echo de menos y a veces me apetece estar solo. Hace tres meses que hemos roto y no he sido capaz de estar con nadie.

Me gustaba hablar con él. No era de esos chicos que se hacían los duros. No le importaba mostrar sus sentimientos delante de mí aunque me acabase de conocer.

—Quizás solo son dudas y tienes que dar el paso y probar cosas nuevas para darte cuenta de si la quieres o no.

—Complicado. Te había elegido a ti y mira, otra con el corazón roto. —Empezamos a reírnos y cuando dejamos de hacerlo se puso frente a mí y me agarró de la cintura—. Quizás un beso nos iría bien a los dos para aclarar sentimientos y pensar en qué hacer con nuestras vidas. No tenemos compromiso, aunque sí muchas dudas —hablaba en forma burlona pero sincera. No sentía nada por él, aunque una parte de mí necesitaba rebelarse con Ulises, y por qué no de esta forma.

Lo agarré del cuello y lo acerqué a mis labios. Sus besos eran totalmente diferentes y aunque la sensación me gustaba, no me hacían sentir mariposas en el estómago. Me sentí segura al ver que sus manos no pasaron de la cintura; evidentemente yo no lo hubiese dejado. Entre nosotros había una distancia prudencial; sin embargo, ese beso duró demasiado para no haber sentimientos entre los dos. Creo que mientras intentábamos saber que nos hacía sentir, también buscábamos respuestas. Cuando nos separamos empezamos a reírnos.

—¿Qué tal? —me preguntó.

—Besas muy bien, aunque sigo igual de liada que antes.

—Tu besas también muy bien, incluso me ha gustado la sensación de hacerlo con otra persona, pero tampoco me he aclarado. —Volvimos a reírnos de nuevo.

—Será mejor que volvamos. Esto será nuestro secreto.

Se puso junto a mí, me agarró de la cintura y caminamos hasta donde estaban los demás.

Para mí había sido un simple beso que lo único que me había dejado claro era que no se podía comparar a lo que me hacían sentir los de Ulises o mejor dicho, Trece.

Pasé el domingo en casa, encerrada en mi habitación, acostada y viendo la televisión. Aunque había intentado no comer mucho, me había pasado un poco. Tuve la suficiente fuerza de voluntad para retener la comida dentro de mí.

Al día siguiente me levanté como siempre para ir al instituto y me subí al autobús. Estaba intranquila y nerviosa pensando en Ulises, en cómo habría pasado las dos noches allí y en que en unas horas estaría fuera. No sé qué me ocurrió, pero actué de forma impulsiva. Necesitaba una explicación cara a cara, aunque después nos marchásemos cada uno por su lado, pero necesitaba entender. Iría a buscarlo y a pedirle explicaciones. Quizás hoy no tuviese ganas ni de verme, mucho menos de darme motivos de nada, acababa de pasar el fin de semana en el calabozo, pero tenía que intentarlo porque a pesar de todo no me iba a rendir.

Al llegar a su casa vi que no había nadie. No sabía si estarían trabajando o habían ido a por

él, así que me quedé esperándolo en el escalón sentada, hasta que una hora después llegó el coche del padre que paró algo brusco, me saludó, aunque se le notaba que estaba irritado y, cuando Ulises cerró la puerta, se marchó.

Tenía unas pintas horribles, se le veía demacrado, ojeroso y cansado. Seguro que no había dormido nada en estos dos días.

Alzó la mirada y me vio allí sentada. Tenía puesto una camiseta de mangas cortas y llevaba la sudadera en la mano pero se la puso, con gorro incluido, al dirigirse hacia mí. Caminó y se sentó a mi lado sin mirarme. Apoyó la espalda en la puerta y después la cabeza dando una sensación de abatimiento total. El silencio se hizo dueño del momento.

—Te quiero. —Llenó de aire sus pulmones y lo expulsó de una vez—. Es lo único que puedo decirte. —Mi pulso se aceleró y tuve la sensación de que me iba a explotar el pecho—. Tenía tantas sensaciones buenas y malas que solo volví la cara para mirar su perfil y terminar abrazada a mí misma por el dolor que sentía al verlo así—. Sé que no tengo derecho a nada, ni siquiera a pedirte perdón por lo que hice. Sé que no debería dirigirme a ti y dejar que vivas tu vida, pero... Sé que te he perdido, aunque lo que me da miedo es que dejes de quererme. No sé qué haces aquí y me da pavor preguntártelo porque así pienso que hay una pequeña posibilidad de...

—Ayer estuve con un chico. —Aún no sé por qué se lo conté. Quizás buscaba venganza o que no me viera como a una desvalida que corre en su búsqueda después de lo ocurrido en el parque.



No dijo absolutamente nada, incluso pensé que había aguantado la respiración porque dejé de escucharla. Todas esas emociones me hicieron acurrucarme más fuerte, hasta que escuché que se levantaba, abría la puerta y entraba en su casa para dirigirse a su cuarto sin esperar a que yo dijese nada más. Quizás la razón por la que se lo conté fue esa, ver su reacción y salir de la duda que me corroía por dentro. ¿Lo nuestro fue real o no? Ahora empezaba a pensar que sí.

Caminé en silencio hasta su dormitorio y llamé un par de veces. Ni contestaba, ni abría, e insegura decidí entrar. Todo estaba desordenado, era caótico y me llamó la atención que sus libros estuvieran abiertos en el escritorio.

Ulises estaba tirado en la cama boca abajo, con los brazos cruzados bajo la cabeza y parecía tenso.

—¿Puedes hablarme? —pregunté mientras caminaba hacia la cama—. Ulises...

—Vete por favor.

—Quiero hablar contigo. —Hice una pausa—. Lo necesito.

—¿De qué? ¿De qué estás con otro? Te entiendo, pero no me apetece hablar. Me lo merezco, pero déjame solo —suplicaba.

—No estoy con nadie, Ulises. Solo fue un beso. —Movié sus manos hasta sus orejas y se las tapó—. No seas infantil y hablemos. —Intenté que me hiciera caso, pero no estaba por la labor—. ¿Por qué te han metido en el calabozo?

—¿Qué te han contado? —Seguía boca abajo sin mirarme, aunque por lo menos parecía que empezaba a responderme.

—No he preguntado.

—Eso duele también. Pensar que no te interesa. —Dejó unos segundos antes de volver a hablar—. Quizás estaba frustrado y partí algunos cristales.

—Pensaba que querías cambiar.

Esta vez volvió la cara hacia mí.

—Y quiero hacerlo, pero... pero... estoy... Convencí a mis amigos de hacer eso para que no hiciesen algo peor. No tienes por qué creerme aunque la realidad es esa. Ese fue el motivo del arresto.

—Algo que tuviera que ver conmigo, por ejemplo, ¿no? —La forma en la que contrajo sus músculos fue la respuesta más clara—. Veo que siguen sin saber que hemos estado juntos.

—Me merezco todo lo que me pasa.

Me senté en la cama junto a él que de nuevo miraba hacia el lado de la pared.

—¿Por qué no me miras? Sé sincero y enfréntate a mí.

Estaba anestesiada, de pronto ni sentía ni padecía, solo quería conversar con él y aclarar las cosas aunque lo tenía casi todo claro.

Despacio puse la mano en su espalda y con cuidado, casi sin rozarlo, fui subiéndola hasta llegar a su cuello desnudo. Todos los vellos de su cuerpo se fueron elevando y mostrando la piel de gallina. Seguí mi camino por su nuca hasta llegar a la parte posterior de la cabeza; me sobresalté cuando la mano derecha de Ulises la atrapó y se dio la vuelta para mirar hacia mí. Tragó con dificultad mientras me miraba resentido y cansado.

—Ginebra...

No dejé que siguiera hablando porque me tumbé junto a él y dejé que me abrazara. Yo cerré los ojos y me dejé llevar por todo lo que seguía transmitiéndome y lo que me hacía sentir. No se podía disimular.

Ulises no me besaba, solo acariciaba mi mejilla con la suya, me olía, me mimaba, posaba su frente sobre la mía, acariciaba mi corto cabello que caía sobre mi cara y apretaba con fuerza los ojos para no mirarme.

—No sé cómo hacerlo. —La angustia estaba patente en sus palabras.

—Shhh. No digas nada. —Pasé mi pulgar por sus labios y le di un simple pero intenso beso para luego quedarnos abrazados durante mucho tiempo sin decir ni hacer nada más que eso.

CAPÍTULO 20

ULISES

La acerqué en moto a su casa a pesar de que me hubiera quedado con ella acostado en esa cama toda la puta noche, aunque no hubiésemos hecho nada. Había sentido estos días tanto dolor y tan intenso que la sensación de tenerla entre mis brazos fue como tocar el cielo.

Ver como se despedía de mí con una sonrisa, sin intentar sonsacarme nada que no estuviese dispuesto a contar y sin entrar en detalles de la cagada que había hecho con mi comportamiento, me hizo darme cuenta de que no hay ninguna que le llegue a la suela de los zapatos. Pensar que me parecía una niña repelente antes de conocerla me enfurecía porque me había demostrado que hay que darle a la gente la posibilidad de conocerla.

Aunque todavía había cosas que no podía controlar, por lo menos tenía la tranquilidad de que ella me había perdonado. Esta vez lo haría mejor para no volver a perderla de nuevo así que fui a buscar a mis amigos al parque.

Cuando llegué solo estaban Yumara y Jairo, pero luego fueron llegando Yeray, Isaac y Zulema.

Sabía que cuando lo contase desataría la tercera guerra mundial, pero si realmente eran mis amigos lo entenderían.

—Estoy con Ginebra.

Todos dejaron de hablar entre ellos y volvieron la cabeza hacia mí. Nadie decía nada, solo esperaban mi explicación.

—¿Qué dices? —Yumara se puso a la defensiva, la conocía demasiado bien.

—Estoy saliendo con Ginebra.

—¿Estás hablando en serio? —preguntó Yeray mientras escuchaba risas forzadas de los demás.

—¿Eres gilipollas o qué? ¿En serio crees que se va a fijar en ti? Sabe Dios si no está compinchada con su padre para... —Sabía que ella iba a ser la que peor se lo tomase.

—No digas tonterías. Llevamos ya un tiempo. —Los demás seguían confundidos.

—Pero tío, después de... ya sabes... No sé, ¿Cuándo pasó? —preguntó Jairo—. ¿Y el otro día aquí, estabais juntos?

—Sí.

—Este parque no lo vuelve a pisar esa tía. —Yumara empezaba a perder el control.

—No vuelvas a hablar de ella en esa forma —la amenacé mientras me daba cuenta de que su mirada se transformaba en odio—. Si sois mis amigos la vais a respetar.

Yumara se bajó del banco y se marchó hecha una furia. Con esa actitud supuse que quizás seguía sintiendo algo por mí.

—No sé qué decir, tío. Tú sabrás dónde te metes. ¿Eso quiere decir que tu suegro es... ? —

Jairo tampoco parecía para nada contento—. Por cierto... ¿Sabe lo de...?

—No, no lo sabe y sí, sé quién es mi suegro y no me hace ni puta gracia, pero ¿qué hago? No planeé que pasara esto.

—Bueno, tú sabrás. Yo tengo que marcharme.

Al ver que todos se estaban comportando conmigo de esa forma, es decir, poniendo una barrera frente a mí, el que se fue, fui yo. Me daba igual lo que pensasen y me daba igual quedarme sin amigos porque Ginebra era la primera en mi vida y podía buscarme a otros, pero no a nadie como ella: era única.

Ese día no pude ver a mi chica y contarle que ya le había dicho a mis amigos que teníamos una relación. Esperaría al día siguiente cuando saliera de la academia de inglés. Estaba ilusionado y un poco rayado a la vez por mis amigos.

Arrancaba mi moto para ir a buscarla cuando escuché mi nombre por detrás. Era Jairo que había venido a buscarme. Parecía arrepentido.

—Lo siento, tío. Creo que nos hemos comportado como unos niños chicos.

—Gracias.

—Tienes que entender que es un poco *heavy* todo esto. Es la hija de nuestro enemigo, tío. Tu suegro te ha dado con la porra en las costillas y te ha pegado muchas veces.

—Lo sé, pero yo no estoy con él.

—También hemos hablado mal de ella y cosas feas. No sabía que te gustaba. ¿Por qué no nos habías dicho nada?

—No me gustaba. Empezó a llamarme la atención el primer día que hablamos, no sé... me di cuenta de que no era como pensábamos. Me gustaría que le dierais una oportunidad.

—Pues claro. Cuenta conmigo. —Tener el apoyo de, aunque fuese solo uno de ellos, me hacía sentir bien—. Fumémonos uno por ahí y me cuentas un poco más la movida.

Me subí en la parte trasera de su moto y nos marchamos. Le pregunté si había hablado con los demás o si sabía qué pensaban sobre el tema. También le comenté que me daba miedo la reacción que pudiese tener Yumara. Era una chica que como amiga era estupenda porque era divertida, aunque también problemática, cosa que a mí no me había afectado nunca porque tenía cierta debilidad por mí.

—No sé qué piensan, tío, pero... pero sabes qué. —Fue frenando la moto al pasar debajo del puente.

—¿Qué? —pregunté confundido. Saltaron todas las alarmas al ver cómo me miraba.

Sin darme cuenta ni tener tiempo de reaccionar, sentí como alguien me agarraba de los brazos, me los doblaba y me los sujetaba a la espalda.

—Tienes derecho a permanecer en silencio bla, bla, bla. Esto tienes que sabértelo de memoria, Trece.

—¿Qué he hecho ahora? No he hecho nada joder. —Miré a Jairo y vi que a él no lo habían esposado—. ¡Jairo!

—¿Jairo vas a decir? ¿Cómo has podido intentar que nos pillasen a todos, tío? ¿Eras nuestro amigo? No puedo creer que por una tía...

—Ey, capullo. No quiero que te refieras a mi hija de esa forma o te llevarán con él. Que me hayas ayudado con esto no significa ni por un segundo que me caigas bien.

—¿De qué estás hablando? ¿Cómo voy a hacer algo para que os pillen, tío? ¿Cómo has podido creerte algo de él, Jairo? Te han utilizado. —Su cara se puso pálida y vi duda en su mirada.

—Uy, Uy... esto parece droga. Tendremos que analizarla, pero con esta cantidad estarás un

par de años encerrado. —La cara y la voz del padre de Ginebra salían con pura maldad.

—Eso no es mío y lo sabes. No hago nada y...

—Tendrás que demostrarlo y el único que puede defenderte esta pillado por los huevos porque si dice que no es tuyo, diremos que es de él, así que suerte a los dos.

Cuando escuché eso supe que estaba completamente jodido. Sabían dónde cogerme porque en esa parte no había cámaras por ningún lado y con mis idas y venidas al calabozo nadie me creería. Estaba condenado.

Uno de los policías me agarró de la cabeza y me ayudó a entrar en el coche patrulla. Allí terminé llorando porque sabía que estaba en un buen lío.

CAPÍTULO 21

Estaba mensajeándome con Fabiola cuando llamaron a la puerta de mi dormitorio. Me levanté y abrí esperando que fuera mi madre pues era la única persona que estaba en casa conmigo. Ver a mi tío Abraham al otro lado me confundió.

—¿Puedo hablar contigo?

—Sí, claro, pasa.

Me senté en la cama y él se apoyó en el escritorio. Ver lo serio que estaba me puso en alerta.

—Tengo algo que contarte que no te va a gustar.

—¿Ha ocurrido algo? —pregunté ansiosa. Me levanté de la cama y me acerqué a mi tío preocupada—. Dime qué ha ocurrido, por favor.

—¿Recuerdas lo que te pasó hace tiempo con esos dos chicos? Me refiero al día que robaron el móvil a Fabiola y te engañaron haciéndote ir a ese barrio en el que intentaron robarte.

—Sí, claro. —Fue el día que conocí a Ulises y terminó eclipsando todo lo demás.

—Ya sabemos quiénes son. Te dije que no pararía hasta que no diera con ellos y ya lo hice.

—¿Quiénes eran? ¿Los conozco?

—No lo sé, si te soy sincero. Espero que no.

Había que sacarle las palabras con cuentagotas y yo estaba perdiendo la paciencia porque lo veía demasiado afectado como para que solo fuera eso. ¿Y si en realidad me querían matar o abusar de mí? ¿Estuve en peligro o sigo estándolo?

—¿Siguen buscándome quizás? Por favor, cuéntamelo todo porque estoy perdiendo los nervios. ¿Papá lo sabe?

—No, él no lo sabe, pero se lo tengo que contar. Entiéndeme. No creo que estén al acecho simplemente porque hay algo más detrás de todo esto.

—¡¡Dímelo ya!!

—¿Te acuerdas de la fiesta que hace el abuelo?

—Cómo no me voy a acordar después de la que formasteis este año con Ulises.

—Esa fiesta es muy conocida por todos, incluso por esos delincuentes. Para ellos es una fiesta prohibida y por eso, y por el odio que nos tienen, siempre intentan pinchar coches, o partir algún cristal, etc. Sabes que esto ha pasado más de una vez hasta que pusimos guardias en la calle.

—Lo sé. —El corazón se me iba a salir del pecho—. ¿Qué tiene que ver conmigo?

—Hicieron una apuesta para ver quién era capaz de entrar en esa fiesta, cosa que como comprenderás es prácticamente imposible.

—Sigo sin entender nada. Qué tiene que ver eso conmigo.

—Primero pensamos que te querían sobornar o incluso amenazar o coaccionar para obligarte a que metieses a alguno, pero luego nos enteramos de la verdad. Ginebra... Los chicos se llaman Jairo y Yeray. Son amigos de Ulises y todo fue una mentira para parecer tu salvador y así conocerte. Ulises sabía perfectamente que nunca te habrías fijado ni le hubieses dado una

oportunidad a él. Así que te mintió y nunca te salvó de ellos, lo único que quería era entrar en esa fiesta y ganar la apuesta. Lo siento.

Me senté en la cama porque sentí que mis piernas flaqueaban. Mi tío me puso una sudadera por los hombros al ver que empezaba a temblar.

—¿Estás bien? He mandado a detenerlos, aunque no creo que puedan hacerle nada después del tiempo que ha pasado y no tener pruebas. Siento lo de Ulises porque veo que estás muy enganchada a él.

Los hubiera reconocido por la voz, pero el día que los conocí en el parque solo se rieron de mí.

El teléfono de mi tío empezó a sonar mientras yo me sentía la persona más decepcionada, estúpida y tonta del planeta. Me había dejado besar por él ese día y me había empezado a gustar desde ese momento, momento en el que él solo actuaba para ganar una apuesta.

—¿Trece detenido? ¿Por eso? Eso no es típico de él y menos ahora. ¿Tienes algo que ver, hermano? Voy para ya.

—Voy contigo, tío. —Lo miré desolada. Necesitaba hablar con él. Todavía no había digerido lo que acababa de escuchar porque estaba muy confundida. Ulises me demostraba que me quería y, aunque fuese muy grave, mi corazón me decía que le diese la oportunidad de explicarse. Necesitaba verlo y saber qué sentía al hacerlo: rabia, enfado o comprensión. Quería mirarlo a los ojos y saber la verdad de una vez. ¿Por qué iba a estar conmigo si ya había ganado la apuesta? ¿Había algo más o dijo que me quería de verdad?

Mi tío aceptó y nos dirigimos hacia la comisaría donde se encontraba mi padre. Allí se encerró con él en su despacho para contarle lo sucedido sobre la apuesta; mi padre se iba a poner hecho una fiera cuando se enterase.

Yo solo podía pensar en Ulises, en su falta de escrúpulos y en su mentira. No quería ser la tonta de siempre que lo perdonaba y listo, pero necesitaba escuchar su explicación.

—Abuelo. —Lo vi bajar las escaleras y me dirigí hacia él—. Necesito ver a Ulises, o a Trece como lo llamáis. Por favor.

—Cariño —la voz de mi padre retumbó en mis oídos. Me giré despacio esperando ver al mismísimo demonio después de lo que le había contado su hermano—, necesito hablar contigo. —Acepté y lo seguí hasta su despacho—. Te lo dije. Ese chico no es de fiar, Ginebra. No estás acostumbrada a este mundo porque estas criada entre algodones, pero está lleno de gentuza como él.

Me quedé callada porque si lo defendía no me dejaría bajar a los calabozos a verlo. Asentí a todo lo que iba saliendo de su boca.

—Papá, necesito pedirle explicaciones.

—No voy a dejar que bajes ahí.

—No lo entiendes. Necesito decirle la clase de persona que es y necesito hacerlo yo mirándolo a la cara. Confía en mí, por favor.

Mi padre se quedó algo pensativo y, bajo todo pronóstico, aceptó. Se acercó a mí, me dio un beso y me acompañó a las escaleras.

—No quiero que te acerques a él en ningún momento.

—De acuerdo.

Temblona y supernerviosa bajé escalón tras escalón y fui pasando por las celdas hasta llegar a la suya.

Me lo encontré acostado boca arriba y tapando su rostro con el antebrazo, no se había inmutado con el sonido de mis pasos. Sabía que no se esperaba que me dejasen bajar a verlo.

—Ulises. —En cuanto escuchó mi voz dio un salto y se sentó. Corrió hacia mí cuando se dio cuenta de quién era—. ¿O tengo que llamarte Trece? —Reculó y dio un paso atrás algo receloso.

—La droga no es mía, Ginebra. Te lo juro. Me han tendido una trampa y han engañado a Jairo para que me delatase y me acusase haciéndole creer que yo los iba a delatar. —Se acercó a las rejas y apoyó su frente en ellas.

—¿Jairo? Me he enterado de una historia de él, ¿sabes? De él y de Yeray. Quizás tú la sepas. En realidad eras el protagonista. Mejor dicho: éramos tú y yo.

Agachó la cabeza y se quedó callado. Sus manos se agarraron con fuerza a los barrotes y el color de su rostro desapareció.

Yo estaba en frente de él, a un metro aproximadamente de distancia y lo miraba inexpresiva esperando una explicación que no llegaba.

—¿Desde cuándo lo sabes? —musitó.

—Me lo acaba de contar mi tío. —Seguía sin mirarme a la cara y de vez en cuando los cerraba intentando no ver la realidad—. Entonces es verdad, ¿no?

—Lo siento. Te dije que nunca debimos conocernos. ¿Me entiendes ahora? Yo sabía que esto no iba a salir bien porque... Porque empezó con una maldita mentira de mierda. —Golpeó los barrotes de forma brusca. Nunca se había puesto violento delante de mí.

Hizo lo mismo que la otra vez, apartarse y sentarse en el banco del fondo.

—No querías ver la realidad, que no era buena persona. No querías más explicaciones de las necesarias para perdonarme y seguir conmigo y yo lo agradecía, pero tarde o temprano te enterarías de cómo soy.

Yo seguía ahí de pie sin inmutarme, solo escuchando pacíficamente su explicación.

—Puede que tengas razón y me daba miedo profundizar. Quizás ahora es el momento de que me expliques todo. —Me miró cauteloso intentando descifrar si hablaba en serio o no—. Te escucho.

—Empezó como una broma, como una pelea de gallitos por ver quién era el que tenía más huevos. No recuerdo a quién se le ocurrió la idea de entrar en la fiesta de tu abuelo, pero ese fue el reto. En realidad nadie pensaba que podía conseguirlo. —Se levantó y caminó hasta los barrotes—. Todo se quedó ahí y no volvimos a hablar del tema, pero una tarde después de que tu padre y dos policías más vinieran al parque a hacer una redada y cachearnos se me ocurrió. Le tenía tanto odio a tu padre que me obcequé en pagarle de la peor forma posible. Utilizando a lo que más podía dolerle. A ti —tras decir eso me miró a los ojos intentando ver una reacción que no mostré. Quería escuchar todo.

—Sigue —mi tono de voz era neutral.

—Yo fui el que le quité a Fabiola el teléfono sin que se diese cuenta. Nunca debiste ir allí. ¿Y si hubiera sido real?

—No es el momento de hablar de eso ahora Ulises. En cualquier instante puede bajar mi padre y hacerme subir. Estoy aquí porque le he dado a entender que estoy enfadada contigo. —Suspiró exageradamente.

—No pensábamos que ibas a venir, pero lo hiciste y supuestamente salió todo bien hasta que... hasta que te vi llorar muerta de miedo y abrazada a mí. Ya me llamó la atención el puñetazo que le diste a Yeray en los huevos. —Sonreí al recordarlo y apareció una leve ilusión en su mirada. Volví a ponerme seria para que no hubiera lugar a dudas—. Cuando te sequé las lágrimas y vi tu mirada aterrada... no sé explicarlo. Me entraron ganas de protegerte, de abrazarte y... Y no pude aguantar las ganas de probar tus labios. Te juro que eso no estaba en ningún plan, créeme —suplicó—. Solo quería hacerme amigo tuyo y que me invitaras a ir. Di

algo.

—Que tú, tus amigos y mi padre tenéis razón y soy la persona más tonta del mundo porque no se cuidarme sola. —Esta vez no pude aguantar la emoción y dejé escapar una lágrima.

—No vuelvas a decir eso. —Su cuerpo se tensionó y alzó la voz—. Sabes cuidarte perfectamente. La culpa es solo mía, de no haberte sido sincero porque tenía miedo a perderte. Eres una chica perfecta, Ginebra. Estudiosa, elegante, alegre, valiente... Toda la culpa es mía. Me estás cambiando y soy mejor persona desde que estoy contigo y eso se ve. Estoy aprobando las asignaturas que peor se me daban y casi... —tragó saliva antes de seguir—, casi no me meto en problemas. Ginebra... —Empezaba a ser evidente la desesperación en su mirada al ver que no terminaba de reaccionar después de haberme contado todo.

—Espera. El día que fui al parque a verte.

—Nunca vas a llegar a imaginar lo que fue eso para mí. —Puso su mano en el corazón—. Ver cómo caías al suelo y no poder... —Apretó los ojos al recordarlo—. Cada risa, cada mala cara, cada gesto de burla fue como si me clavaran puñales. Si hice eso fue porque sabía que no se lo iban a tomar bien y me daba miedo que te contasen lo de la apuesta.

—¿Hay algo más que tengas que contarme?

No dijo nada solo negó con la cabeza y me miró. Soltó una mano de los barrotes y la inclinó hacia mí pidiéndome con la mirada que la agarrase. Mi corazón estaba completamente dividido. Una parte me hacía sentir estúpida y engañada, aunque también estaba la que me decía que a veces las cosas no salen como uno quiere y no todo es color de rosa. ¿Puede una pareja terminar bien después de esos comienzos?

—Sé que nunca seré bueno para ti y menos ahora que tu padre me ha tendido una trampa con la droga. ¿Me crees? —Su pecho se elevaba con cada respiración. Fue perdiendo fuerza al ver que yo no contestaba e intentó bajar la mano desanimado, pero en un acto impulsivo la agarré.

—¿Entonces me quieres? —pregunté dándole un hilo de esperanza.

—Demasiado. ¿Me crees? —Esperaba inquieto mi respuesta.

—¿Y tus amigos?

—Me dan igual mis putos amigos. Si no te aceptan que les den. Ayer les conté que estaba contigo. Te quiero. Si te pierdo será porque soy un mentiroso y una mala persona, pero no porque anteponga a mis amigos a ti. ¿Me crees? Contesta por favor —suplicó perdiendo un poco los nervios.

Me acerqué poco a poco a él mientras intentaba agarrar mejor mi mano. Consiguió entrelazar sus dedos con los míos.

—Estoy demasiado enamorado de ti como para perderte. No me dejes, por favor. —Sus ojos empezaron a enrojecerse, pero yo seguía impassible frente a él—. Te quiero.

—Yo también te quiero. —Agarré su otra mano y acerqué poco a poco mi cara a la suya. Necesitaba besarlo y él necesitaba besarme a mí aún más. Quería que se diera cuenta de que confiaba en él, pero esos barrotes me impedían abrazarlo con normalidad.

Sabía que allí había cámaras y que mi padre o mi abuelo podían bajar de un momento a otro, pero sentir cómo nuestros besos se humedecían por sus lágrimas eran suficiente motivo como para arriesgarme a cualquier castigo o cualquier bronca por parte de cualquiera. Me necesitaba y aunque todo había empezado mal y nos quedaba un camino difícil por seguir, lo conseguiríamos, porque el amor debería poder con todos los obstáculos.

—He tocado fondo. No sé cómo voy a salir de ésta. Cuando mis padres se enteren de que me han cogido con droga van a sufrir mucho y te prometo que no es mía.

—Te creo en todo, Ulises.

—No quiero hacerles sufrir más. Desde que estoy contigo ellos están más contentos conmigo y no se lo merecen. Sé que no han podido prestarme la atención que necesitaba porque tienen que trabajar, aunque eso no ha sido en realidad mi problema. Me junté con malas compañías y decidí hacer lo mismo que ellos. Si mis padres han cometido algún fallo es consentirme demasiado quizás.

—¡¡Ginebra!! —el grito de mi padre me tensó.

—Ulises, te juro que haré lo posible por que salgas de aquí, confía en mí.

—Si no lo haces por mí, hazlo por ellos. Te quiero. —Se separó cuando vio a mi padre.

—Y yo.

Mientras me alejaba de él solo tenía una idea en la cabeza, que algún día pudiésemos pasear los dos juntos, de la mano, sin tener que escondernos de nadie y libres.



CAPÍTULO 22

Mientras subía las escaleras acompañada de mi padre podía ver a mi tío y a mi abuelo observándome molestos. Seguro que habían visto cómo lo besaba por la cámara.

Me llevó de nuevo a su despacho y me hizo sentarme. Me extrañó no verlo hecho una furia como se suponía que debería estar. Mi tío intentó entrar con nosotros, pero se lo negó. Quería tener una conversación padre e hija.

Me tenía algo descuadrada y eso me hacía sentir insegura porque lo natural en él hubiese sido gritarme y castigarme, sin embargo, no fue así.

—Ginebra, creo que estás cambiando a ese chico. —Mi cara de sorpresa al escuchar eso fue evidente—. Tengo que reconocer que desde que se supone que estáis juntos ha dejado de meterse en problemas, cosa que sus amigos no.

—Lo sé. Papá...

—Deja que termine, cariño —Aunque sus palabras eran cariñosas, su semblante seguía siendo duro y gélido—. Como te iba diciendo, Trece...

—Ulises —corregí.

—Está bien. Ulises está cambiando y me gustó la forma en la que se dirigía a ti en los mensajes. Nunca imaginé que fuese él y me sorprendió.

—Me respeta mucho y me trata muy bien. —No sabía a qué venía ese cambio de actitud.

—Hagamos una cosa. Sé que él dice que la droga no es suya, pero evidentemente no es así. Te está engañando. —La duda acechaba—. He pensado que podría sacarlo y olvidar este suceso.

Sabía que mi padre me estaba mintiendo con el tema de la droga, pero quería escuchar lo que tenía que decirme y hacerme la tonta.

—Dime, papá.

—Es obvio que os queréis o que sentís algo el uno por el otro...

—Estamos enamorados. —Mi padre hizo una mueca con la cara. Por unos segundos vi cólera en sus ojos, pero volvió a disimular.

—Está bien, pues mejor me lo pones. Si el amor es de verdad, aguantará. —La conversación empezaba a dar un giro inadecuado.

—¿Cómo que aguantará? No sé a qué te refieres. —Cada vez comprendía menos.

—Cariño, sacaré a Tre... —hizo un paréntesis—, quiero decir a Ulises de ahí y esa droga se perderá. Quedará limpio y como si no hubiese pasado nada, el abuelo me ayudará. —No me fiaba ni un pelo de mi padre.

—Gracias, te quiero. ¿Puedo irme? —No quería dejar que siguiera hablando algo que no me pudiese gustar.

—Solo tienes que hacer una cosa. Estudiar fuera. ¿Recuerdas lo que hablamos de Londres? No lo puedes dejar escapar. Si os queréis y estáis enamorados de verdad podréis esperaros.

Empecé a llorar porque mi padre se iba a salir con la suya y aunque solo fuese físicamente, nos separaría.

—Podrás llamarlo por teléfono, cariño, no es para tanto.

—Pero, papá.

Se puso de pie y se vino a mi lado. Su rostro se ensombreció, eso quería decir que no había más que hablar y que tenía que decidir algo.

—O te vas a estudiar fuera dos cursos, o se comerá unos siete u ocho años de cárcel. Tú decides. Tienes para pensarlo el mismo tiempo que yo en llegar a la puerta y abrirla.

Mi llanto era cada vez más explosivo porque me sentía presionada y utilizada.

—Tres, dos, uno... Estoy abriendo.

—Está bien. Me voy. —No podía dejar que fuese a la cárcel. Ya buscaríamos la forma de vernos o de hablar durante ese tiempo. Le había prometido que lo sacaría y eso iba a hacer. Lo importante ahora era su libertad. —Deja por favor que se lo diga.

—Lo siento, pero eso no va a ser posible. No puedes tener tantos beneficios por ser mi hija. Vete a casa y prepara las maletas.

—¿Ya?! —Lo miré sorprendida.

—Intentaré que vaya a despedirse de ti antes de que te marches.

Mi tío al verme así me llevó a casa e intentó que me tranquilizase, pero me sentía tan mangoneada y utilizada por todos que solo quería llorar. Llorar y coger fuerzas para tomarlas riendas de mi vida que tan sueltas las tenía.

En cuanto llegué de la comisaría hice las maletas. Mi madre ya estaba al tanto de todo y me quiso ayudar cosa que no dejé que hiciese. Estaba enfadada con los dos por decidir todo por mí. Iba a hacerles caso en esto, pero me iba a quitar de *ballet* de una vez por todas y mi vida iba a cambiar. Lo tenía decidido.

Me castigaron sin el teléfono móvil por haberlos desobedecido. Me había prometido que antes de que me montara en el avión dejaría que lo llamase para despedirme, así que me conformé. Aunque estaba rota por dentro y enfadada con el mundo, una parte de mí sabía que había hecho lo correcto. No podía dejar que mi padre destruyese la vida de Ulises por mi culpa, nos queríamos y la distancia no iba a romper nuestra relación.

Solo dos días después y de forma un poco caótica me dirigía hacia el aeropuerto dirección Londres. Tenía un nudo en el estómago y una gran ilusión de por fin tener la oportunidad de hablar con Ulises.

Mis padres me ayudaron con las maletas y me acompañaron a facturarlas. Cuando por fin tenían que dejarme ir sola les pedí el teléfono. No se opusieron en ningún momento. Me besaron, me dieron un fuerte abrazo; mi madre incluso se emocionó, y me dejaron marchar en medio de una fuerte tensión.

—Ten cuidado —gritó mi madre.

Me giré y me fui a la sala de espera antes de embarcar y con el corazón bombeando a cien por hora marqué el número de Ulises. Me temblaba todo el cuerpo y no podía dejar de sonreír.

Un tono, dos tonos, tres tonos, cuatro tonos... Colgué y respiré hondo. Quería hablar con él antes de marcharme y decirle que me quedaba una hora para embarcar. Quizás ahora que no estaban mis padres podía venir. Volví a marcar de nuevo ya con una leve sensación de angustia en el cuerpo.

Un tono, dos tonos, pi... pi... pi... ¿Me había colgado? Me empezó a subir un calor por el cuerpo que salía por todos los poros de mi piel hasta tal punto que necesité quitarme la sudadera. Tenía que ser un error. Necesitaba hacerlo de nuevo, pero esta vez estaba aterrada. No podía irme de aquí sin escuchar su voz, sin explicarle todo y sin saber qué pensaba de mi forma de actuar. Marqué despacio cada número y esperé ansiosa los tonos, pero nunca llegaron: «Este teléfono

está apagado o fuera de cobertura en este momento». Mi mente colapsó. ¿Quería decir eso que me había utilizado para que lo sacase de allí y que la droga en realidad era suya? Llegados a este punto no sabía qué pensar. Estaba claro que mi padre podía hacer muchas cosas, pero no utilizar su teléfono. El que estaba al otro lado de la línea y me había colgado era él sí o sí. Me habían vuelto a utilizar de nuevo, pero esta vez dolía más que nunca.

.

CAPÍTULO 23

Mi vida empezó a cambiar desde el momento en el que puse un pie en Londres. No iba a dejar que nadie ni nada volviera a utilizarme o a tomar decisiones por mí. Ahora estaba lejos de mis padres y era imposible que se enterasen de todo.

Lo primero que hice fue apuntarme a gimnasia rítmica en vez de *ballet*, evidentemente sin que lo supieran. Era un deporte mucho más activo y alegre. Tenía la flexibilidad necesaria, aunque tuve que aprender muchas cosas nuevas. Algo que me gustó de ese deporte fue el compañerismo que había entre nosotras, todo lo contrario al *ballet*. Allí nos animábamos y nos alegrábamos por los méritos de las demás, aunque al ser de otro país no pude competir.

No me costó mucho adaptarme a aquel lugar porque me sentía independiente. Mis padres me pagaban una residencia, pero tenía libertad. Nadie me decía cuándo ni dónde ir y mucho menos con quién.

Mi abuelo se jubiló y le hicieron una gran fiesta a la que decidí no acudir. Puse la excusa de tener exámenes muy importantes. No me apetecía bajo ningún concepto volver a aquella ciudad que aún me suponía dolor y se lo hice saber; mi padre terminó por pedir un traslado y mudarse a otra ciudad. Ellos pensaban que yo volvería a casa después de terminar mis estudios en Londres, aunque eso no ocurriría porque me pensaba independizar. En aquel lugar solo estaba mi tío Abraham que poco después seguiría el camino de mi padre.

Fabiola y Juan empezaban a tener problemas como pareja. Llevaban juntos más de tres años y los últimos meses parecían necesitar cosas diferentes. A veces estar enamorados no es suficiente y todo tiene un principio y un final y puede que a ellos les estuviera llegando.

Ulises nunca se puso en contacto conmigo ni yo volví a llamarlo después de que me colgase. No pude olvidarlo de un día para otro, pero me obligué a ello.

Alguna vez le pregunté a mi padre por él y me dijo que le contaron que unos meses después de que me fuese empezó a salir con una amiga suya, Yumara. Eso me resquebrajó el corazón, aunque lo que hizo que se me rompiera en mil pedazos fue enterarme que la había dejado embarazada. Gracias a eso fue más fácil poder «olvidarlo», aunque siempre me quedé con la sensación de necesitar una última conversación. Una en la que me dijese a la cara que había jugado conmigo y que solo fui una distracción.

En los dos años de bachillerato que pasé allí estuve con un par de chicos saliendo. Con Harry duré algo más. Me llevé algunos meses, pero sabía que lo nuestro no tenía futuro y no solo porque yo terminaría volviendo a España, sino porque no me hacía sentir lo mismo que Ulises.

Lo mejor que me había dado Londres sin ninguna duda fue a mi amigo Santos. Doy gracias a Dios todos los días por cruzarlo en mi camino. Trabajaba en la barra de una cafetería y era español como yo. Desde el primer día congeniamos muchísimo a pesar de que él tenía cinco años más. Había ido a buscarse la vida allí porque en ese momento necesitaba un cambio, pero empezaba a cansarse de aquel lugar. Echaba de menos el clima y la personalidad de la gente de

España.

Santos era único: era extrovertido, divertido, descarado, ligón... aunque nunca conmigo. Era todo un personaje y siempre me sacaba una sonrisa. Muchas veces salía con él y terminaba exhausta o borracha porque nunca se cansaba. Le encantaba salir de marcha y conocer chicas aunque nunca me dejaba sola, siempre se buscaba la forma de liarse con alguien después de que yo me recogiese o dejarme con algún amigo. Lo quería un montón. Era mi familia en aquel lugar.

Esa fue mi vida durante los casi dos años que estuve allí, pero el curso terminaba y tenía que volver. Tenía clarísimo que no volvería con mis padres y aún tenía un mes para pensar en qué hacer.

Durante ese tiempo Fabiola y Juan dejaron la relación. Casi todos los fines de semana ella me llamaba borracha y me estaba empezando a preocupar. Se hicieron novios poco tiempo después de que sus padres la dejaran salir los fines de semana. Siempre había estado con él y ahora estaba algo desubicada cosa que era lógica, pero a mí empezaba a preocuparme. Cuando llegué al bar donde trabajaba Santos le enseñé un vídeo que ella me había mandado donde estaba con una copa en la mano y casi no se mantenía en pie.

—¿Por qué se comporta así? Siempre fue responsable.

—Déjala, se la ve feliz. ¿A quién se le ocurre sacarse novio tan joven? Ella necesita disfrutar, beber, salir... —Santos siempre tenía otra forma de ver las cosas.

—No. Bueno sí, pero con cuidado.

—Pero si tú y yo nos hemos emborrachado también. O tengo que recordarte la noche de la fiesta de Halloween que terminamos vomitando los dos en mi casa y luego super borracho tuve que colarme en tu residencia para que nadie se diera cuenta.

—Todavía no sé cómo lo lograste. Mi padre me hubiera matado si se enterara. —Me quedé pensando un rato—. No sé. Quizás tengas razón.

Pasaron los días y se iba acercando el momento de marcharme. Solo quedaban dos semanas y mis padres seguían pensando que volvería con ellos. Ni eso fui capaz de afrontar. No sabía en qué momento se lo iba a decir, pero había muchas posibilidades de que fuera el mismo día de mi dieciocho cumpleaños.

Ese viernes salí con Santos como de costumbre. Íbamos juntos, pero todo el mundo sabía que no éramos pareja así que las chicas se acercaban a él sin importarles que yo estuviera a su lado y sabiendo que no iban a ser las únicas.

Mi móvil empezó a sonar y descolgué. Era Fabiola llorando a mares y diciéndome que le habían echado algo en la bebida porque no se encontraba bien. Yo me levanté de un bote y Santos apartó a la chica que estaba sentada en su falda para preguntarme.

—¿Qué ocurre?

—Santos, es mi amiga, y dice que le han echado algo en la bebida. ¿Qué hago desde aquí? —Empecé a dar saltitos intentando inútilmente relajarme.

Me quitó el teléfono y empezó a hablar con ella.

—Busca una tienda, una persona mayor, una chica. No te acerques a ningún hombre y si ellos se aproximan grita.

—No puedo —sonaba cada vez más bajo.

—¿Dónde estás? Niña, ¿dónde estás?

—Fabiola —le corregí.

—¿Fabiola, dónde estás?

—En la Perla.

—¿Eso qué es? —me preguntó confundido.

—Le quité el teléfono y le dije que se quedara ahí que iba a llamar a alguien. Me puse en contacto con uno de los amigos de mi padre y fue a buscarla.

Me fui a casa y Santos me acompañó. Me vio tan nerviosa que no quiso dejarme sola. Media hora después me llamó su padre dándome las gracias por lo que había hecho y diciéndome que estaba bien. Definitivamente no parecía ella. ¿Por qué me había llamado a mí? Tenía la sensación de que me necesitaba.

Santos se quedó en la habitación conmigo y me preparó una tila.

—Tu amiga está loca.

—¿Nunca has estado enamorado? Tendrá el corazón roto, y eso hace que hagamos locuras.

—Claro que he estado enamorado. ¿Por qué te crees que no quiero nada formal? Es una mierda, eso duele mucho.

—Demasiado.

—Entonces, ¿qué? ¿Cuándo nos vamos? —Estaba apoyado en la mesa con su pose natural de chulito y mirándome como sorprendido de que no lo estuviera entendiendo.

—¿Cómo que cuando nos vamos? No pienso salir más.

—Lo sé. Bueno, yo sí que lo haré. La rubia me está esperando, pero eso es otro tema. Me refiero a volver a España. ¿No dices que tu amiga te necesita? Tu decías que no sabías a dónde ir después de marcharte de Londres, pues... qué mejor lugar que allí donde Laura te necesita.

—Fabiola —le corregí.

—Bueno, sí. La borracha.

—¡¡Santos!! —le reprendí—. No digas eso, además estás loco. No pienso volver a ese lugar.

—¿Y si me voy contigo? Podemos alquilarnos algo juntos. Venga, será divertido. ¿Te imaginas la que podemos liar?

—No, no me lo imagino. Todo el día con chicas en mi casa y escuchándote...

—Eso no va a pasar. Quiero decir todos los días. —Lo miré indignada—. Es broma, mujer. Bueno si yo fuera tú me lo pensaba, la verdad. —Empezó a reírse él solo—. Yo lo único que digo es una cosa: No me voy a vivir con cualquier chica. Eres una afortunada y deberías tenerlo en cuenta. —Me hizo reír y le tiré un cojín del sofá—. Tu amiga la borracha está a salvo y tú tienes tu tila calentita. Me voy a echar un pol...

—¡¡Ya!! —Me tapé los oídos.

—Siéntate conmigo en el sofá, ven. —Le hice caso y aunque no veía fiable su propuesta, lo escuché, sobre todo porque no estaba acostumbrada a verlo tan relajado. Me agarró del cuello, se intentó concentrar, ponerse serio y empezó a buscar como quien no quiere la cosa, los alquileres de allí—. ¿Has visto qué precios? Nos lo podemos permitir.



Estás loco, anda vete, corre. —Me levanté, lo empujé hasta la puerta, esperé a que me diera un beso en la mejilla y vi cómo se marchaba.

Esa noche me costó dormirme porque lo que me había dicho Santos empezaba a dar vueltas en mi cabeza. ¿Y si no era tan mala idea?

CAPÍTULO 24

Me senté con una libreta y un boli a poner los pros y los contras de volver a vivir a la misma zona. Una de las cosas buenas que tenía era que podía ir en tren a la Universidad donde podía estudiar magisterio porque estaba allí y eso era un buen punto a su favor. Otra cosa era que no estarían mis padres y ya no sería la hija, nieta de... Solo sería una más. También tenía que buscar algún trabajo para poder mantenerme si mis padres se negaban a ayudarme por desobedecerlos y no volver a vivir con ellos. Era algo que debía tener en cuenta.

Mandé varios currículos a todas las cafeterías, por si no tenía otra opción y a las ludotecas que era lo que yo quería en realidad. No tenía experiencia, pero sí ganas de trabajar.

Pasaron dos días y no había recibido ninguna respuesta. Como no tenía espacio en Google me dirigí al *spam* para eliminarlos y me dio un vuelco el corazón. Tenía un mensaje que me habían mandado el día anterior y era de una ludoteca. Había muchas posibilidades de que ya hubieran cogido a otra, pero aun así me decidí y llamé.

—¿Diga?

—Hola me llamo Ginebra. La llamo acerca de un mensaje que me habéis mandado por un currículum que mandé.

—Sí, lo recuerdo. Ese nombre es muy poco usual.

—Lo sé. —Sonreí algo nerviosa.

—No sé qué buscas exactamente, pero tengo una vacante que puede que te interese. Cuando terminan el curso, nosotros abrimos la ludoteca de verano y necesitamos personal para los pequeños.

—Acepto. —Mi corazón bombeaba muy fuerte. Algo me decía que eso era una señal y que Santos tenía razón. Iba a volver.

Ni siquiera había preguntado por el sueldo con los nervios, ni las horas, solo quería dar el paso sin tener que volver con mis padres y así poder acompañar en este momento a Fabiola. Además estos dos años había estado reuniendo como una hormiguita pensando en este momento.

En cuanto colgué lo llamé. Sabía que estaba trabajando, aunque también sabía que si había gente en el bar no descolgaba el teléfono.

—Hi. I,m Santos...

—Santos —lo corté.

—¿Qué te ocurre? ¿Por qué estás tan animada?

—Haz las maletas y pide la cuenta porque nos volvemos a España.

—¡¡Vamooos!!

Estuvimos buscando una vivienda para alquilar que no se fuera de precio. Él también tenía dinero ahorrado y yo un supuesto trabajo. Por lo pronto podríamos estar unos meses allí.

Llegó el día de mi cumpleaños y mis padres me hicieron una videollamada para felicitar me. Solo quedaba una semana para la vuelta y empezaron a contarme lo que pensaban hacer en mi dormitorio para que estuviera más cómoda. Era el momento de decirles lo que había decidido.

—Papá, mamá. —Me miraron atentos—. No voy a volver a casa. Voy a independizarme.

Mi padre empezó a ponerse rojo como un tomate y mi madre se puso las manos en la boca.

—¿Qué estás diciendo, Ginebra? ¿Esto será una broma, no? —Mi padre se levantó de la silla.

—Papá, he encontrado trabajo y tengo un pequeño apartamento apalabrado para alquilarlo. Voy a vivir con Santos, el amigo del que tanto os he hablado que vive aquí.

—Esto es una locura, cariño. Solo tienes dieciocho años. Si estudias y trabajas, ¿qué harás con el *ballet*? —preguntó preocupada mi madre.

—Ya es hora de que lo sepas. Hace dos años que lo dejé.

—¿Que dejaste qué? —Entendía la confusión de mi madre, pero debía saberlo ya.

—He estado apuntada a gimnasia rítmica, lo siento. Me he dado cuenta de que lo hacía por ti, pero no me gustaba. Desde que estoy aquí no tengo remordimientos a la hora de comer —no quería decirle que según mi amigo la culpa era de ella por haberlo hecho también y no dejarme claro que eso estaba mal— y prácticamente no tengo ansiedad porque no tengo que demostrar nada a nadie. Practico un deporte que me gusta y aunque sé que en realidad no es el culpable, yo tengo la sensación de que me enferma.

—¿Qué hemos hecho mal? —gritó mi padre.

—Muchas cosas, papá, pero esto no tiene nada que ver. Solo quiero vivir la vida que me dé la gana. Tengo dieciocho años y soy responsable. Podéis estar tranquilos.

Tras esa conversación mi madre estuvo llorando y mi padre me mandó un mensaje muy enfadado. Tenían que confiar en mí. Todo fue a peor cuando se enteraron el lugar que elegí para mudarme.

—No sabrás nada de nosotros si lo haces. No nos llames si necesitas dinero. —Había tardado mucho en amenazarme con eso, pero iba a por todas.

—Adiós, papá.

CAPÍTULO 25

Llegó el gran día de volver a España y yo estaba hecha un flan. El viaje fue tranquilo y se me hizo bastante corto. Hacía dos largos años que no volvía a aquel lugar y en cuanto el taxi entró en su término me puse muy nerviosa. Era una mezcla de añoranza, ilusión y recuerdos.

Yo llevaba dos grandes maletas llenas de ropa y cosas que había acumulado durante ese tiempo y él solo un macuto. Quería empezar de nuevo y había dejado allí prácticamente todo. Solo traía su ropa.

Santos estaba sobrecitado. No paraba de hablar, de preguntar por todo y sobre todo de comer. Me tenía más nerviosa aún.

La casa era tal cual la habíamos visto por fotos. Nos daba un poco de miedo lo que nos podíamos encontrar, pero todo fue muy bien y la casera era una mujer encantadora que nos prestó su ayuda.

Solo necesitamos un día para ordenar la casa a nuestro estilo. Sacamos todo lo que llevábamos en las maletas en solo unas horas, así que esa misma noche ya estábamos completamente ubicados. Nuestro nuevo hogar.

Llegamos un viernes por la mañana y ese mismo lunes empezaba a trabajar en la ludoteca de verano. Tenía muchísimas ganas pues tenía mucho que ver con lo que yo quería estudiar. Siempre me habían gustado los niños pequeños, quizás porque en mi familia no había nadie joven aparte de mí y tenía la suerte de haber caído en una que solo era para nenes de entre uno y cinco años.

Santos dedicó el fin de semana a descansar, que también se lo merecía. Era muy trabajador y en realidad había estado muy solo antes de que yo llegase a conocerlo. Estaba con muchas chicas, sí, pero no tenía a nadie de confianza más que a mí en Londres.

El lunes me levanté muy temprano para no llegar tarde. Había dormido genial y me sentía libre aquí de vuelta. Me di una ducha y me vestí, y cuando entré en la cocina me encontré a Santos, en calzoncillos y con un delantal preparando el desayuno.

—¿Qué pasa, compañera? Aquí tienes un delicioso desayuno para que cojas fuerzas porque con tanto niño las vas a necesitar. Por cierto, no dejes que te vuelvan loca porque para eso ya estoy yo.

—Santos, ¿es necesario que cocines en ropa interior? —No me asustaba ni mucho menos, pero no estaba para nada acostumbrada.

—Ginebrita, Ginebrita. ¿No pensarás que con el calor que hace aquí esté vestido todo el día, no? Es solo un bóxer, no enseño nada. El tanga lo dejo solo para las pibitas —bromeó como siempre.

—Haz lo que te dé la gana. Si me vas a hacer el desayuno todos los días te perdono.

—Y el almuerzo, compi. Yo me encargo de eso, tranquila.

Quise ir el primer día con algo divertido así que me recogí el pelo con dos roetes, uno a cada lado. Me hacía sentirme más cerca de los niños. Tenía mucha ilusión por empezar esta nueva faceta de mi vida.

Como había sido todo tan precipitado y solo hubo un fin de semana desde mi llegada, no me había dado tiempo de ir a conocer el lugar y a mis compañeras. En cuanto me abrieron la puerta y las vi, me dieron buenas vibraciones.

—Hola, soy Doris y ella es Isabel. Teníamos muchas ganas de conocerte; pasa antes de que vengan los niños y pongan esto patas arriba.

Todo era muy acogedor. Lo primero que podías ver era una entrada donde se encontraba la recepción y por donde entraban y salían los niños. Dentro se dividía en clases aunque en verano solo se utilizarían dos. Yo iba a estar de apoyo entre una y otra.

—En verano abrimos a las nueve y recogemos a todos juntos aunque la hora de la salida es más escalonada.

Me fueron explicando todo con pelos y señales: los mini baños, la zona donde comían que estaba llena de sillitas y una oficina.

—Bueno, ¿qué te parece? —Doris se veía más habladora.

—Me encanta todo, de verdad. Intentaré hacerlo lo mejor posible.

—Claro, mujer. Si te gustan los niños, que creo que es así porque si no, no empezarías a estudiar esa carrera, disfrutarás mucho en este lugar.

A las nueve menos cinco se empezaban a ver todos los padres agolpados en la puerta. Tenía muchas ganas de que entraran los peques y verme en esa vorágine como me imaginaba que sería y que más tarde me daría cuenta de que así era.

—Bueno, vamos allá —pronunció Isabel.

Quitó el pestillo de seguridad y empezamos a recibir a los niños. Eran tan pequeñitos y monos...

Tardamos más de lo que en un principio imaginé porque aunque algunos entraban sonriendo, otros lloraban y se agarraban a sus madres.

—Bueno, ya están todos. Ginebra, cierra la puerta y vete en un primer momento con Isabel.

Estaba cerrando cuando alguien llamó algo sofocado. A través del cristal pude ver que se trataba de un hombre con un niño en brazos. No pude verle la cara porque había un gran folio pegado con el horario de la escuela de verano. Volví a quitar el pestillo y abrí.

—Hola, aquí te dejo al trasto este... —Mientras hablaba no podía verme porque estaba agachado dejando al niño en el suelo—. Te quiero. Pórtate bien.

Me quedé sin palabras y el color de mi cara se esfumó, de eso estaba segura. Tragué saliva imaginando la cara que iba a poner cuando fuera consciente de que era yo.

Me agaché y cogí al niño en brazos y al elevarme de nuevo me estaba mirando con la misma cara de sorpresa que segundos antes tenía yo. Se hizo un silencio incómodo hasta que el niño empezó a llorar y Doris salió a hablar con Ulises. Yo aproveché y entre dentro con el niño. Dios mío, tenía a su hijo en mis brazos.

—¿Y tú cómo te llamas? —le pregunté mirándolo a la cara sabiendo que seguramente ni siquiera sabía hablar.

Aunque presté la máxima atención a todo lo que me decían durante todo el día, de mi cabeza no salía la cara de Ulises mirándome tan sorprendido como yo, sobre todo cada vez que veía a Mateo, que era como se llamaba su hijo.

A medida que iba llegando la hora de que recogieran a los niños mi nerviosismo iba en aumento. Había una parte de mí que quería hablar con él, a pesar de sentirme engañada cuando me enteré que terminó saliendo con Yumara. Era inevitable con todo lo ocurrido en el pasado que una parte de mí siguiera pensando que todo fue una mentira.

—Chicas, yo me pondré en la puerta cuando lleguen los padres, Isabel se quedará con los

niños en la clase y Ginebra, tú me irás trayendo al que te vaya pidiendo.

Asentí nerviosa porque eso significaba que volvería a encontrarme de nuevo con él. Cogí todo el aire que pude y lo expulsé con fuerza.

Doris fue mentando a los niños y yo se los acercaba. Cuando por su boca salió el nombre de Mateo mi corazón se aceleró y mis mejillas se sonrojaron, pude notarlo.

Agarré en brazos al niño que no había dado lata ninguna y lo acerqué a la puerta. Allí me dio un vuelco al corazón cuando vi a una chica muy guapa que no era Yumara. Aparentaba ser mayor que Ulises o eso me parecía a mí. Me impactó demasiado su imagen. Le acerqué al niño y ella lo cogió directamente de mis brazos. No podía dejar de mirarla. ¿Eran celos quizás?

—Gracias. ¿Eres nueva? —Me costaba actuar con normalidad sobre todo al ver lo simpática que era.

—Sí —fue lo único que contesté.

—¿Cómo se ha portado Mateo?

—Bien. —Seguía impactada con su presencia.

—Ha comido todo, ha estado jugando con sus compañeros y no ha llorado en ningún momento. —Doris le contestó al ver mi reacción tan extraña.

Cuando se fueron todos los niños y nos quedamos solas las tres, ella me sacó el tema de mi forma de actuar con Melisa que era como se llamaba ella. Aún no sé por qué les conté todo lo que me ocurrió en el pasado. Mi relación con su padre, nuestros problemas con el mío y mis dos años fuera. Ellas no me juzgaron y me sentí arropada por las dos.

—Los amores adolescentes son los más bonitos aunque todavía eres muy joven y tienes tiempo de conocer a muchos chicos. —Isabel intentó reconfortarme.

—La verdad es que es muy guapo y yo lo tenía como un chico formal. Ha madurado estoy segura, porque se le ve muy responsable. Siempre nos llamó la atención lo joven que era para ser padre en comparación con los demás. Lo hemos hablado muchas veces, ¿verdad, Isabel?

—Sí. Siempre trae al niño bien vestido, limpio, aunque se le ha olvidado la mochila varias veces. —Empezaron a reírse—. Y hablando de ti. ¿Qué tal tu primer día? Nosotras estamos muy contentas contigo, quiero que lo sepas. Nos has dado buena espina.

—Gracias. —Sonreí—. Me ha encantado y me habéis ayudado mucho. Estoy muy contenta.

Llegué a casa con una sensación ambigua y deseando contarle todo a Santos que me esperaba expectante.

—¿Y bien? ¿Nivel de ansiedad?

—Será mejor que te sientes. —Intenté prepararle para lo que venía.

Mientras le contaba todo, Santos me miraba con el ceño fruncido y la pierna cruzada. Como era evidente él conocía mi historia al completo, con pelos y señales. Le relaté lo sucedido sin dejar que interviniese porque necesitaba soltar todo de una vez antes de escuchar lo que pensaba.

—¿Y bien? —pregunté indignada al ver que solo me miraba.

—Ah vale, que ya has terminado. —Cogí un cojín y se lo tiré—. Tranquila, tranquila, que era una broma.

—¿Qué piensas?

—¿Qué quieres que piense? Tiene un hijo y está con una chica muy mona. No sé. ¿Quieres que se la quite?

—No digas tonterías —respondí indignada—. ¿Crees que debería hablarle? No entró en la cárcel gracias a mí, gracias a que me fui dos largos años a estudiar fuera. Me merecía un hola, cómo estás.

—Tienes razón, deberías mandarlo a la mierda.

—Santos... Trae a su hijo al lugar en donde trabajo.

—Pues habla con él.

—¿Pero de qué voy a hablar? No se merece que me rebaje y dé el primer paso. Me sacrificué mucho.

—Pues ya no me quedan más ideas que darte. A todo le pones un pero.

—Creo que voy a darme un baño a ver si me despejo un poco o aclaro mis ideas.

—Yo voy a salir. He quedado con una chica esta noche. —Me giré sorprendida. Solo llevaba un par de días aquí y ya conocía a gente. Santos era un caso—. No me mires con esa cara. Tú deberías hacer lo mismo; tienes dieciocho años. Yo con tu edad no paraba en casa. Por cierto lo de quitarle a la chica sigue en pie, si quieres.

—¡¡Santos!! —le reprendí mientras le tiraba uno de mis zapatos.

CAPÍTULO 26

Mi primera semana en el trabajo siguió con normalidad. Decidimos que hasta que no me asegurase de cómo actuar frente a Ulises sería yo la que me quedase en la clase con los niños e Isabel se los acercaría a Doris. Les estaba muy agradecida.

Aún no había coincidido con Fabiola porque estaba de viaje. Desde allí me había llamado un par de veces y siempre iba con unas copas de más. Me tenía preocupada.

A las diez de la noche mientras Santos se daba una ducha llamaron a la puerta. ¿Quién podía ser a esas horas? Nadie sabía que estábamos aquí.

Me acerqué a la puerta descalza y con los pelos alborotados de haber estado en el sofá viendo una película en Amazon Prime Video y abrí.

—¡¡Hola!! —Empezamos a gritar las dos. Era Fabiola y estaba guapísima—. Te he echado mucho de menos. —Nos dimos un abrazo interminable.

—¿Cómo estás? ¿Cómo te lo has pasado? Ven, entra.

Nos dimos la vuelta y nos encontramos de bruces con Santos que estaba frente a nosotros totalmente mojado y cubierto únicamente con una toallita pequeña que le tapaba solo sus partes íntimas. Nos miraba indignado.

—¿Se puede saber qué os ocurre? ¡¡Madre mía que gritos!! He pensado, ¿Dios mío si soy el hombre de la casa y están atacando a Ginebra tendré que defenderla a golpes? Total, que he salido mojado y corriendo. No penséis que quería que me vierais tan sexi así, con las gotas resbalando por mi cuerpo esculpido por los dioses.

—Eres un payaso. —Miré a Fabiola, pero ella estaba absorta con el comportamiento de mi amigo y no me prestaba atención. Lo miraba con confusión—. Santos, ella es Fabiola.

Hizo el amago de acercarse para darle dos besos, pero al ver su cara algo extraña, reculó.

—Por favor, tápate —le dije a la vez que los tres dirigíamos la mirada hacia ese trozo de tela.

—Encantado, Fabiola. —Hizo una reverencia algo molesto y se dio la vuelta mientras se quitaba la toalla y nos daba una vista panorámica de su trasero.

Puse los ojos en blanco y Fabiola me miró completamente asombrada.

—¿De dónde has sacado a este?

—No hables así de él. No hubiera sobrevivido mentalmente en Londres si no hubiera sido por Santos. Es como el hermano que nunca tuve.

Fabiola se encogió de hombros y se sentó en el sofá. Estuvimos hablando durante un rato mientras Santos paseaba de un lado a otro haciendo ruido aquí y allí.

—¿Cómo estás después de la ruptura?

—Bien. No te voy a mentir y he llorado mucho, pero es lo mejor que he hecho. Perdona, pero no quiero hablar de eso ahora. Salgamos a algún sitio de fiesta. Mi madre me tiene controlada desde que lo dejé, pero si salgo contigo dejará que me recoja más tarde.

—Venga, vale. —Me fui corriendo a vestirme y cuando íbamos a salir apareció de nuevo

Santos.

—¿Dónde vais? ¿Puedo ir con vosotras?

—¿No has quedado hoy con ninguna chica?

—Sí, pero me ha dejado tirado. No sé qué de un hospital... —Puse los ojos en blanco de nuevo.

Llamamos a un taxi que nos llevó a una zona de copas. Tenía dieciocho años y podía entrar en sitios en los que antes era imposible por la edad. Me parecía increíble que hubiese llegado ese momento.

Nos pedimos una copa y nos fuimos a la pista a bailar. Santos, aunque fue más callado de lo normal durante el camino, allí no tardó más de cinco minutos en hacernos saber que iba a la caza de una mulata que le había entrado por los ojos.

—Aquí os dejo, pequeñas.

—¿Qué le pasa a tu amigo? Nosotras seremos pequeñas, pero creo que somos mucho más maduras que él. —A Fabiola le había caído mal desde el primer momento y me entristecía porque los dos eran muy especiales para mí.

Estuvimos bailando sin parar una hora más o menos que fue el tiempo que le duró el cubata a mi amiga. Mientras ella se acercaba a la barra a pedir otro yo divisé a uno de mis amigos del instituto subir a un reservado. Corrí hacia allí y lo encontré sentado con más gente. Se alegró mucho de verme y empezamos a hablar de los viejos tiempos cuando el ambiente se empezó a poner denso y nos llegó olor a quemado. Todo pasó en segundos. De pronto el aire se volvió irrespirable y todo se empezó a poner oscuro. Fue en décimas de segundos. Empezaba a asfixiarme y mi amigo tiró de mí, lo reconocí por la voz, pero tropecé y me caí perdiendo su agarre. Cuanto intenté levantarme empecé a marearme por la falta de oxígeno y me di cuenta de que estaba sola. Estaba muy asustada y pensé que había llegado mi fin, fue algo aterrador. Me acurruqué en un lado de la estancia y me puse a llorar. Cada vez estaba más mareada y tosía más y más. De pronto empecé a escuchar a alguien gritar y por fin cogerme y sacarme de allí. En cuanto puse un pie en la calle y vi como Santos corría hacia mí con la cara desencajada, me desmayé.

Cuando me desperté estaba en una ambulancia con una máscara de oxígeno en la cara, con mi amigo agarrándome de la mano y una mirada de pánico.

—No hables, pero no se te ocurra volver a darme un susto como este nunca más. Y no te excuses con que no ha sido tu culpa. —Me hizo sonreír, pero empecé a toser de nuevo y se asustó.

Pasé toda la noche en el hospital. Por lo visto alguien había encendido una bengala y había quemado algo de la decoración que estaba cerca de los reservados. Gracias a Dios no había víctimas, solo intoxicados como yo por humo.

Todo quedó en un enorme susto, pero yo estaba segura de que si las personas que empezaron a sacar a la gente no lo hubieran hecho, mi final hubiera sido diferente.

Un par de días después de ese suceso nos enteramos de que el Ayuntamiento iba a dar una medalla al valor a los chicos que nos ayudaron a salir y nos salvaron. Santos y yo decidimos que teníamos que ir a agradecerles en persona lo que hicieron.

La celebración fue un viernes. Santos se había comprado esa semana un coche de segunda mano y tras recoger a Fabiola que iba con un vestido demasiado corto para la ocasión, nos dirigimos a las bodegas.

—Si hay alguna chica guapa allí mantendremos las distancias. No quiero que se crean que soy un asaltacunas con dos niñas a mi lado.

—Tranquilo, eres la última persona con la que me siento a gusto. Prefiero estar sola, no te preocupes. —Fabiola no entendía el humor de mi amigo y él lo sabía y lo hacía peor.

—No le hagas caso. Estaremos juntos diga lo que diga. No es un sitio para ligar. —Ella me miró indignada, pero no contestó.

Al llegar vimos a mucha gente. No solo estaban las personas de la discoteca, también vinieron sus familiares. En la entrada había una chica que nos preguntaba si habíamos sido víctimas salvadas o habíamos conseguido salir solas y las iba apuntando. Yo miraba a todos lados intentando saber dónde estaban los supuestos rescatadores. Necesitaba agradecerse.

—Ella es una de las víctimas —le comentó la chica a un hombre con chaqueta que caminaba por allí.

—Acompáñame. Creo que te gustará conocerlos.

Lo seguí ilusionada, pero antes agarré de la mano a los dos para que viniesen conmigo.

—Ellos son. —Dirigió su dedo índice hacia tres personas que estaban de espaldas—. Ella es la última —les dijo para llamar su atención y que se volviesen.

Mi sonrisa se esfumó cuando vi que uno de ellos era Ulises y se lo comenté a Santos que no entendía por qué me había quedado frenada en el suelo, e intentaba empujarme hacia allí.

Me acerqué al primero y le di los besos mientras le agradecía. Luego saludé al siguiente que mientras me besaba me decía que el que me había sacado a mí era el que estaba a su lado, es decir, él.

Llegó el momento de agradecerse y el miedo se apoderó de mí. Solo lo había mirado de forma global, pero el pensar que lo iba a tener tan cerca y que le iba a besar me atemorizaba. Me armé de valor y afronté mi destino.

—Gracias.

—De nada —el tono de su voz me hizo vibrar. En ese instante se me olvidó todo lo malo que había ocurrido dos años atrás.

Me quedé en blanco. Las palabras se atascaron en mi garganta y ver lo serio que me miraba no ayudaba para nada.

—No sé qué habría pasado si...

—No te preocupes, no ha sido nada. Estaba allí y... lo hubiera hecho por cualquiera. —Se notaba que no quería que me sintiera especial ni mucho menos.

¿Cómo podíamos seguir como si no nos conociéramos de nada con lo que habíamos vivido dos años atrás? Me acerqué llena de inseguridad y le di dos besos.

Me hubiera gustado seguir hablando con él, pero lo llamaron para darle una placa y una medalla. El resto de la noche estuvo con su chica que también estaba allí, como era obvio.

Santos, aunque siempre estaba con las bromas, también era muy observador y me agarró de la mano llevándome hasta donde estaba él que justo en ese momento se encontraba solo y algo disperso.

—Habla con él. No seas tonta. —Me llevó junto a Ulises que miraba nuestras manos entrelazadas y me plantó allí.

—Ha pasado mucho tiempo —Fue lo primero que se me ocurrió decir. Él seguía serio, como todas las veces que me había mirado—. Solo quiero decirte que me da igual que me mintieras o que me utilizaras para ganar una apuesta o incluso que lo nuestro para ti fuera mentira. —Tragué saliva en un intento de relajarme—. Solo quiero que sepas que han pasado dos años y que no te guardo rencor. —Su mirada se tensó y su cuerpo se puso en alerta. Parecía enfadado—. Gracias de nuevo por salvarme la vida.

—¿Cómo me puedes decir que no me guardas rencor, Ginebra? ¿Ahora resulta que la

víctima eres tú? ¿De verdad crees que voy a comportarme contigo como si nada después de lo que hiciste?

—¿Lo que hice? —Lo miré absorta.

—No te hagas la tonta. Me hiciste creer que me habías perdonado y le dijiste a tu padre que me merecía estar en la cárcel por lo que te había hecho. ¿Cómo pudiste? —No daba crédito a lo que estaba escuchando—. Estuve tres meses dentro y estoy esperando un juicio por el que me pueden caer siete o nueve años y por algo que no era mío. Tú y tu padre sois iguales.

Me quedé tan sumamente abrumada con lo que me acababa de decir que solo pude dejar que se fuera. No fui capaz de retenerlo porque necesitaba poner orden en mi mente y digerirlo todo. ¿Quería decir eso que mi padre me había mentido y no lo había sacado de la cárcel a pesar de que la parte del trato por el que yo me marchaba a Londres era ese? Sacarlo de inmediato. ¿Había sido capaz mi padre de vengarse de esa manera tan ruin? Cómo pude ser tan tonta y fiarme de él. Nunca se me pasó por la cabeza que pudiese mentirme en algo tan grave.

Santos había escuchado todo y se acercó a mí para darme consuelo. Fabiola nos estaba buscando y al verme la cara supo que algo no iba bien. Terminamos marchándonos de allí porque quería y necesitaba llorar. Qué engañada y tonta me sentía.

CAPÍTULO 27

Santos estuvo animándome toda la semana intentando sacarme de casa, cocinándome comida rica, haciéndome reír... A pesar de que quería que habláramos de lo ocurrido, yo me había cerrado en banda. Pensar en el problema que tenía por mi culpa me hacía sentir miserable y muy culpable, sobre todo cuando recordaba todas las veces que él intentó que terminásemos la relación porque según él, lo nuestro no podía ser: cuánta razón tenía. Ahora yo tenía una vida tranquila y estable, y él un bebé que en unos años se quedaría sin padre porque entraría en la cárcel por algo que no hizo. Su único delito fue fijarse en mí. Todavía no me había enfrentado a mi padre por el engaño al que me sometió, necesitaba pensar fríamente sobre todo lo ocurrido, pero sí llamé a mi tío. Él me recordó que estaba conmigo el día que nos arrestaron y que supuso que era culpable, que su hermano no podía ser tan malvado, pero que tampoco tenía pruebas de otra cosa.

Fabiola llegó a casa después de salir del gimnasio. Había puesto todas sus ganas en hacer deporte para poder paliar su propia pérdida.

—¿Tienes pensado hacer algo hoy, Ginebra?

—Sí —respondió Santos por mí—. Vamos al cine, ya tengo las entradas.

—No me uno al plan si va él —susurró cerca de mí para que no se enterase. No contaba con el finísimo oído de mi amigo.

—Mejor, porque no te había incluido —respondió él asomando la cabeza por el hueco de la puerta.

—¿Podéis llevaros un poco mejor aunque sea por mí? ¿Estáis celosos por mi amistad o qué?

Santos salió en calzoncillos y con el delantal que yo tan acostumbrada estaba a ver, pero que a Fabiola le horrorizó.

—¿Habrá algún día en el que no enseñes algo? —acusó ella.

—¡Ay, *pillina*! Veo que te fijas en mí. —Se tiró literalmente en el sofá, entre las dos, provocando que Fabiola se levantara rápidamente.

—Me voy.

—Adiós, pequeña. —Al escuchar eso mi amiga bufó.

En cuanto salió de la casa le recriminé su comportamiento. Ella estaba pasando un mal momento por culpa de haber dejado la relación con Juan y estaba un poco más apática. Debía dejarle su espacio o intentar por lo menos tener una relación cordial.

—Pero si empezó ella con su mirada de asco y su comentario.

—Santos, por favor. Pareces un niño pequeño. Necesita apoyo, ella no suele ser así.

—Vale, vale. Intentaré tener más paciencia. Por cierto, en una hora salimos a ver la peli y olvídate de poner excusas.

Cuando llegamos al cine las chicas se volvían al ver la pose de pillo de Santos. Tenía algo, quizás ese aura divertido y esa pizca descarada que era un auténtico imán para ellas. En la puerta

y con cara de enfadada estaba Fabiola. Corrí hacia ella contenta porque hubiera cambiado de opinión.

—Gracias por venir, amiga.

—¿Por qué me has mentido? Me dijiste que él no venía. —La miré extrañada y luego volví la cara hacia Santos que disimulaba muy mal.

—Hombre, Fabiola, tú por aquí. Me alegro de verte. Sabía que aunque eres una niña, serías suficientemente madura como para venir y quedarte con nosotros.

—¿De qué estás hablando? ¿Te crees ahora un hombre de cuarenta años? Yo tendré menos edad, pero más cerebro que tú, que en lo único en que piensas es en las tías.

—¿En qué iba pensar si no?

—¿Santos, por qué está aquí Fabiola?

—No sé. Quizás le mandé un mensaje haciéndome pasar por ti. No me mires así —me acusó con el dedo índice— porque fuiste tú la que me dijiste que tuviera paciencia con ella.

—Sabes qué. Todos sois iguales. Veis un culo y unas tetas y no os importa hacer daño a las personas que os quieren. Os da igual si lleváis una relación de años.

—¿Pero de qué está hablando ahora? —preguntó Santos confundido.

—Santos, cállate. ¿Juan te fue infiel?

Se puso a llorar y me di cuenta de lo que realmente había ocurrido y no había sido capaz de contarme. Tenía el corazón roto y encima se tenía que sentir humillada. Ahora entendía por qué llevaba tan mal la relación y por eso le tenía tanta manía a mi amigo, porque había visto y oído por mi parte alguna historieta de él.

—Siento si ese chico te ha hecho eso, pero yo nunca he sido infiel a nadie. Os espero dentro. —Se marchó algo molesto por la acusación.

—Fabiola, no te preocupes. Conocerás a otra persona y el tiempo curará tus heridas. Vente con nosotros a ver la película. Por cierto, siento el malentendido. Le dije a Santos que tenía que llevarse mejor contigo y seguro que pensó que invitándote arreglaría las cosas.

—¿Mintiéndome? —Me encogí de hombros porque sabía que lo había hecho mal—. Quedaros vosotros, yo prefiero irme a casa.

La dejé marchar al ver que necesitaba soledad y entré a buscarlo. En cuanto bajé el pasillo que llevaba al asiento que me guardaba mi amigo, me percaté que a la derecha estaban sentados Ulises y su novia. Corrí con el corazón acelerado a sentarme. Él también se había dado cuenta y me esperaba nervioso y riéndose.

—Qué fuerte me parece. Esto va a ser muy divertido. —Estaban sentados al otro lado del pasillo, solo un par de filas atrás. Ellos podían vernos, pero nosotros a ellos no.

Empezó la película y no podía concentrarme. Tenía la impresión de sentirme observada aunque posiblemente no fuese cierto.

—Tengo una idea. Tienes que decirle la verdad. Contarle que no sabías nada, por lo menos él se merece saber qué ocurrió y tú quedarte tranquila.

—No. No necesito que lo sepa. —Mentí porque estaba muy nerviosa y no me fiaba de Santos.

—Me voy a sentar en el asiento del pasillo y me voy a hacer el dormido. Cuando sea creíble te vas a levantar para ir al servicio y al subir lo vas a mirar a los ojos. Con esa mirada le vas a decir que necesitas hablar con él. Su novia no tiene por qué saber que hubo algo entre los dos. ¿Quién sabe si se lo ha contado o no? Te hubiese comentado algo ella en la guardería. Quizás no sospeche que vayáis a hablar.

—¿Y si no viene?

—Haces pipí y te vienes —bromeó.

Cuando Santos llevaba un rato recostado me levanté. Estaba tan nerviosa que al pasar junto a él y con la oscuridad que conllevaba el cine, tropecé. Él me agarró del brazo causando un escalofrío que recorrió mi columna vertebral. Nos quedamos mirándonos unos segundos antes de que me recompusiera y siguiera mi camino. Mientras recobraba el aliento al subir las escaleras que daban al servicio recordé que ella había dicho algo; estás bien, o algo así, pero ni siquiera contesté. Tenía la adrenalina por las nubes.

Entré en el baño y me vi las mejillas de color rojo intenso. Moje mis manos y apliqué un poco de agua en mi rostro y en mi cuello. Luego empecé a respirar más pausadamente para recuperar la compostura.

¿Cómo me había dejado convencer por Santos? Qué momento más bochornoso había pasado. Me sequé las manos y abrí la puerta para salir. Allí estaba Ulises apoyado en la pared que daba justo en frente, con las manos en los bolsillos y las piernas cruzadas a la altura de los tobillos. Lo vi más guapo que nunca.

Por mi cabeza pasaron tantos recuerdos... ¿Me estaba esperando a mí? ¿Y si no era así? ¿Qué tenía que decirle? ¿Cómo tenía que comportarme? ¿Me creería después de todo?

—Mi padre nos mintió a los dos —solté mientras apreciaba un leve movimiento en su rostro serio, casi imperceptible. —Esperé alguna reacción suya y al no conseguirla, seguí—. Me hizo prometerle que si me iba a estudiar fuera podría tener contacto contigo y te sacaría de ahí con la ayuda de mi abuelo. La primera llamada que te hice fue en el mismo aeropuerto, en cuanto mis padres me dieron el móvil. Después de esa llamada hubo otra, y otra, y otra más... Nunca descolgaste. —Estaba tan tensa que me sentí agarrotada—. Después apareció otra decepción. Mi padre me contó que empezaste a salir con Yumara y que la dejaste embarazada. No querías acostarte conmigo, según tú por la edad, entonces... —negué con la cabeza—. ¿Qué crees que pensé, Ulises? —El seguía sin hablar—. Lo único que se me ocurrió fue pensar que si me mentiste una vez, por qué no lo ibas a hacer otra.

Me quedé mirándolo porque aunque estaba arrepentida por cómo había terminado su vida, también había repercutido en la mía.

Entrelacé mis manos y terminé abrazándome a mí misma con un sentimiento de decepción. Cuando vi que no había ningún estímulo por su parte intenté marcharme, pero dio un paso adelante, me agarró de la parte posterior del cuello y me arrastró hacia sus labios. Sus besos estaban llenos de rabia y enfado porque eran rudos y salvajes. Por un momento abrí los ojos y vi dolor en su rostro.

La evocación de sus labios sobre los míos me hizo recordar lo que me provocaba, la libertad que ahora sí que tenía, pero que la eclipsaba la sensación de haber sido engañada por mi padre.

Sus besos fueron reduciendo la intensidad hasta quedar como suaves caricias que elevaron los vellos de mi piel. Ahí fue cuando pensé en su novia y en su pequeño hijo. Ese contacto a pesar de haberme despertado emociones muy intensas no debería haber pasado nunca.

—Tengo que irme. Esto no... —Él seguía sin pronunciar palabra y simplemente se apartó para que yo pudiese marcharme.

Corrí hacia la sala y me senté junto a Santos que seguía haciéndose el dormido. En cuanto me vio se le cambió la cara.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Te ha hecho algo? —Estaba muy preocupado.

—Santos, quiero marcharme de aquí.

Él me abrazó y empezó a consolarme y cuando estaba algo más tranquila me ayudó a levantarme y nos marchamos.

Tuve que contarle lo ocurrido en cuanto salimos del cine porque pensaba que se había portado mal conmigo y quería entrar a encararlo. Se quedó callado cuando le conté lo que en realidad pasó.

—Me parece a mí que entre ustedes hay todavía círculos que cerrar. Entiendes ahora por qué no quiero enamorarme. El amor es una mierda.

CAPÍTULO 28

Fabiola me esperó a la salida del trabajo y me acompañó a casa. Nos sentamos en la cocina y preparé un buen café calentito para las dos. Que paz había cuando no estaba Santos.

Mientras le daba un par de sorbos le fui contando todo lo que me ocurrió en el cine y los sentimientos que despertó en mí. En ningún momento desde que habíamos vuelto a reencontrarnos había pensado en que pudiese pasar algo entre nosotros, básicamente por su familia. Ese beso lo había sentido como si no hubieran pasado estos dos años. Su beso me había provocado múltiples estados como pasión, dulzura, nerviosismo y miedo. Luego llegó el peor de todos que era el arrepentimiento por lo que le había hecho a su pareja. Ella no tenía la culpa de las consecuencias de mi padre.

Nos fuimos al salón y me tumbé en el sofá, estaba cansada de corretear detrás de tanto peque en el trabajo y me puse a ver la aplicación de Tic Toc mientras Fabiola ojeaba su teléfono móvil sin hacerme mucho caso. No le presté excesiva atención porque empezaron a salirme videos de gatitos haciendo cosas graciosas que era uno de mis temas preferidos. También me gustaban los videos de hombres limpiando alfombras, algo que a Santos le parecía asqueroso y que cada vez que se daba cuenta de que estaba viéndolos me decía que estaba mal de la cabeza e intentaba quitármelos.



—Pues yo estoy conociendo a alguien. —Me senté de un salto—. Lo que más me gusta de él es que me trata como a una reina, como si fuera la persona más especial de la tierra. Como si fuera la única, mejor dicho. Es atento, se preocupa por cómo me siento y es sincero.

—No sé qué decirte. Espero que no sea demasiado pronto.

—Juan, al final, se portó muy mal conmigo. Debería haberme dejado antes si estaba cansado de la relación. Fuimos amigos y dejándome de lado y siéndome infiel consiguió que terminásemos sin hablarnos.

—¿Tienes una foto de ese chico?

—Bueno... la verdad es que no lo conozco en persona. En realidad solo hemos hablado por WhatsApp.

Puse el grito en el cielo. ¿Y si era un violador o un asesino? ¿Y si la estaba engañando con palabras bonitas y en realidad era un viejo verde?

—Me mandó un *bizum* por error y ahí empezamos a hablar.

—¿Un *bizum*? —Qué curioso.

—Primero hablábamos como amigos. Incluso me contaba cuando quedaba con alguna chica, pero después se empezó a abrir a mí y me dijo que ahora no le apetecía hacerlo. Que prefería mil veces una conversación conmigo antes de estar con alguien.

Se escuchó una risa de fondo. Santos había llegado aunque Fabiola lo ignoró.

—Me gustaría quedar con él, pero me da un poco de miedo.

—¿Cómo vas a quedar con alguien que no conoces? ¿Ves? Ahí se ve la poca madurez que tienes, Fabiola. —La voz de Santos retumbó en la sala.

—¿Quién te ha preguntado?

—Santos, no te metas —le reñí.

—¿Ves normal eso? Después pasa lo que pasa.

—Cállate, Santos. Ahora pareces mi abuela hablando. No va a quedar con él y si lo hace ya me encargaré yo de acompañarla.

—¿No tienes a ninguna chica a la que darle la lata? —atacó mi amiga.

—No, la verdad es que hoy no. Pero podríamos salir esta noche y así busco a alguna.

Me levanté y lo empujé hasta el salón. Una vez allí, le cerré la puerta para poder hablar con ella a solas.

—Creo que Santos tiene razón. Júrame que si vas a quedar alguna vez con él, me llamarás.

—Tranquila, lo haré.

Esa noche salimos de fiesta los tres. Hice prometer los dos que dejarían de pelearse y empezamos a beber y a bailar. La noche prometía y era una forma de desconectar de los problemas.

A medianoche Santos se acercó a mí un tanto preocupado.

—No crees que tú y tu amiga estáis bebiendo mucho.

—Tienes razón, dejaré de hacerlo. —La verdad era que empezaba a marearme un poco.

Seguí bailando y dándolo todo cuando solo un rato después me pareció ver a Ulises por allí. Me aceleré y me quedé quieta como una estatua: subieron mis pulsaciones al instante.

—¿Qué te ocurre? —Santos estaba pendiente a todo.

—Nada, tranquilo.

—Sigo pensando que tu amiga está bebiendo demasiado.

Él estaba agarrado de una chica que había conocido nada más entrar en el garito.

Me dirigí al cuarto de baño y dejé a Fabiola bailando como una loca y a la vuelta creí ver de nuevo a Ulises. De pronto, entre la multitud, apareció su rostro observándome. No pensaba

apartar la mirada sobre todo ahora que estaba un poquito borracha y estaba más inhibida.

Él empezó a caminar hacia mí y yo no moví ni un solo músculo del cuerpo. ¿Qué pensaba hacer? ¿Dónde estaba su pareja?

Se hacía hueco entre la gente a la que iba apartando con cuidado y seguía su camino. Miré sus labios, su forma de mirarme con esa mezcla de tensión y seguridad mientras cerraba los puños. Algo hervía en mi interior cada vez que lo veía y no podía evitar esa situación, ni esos sentimientos. Nos habíamos quedado en el principio de una relación que nunca llegamos a terminar.

—Tenemos que irnos. Tu amiga la está liando. Está borracha como una cuba y al final voy a tener que pegarme con alguno porque no paran de acercársele.

Giré la cara molesta por estropear ese momento y terminé por ignorarlo, pero cuando volví a mirar hacia el lugar por donde se acercaba Ulises... había desaparecido. Santos me agarró de la cintura y me llevó junto a Fabiola que reía y bailaba muy exagerada con un chico a su lado intentando cazarla.

—Apártate de ella, imbécil, ¿no ves que está borracha? —Era la primera vez que veía esa faceta de Santos.

—Ginebra, sígueme. —Cogió a Fabiola en peso con mucho cuidado porque no quería subirle demasiado el traje corto que llevaba y que enseñara todo. —Ginebra, he dicho que nos vamos —exigió.

—Pero acabo de ver a...

—Me da igual a quien hayas visto. Nos largamos de aquí.

Mientras esperábamos el taxi, Fabiola se caía hacia los lados y Santos intentaba sostenerla y apoyarla en la pared agarrándola con su propio cuerpo para que no se diera de bruces en el suelo. Cuando por fin llegó y la montó en la parte trasera se tocó los huevos y me miró negando con la cabeza.

—No veas la Fabiolita. Me está poniendo... Uf.

—¡Santos! —gruñí y lo miré enfadada.

—Vale, vale. —Levantó las manos mostrándome que solo era un pensamiento y que no le había tocado nada más que lo estrictamente necesario.

Llegamos a casa y yo me acosté literalmente en la cama dejando a los dos solos y me sumergí en mis pensamientos confusos y llenos de frustración. Santos ayudó a Fabiola a llegar hasta el otro lado y la acostó. Le quitó los zapatos y lo intentó con el collar que se estaba clavando en el cuello. Al final terminó por pedirme ayuda.

—O se lo quitas tú o no respondo de mis actos. Tiene el cierre justo en las tetas. ¿Siempre ha estado tan buena Fabiola o es que por vuestra borrachera me he quedado sin echar un polvo con la morena y mi cuerpo me lo está recordando?

—Déjame, Santos —se quejó ella.

Se acercó a mí y me preguntó por mis lágrimas. Le conté que había visto a Ulises acercarse a mí, pero que él llegó en ese momento.

—Creo que sigo enamorada de él. Y todo sigue igual, lleno de mentiras. Sigo con el sabor de sus labios en mi boca, con su olor en mi piel, con su corazón —gemí.

—Tranquila, todo se terminará solucionando. Confía en mí.

—Pero, Santos, ¿por qué me tiene que pasar esto a mí? ¿Por qué no me puedo enamorar de otro? ¿Por qué me ha tenido que besar?

—He dicho que confíes en mí. ¿Te he defraudado alguna vez?

—Muchas veces. Me dejaste tirada con un chico para irte con una en Londres. Me llevaste

engañada a una cita doble solo para ligarte a otra —me quejé.

—Eso no es defraudarte. Eso son solo inconvenientes de la amistad. Confía en mí.

—No lo hagas, Ginebra —Fabiola daba señales de vida de vez en cuando.

—Deja de quejarte, niñatilla, y no te muevas más porque el traje se te sube y me estás poniendo malo. —Volvió a tocarse el paquete—. Me voy a dormir con un dolor de huevos impresionante por vuestra culpa, que lo sepáis.

Estaba muy mareada y el alcohol me había hecho dramatizar demasiado. Solo pensaba en el beso y en lo que hubiera sido capaz de hacer si Ulises hubiera llegado hasta mí y me hubiese intentado besar otra vez. Me hubiera dado igual su pareja. ¿Cómo miraría después a su novia a la cara en la ludoteca? Porque aunque ahora intentaba no coincidir con ninguno de los dos, en alguna ocasión sería inevitable.

Me desperté fatigada, pero Fabiola lo estaba infinitamente más; aunque también era normal después de todo lo que había bebido.

Santos había preparado el desayuno y estaba sentado esperándonos. Como era costumbre solo llevaba unos calzoncillos puestos.

—¿Desde cuándo estás despierto? —le pregunté.

Desde las nueve más o menos. Es lo que pasa cuando no se bebe porque tienes que cuidar de dos niñas borrachas.

—Nadie te dijo que lo hicieras —increpó Fabiola mientras se sentaba a comer una tostada.

Santos se la quitó de las manos y le dijo:

—De nada. Si lo llego a saber te dejo con el baboso ese que intentó meterte mano—. Ella lo miró con cara de asco y sacó el teléfono móvil. Apareció una sonrisa en su cara.

Me acerqué a ver qué miraba tan entusiasmada. Era un mensaje precioso que leí en voz alta.

—¿Cómo te has levantado hoy belleza? Acuérdate que eres maravillosa y que tienes una luz especial, que iluminas allá por donde vas. No hay chica que te haga sombra. Me he llevado toda la noche pensando en ti, pensando en el día que podamos conocernos y pueda tocar tu delicada piel y besar tus labios carnosos. Imagino un abrazo tuyo y me deshago en emociones. Recuerda que eres la dueña de mi corazón —hice una pausa—. Madre mía —opiné—. Si no sale rana puede ser el chico perfecto. De estos existen pocos.

—¿Verdad, Santos? —dijo Fabiola para picarlo.

—¿Has tenido que leer esa chorrada delante de mí? —Él se levantó y se fue—. Seguro que solo quiere echar un polvo contigo. No te fíes de ese tipo de gente. Ahí os quedáis.

Tras desayunar y despedirme de Fabiola me senté en el sofá a ver Instagram. Casi me da un infarto cuando vi que Ulises me había mandado un mensaje.

Perfecto. Nos vemos allí a las nueve.

—¿Cómo que nos veremos allí a las nueve? ¡¡Santos!! —grité.

Al volver a leer el mensaje me fijé que era una respuesta a uno que supuestamente le había mandado yo a las tres de la mañana, pero que sabía que no lo había hecho. No estaba tan borracha como para no acordarme.

Hola, Ulises. Mañana voy a estar en el Coliseo a las nueve de la noche con Santos. Me gustaría que vinieras y poder hablar. Los dos hicimos

las cosas mal, pero ninguno tuvo la culpa de lo que ocurrió. Espero ansiosa tu respuesta.

—¿Ansiosa? ¿Quién ha escrito esto? —Corrí hacia el cuarto de baño donde Santos se estaba bañando. Como estaba detrás de la mampara no lo veía—. ¿Sabes algo de este mensaje?

—¿Ha contestado ya? —preguntó ilusionado.

—Sí. ¿Por qué lo has hecho? —grité enfurecida y con un ataque de nervios.

—¿Qué ha dicho? Sí o no. Sí, estoy seguro. ¿Verdad?

—Santos —dije con un tono de desesperación—, me da mucha ansiedad quedar con él. ¿Por qué no me has preguntado?

—Yo te voy a acompañar, tranquila. Todo irá bien.

Con un enfado de mil demonios cogí su ropa y sus zapatos que los tenía preparados sobre la encimera y los tiré por arriba de la placa de ducha. Estoy segura de que le calló todo encima y por supuesto se mojó.

—¡Venga ya, Ginebra! Al final me lo agradecerás.

CAPÍTULO 29

Me llevé toda la tarde probándome ropa. Necesitaba verme guapa para sentirme fuerte delante de los dos. Sabía que eran pareja y en cualquier momento se podían besar o mostrar cualquier muestra de cariño y no estaba preparada para eso.

En mi cabeza dispuse una y otra vez mil explicaciones de por qué lo había invitado pues quería que sonase convincente. Eso de: «He quedado contigo porque me he dado cuenta de que sigo enamorada», no quedaba muy bien. Bajo ningún concepto quería partir una familia. Me parecía puro egoísmo. ¿Por qué habría aceptado si en realidad ya quedó todo claro?

—¿Santos, qué te queda? Le tiré un cojín cuando lo vi dormido en el sofá.

—Creo que estás un poco histérica. —Tenía las costuras del cojín marcadas en la cara.

Cuando llegamos al lugar Santos me dio la mano. Las inseguridades y el miedo aparecieron y mi amigo intentó relajarme abrazándome. Caminamos hasta la barra para esperar su llegada.

—Tranquila, no pasa nada.

—Te juro que esta me las pagas. —Me dio un besito en la mejilla que terminó por hacerme sonreír.

—Hola. —Dimos un bote con el saludo de Ulises.

Estaba demasiado serio como para relajarme. Me descuadró un poco su actitud.

Mi amigo le ofreció la mano y dos besos a ella después de presentarse. Yo me levanté del taburete y esperé a ver sus reacciones,

—Hola soy María. Te he visto un par de veces en la ludoteca de Mateo. —Se acercó a darme dos besos. Yo le sonreí.

Cuando tocó saludarnos a Ulises y a mí la tensión se hizo evidente. Intentamos disimularlo y nos dimos dos besos aparentemente normales, aunque entre los dos saltaron chispas. Odiaba todos esos sentimientos que se agolpaban en mi piel con solo un roce por su parte.

—¿Vamos a sentarnos a una mesa? —animó Santos.

Nos dirigimos hacia allí, nos acomodamos en una que estaba cerca de la puerta y esperamos a que nos sirviesen.

Ulises y yo no habíamos vuelto a abrir la boca, los únicos que lo hacían eran ellos dos que parecieron congeniar a la perfección.

—¿Tienes una relación muy bonita con Mateo, verdad? —preguntó mi compañero.

—Sí. Hemos conseguido formar una familia los tres. —María era encantadora y eso me entristecía porque en el fondo quería que me cayese mal—. Me considero muy responsable, pero también impulsiva, aunque nadie se lo espere al verme tan formalita como me suelen decir. —Santos y ella sonrieron, pero Ulises escuchaba serio. De vez en cuando desviaba su mirada hacia mí pero sin cambiar el semblante apático.

—¿Desde cuándo vivís juntos? —Nos preguntó ella con cara de curiosidad.

—Desde que nos hemos mudado aquí. En Londres ella hacía vida de estudiante y yo trabajaba. Fue justo cuando terminó el bachillerato y cumplió dieciocho cuando lo decidimos así. No querer volver a casa de sus padres también influyó, claro. —Santos me puso el brazo sobre el hombro sin ningún componente amoroso mientras le respondía.

Los ojos de Ulises se dirigieron lentamente hasta su mano que yacía en mí justo antes de apartar la cara pensativo. Mi amigo me acariciaba el antebrazo con cariño y estaba segura de que el motivo era intentar darme confianza. Seguro que se había dado cuenta de lo callada y seria que estaba.

—Eres muy joven para independizarte, ¿no crees? Quizás deberías darle una oportunidad a tus padres. Puede que se hayan arrepentido de lo que os hicieron. —Él le había contado todo.

—Nunca lo perdonaré. —Mientras respondía, crucé la mirada con Ulises que al escucharme volvió a mirarme de nuevo.

—¿Y vosotros? —me atreví a preguntar.

—Poco después de conocernos, ¿verdad, Uli? Nuestra historia es muy curiosa. Podríamos escribir un libro. Fue el destino. —Carraspeé un poco y le di una pequeña patada por debajo de la mesa a Santos para que se diese cuenta de que no quería escuchar esa conversación e hiciera algo.

—¡Tengo una idea! ¿Y si María y yo nos quedamos aquí y vosotros os vais a dar una vuelta y así conversáis tranquilos. Supongo que tenéis cosas que aclarar después de estos dos años llenos de mentiras. Estoy seguro de que tenéis una conversación pendiente aún, y de la que no os podemos ayudar. ¿Qué os parece?

Ulises miró hacia mí esperando una respuesta que le di con la mirada. Él se levantó, me ofreció la mano para ayudarme a levantar y tras despedirnos de ellos salimos de allí.

Nos dirigimos hacia un parque que había cerca y seguimos caminando por dentro sin que ninguno abriera la boca.

—Si no paramos terminaremos saliendo de la ciudad. —Intenté con eso romper un poco el hielo y lo conseguí pues apareció una sonrisa en su rostro.

—Ya está aquí la Ginebra del pasado por fin. No te reconocía tan madura, has cambiado bastante.

—Es lo que tiene salir de casa de unos padres tan sobreprotectores y empezar a vivir sin su respaldo. Además, al lado de Santos cualquiera parece madura. —bromeé, pero esta vez él ni siquiera sonrió.

—Os lleváis varios años, ¿no?

—Sí. Como tú con María. Se lleva muy bien con tu hijo por lo que veo. ¿Y Yumara? Me da la impresión de que el niño siempre está con vosotros.

Se metió las manos en los bolsillos y empezó a jugar con su zapato en el suelo.

—Nunca volví con Yumara. Mucho menos después de cómo se portó conmigo. —Me tapé la boca con la mano—. Fue una mentira también. Lo siento.

—¿Entonces no tuviste ningún niño con ella? —Cambié la mano y la puse sobre mi pecho.

—No, el niño es de María. No está en mis planes por ahora, la verdad, creo que soy demasiado joven para ser padre. El tema de Mateo es diferente.

Ulises apoyó su espalda en un hierro esperando mi reacción a todo esto. No quería llorar pero no pude disimular el nudo que tenía en la garganta, y dejé caer alguna lágrima. Estaba llena de rabia con mi padre e, inevitablemente, un sentimiento de culpabilidad hacia Ulises. Empecé a respirar con dificultad, hiperventilando por la furia interna que me provocaba la impotencia. Él me miraba, pero no hacía nada, solo dejaba que me desahogara.

—¿Por qué mi padre nos hizo esto? ¿Qué estábamos haciendo mal? ¿Por qué no dejó que me equivocara sola? —Ulises me miró apenado al escuchar eso porque no lo disimuló. —No fue la relación perfecta, lo sé, pero...

Me di la vuelta para que no me viera llorar y esconderme de mí misma cuando escuché el crujir de hierba y unos brazos rodeándome desde atrás.

—Fui yo el que me equivoqué. Tu no hiciste nada malo. —susurró entre mi pelo haciéndome sentir mariposas en el estómago de nuevo—. Deja de llorar. No te lo he dicho para hacerte sentir mal. He pensado que necesitabas saberlo también. El otro día me quedé demasiado impactado con todo y no pude reaccionar.

Se separó solo un poco y me giró para verme la cara. Empezó a secarme las lágrimas con los pulgares y a echarme el cabello hacia atrás. Poco a poco me fui relajando.

—Quizás nunca hemos estado hechos para estar juntos.

—¿Eso crees de verdad? —pregunté de malas formas, pero luego recapacité. Yo había perdido un novio, pero él, aparte de perderme a mí, en un futuro perdería su libertad. Estaba claro que no le compensaba haber estado conmigo un breve espacio de tiempo en toda una vida—. Perdona. Quizás tengas razón. —Dejé que siguiera acariciándome el pelo sin importarme que alguien nos viera abrazados y me arriesgué—. ¿Por qué me besaste en el cine? —Volví a mirarlo a los ojos esperando ver sinceridad.

—No lo sé. —Sus manos se deslizaron hasta mis mejillas y de ahí pasaron a mis labios. Su cuerpo se inclinó hacia adelante y me atrapó con sus brazos llenos de ternura, cariño y comprensión. Aguanté la respiración al percibir su cercanía y al escuchar su respiración—. Creo que no pude contenerme. —Miré su boca jugosa y los centímetros que nos separaban. La tensión era tan intensa que todas mis células se sentían atraídas por él—. Voy a besarte.



Cerré los ojos inconscientemente hasta que por fin lo hizo. Este fue diferente al anterior. Abrí mis labios aceptando su llegada, llegada que fue dolorosamente lenta y con una carga explosiva de sensibilidad. No había vello en mi piel que no estuviera erizado y no había poro en mi cuerpo que no estuviera absorbiendo su olor, su sensualidad, su caricia... No fue largo, pero fue demasiado intenso para no haber sentimientos en él, me negaba a pensar que me había olvidado. La separación de ellos fue igualmente dolorosa también.

—Será mejor que nos marchemos. Esto no nos hace bien. —Su frente seguía pegada a la mía y su mano seguía acariciando mi mejilla con dulzura mientras susurraba esas palabras que no quería escuchar. ¿Por qué?

El camino de vuelta volvimos a hacerlo en silencio. Santos y María estaban riéndose a carcajadas y se les veía contentos y relajados. ¿Por qué no se enamoraban ellos dos? Quizás así pudiéramos tener alguna posibilidad. Me reprendí a mí misma por pensar eso.

—Bueno, bueno. ¿Solucionado todo? —Santos se dirigió a mí y cuando estaba de espaldas a Ulises me miró con cara de extrañado por mi semblante tan serio y reaccioné rápido—. Nosotros nos vamos y quiero que sepáis que lo he pasado muy bien. María es una chica muy divertida.

Nos despedimos y nos fuimos de allí. Santos intentaba sacarme tema de conversación, pero yo solo quería recrear una y otra vez esa escena en mi cabeza y cuestionarme el por qué, y si él sentía lo mismo que yo.

Cuando llegamos a casa me metí en la ducha y me puse a gritar de impotencia.

—¿Puedo entrar?

—No. —No me hizo caso y pasó sin importarle mi negativa—. He dicho que no.

—Sí, sí, me he enterado. —Abrí un poco la mampara para ver si se había marchado o no y me lo vi sentado en la tapa del váter—. ¿Qué? —preguntó extrañado aun sabiendo cual era el motivo por el que lo miraba así.

—Dame la toalla.

La cogió de la percha y me la dio mirando hacia otro lado.

—Que conste que tampoco creo que ese chico sea para tanto. Es normalito. Tu eres más guapa.

—¿Qué entenderás tú de hombres?

—También es verdad. —Volvió a sentarse mientras yo me sujetaba la toalla alrededor del cuerpo y me ponía una en la cabeza—. Yo creo, bueno no, yo estoy seguro de que ese tío está loco por ti. Muy serio... muy serio, pero no hacía más que mirarte de reojo. Yo diría que le daba igual que María lo viera. Son una pareja muy extraña, ¿no crees?

—Son una pareja adorable y tiene toda la lógica del mundo porque él sentía la ausencia de sus padres. La gente así intenta rellenar el hueco con una pareja mayor.

—Hasta lo que yo sé sus padres están vivos. ¿Puedes dejar de jugar a los psicólogos? Creo que piensas demasiado. Yo creo que estos dos no van a durar ni un telediario.

—Bueno la ausencia no, más bien necesitaba atención.

—Vale sí, sí. En definitiva, que no eres psicóloga.

Pensé en lo buena pareja que hacían y lo cariñoso que era él con Mateo a pesar de no ser hijo suyo. Quizás me había besado solo para cerrar nuestra historia que se quedó en el limbo de la mentira. O la curiosidad de saber si seguía o no sintiendo algo por mí. Después de pensar todo, recordaba la forma en la que me miraba y en la que me besó, y no tuve más remedio que sentir duda porque parecía tan real...

—Te voy a decir mi teoría: Entre la forma de mirarte de él, que por cierto, cuando os marchasteis y lo adelantaste él se quedó observándote fijamente y cerró los ojos. Ese gesto era de impotencia, estoy seguro...

—¿Impotencia de qué?

—De que ese cuerpo no fuera suyo. —Puse los ojos en blanco en cierto modo porque no estaba acostumbrado a que Santos fuera tan observador en cuestiones de sentimientos cuando el amor para él era algo que no cuadraba con su vida—. Prosigo: Entre lo que te acabo de decir y que me he liado con María...

—¡¡¿Qué?!! —Casi dejo caer la toalla por error—. ¿Qué has hecho qué?

—Ey, ey, ey... agarra bien eso si no quieres que no vuelva a mirarte a la cara. No quiero tener en mi retina tu cuerpo... —le dio un escalofrío—. Eres como mi hermanita pequeña y de ropa interior para arriba.

—Déjate de tonterías, Santos. ¿Qué has hecho? —Me llevé las manos a la cabeza.

—Yo no obligué a nadie. La vi receptiva y me lancé. También tengo que decir a mi favor que fueron más de uno, si no hubiese querido se habría negado. Por cierto, besa muy bien.

No daba crédito a lo que estaba escuchando. Nunca me hubiera imaginado eso de ella.

—Ginebra.

Salí del cuarto de baño y me dirigí a mi dormitorio a vestirme. Esta vez Santos no entró, pero siguió llamándome desde fuera.

—Estoy esperando el tiempo prudencial para que te pongas la ropa y entro. Aviso.

Empujé la cómoda hasta la puerta y él se percató.

—¡Venga ya! —Se frustró.

—¿Sabes lo culpable que me siento? Cada vez que aparezca en su vida se la voy a destrozar, Santos.

—Eh... Ostias. Mirándolo así... Perdón.

—¿Perdón? ¿En serio?

Llamé a Fabiola, le conté todo y le dije que viniese y me diera otra versión de lo ocurrido. Cuando escuché la puerta de la calle quité el mueble para poder abrir.

—No vas a entrar sin mí. —Santos la retaba—. Si ella puede entrar, yo también.

—Ya la has liado bastante ¿no crees? Vete a dar una vuelta y busca a otra para desahogarte. —Fabiola seguía discutiendo con él.

—No necesito desahogarme con nadie —replicó—. ¿Me vigiláis o qué? ¿Estáis interesadas en mis ligues «consentidos»? —gritó—. ¿No sabía que estabas tan pendiente de mí?

Abrí la puerta y Fabiola salió corriendo hacia mi habitación, aunque Santos fue más rápido y la agarró por la cintura y la elevó. Ella pataleaba y se quejaba.

—O sales a hablar con los dos o ella no entrará. —No sé cómo, pero se la pasó a un solo brazo y con el otro cerró mi puerta. No tuve más remedio que salir y darle una oportunidad—. Fabiola, deja de rozarte conmigo porque... Joder... no me jodas y quédate quieta o deja de vestirme con esa ropa tan ceñida.

Santos miraba molesto a mi amiga mientras la soltaba y la dejaba correr hacia mí.

—Tranquila, todo se solucionará. No tienes la culpa. Ella es su pareja y es la que debería haber frenado al gilipollas este. —Fabiola se volvió y le hizo una peineta.

—Eso es lo que acabo de decirte. —La voz de mi amigo me pareció apagada y sin dejar que yo le explicase se marchó.

—Que respete a las mujeres.

—Yo respeto a las mujeres. —Un Santos serio se volvió hacia nosotras—. No hago nada que las chicas no quieran y soy un hombre libre que cuando tuvo pareja fue fiel, no lo olvides. Si Juan no lo fue será porque él no vale la pena. Nunca me he sentido acusado por eso y tú te has empeñado en hacerme el villano que no soy. Te comportas como lo que eres: una niña inmadura. Nunca haría nada que dañase a Ginebra, ni siquiera que te dañara a ti, por lo menos conscientemente. ¿O se te ha olvidado ya que te salvé de ese baboso? Y tú —dijo dirigiéndose a mí—, voy a seguir ayudándote aunque prefieras a Fabiola. —Se marchó sin decir nada más.

—¿Qué le pasa a este? —preguntó sorprendida.

—Creo que te pasas con él y no es como lo pintas. Gustarte las chicas y poder permitirte estar con ellas no es ningún delito. No le apetece tener una relación formal, pero tampoco le hace daño a nadie. Baja el ritmo con él, por favor.

—Pues que no me hable. No me cae bien.

—Estoy segura de que él es más de fiar que el chico con el que te mensajeas. ¿Si tan segura estás que no te está engañando, por qué no quedas con él? Por Santos a pesar de todo pondría la mano en el fuego y sé que tiene buen corazón.

Miré hacia su dormitorio y vi que nos observaba desde la puerta, en especial a Fabiola por lo que acababa de decir.

—Anda, ven aquí. —Me dirigí hacia él y lo abracé—. Siento haberme puesto así contigo,

pero todavía me sorprende cuando haces cosas tan locas. Tienes razón y la que tiene que darle cuentas a él es ella.

Santos me acurrucó como a un peluche y me besó en la frente. Un sentimiento muy fraternal entre los dos.

Él se quedó mirando a Fabiola esperando que le dedicara una disculpa, pero ella no abrió la boca.

—Tengo que marcharme. Te llamo cuando salga de las clases de apoyo. —Estaba segura de que a ella le había afectado lo que le había dicho sobre el chico del *bizum*.

Mi amiga me llamó esa noche algo abrumada. Había estado pensando en todo lo que yo le había dicho y en el fondo sabía que tenía razón. Lo había llamado y le había propuesto quedar para conocerse, pero él le había dicho que estaba de viaje y que no podía. Ella le acusó de mentiroso, pero le juró que en cuanto llegase, lo harían.

Santos vino a buscarme esa noche al salón mientras veía una película.

—¿Por qué me odia tanto? Intento ser cordial con ella, pero es imposible. Dijo que no le caía bien y que no le hablase. Nunca me he visto en una situación así.

—Tranquilo. Juan le fue infiel y al ver que estás con tantas chicas supongo que asociará.

—Pero ya le he dicho que no es lo que piensa.

—Bueno, qué más da.

—Vale —no lo dijo muy convencido—. Tengo que decirte algo importante que no me deja estar en paz.

Apagué la tele y puse todos los sentidos en él.

—Santos, no me digas que... —Se me encendió una luz en la cabeza y creí saber lo que era.

—¿Qué?

—¿Te gusta Fabiola? ¿Por eso estás tan preocupado de caerle mal?

—No. No es eso. Pero tiene que ver con ella. —No sabía lo que era, pero empezaba a temerme lo peor—. Todo empezó cuando me dio pena por lo que estaba pasando con su ex y...

—Hizo un parón—. Será mejor que te lo diga de un tirón y no me ande con rodeos: Yo soy el del... el del...

—Santos, por favor no se te ocurra decirme que eres el chico del *bizum*.

—No. —Me desplomé en el sofá aliviada—. ¿Puedo decirte ya la verdad?

—¡¡Santos, no!! Dime por favor que no me has mentido.

—No te he mentido, pero en realidad te he mentido. Empecé con los mensajes solo para subirle el ánimo con palabras bonitas y que dejara de buscar la seguridad en beber. Es preciosa y porque el gilipollas de su ex le haya puesto los cuernos no significa que ella sea inferior a nadie.

—Ella no se sentía así, solo estaba...

—Claro que se sentía así. He hablado mucho con ella y se ha desahogado conmigo. —No me esperaba eso de Fabiola. ¿Por qué no me lo había contado?—. El problema es que quiere quedar conmigo y no quiero partirla el corazón.

—Yo te mato, Santos. —Le tiré un cojín pero lo esquivó.

—Te prometo que solo iban a ser un par de conversaciones, pero entonces me empecé a sentir a gusto con ella... ¿Por qué no le caigo bien? —preguntó disgustado.

—¿Lo dices en serio? Ahora sí que te va a odiar. —Santos se sentó a mi lado y puso sus manos en el codo dejando los codos hacia los lados—. ¿Por qué no me lo has contado antes?

—No sé. Me estoy agobiando y esto no es normal en mí. ¿Culpabilidad quizás?

—Pues claro que es culpabilidad. Tienes que decirle la verdad ya. —Dio un respingo.

—¿Estás loca? No pienso decírselo. No, no, no. Jamás.

—Pero, Santos, ¿qué piensas hacer si no? ¿Dejar de mensajearle con ella? ¿Darle largas a la hora de quedar? —Nunca lo había visto así y me dio pena—. Sé que lo hiciste por un bien, pero deberías haberlo parado antes. —Él afirmó.

Me levanté y me dirigí a mi dormitorio. Eran demasiadas emociones por hoy.

—Ginebra. —Me giré para escucharlo—. ¿Cómo de raro sería que me gustase Fabiola? —Después del primer impacto, puse los ojos en blanco y no tuve más remedio que volver a sentarme junto a él y darle un abracito—. No me digas que es muy pequeña, que me odia y que la he engañado, por favor.

Le hice caso y solo me quedé allí para apoyarlo hasta que terminamos dormidos los dos en el sofá.

El sonido del teléfono móvil me despertó. Ya era por la mañana y como pude, pasé por encima de Santos para levantarme. Estaba agarrotada pues el sofá no era tan grande como para dormir cómodos los dos, así que me estiré antes de leer un mensaje que me había enviado Ulises.

Está bien. Mándame ubicación, paso a recogerte y hablamos. Hasta luego.

¿Cómo que pasa a recogerme? ¿Por qué?

Miré el mensaje anterior que supuestamente yo había mandado y me di cuenta de que Santos había vuelto a cogerme el teléfono y se había pasado nuevamente por mí escribiéndole que necesitaba hablar con él de algo importante.

—No puede ser. —Respiré hondo tres veces seguidas para que la ansiedad bajase y luego fui a por un vaso de agua helada que volqué sobre él.

CAPÍTULO 30

ULISES

Me dirigí hacia la ubicación que me había enviado. Iba tan nervioso que me faltó muy poco para tener un accidente con un coche que tenía preferencia. Tenía que hacer lo posible por relajarme.

A lo lejos la divisé. Podía apreciar su inseguridad por la forma en la que miraba hacia los lados y jugueteaba con sus manos. Quizás estaba asustada por que la viera su novio montarse en el coche conmigo, sería algo lógico.

Fui cada vez más despacio hasta que frené delante de ella. Hasta ese momento no se había percatado de mi presencia. Su pecho se elevó al coger una gran bocanada de aire.

Se acercó al coche y abrió la puerta. Los nervios no nos dejaron ni siquiera sonreír, había demasiada tensión entre los dos.

—Hola —musitó.

—¿Qué tal?

Miraba hacia el frente, como si no fuera capaz de volverse y encararse a mí.

Esperé unos segundos por si necesitaba decirme algo antes de marcharnos, pero al ver que no estaba en sus planes, metí primera y aceleré. La miré de reojo: su rostro estaba tenso y su pose rígida.

—¿Adónde vamos? —preguntó sin mirarme a la cara.

—No lo sé. —No me perdía ni uno solo de sus movimientos inseguros—. ¿Por qué me has llamado para hablar de nuevo? —Esta vez se giró tímidamente hacia mí y su mirada me dejó sin respiración, como si no hubiesen pasado dos años y ella siguiera siendo una chica de dieciséis y yo uno de dieciocho. —Olvídalo. ¿Qué te gustaría hacer?

—¿Que qué me gustaría hacer? No sé. —Estaba muy confundida. —¿Y a ti?

Apoyé mi espalda por completo en el sillón y agarré el volante con las dos manos, quizás buscando seguridad.

—Irme lejos. —Me giré a mirarla y sus ojos estaban llenos de confusión—. Parar el tiempo, aunque solo sea por un día. No buscar explicación, ni culpables, ni porqués sobre lo que ocurrió, solo terminar la relación como deberíamos haberlo hecho en su día.

—Pero... —Cerró los ojos y se quedó callada—. Está bien. Vámonos. —Mi corazón se aceleró—. Que el final lo elijamos solo tú y yo. —Solo en ese momento logramos sonreír.

Lo que íbamos a hacer podía tener muchas consecuencias sobre todo para otras personas, pero me daba igual. Cuando vi su mensaje diciéndome que quería hablar conmigo no tuve dudas en aceptar y eso daba que pensar.

Conduje hasta salir de la ciudad. Quería buscar un lugar en el que no nos conociera nadie y que pudiésemos estar tranquilos y ser nosotros mismos sin miedo a ser descubiertos. Un paréntesis en nuestra vida actual.

Aparqué el coche en un parador que estaba a cuarenta minutos de la ciudad y que servían unos batidos helados que estaban buenísimos. Eran uno de los pocos lugares a donde íbamos mis padres y yo juntos cuando no estaban trabajando. Me encantaban esos momentos.

Nos bajamos del coche en silencio y caminamos hacia el interior. Nos sentamos en una mesa que estaba un poco apartada esperando que alguno de los dos diera el paso y abriera una conversación.

—Esto es muy extraño. —Ginebra no estaba cómoda—. ¿Quieres saber qué tenía que decirte? —preguntó.

—¿Es algo que no me va a gustar?

—Ahora pienso que quizás. Tiene que ver con Santos y María.

—No quiero hablar de ellos. —Por su semblante deduje que ella tampoco.

Ginebra estaba cada vez más seria e incómoda. Jugueteaba con sus manos y no me miraba a la cara. Armándome de valor dirigí mi mano segura hasta la suya que en ese momento estaba sobre su pierna y empecé a acariciársela. Ninguno decía nada, pero sus gestos fueron suavizándose.

—Me siento demasiado mal, Ulises. La culpabilidad por lo que hizo mi padre me persigue y no puedo dejar de pensar que esperas un juicio y que puedes terminar en la cárcel por algo que no hiciste. —Solté su mano.

Era algo que todavía me afectaba y que no había superado. No dormía bien desde entonces y me provocaba mucha ansiedad. Ella notó mi incomodidad y arrastró la silla hasta la mía.

—Lo siento. —Se acercó despacio hacia mí y me abrazó. Todo se veía menos grave y más bonito de esa forma.

La abracé yo también y empecé a acariciar su pelo. Su perfume suave inundaba mis fosas nasales y por un momento olvidé todos los problemas que tenía.

Su aliento calentaba mi cuello y me hacía cosquillitas que me hicieron sonreír. Al escucharme me miró y lo hizo ella también. No podía seguir engañándome.

El teléfono de Ginebra empezó a sonar y me dio un vuelco el corazón al ver que en la pantalla ponía papá.

—Será mejor que lo cojas. —Lo último que quería era tener problemas.

Ella miró hacia su móvil y dejó que terminara de sonar. Lo toqueteó y luego lo puso en la mesa apoyado en el jarrón del centro.

—No sé nada de ellos desde que le dije que me iba a independizar. Parece que el destino haya querido que lo hagan justo cuando estoy contigo. Voy a mandarle una foto para que sepa que estoy bien —dijo decidida antes de darle al botón y empezar la cuenta atrás del temporizador—. ¿Tienes miedo ahora?

—No —respondí segundos antes de que sus labios atraparan los míos.

El *flash* avisándonos de que la foto ya se había echado no frenó ese beso pues seguimos deleitándonos con las caricias de nuestros labios.

—Necesito mandársela a mi padre.

—¿Qué?

—Tengo dieciocho años y aunque los quiero porque son mis padres, he de reconocer que son muy tóxicos conmigo y no me hacen bien. Duele, pero es así. Debería estar viviendo con ellos porque aunque sea mayor de edad, me considero pequeña. Creo que con estos años no debería tener las responsabilidades que tengo, pero siento que puedo respirar ahora también. No los quiero en mi vida. Quiero demostrarle a mi padre que él no es Dios y no puede hacer ni deshacer la vida de los demás. Eso y que esta vez quería besarte yo a ti.

—Veo que has aprendido a respirar sin mí. —Me decepcionó ese comentario porque quería seguir siendo importante para ella aunque lo nuestro no tuviera futuro. Quizás era egoísta.

—Sí, aunque el oxígeno contigo es más puro.

La miré sorprendido por el comentario y por el beso, puesto que las últimas veces que habíamos coincidido se lo había robado literalmente yo. De ese modo, aunque sentía que era algo receptivo tampoco estaba seguro. Fue extraño porque pase de estar enfadado con ella y creer que la odiaba por todo lo ocurrido, a no tener fuerza de voluntad para frenarme y tocar sus labios sabiendo que su pareja estaba en la sala de cine. Fue algo impulsivo y estúpido, pero de lo que nunca me arrepentí. También se lo agradezco a María que fue la que prácticamente me obligó a salir detrás de ella cuando fue al cuarto de baño. Según ella, Ginebra me había mirado de una forma especial. Puede que yo también me hubiese dado cuenta, pero que preferí ignorar para no complicarle las cosas con su pareja.

—¿Qué tal están tus padres? —Me gustó que me lo preguntase porque era bonito recordar lo felices que eran cuando empecé a salir con ella y empecé a dejar un poco de lado a mis amigos.

—Estamos distanciados, pero no quiero hablar de eso ahora porque es un poco complicado. —Ella me agarró de la mano y me dio apoyo con la mirada.

Ginebra frunció las cejas y se sobresaltó. Había visto algo que la había preocupado y giré la cabeza para ver lo que era. Los padres de Hugo, un niño de la guardería, estaban allí y como era normal que nos viera juntos podía meterla en apuros.

—Ulises, tenemos que irnos. —Hizo el intento de levantarse, pero le dije que esperase un poco.

—¿Confías en mí? —Ella asintió con la cabeza—. Saldré yo delante y nos vemos en la puerta en cinco minutos. Quédate en el cuarto de baño mientras, si no quieres darle explicaciones.

Evité que me vieran y salí de aquel lugar.

CAPÍTULO 31

Aproveché que el camarero se dirigía hacia la puerta para resguardarme detrás de él, llegar a la entrada sin ser vista y reencontrarme con Ulises. Una vez juntos volvimos a meternos en el coche.

—¿Quieres que vayamos a casa de mis padres?

—¿No me dijiste que te habías enfadado con ellos?

—Sí, por eso me he independizado, pero sigo teniendo relación. Solo necesitaba distancia para aceptar cosas de las que ahora mismo no me apetece hablar.

Ulises volvió a conducir de nuevo a nuestra ciudad y cuando se fue adentrando en su barrio empezaron a agolparse millones de recuerdos. Me veía con él caminando por las calles, paseando con la moto dirección a su casa para estudiar o simplemente para estar tranquilos en su casa.

Aparcamos y caminamos hacia la puerta. Llamó, pero parecía que dentro no había nadie.

Ulises marcó un número que supuse era de uno de sus padres y empezó a hablar mientras se alejaba de mí. Intentó disimular la sonrisa, pero no pudo.

—Mi madre dice que están trabajando los dos, pero que entremos. También me ha dado recuerdos para ti y me ha dicho que va a intentar salir antes para coincidir contigo —Eso me llenó de ilusión.

En cuanto cruzamos el umbral de la puerta me agarró de la mano y me fue guiando hasta su dormitorio.

—No quiero que pienses mal, simplemente me siento mejor aquí. —Todo seguía igual que dos años atrás, pero mucho más ordenado. Se apreciaba que no había movimiento en ese cuarto.

Me senté en la cama y él en la silla frente a mí.

—¿Cómo te mantienes solo?

—María trabaja y yo, mientras, estudio las oposiciones de bombero y hago prácticas en un taller de mecánica. —Escuchar el nombre de ella me hizo sentir mal por estar a solas con él.

—¿Y tú? ¿Te vas cuando termine la ludoteca de verano?

—No. Voy a estudiar magisterio y me mantengo con el trabajo en la escuela y dinero que tiene ahorrado Santos del tiempo que trabajó en Londres.

—Nunca pensé que me independizaría tan joven.

—Yo tampoco, pero es lo mejor que he hecho. —Me dedicó una sonrisa que me derritió el alma y me hizo olvidar a todo el mundo.

—¿Sigues con tus bailes de puntillas y tu ropa rara? —La risa pudo con nosotros y nos hizo sentirnos más cómodos.

—No. Y se llama *ballet*. En Londres me pasé a la gimnasia rítmica. Allí me sentía mucho mejor porque había más compañerismo y aunque era un deporte exigente fui muy feliz.

—Y... y, no sé... —No se atrevía a preguntarme algo—. ¿Sigues vomitando?

—No. Al quitarme tanta mierda de encima y tanta presión poco a poco fui cogiendo

seguridad en mí misma y a quererme como soy. Santos también influyó. Fue de gran ayuda para mí. Me aconsejó ir a ver a un psicólogo que me hizo ver que mi cuerpo era perfecto fuese como fuese y porque me obligaba a merendar en una pastelería una vez por semana sin dejarme sola después hasta que no hacía la digestión. —Sonreí al recordar todo lo bueno que había hecho mi amigo por mí.

Cada vez que mentaba a Santos a él parecía incomodarle.

—Me alegro de que seas feliz. —Se levantó y se sentó junto a mí en la cama.

—Yo también me alegro de que tú lo seas.

—¿Entonces por qué quedamos, Ginebra? ¿Qué vamos a conseguir haciendo esto? ¿Por qué nos besamos? —Me estaban agobiando mis propios pensamientos, intentando buscar una explicación lógica que sabía de antemano cual era, pero que no podía reconocer porque no podía partir una familia ni dejar a Mateo sin una figura paterna.

—No lo sé. —Estaba llena de inseguridad.

—¿Estás segura? —susurró mientras acercaba su frente a la mía hasta que se tocaron. Cerré los ojos avergonzada por mentir—. Está bien —dijo con un tono apagado—. Perdona.

Empezó a separarse lentamente de mí. Al ver que su rostro se alejaba decidí, sin abrir los ojos, agarrarle del brazo para evitar que lo hiciera y apoyé mi cabeza en su hombro. Sentía su aliento acariciarme el cuello lentamente. Hasta ese aire se convirtió en una caricia con su boca. Comenzó a besarme castamente hasta llegar a la base del cuello que sujetó con la mano por detrás para atraerlo más a él. Los besos hacia arriba se fueron convirtiendo en roces más húmedos y melosos hasta que llegaron a mi oreja que mordió haciéndome reír. Yo intentaba mantener relajada la respiración a la vez que me recostaba con cuidado en la cama. Él no dejó de besar mi cuello hasta que apoyé por completo la cabeza en la almohada. De forma lenta, fue abriéndose paso hasta ponerse entre mis piernas, fue ahí cuando se dirigió hasta mi boca.

Su respiración agitaba todas las células de mi cuerpo, y entreabrí los labios cuando se acercaron los suyos directos a hacer pasar su lengua en busca de la mía. Se enredaban, se acariciaban y humedecían el contorno de mi boca mientras que una mano intentaba hacerse hueco por debajo de la camiseta hasta llegar a mis pechos, que seguían escondidos debajo del sujetador, pero que él consiguió liberarlos. Su respiración se mezclaba con la mía y, sin separarse prácticamente, consiguió quitarme la camiseta y quitársela él. Mientras hacía eso pude tirarlo a la cama y tumbarme sobre él. Empecé besando sus pectorales mientras me contoneaba sobre su pelvis haciéndonos gemir a los dos, fue entonces cuando algo se encendió en mi mente y la carita de Mateo decidió quedarse en mi cabeza. Aunque intenté evadir ese pensamiento, las sensaciones en mí cambiaron y Ulises se dio cuenta enseguida. De pronto empecé a sentirme la peor persona del mundo y un ser horroroso. ¿Cómo podía hacer eso si él tenía pareja? Estábamos haciéndolo muy mal y no estábamos pensando en las consecuencias de nuestros actos. ¿Qué nos pasaba? Para mí estaba claro que él sentía algo por mí, pero si fuera algo tan fuerte como empezaba a sentir yo, habría dejado a la otra. La pena empezó a embargarme y me ayudó a tumbarme en la cama junto a él, abrazándome, ahí me dejé llevar por los sentimientos que se apoderaban de mí. No me reconocía y estábamos cortando esa tensión que teníamos pendiente de la peor manera posible y de la misma forma en la que había empezado nuestra relación: con engaños.

CAPÍTULO 32

Ulises se portó demasiado bien conmigo reconfortándome hasta que se me pasó la angustia y me calmé, luego intentó consolarme con palabras.

—Lo siento, todo esto lo empecé yo en el pasado con la apuesta y en el presente con el primer beso que te di. No debí interferir en tu vida, sobre todo sabiendo que entre nosotros ahora no puede ser. —Me secó una lágrima que se había escapado con su camiseta—. He sido un egoísta.

—La culpa no es solo tuya. Yo te envié el mensaje para quedar contigo. Estamos haciéndolo mal los dos.

—Lo siento. ¿Quieres irte ya? —Me sentía tan bien abrazada a él que en realidad quería decirle que no.

—Quiero saber qué piensas de todo esto. —Aún seguíamos sin la parte superior puesta y sentir piel con piel podía dar lugar a que todo lo que habíamos apagado volviera a resurgir.

—Sigo teniendo sentimientos hacia ti —comentó seguro de sí mismo haciéndome temblar—. ¿Quieres decirme qué piensas tú? —Acarició mi cabello hacia atrás.

—¿Para qué? No cambiaría nada.

El ruido de una llave abriendo la puerta de la casa nos hizo levantarnos y vestarnos.

—¡¡Uli!! ¿Estás aquí? —La voz de curiosidad de la madre sonó de fondo.

—Sí, mamá. —Se escucho unos pasos hasta el cuarto y llamó a la puerta.

—¿Puedo entrar? —Ulises abrió y ella se abalanzó hacia él—. Mi niño pequeñito. —Le dio un achuchón delante de mí que hizo que se avergonzara. Al separarse se dio cuenta de mi presencia—. ¿Ginebra, eres tú? He salido un poco antes con la esperanza de poder verte.

Me dio un abrazo enorme mientras me miraba con cariño. Me estuvo preguntando por mi vida, mis estudios y mi trabajo. Me escuchaba fascinada.

—Mamá, lo siento, pero tenemos que irnos.

—Pero, cariño, no vas a quedarte un rato. Papá no viene aún.

—Lo siento, Davinia, tenemos que marcharnos. —Ayudé a Ulises a despedirnos porque lo vi algo incómodo.

La madre me dijo que me pasara algún día a hablar más tranquilamente con ella ya que Ulises le había contado todas las mentiras de mi padre.

Nos montamos en el coche con un sabor agridulce. Por un lado habíamos estado juntos, abrazados durante mucho rato, pero la sombra de la culpabilidad ensombreció todo. Nadie se merecía algo así.

Nos despedimos con un simple adiós. Me bajé antes de que alguno de los dos no pudiera frenar las ganas de besarnos y así poder evitarlo.

Corrí hacia mi casa, entré y me encontré a Santos recostado en el sofá y aparentemente pensativo. Al verme se incorporó un poco y abrió sus brazos para que me dirigiese hacia él y lo abrazara.

—¿Qué ocurre? ¿No ha ido bien? —Santos parecía decaído.

—Ha ido mal porque iba demasiado bien y no debe irnos así. Deberíamos ignorarnos y hablar sobre anécdotas del pasado y lo que terminamos haciendo es besarnos y... ¿Me entiendes?

—No estoy muy seguro, pero creo que sí. Que os habéis comido todo el morro y os habéis metido mano, pero alguno de los dos metió el freno, que si no...

—Santos, por favor.

—¿No ha sido eso? —preguntó.

—Bueno, sí. No pasó nada más porque me empecé a sentir culpable.

—¿Culpable? Pero si María me metió la lengua hasta la campanilla. No la vi muy arrepentida después. ¿Por qué no se lo has contado?

—Decidimos no hablar ni de María ni de ti. Además, me dio mucha pena de Mateo. ¿Y tú por qué tienes esa cara de culo?

Santos me estaba haciendo cosquillitas en un brazo y me había pasado el otro por la espalda mientras que yo apoyaba la cabeza en su pecho.

—He quedado con Fabiola. Mejor dicho. El chico del *bizum* ha quedado con Fabiola. —Me incorporé e intenté descifrar lo que pasaba por su cabeza—. ¿Qué piensas, Ginebra?

—Pienso que tarde o temprano debe saberlo y, si está ilusionada con él... Pero tú no le caes demasiado bien... —Al notar que ese comentario mío no le había gustado reculé—. Eso no quiere decir que no cambie su forma de pensar.

—¿Haciendo lo que he hecho?

—Santos, ¿en qué estabas pensando?

—En ayudarla. No contaba con que me terminase gustando una persona de dieciocho años. Una cosa es verlas guapas y otra... ya sabes... pensar en algo más serio con ellas.

—¿Algo más serio? Nunca pensé que iba a escuchar eso de ti —intenté bromear para animar el ambiente.

—¿Cómo crees que reaccionará?

Me encogí de hombros porque cualquier cosa que pudiera decirle sobre lo que pensaba no le iba a gustar. Lo que sí estaba segura era de que esto se tenía que aclarar lo antes posible.

Al día siguiente en el trabajo, intenté no coincidir con ninguno: ni Ulises, ni María.

Cada vez que miraba al niño, que parecía tan feliz, me entraban náuseas porque lo imaginaba traumatizado por el abandono de él y me sentía demasiado mal. Mateo era cariñoso y risueño y nadie debía cambiar eso.

Doris e Isabel se dieron cuenta de que algo me pasaba y se lo tuve que contar. Solo les dije que desde que había visto a Ulises los sentimientos habían vuelto y no podía dejar de pensar en él, que no podía olvidarlo. El consejo de ellas me sorprendió.

—Si entre ustedes queda algo deberíais de sentaros a hablarlo. Puede que solo sea una forma de cerrar un círculo o puede que los sentimientos sean más fuertes. Sea una u otra cosa no podréis luchar por cambiarlo y si los sentimientos de él hacia ti son más intensos que hacia su chica, creo que no habrá hijo que pueda retenerlo. —Doris era una mujer de personalidad fuerte que sabía lo que decía y no se andaba con rodeos.

—Lo mejor que puedes hacer es hablar con él y saber lo que piensa sobre vosotros. —Me di cuenta de que habíamos hecho todo lo contrario. Apartamos las conversaciones que eran más duras para besarnos sin tanto dolor ni frenos ante algo que nos hiciera pensar con más madurez. Isabel tenía razón.

—Gracias, chicas. Me habéis ayudado bastante. —Nos abrazamos muy fuerte y me fui a casa algo más alegre.

CAPÍTULO 33

Fabiola llegó a casa ilusionada por contarme que iba a conocer al chico del *bizum*. Eso fue justo después de pasar junto a Santos e ignorarlo. Nos miramos los dos disimuladamente.

—Qué guapa vas hoy, Fabiolita. —Todavía no había terminado la frase cuando ella se volvió y lo miró de arriba abajo con cara de asco.

No llegó a contestarle solo me empujó hacia mi dormitorio y supercontenta me contó todo.

Estaba en una tesitura un poco complicada porque no quería que ninguno de los dos sufriera. Todavía me parecía increíble que Santos sintiera algo por ella.

Escuché como el portón se abría solo cinco minutos después de la llegada de ella e imaginé que Santos prefería marcharse.

—Un momento, Fabiola, necesito mandar un mensaje a una compañera de trabajo —mentí.

Cogí el móvil y le mandé un mensaje a Santos preguntándole si estaba seguro de sentir algo por ella y su respuesta me emocionó.

Si no me gustase de verdad, ¿dolería tanto?

Me partió el corazón, y me sentí en la obligación de hacer algo para que Fabiola no lo matase cuando lo viera allí ni que él la dejase tirada sin aparecer, porque otra opción no había.

—Fabiola, tengo que hablar contigo de algo muy importante. —Ella me prestó atención enseguida—. Sé quién es el chico del *bizum* y sé por qué hizo todo eso.

Le conté que él solo quería subirle la moral y que se sintiera especial, pero que después se dio cuenta de que le gustaba hablar con ella y que se sentía a gusto mensajeándose. Cómo pasó de sentirse bien a gustarle no lo sabía ni él.

—Ginebra, cállate y dime de una vez quién es. —Estaba tan nerviosa que su pecho subía y bajaba demasiado rápido, eso sin contar con su cara de enfado—. Dímelo ya. —Por su forma de actuar deduje que quizás ella empezaba a tener una ligera idea de quién podía ser—. ¡Que me lo digas ya, Ginebra!

—Es... Santos.

Fabiola se levantó con la cara desencajada y se quedó quieta en medio de la habitación haciéndome un gesto de que la ignorase, para justo segundos después salir del dormitorio sin decir nada. Yo corrí tras ella, pero con su mano me hizo frenar. Estaba colérica y lo mejor era dejar que se relajase sola.

—Lo siento, Fabiola. —Salió dando un portazo tan fuerte que la casa retumbó.

Me quedé fatal porque aunque sabía que se iba a molestar, porque tenía un carácter fuerte, no me esperaba esa reacción tan brutal.

Me llegó un mensaje que reconocí por la melodía y corrí a leerlo.

No le digas nada a Santos.

Decidí contestarle pues sabía que aunque él lo había hecho fatal, nunca había sido su intención hacerle daño.

Piensa que lo hizo para ayudarte y hacerte sentir bien y no olvides que ahora tiene sentimientos verdaderos hacia ti.

No contestó nada más y yo me quedé fatal pensando en el dolor que podía sentir ella ahora mismo y en el que podía causarle a él.

De pronto me llegó otro mensaje. Esta vez era de Santos.

¿Puedes venir a la playa? Te mando ubicación y esperarme allí si no estoy. Te contaré todo más detenidamente después.

Estaba super alterada. ¿Y si Fabiola le había dicho algo y él estaba enfadado conmigo? Quería mucho a Santos y no quería que se molestase.

Me quedé unos segundos con el móvil en la mano pensando en si llamarlo o no; al final decidí dirigirme a la playa lo antes posible. Ese mensaje era demasiado plano para no estar enfadado o molesto.

Llegué al paseo e intenté divisar en la arena a Santos, pero no lo conseguí. Como él me había dicho, bajé por las escaleras, caminé por la arena y me senté mirando cómo empezaba a ponerse el sol.

No había escuchado acercarse a nadie y me sobresalté cuando alguien se sentó a mi lado. Miré y para mi sorpresa no era Santos, era Ulises.

—¿Qué haces aquí? —Su presencia me desestabilizó porque pensaba que habíamos dejado las cosas claras.

—Me he encontrado a Santos por la calle y hemos estado hablando. —No podía dejar de mirar lo guapo que era y terminé sonriendo.

—¿De qué habéis hablado? Hoy no ha sido un buen día para ninguno.

—Para mí sí. —Lo miré con curiosidad—. ¿Qué es Santos para ti?

—¿Para mí? Aunque me pareció curiosa la pregunta decidí responder sin más—. Es alguien muy especial y al que quiero muchísimo. En Londres me ayudó más de lo que él imagina y con su forma de ser, tan diferente a la mía, me ha enseñado, en ocasiones, a ver la vida de una forma más natural. Es el hermano que nunca tuve.

Ulises empezó a reírse y yo, sin saber por qué, le seguí también. No sabía qué era lo que había dicho para que le hiciera tan feliz.

—¿Se puede saber qué pasa? —Le golpeé el brazo para que dejara de hacerlo.

—¿Qué nos frena, Ginebra? —No entendí la pregunta y tras dejar de sonreír lo miré confusa—. Quiero decir que ¿por qué no podemos empezar algo tú y yo?

—Por María y por Mateo. ¿Por qué si no? —Me pareció absurdo ese comentario.

—¿Qué problema tienes con mi hermana y mi sobrino? —Abrí la boca inconscientemente y él me la cerró cariñosamente con la mano.

—Con... ¿Cómo que tu hermana? ¿María es tu hermana? —El afirmó con una sonrisa de oreja a oreja—. ¿Y Mateo es...?

—Mi sobrino. Por eso estoy molesto con mi padre porque no quiere reconocerla, aunque yo me hice la prueba de ADN y salió casi un cien por ciento de probabilidad. Dejó embarazada a una novia que tuvo antes de conocer a mi madre, pero nunca se enteró. Hace un año apareció María en mi casa para conocer a mi padre. Ella vivía sola con el niño y no tenía ayuda de nadie porque su madre vivía lejos, y sabes que... que siempre me quejaba de atención. Tener una moto, un móvil bueno, dinero etc estaba bien pero me hacía falta otra cosa. Aunque ahora que trabajo empiezo a entender en ese aspecto un poco a mis padres. La cuestión es que pensé que era un regalo y no me arrepiento de haber dado el paso y ayudarla con Mateo. ¿Vas a decir algo?

—Yo, yo... ¿Lo dices en serio? Bueno sé que lo dices en serio, pero me parece todo tan... tan irreal. Me alegro mucho por ti, Ulises. —Él sonrió y me agarró de la mano haciéndome estremecer.

—Siempre pensé que estabas con Santos, ¿sabes?

—¡¿Qué?! —grité sorprendida—. No. ¿Por qué has pensado eso? Nunca nos hemos visto como nada más que amigos.

—Ya, pero siempre estabais juntos, vivíais juntos... Era difícil no imaginárselo.

Se levantó y me ofreció la mano para que me levantara con él. Nos quedamos uno frente al otro mirándonos y sonriendo como dos tortolitos.

—Ginebra, te voy a repetir la pregunta. ¿Qué nos frena? Si María es mi hermana y tú no estás con Santos... ¿Por qué no estamos juntos?

Estaba tan emocionada por lo que significaba todo y por la forma en la que me miraba que no le contesté nada, solo me tiré a sus brazos y lo besé dejando salir a la chica impulsiva que conoció dos años atrás.

Este beso fue diferente a los demás porque no había culpabilidad, ni arrepentimiento, ni miedo a hacer daño a otra persona, solo había sinceridad y paz. Era la primera vez que no teníamos que escondernos de nadie porque en el pasado la sombra de mi padre siempre estuvo entre nosotros. Ahora aunque seguíamos siendo jóvenes no teníamos que rendirle cuentas a nadie y podíamos por fin intentar por lo menos tener una relación sin lastre.

Nos separamos no más de unos centímetros y nos miramos sonrientes. Agarró mi mano con dulzura y se la llevó al pecho para que pudiese sentir los latidos de su corazón.

—Creo que no he tenido las pulsaciones tan altas ni siquiera cuando tu padre y sus compañeros intentaban atraparme por algún lío —bromeó.

Atrapé su mano y la llevé a mi corazón para que viera que era algo recíproco y el mío estaba a punto de estallar. Sobraban las palabras. Parecía que el destino se había empeñado en ponernos las cosas difíciles aunque no imposibles.

Se acercó, cerró los ojos y apoyó su frente sobre la mía absorbiendo mi olor y acariciando con su mano mi cabello. Su nariz empezó a jugar con la mía haciéndome sonreír y, tan suave como una esponjita, acarició mis labios con los suyos antes de degustarme con mimo y lentitud. Nuestras lenguas se enredaron dando lugar a un sinfín de sentimientos que recorrían mi cuerpo y me hacían estremecer. Terminó agarrándose del trasero y elevándose para poder abrazarme justo antes de esconder su rostro en mi cuello.

—¿Qué piensas después de todo lo que hemos pasado hasta llegar a esto?

—Que esa mentira me salvó. —Lo miré confundida—. Me inculcaste a ser alguien en la vida y a que estudiara. Hubiera seguido metiéndome en problemas y quizás en vez de estar esperando una condena estaría ya dentro. Sé que es prácticamente imposible salir inocente del caso, pero ahora soy un joven normal, que salgo, entro, me enamoro... —rio—. Que estudio, que trabajo a la vez y que ayudo a mi hermana con mi sobrino. Tengo algunos frentes abiertos con mi

padre, pero sé que terminaré solucionándolo.

—¿Entonces me mentirías otra vez? —bromeé.

—No, pero si volviera atrás lo haría de nuevo solo porque sé que de otra forma nunca nos hubiéramos fijado el uno del otro. Tú ni siquiera me habrías mirado si me hubieras visto por la calle.

—Seguramente me hubiera cambiado de acera —dije para cortar la intensidad de la conversación—. Aunque tú nunca hubieras mirado a una chica con uniforme.

—Y mucho menos con las mallitas rosas con las que te conocí. —Reímos mientras recordábamos ese primer día.

—Todavía recuerdo tu cara mirándome de arriba abajo sorprendido. —Volvió a besarme de nuevo.

—Me gustas vestida de cualquier forma. —Mi corazón estaba a punto de estallar de la emoción.

Tras esa conversación nos quedamos un buen rato sentados allí, en la playa, recordando todo lo bueno y terminando de aclarar las cosas para empezar sin ninguna duda esta relación.



Tras dejar todo claro, me levanté y le dije que necesitaba hacer algo urgentemente.
—Ulises, tengo que ir a casa.

CAPÍTULO 34

SANTOS.

Llamaron a la puerta insistentemente y fui a ver quién era la loca o el loco que había detrás de ella. En cuanto lo hice, vi a Ginebra de la mano de Ulises y recordé lo que había hecho. Por lo visto había terminado bien y el salto que dio ella sobre mí llenándome de besos me lo confirmó.

—Gracias, Santos, sin ti creo que ninguno de los dos nos hubiéramos entendido nunca. — Volvió a darme un enorme abrazo del que me tuve que zafar porque me empezaba a agobiar. Eran los dos demasiado complicados.

—Madurar, por favor —dije con un tono serio, pero con el que solo quería picarlos.

Los dos entraron riéndose y Ulises me chocó la mano en forma de agradecimiento.

—Santos, estamos en mi dormitorio. —Me guiñó el ojo. Con eso entendí que era mucho mejor que no se me ocurriese entrar en él sin llamar.

Me fui a la cocina a rayarme un poco la cabeza pues desde que había concertado la cita con Fabiola para conocernos no habíamos vuelto a hablar y era algo raro en nosotros, pues últimamente lo hacíamos hasta un par de veces al día.

La incertidumbre de no saber si le había pasado algo o si se había arrepentido me hizo escribirle un mensaje para intentar averiguar qué le ocurría.

Hola. Hace varios días que no hablamos. ¿Está todo bien?

Quizás había sido demasiado frío en comparación con los mensajes que solía mandarle. Volví a intentarlo de nuevo.

Echo de menos hablar contigo. Estos días se me están haciendo demasiado largos porque no sé nada de ti. Me da miedo la sensación de echarte tanto de menos y sentir que necesito saber si estás bien.

Ahora quizás me había pasado, pero me había salido del corazón.

No podía dejar de pensar en Fabiola y la única forma que tenía de desconectar era cocinando un poco, así que, me puse el delantal y me dirigí a la cocina.

Desde que decidimos quedar, no solo no había vuelto a mensajearse conmigo, tampoco había venido a casa y me intrigaba bastante aunque no quería indagar. Quizás era mejor así.

Volvieron a llamar a la puerta de nuevo haciéndome dejar lo que estaba haciendo para ir a abrir. Si Ginebra y Ulises estaban en el dormitorio y no esperaban a nadie, no podía ser otra persona que ella por lo que me quité el delantal para que me viera bien, cosa que nunca me había importado. Me tensé y las pulsaciones de mi corazón estaban igual que las de una persona que acababa de hacer un maratón, pero tenía que seguir con mi papel natural y que no notase nada

raro en mí, así que caminé hacia allí , me alboroté el pelo, suspiré antes de abrir y giré el pomo con una amplia sonrisa.

Me apoyé en el quicio de la puerta con los brazos cruzados y aire chulesco a deleitar la belleza que tenía delante y que, aunque no se lo pensaba reconocer a nadie, me hacía temblar las piernas.

—Hombre, caramelito, ¿qué haces por aquí?

Ni siquiera me saludó, solo pasó por mi lado, chocando su hombro con mi brazo y sin esperar a que me quitase. Se fue directamente hacia la puerta de Ginebra.

Mi giré para ver caminar a esa diosa con ese pantalón tan estrecho que intensificaba su trasero respingón y que con solo mirarlo empezaba a ponerme malo. Me puse bien el paquete y volví a la cocina a seguir con lo mío porque cada vez veía más negro un futuro en el que estuviéramos los dos.

—Yo que tú no entraba —le avisé mientras la perdía de mi campo de visión.

Corrí hasta la vitro porque el aceite se estaba calentando demasiado. A pesar de hacerlo con cuidado, la comida empezó a salpicar con tan mala suerte que un goterón me cayó en el brazo.

—¡Joder! —Dolía mucho.

Los pasos de Fabiola llegaron hasta la cocina y me giré a mirarla esperando ver o escuchar una risa o una burla por lo que me había pasado. Me observaba desde la entrada de la puerta sin decir nada.

Me acerqué al congelador y saqué un cubito de hielo que en un principio me cayó en el pie descalzo y que tras enjuagarlo me puse sobre la quemadura.

—¿Qué haces? Anda, ven aquí. —Fabiola me agarró del brazo y me lo zarandeó sobre el fregadero para que tirase el cubito—. No puedes ponerte eso sobre una quemadura, es malo.

Se acercó mucho a mí, demasiado pegada diría yo y metió mi brazo bajo el chorro de agua natural que salía del grifo. El contacto con su mano al rozar la mía empezaba a ejercer un efecto no deseado, nada más y nada menos que una electricidad que recorrió mi cuerpo y que electrificó mi piel poniendo todos mis vellos de punta. Pensar en esa cercanía y ese perfume que llegaba a mi nariz cada vez que movía un solo milímetro de su cuerpo colapsaba mi coco y me anulaba. Me sentía un muñeco de trapo incapaz de ser yo mismo. ¿Por qué se comportaba así?



Para rematar la situación, la mano que tenía suelta la posó en la parte baja de mi espalda para que me acercase más al fregadero, es decir, la piel de su mano, con la curvatura de mi espalda. Mi entrepierna me empezó a recordar la atracción que sentía y cometí el grave error de mirarla de reojo: me vi empotrándola contra la pared y comiéndomela a besos mientras le hacía el amor. Lo peor fue cuando del cuarto de Ginebra se empezaron a escapar ruiditos extraños que provocaron que el ambiente fuera irrespirable y demasiado caluroso. Por la tensión que ejerció Fabiola en mi mano noté que también se había incomodado

—¡¡Callaros!! —gritamos los dos a la vez haciendo que ese momento fuera todavía más incómodo.

—Joder, Fabiola, suéltame la puta mano. —Fui algo brusco, pero me superó la situación y me agobió—. No puedes venir aquí con esas caricias y ese olor y esos pantalones y... —Me acomodé mi entrepierna porque sentía un enorme dolor en los jodidos huevos.

—¿De qué olor estás hablando, Santos? No tengo ningún perfume puesto. —Ahora parecía molesta por mi comentario.

Terminé apagando el fuego y marchándome a mi dormitorio antes de que mi cabeza me jugara una mala pasada y le dijese lo que sentía de verdad: Que estaba perdiendo la cabeza por no poder controlar mis sentimientos y que cuanto más sentía que era imposible, más me atraía.

CAPÍTULO 35

Aunque no estábamos haciendo lo que ellos pensaban nos quedamos en silencio. Nos levantamos para salir a explicar que solo había sido un malentendido, pero antes de llegar a la puerta escuchamos dos portazos y nos quedamos mirándonos extrañados.

—¿Qué habrá ocurrido? —pregunté.

Quería seguir acostada enseñándole fotos de mis dos años en Londres, pero era imposible porque no paraba de besarme, hacerme caricias que me hacían cosquillas y hacerme reír. Era lógico sentir esa euforia mutua después de todo lo ocurrido.

—Necesito hablar con Santos y preguntarle qué ha pasado.

—No crees que ya es un poco mayorcito. —Me cogió de la cintura y me sentó en el escritorio. Tenía una de sus manos posada sobre mi muslo mientras que la otra me peinaba el pelo hacia atrás. Me miraba como si fuese un espejismo o cómo si no fuese real.

—No seas malo. —Le di un beso en sus esponjosos labios y me bajé.

Lo agarré de la mano y lo arrastré hasta la habitación de Santos para llamar a la puerta. Tuve que insistir mucho hasta que se dignó a abrir. Tenía el delantal puesto y una quemadura en el brazo que me hizo preocuparme.

—¿Qué ha ocurrido? —Necesitaba saber qué había pasado.

—Nada. Solo es una quemadura —contestó con desgana.

Corrí hasta el botiquín y cogí una crema que rápidamente le unté en la herida.

—¿Qué haces metido en tu cuarto? —Conocía demasiado bien a Santos como para saber que no estaba bien—. ¿Me lo vas a contar?

—Nada. Le mando mensajes preguntándole cómo está y no me contesta. Como el chico del *bizum* me refiero. También ha estado aquí y puede ser que...

—¡¿Qué?! —insistí.

—Puede ser que le haya hablado mal.

—¡¡Santos!! —grité.

—Se acercó demasiado y... y ¿qué querías que hiciera? ¿Qué la sentara en la mesa y le comiera la boca? O mejor, qué le dijera que me vuelve loco.

Me puse en su piel y me rompió el alma. Me resultaba tan extraño verlo tener sentimientos por alguien... y sabiendo que no iban a ser correspondidos porque en el fondo yo seguía pensando que Fabiola no había olvidado a Juan.

—Lo he pensado bien y no voy a ir a la cita con ella.

—De eso nada. Irás y pasará lo que tenga que pasar.

—Me matará y no volverá a hablarme en la vida.

—Posiblemente, pero tampoco es que sea tu mejor amiga en estos momentos, Santos.

—Quizás no me estoy enterando bien, pero creo que te gusta. Si me dejas que te dé un consejo, te diré que si no me hubiera atrevido a besar a Ginebra quizás a ella no le hubiera

despertado dudas sobre tener alguna posibilidad. Arrepiéntete de lo que haces, no de lo que no intentas. —Ulises tenía razón.

—El problema es que me odia y encima le mentí. No tengo dudas sobre lo que va a pasar.

Le contamos por encima a Ulises lo ocurrido con ellos dos.

—¿Te recuerdo cómo nos conocimos nosotros y lo que llegué a hacer? —dijo refiriéndose al teatro del robo que fue infinitamente peor a lo que había hecho él con mi amiga—. Da la cara.

Lo dejamos solo y le comenté a Ulises que ella ya sabía que era él porque yo se lo había contado. No había podido hablar con ella sobre eso y en el fondo me daba miedo su reacción, que estuviese pensando una venganza hacia él.

Una vez solos Ulises se quedó pensativo. Entrelazó su mano con la mía, volvió la cara hacia mí muy serio.

—No volvamos a cometer los mismos errores del pasado. A partir de ahora si tenemos un problema, una duda, lo que sea, lo hablaremos. Si uno de los dos se cierra en banda, lo obligaremos, pero lo solucionaremos al momento. —Asentí.

Llamaron a la puerta y deduje que Fabiola había vuelto, pero me equivoqué. Los que aparecieron detrás de ese portón fueron mis padres que nos miraban con cara de sorpresa.

—¿Qué te ha pasado, Ginebra? Nosotros no te hemos educado para que te comportes de este modo, eligiendo a una persona de la calle en vez de a tu familia. Seguro que este te ha hablado mentiras sobre mí. —Mi padre estaba furioso y a la defensiva.

—Papá, siempre he sido una buena hija y os he hecho caso en todo, pero no voy a perdonar lo que nos hiciste. —En el fondo eran mis padres y los quería, pero sentía demasiado dolor por su forma de actuar—. ¿Creías que no me iba a enterar nunca? —Ulises intentó soltar mi mano. Actué más rápido que él y se la apreté—. ¿Y tú, mamá? ¿Crees que hizo bien? ¿Puedes dejar de ser una marioneta?

—¿Ginebra, por Dios! ¿Cómo puedes decirme eso? —Ella puso el grito en el cielo por un comentario que era tan real como la vida.

—Pídele perdón a tu madre ahora mismo —exigió mi padre.

—Cuando tú nos lo pidas a nosotros y aceptes que Ulises y yo... —lo miré al percatarme que no había abierto la boca—. Tenía miedo, podía verlo en sus ojos y no me extrañaba. Podía entrar en la cárcel por su culpa—. No quiero hablar, papá. No quiero darte explicaciones.

Mi padre alzó la mano y me agarró con fuerza por la muñeca, solo en ese instante reaccionó Ulises y tiró de mi brazo consiguiendo así que me soltase. Mi progenitor lo miró sorprendido y la tensión empezó a brotar por parte de los dos.

Santos salió de su habitación al escuchar nuestros gritos e intentó calmar el ambiente.

—Bueno, bueno, ¿qué pasa aquí? Un poquito de relax, por favor.

—¿Y este quién es? —preguntó mi padre más alterado aún.

—Es mi compañero de piso. Si hubieseis sido de otra forma quizás tendría más confianza para contaros mi vida, pero no. Con vosotros es imposible y ahora si no os importa tenemos que marcharnos. —Estaba muy alterada y llena de impotencia, pero sobre todo dolida. Eran unos padres tóxicos y tenía que aceptarlo.

Los dejé allí, en la puerta de mi casa mientras tiraba de un Ulises totalmente callado y cabizbajo.

Arrancó el coche y nos fuimos sin saber a dónde, pero convencidos de que esta vez no podría separarnos con mentiras. Le puse la mano sobre la pierna al ver lo tenso que estaba.

—Tranquilo.

CAPÍTULO 36

SANTOS

La noche del incidente con Fabiola en la cocina decidí mandarle nuevamente un mensaje para ver si contestaba o no.

¿Estás enfadada conmigo? Necesito saber que estás bien. Yo no estoy bien si no sé cómo te encuentras tú.

Cuando vi que empezaba a escribir me subió la adrenalina y me puse a andar por la habitación.

Lo siento, no he podido escribirte antes. No me encuentro muy bien. Cada día me cruzo con un subnormal nuevo y estoy agotada. Si te parece bien nos vemos mañana en El Cafetal. Tengo muchas ganas de conocerte, eres como un soplo de aire en mi vida ahora mismo. Necesito evadirme de los problemas y que me pasen solo cosas buenas. Te espero con muchas ganas.

Tenía la sensación de que mi corazón se caía a pedazos. Era imposible sentirse peor que yo en ese instante. Era un ser horrible que le iba a destrozarse el corazón aunque lo que realmente quería era robárselo.

Me llevé lo que quedaba de tarde y el día siguiente con unas náuseas y un pellizco en el estómago que no me dejaron comer nada.

Necesitaba los consejos de Ginebra, pero estaba trabajando y solo pude verla un segundo antes de salir de casa. En cuanto cruzó la puerta a su regreso, la avasallé para que me hiciese caso.

—No sé qué consejo darte porque sé que es imposible que salga nada bueno de ahí.

—Ginebra, joder. Tanto te cuesta mentirme un poco. Voy a echar la primera papilla.

Me agarró las manos que empezaban a sudarme e intentó tranquilizarme.

—Solo intenta no hacerle mucho daño y perfil bajo por favor. No le digas ningún comentario basto de los tuyos ni ninguna mirada a sus piernas, etc.

—¡Ginebra! ¿Crees que estoy pensando ahora en eso? Lo único que tengo en la cabeza es que sufra lo menos posible.

Mi amiga me abrazó para darme positividad y me empujó hasta la puerta.

Llegué media hora antes y me senté en una mesa para dos que estaba libre. Me puse de espaldas a la puerta para que ella decidiera al verme si quería irse o quedarse. Ese tiempo se me hizo eterno y la presencia de la camarera que no paraba de mirarme no ayudaba en nada. Lo último que quería que viera Fabiola después de ver que yo era el chico del *bizum* era que pensase que estaba tonteando con alguien.

Cada vez que una persona pasaba por mi lado podía notar cómo el corazón me salía por la garganta y el calor no ayudaba mucho a que me relajase.

Miré el reloj unas tres mil veces. Mi idea era esperar veinte minutos, es decir, un tiempo prudencial para saber que al verme se había marchado e irme. Eran menos diez y me entraron ganas de mandarle un último mensaje. Quemar mi último cartucho quizás. Con torpeza porque el móvil terminó en el suelo, lo saqué del bolsillo y lo escribí.

Ese ruido que estás escuchando es mi corazón latiendo. Estoy aterrado por no ser lo que esperas y ahora mismo me sudan las manos, y está a punto de darme una taquicardia. Solo quiero que sepas que estoy desenado no decepcionarte.

Tras hacerlo, bloqueé el móvil y volví a guardarlo de nuevo mientras esperaba esos últimos minutos de angustia. Puse las manos sobre la mesa y entrelacé los dedos a la vez que cogía una bocanada de oxígeno. No paraba de mover las piernas compulsivamente.

De pronto mi olfato reconoció ese olor que impregnó mis fosas nasales y una presencia apareció junto a mí. Se quedó quieta y al ver que no me atrevía a mirarla siguió andando y muy despacio se sentó enfrente. En ese momento me decidí a mirarla a la cara. Me impresionó ver lo seria que estaba, aunque tampoco la esperaba contenta por verme. Nos llevamos unos segundos así; ella mirándome fijamente y desafiante, y yo tal y como me había dicho Ginebra: Perfil bajo.

—¿No vas a decir nada? —Me sobresaltaron sus primeras palabras y me recompose en el asiento.

—Ehh... —Me había quedado literalmente sin palabras. La había visto tan fría que me daba miedo hablar y que dijese cualquier cosa allí delante de la gente. Prefería mil veces verla enfadada que dolida.

—¿Estás contento? —Negué confuso y agaché la mirada—. ¿Has venido a reírte de mí?

—No —dije rápidamente.

—Cierra el pico, Santos. Sé lo que querías conseguir. —Guardé las manos debajo de la mesa y la metí entre las piernas como un perrito desvalido—. Te querías reír de mí viendo cómo me dejaba plantada ese chico, ¿verdad?

Era una oportunidad para decirle que sí y seguir como si nada hubiera pasado y que me odiara como hasta ahora, pero algo me decía que fuese sincero, que ya había mentido bastante.

—Fabiola, tengo que decirte algo.

—¿Dónde está el Santos de siempre? ¿Qué te pasa? ¿No te vas a reír de mí? ¿No me vas a mirar el canalillo ni vas a decir una tontería de las tuyas?

Tenía los huevos de corbata y lo último que era capaz de hacer era mirarla a algún sitio que no fuera la cara. No sabía qué decir o cómo comportarme. Pocas veces me había visto así.

—Nadie sería tan tonto de dejarte tirada. —Mi comentario la dejó fuera de lugar. Nunca había hablado así delante de ella. Sacaba esa faceta en muy pocas ocasiones.

—Entiendo. ¿Y dónde está entonces? Si no me ha dejado tirada debería estar aquí. —Estaba tan fría y sería que me acojonaba decirle que era yo. Necesitaba que se diera cuenta sola o se lo

contaría quizás más adelante cuando se olvidase de él—. ¿Tanto me odias? ¿Lo has hecho para que me viera contigo y se marchase? ¡¿Santos, puedes decir algo?! —Empezaba a perder la paciencia.

¿Qué podía decir? Aparentemente se me podía notar que estaba tenso, pero por dentro había un terremoto con tsunami incluido que me cerraba la tráquea y que me estaba subiendo la tensión o la temperatura, no estaba seguro.

—¿Y si era alguien peligroso? —Valiente estupidez salió por mi boca cuando lo que debería de haberle dicho era la verdad.

—¿Me estás diciendo que lo has hecho para protegerme? —preguntó demasiado indignada como para seguir con esa mentira—. ¿Sabes qué? —Entrecerró los ojos y puso cara de maldad. Me preparé para lo peor porque en sus ojos podía ver furia—. Mira, paso. —Empujó la silla hacia atrás y se marchó dejándome allí bloqueado.

No sabía muy bien si lo que había pasado era bueno o malo.

CAPÍTULO 37

Ulises conducía algo nervioso después del enfrentamiento con mi padre y aunque yo intenté tranquilizarlo podía ver en su mirada cómo los fantasmas del pasado volvían.

—¿Quieres conocer a mi hermana, como mi hermana? —Por fin pude ver una sonrisa en su cara.

—Pues claro.

Callejamos hasta llegar a una barriada muy tranquila que había no muy lejos de la guardería en la que trabajaba.

Bajamos del coche y me agarró de la mano; nos dirigimos hacia una casa de planta baja con el número trece pegado a la puerta y le di un tirón del brazo para que viera lo mismo que yo.

—He madurado, créeme. A pasos agigantados por culpa de nuestros padres casualmente. Hace mucho que ya no siento que soy Trece.

Abrió la puerta y Mateo corrió hacia su tío. Era una estampa preciosa ver cómo lo quería.

—Mateo, ¿has visto quien está aquí? —le dijo con tono infantil—. ¿Es Ginebra? —El pequeño sonrió y me echó los brazos de inmediato.

—Decirme, por favor, que estáis juntos —esa voz salió de la cocina. Al ver que nos mirábamos sonriendo corrió hacia nosotros y nos abrazó—. No he visto a dos personas más cabezonas que vosotros. Lo primero que quiero es que me perdones por liarme con Santos. Necesito hablarlo y que empecemos una buena relación porque aún hoy no sé qué me pasó. En la vida me he visto en una tesitura así; yo pienso que el problema fue que desde que tengo al niño no pienso mucho en mí como mujer y ver que un chico se fijaba en mí me nubló la mente. Perdóname, por favor.

Ulises y yo empezamos a reírnos y terminamos contándole la verdad de todo. María tuvo que sentarse de la impresión.

—Bueno, chicos, tengo que dejaros porque me voy a trabajar. Ulises le acabo de dar de comer al niño. Intenta que no se duerma muy tarde y estudia, por favor.

María me dio dos besos, achuchó a Mateo que lloriqueó al verla marcharse y se fue.

Cogió al niño en brazos y me hizo una señal para que lo siguiese a su dormitorio. Tenía una cama de matrimonio y millones de papeles, subrayadores y bolígrafos sobre el escritorio.

—Tengo que decir que voy atrasado en los estudios desde el día que volví a verte. No he podido concentrarme desde entonces.

—Volveremos a estudiar juntos. Se nos daba bien, ¿recuerdas? —Ulises soltó a su sobrino en la cama y se acercó a mí para abrazarme.

Me encantaría disfrutar solo de ti hoy, pero... —Miró al niño que estaba a punto de saltar en la cama—. ¡Mateo! —Corrió a sujetarlo—. ¿Quieres dormir un poquito? —El niño se toqueteó los ojos y se recostó en la cama con su chupete.

Ulises se quitó los zapatos y me invitó a acostarme junto a ellos. Estábamos los dos tumbados, mirándonos, y con Mateo entre nosotros moviéndose de un lado para otro hasta que se

quedó dormidito. Yo estaba feliz simplemente mirándolo.

—Esta es mi vida ahora —susurró para no despertarlo pues aún estaba semiconsciente.

—Me gusta tu vida. Mucho más que la de antes. Me da igual si con tu trabajo y con los estudios no podemos vernos tanto, ya tendremos tiempo de hacerlo.

Sus ojos mostraron tranquilidad y su sonrisa al escucharme me ablandó el corazón.

—Mi hermana y mi sobrino me necesitan. Ellos han influido mucho en mi mejoría como persona y alejándome de lo que no quería para el niño.

—Me encanta en quien te has convertido, Ulises. —Intentamos acercar nuestros labios para besarnos pues era lo que necesitábamos después de esa conversación, pero nos fue imposible sin estrujar o despertar al pequeño. Nos entró la risa.

Nos quedamos hablando sobre lo que habíamos vivido esos dos años perdiendo la noción del tiempo.

—Son las once y media de la noche. Voy a acostar a mi sobrino en su cama. —Cogió con mucha dulzura y cuidado a Mateo que lloriqueó un poco al principio—. No te muevas de ahí —exigió guiñándome el ojo—. Sus pasos se fueron alejando poco a poco, pero volvieron deprisa. Se quitó la camiseta y me ayudó a volverme a tumbar en la cama puesto que me había sentado para ponerme los zapatos y marcharme—. ¿Dónde pensabas ir?

—Tienes que estudiar. Ya escuchaste a tu hermana.

Me acurrucó entre sus brazos y hundió su rostro en mi cabello.

—Shhh... Disfrutemos un ratito de estar abrazados. —El corazón me iba a explotar con lo que acababa de decir. ¿Cómo podían haber resurgido esos sentimientos tan fuertes después de habernos olvidado? Se separó un poco y acarició mi mejilla—. ¿Quédate a dormir? ¿Qué te frena ahora? ¿Santos? —bromeó.

Me quedé pensándolo un poco y tenía razón. Me apetecía más que nada en el mundo dormir acurrucada en sus brazos y que mi corazón siguiera latiendo de esa forma.

Nos levantamos a cenar algo con mucho cuidado de no hacer ruido para no despertar al pequeño. Ulises se acercaba a su habitación cada vez que escuchaba un ruido para asegurarse de que estaba bien.

Le mandé un mensaje a Santos para que no se preocupase al ver que no llegaba a dormir y me puse un camisón que me dio de su hermana. Él se acostó solo con la parte de abajo de un pijama corto. Estábamos tumbados de lado, uno frente al otro y quería saber todo de él.

—¿Cuándo vas a reconciliarte con tu padre?

—No lo sé. Echo de menos los pocos ratos que pasábamos hablando o mejor dicho riñéndome e intentando que cambiase mi forma de actuar y de meterme en problemas.

—¿No crees que para él tiene que ser muy duro y difícil de aceptar que de pronto aparezca una mujer diciendo que es padre y abuelo? Tiene que ser muy impactante.

—Lo sé y que me quiera ayudar económicamente me hace sentir que en el fondo se preocupa por los tres, pero... —Se giró y se acostó boca arriba con la mirada perdida—. ¿Y tú con los tuyos?

—Los míos no tienen solución o por lo menos él. No todos los padres son buenos y tengo que aceptarlo. No puede protegerme a mí hundiéndome a otra persona. No tengo miedo, solo a que Santos encuentre a alguien antes de que yo tenga un trabajo estable y mi carrera terminada.

—¿No volverías a vivir con ellos?

—No. Me encantarían que fueran diferentes, pero no lo son. Entiendo que tengan que estar pendientes de mí, pero todo tiene límites y he vivido asfixiada. Fueron ellos mismos los que me quitaron mi única vía para respirar. —Él sonrió porque sabía que hablaba de él y me arrastró

hacia su cálido cuerpo.

—Yo te daré todo el oxígeno que necesites.

Desde que me había independizado había madurado de golpe, pero en ese instante y en ese momento me sentía de nuevo una enamorada adolescente que miraba embobada a su príncipe como si fuera un cuento de hadas.

Ver cómo se acercaba a mí, cómo crujía la cama y cómo el colchón se iba hundiendo a medida que su cuerpo se arrastraba hacia el mío accionó todos los sentidos en mí. Agarré su cuello porque necesitaba besarlo ya, no esperar un segundo más en recordar que a partir de ahora íbamos a estar juntos sin tener la sensación de estar haciendo nada malo.

Cuando nuestras bocas se encontraron me recorrió un escalofrío difícil de explicar por todo el cuerpo. Solo pensaba en él, en mí, en nuestros sentimientos, en la forma en la que empezó a acariciar mi cadera subiendo ligeramente el camisón y dejando parte de mi trasero al descubierto.

Nos besamos lentamente bajo el sonido característico que hacían nuestras bocas al moverse con destreza y al escuchar como nuestra forma de respirar se aceleraba.

Con su mano izquierda fue tirando del tanga por la parte de la cadera hasta bajarlo por completo con mi ayuda y me subí sobre él. Seguimos besándonos mientras terminábamos de quitar la poca ropa que nos quedaba y solo dejamos de hacerlo mientras él cogía del cajón de su mesilla un preservativo.

Esta vez no debía tener miedo pues yo era mayor de edad y solo teníamos que disfrutar de nuestros sentimientos.

Con sus manos en mis caderas me fue guiando hasta él. Nos movíamos lentamente a la vez que mordisqueaba mi cuello y volvíamos a devorar nuestros labios con torpeza por el movimiento. Su rostro fue cambiando a medida que seguíamos con ese baile sensual de nuestros cuerpos, piel contra piel y llenábamos de respiraciones entrecortadas esa habitación que presenció ese bonito e intenso encuentro después de dos años. Terminamos exhaustos, con el corazón palpitando y con un ligero hilo de sudor en el borde de la frente.

—No nos separará nadie.

Esa noche mientras dormía me despertaron unas manos que me agarraban desde atrás y me envolvían, dejándome completamente cubierta por su cuerpo. Me volví a quedar dormida mientras escuchaba el sonido de su respiración junto a mi oído.

CAPÍTULO 38

SANTOS

Ginebra llegó eufórica esa tarde noche. No hacía más de una hora que había venido del encuentro con Fabiola y me pilló fumándome un cigarro, algo que solo hacía en momentos puntuales y cuando me sentía mal.

—¡Santos, era hoy! ¿Fuiste a verla? ¿Qué te dijo? —Toda la alegría que traía se esfumó—. Vamos, ¿cómo fue?

—Pues... creo que bien.

—¿Bien? ¿No se enfadó?

—Pensó que yo estaba allí para reírme de ella o para espantarlo y hacerle daño.

—¿Eso te ha dicho? —Ginebra me miró extrañada y se sentó para prestar más atención mientras recalculaba todo lo que le había contado—. Tengo que llamarla.

—No, espera. ¿Qué tal todo con Ulises? —Me miraba con tristeza—. Bien. —Estaba seguro de que deseaba contarme todo con pelos y señales, pero por no hacerme daño no lo hacía.

—Santos... Quiero verte bien. Quiero que bromees como siempre y que hagas cosas que me enfurezcan. No me gusta verte tan apagado solo por una chica. Fabiola es genial, pero ahí fuera hay millones de Fabiolas, o Lourdes, o Luisas, etcétera.

Se fue y aproveché para seguir pensando y volver a encenderme un cigarro de nuevo antes de que viniese a apagármelo.



Antes de que llegase lo apagué, sonreí intentando disimular y luego la cogí en peso para tirarla en el sofá. Allí empecé a hacerle cosquillas hasta que me dio una patada y me tiró hacia atrás. Tuvimos un momento de diversión de los nuestros.

La dejé descansar y me acosté un poco en la cama a revisar si habían contestado las empresas en las que había enviado el currículum cuando me llegó un mensaje.

¿No te gustó lo que viste o simplemente ni te molestaste en ir? Supongo que no era suficientemente guapa, pero soy buena persona y tengo sentimientos. Ya sé por qué mi exnovio me dejó por otra. No soy suficiente para él, ni para ti, ni para nadie.

Oh... mi corazón acababa de ser atravesado por un puñal. Me llevé la mano al pecho e intenté controlar la culpabilidad tan intensa que sentía dentro de mí. Tenía que decirle que era preciosa, maravillosa, simpática aunque no conmigo... Tenía que decirle que su ex era un subnormal por hacerle eso y que ella valía más que nadie, pero era consciente de que lo mejor era no volver a contestarle a los putos mensajes y que eso terminase de una vez.

¿Es porque me viste con un chico allí? Si es por eso tengo que decirte que ni siquiera me cae bien. No soporto su presencia ni su forma de ser, ni lo que dice, ni lo que habla y todo lo que tiene que ver con él me da arcadas.

Me senté en la cama después de leer eso. No tenía ni la más mínima idea de que un comentario suyo pudiera dolerme hasta ese punto. Le daba asco. No veía en mí nada bueno. No solo era imposible conseguirla, lo mejor sería apartarme completamente. Necesitaba hablar con Ginebra y entré en el cuarto de baño donde se estaba duchando.

—¡¡Santos!! Fuera de aquí —gritó detrás de la mampara.

—Necesito enseñarte algo. —Se sorprendió tanto con mi tono de voz que asomó su cabecita llena de espuma.

—¿Qué ocurre? —Me acerqué a ella y le mostré los mensajes—. Sera... ¿Pero cómo...? Escúchame. Olvídala.

—¿Por qué te comportas así? No te enfades con ella cuando la culpa es mía.

—Escucha lo que te voy a decir. Todo lo has hecho por ayudarla y por subirle el ánimo después de su ruptura. Hay que reconocer que lo hiciste fatal, pero eso no quita que tu intención fuese buena. Quiero que no te sientas mal y la olvides.

—¿Pero cómo voy a hacer eso después de ver lo que está sufriendo por mi culpa? Ahora cree que es fea y que...

—He dicho que la olvides, ¿vale? Yo la animaré, tranquilo.

Me sorprendió mucho que Ginebra siendo su amiga y sabiendo que la había engañado me defendiera.

—No le mandes más mensajes. ¿Me estás escuchando?

—Síiiii.

Hola. Nunca te hubiera dejado tirada. He soñado demasiado alto y al

verte, desperté. Me di cuenta al ver tu belleza, tu piel y tus labios, que hubiera besado sin pensar, que no te llego ni a la suela de los zaparos. Eres demasiado para mí. Te quiero pero nunca me aceptarías .

No me importó ni lo más mínimo escribir eso porque me salía del corazón. Me daba igual que minutos antes hubiera leído lo que pensaba de mí. Esa era la mejor forma de acabar con eso e intentar olvidarla.

Desde mi cuarto escuchaba a Ginebra muy alterada hablando y me acerqué a ver qué ocurría. En cuanto me vio se despidió de la persona que estaba al otro lado del teléfono y me prestó atención.

—¿Con quién hablabas?

—Con nadie, déjalo.

—Voy a llamar esta noche a Nerea para quedar con ella. Todo lo referido a Fabiola queda zanjado. Creo que solo ha sido un capricho porque no se sentía atraída por mí y aunque suene feo, no estoy acostumbrado. Este cuerpo es irresistible para las chicas. —Demostre de nuevo mi aire chulesco que había sido opacado por el de derrotismo de esos días—. Creo que Nerea me animará. —Le guiñé el ojo con una enorme sonrisa para no dejarla preocupada.

Ginebra, que había quedado con Ulises, se marchó, pero a los pocos minutos llamaron a la puerta e imaginé que se había vuelto por algo. Cuando abrí me di cuenta de que me había equivocado; Fabiola estaba allí, mirándome como siempre: seria y enfadada. Disimulé mi sorpresa tan deprisa como pude y seguí con mi comportamiento natural. Me mojé los labios antes de morderlos y apoyarme en la puerta como había hecho más de una vez.

—Hombre, Fabiolita, ¿qué haces...? —Me empujó y cerró. Me quedé apoyado en la pared mirándola incrédulo. Toda mi chulería se esfumó—. ¿Qué ocurre? Si buscas a Ginebra no está. —Seguía mirándome atentamente a los ojos.

Un calor interior empezó a emerger de mi pecho y empecé a sonrojarme, cosa que no recordaba que me hubiera sucedido nunca con una mujer.

—¿Sabes qué? —Apoyó su mano en mi pecho y me impulsó hacia atrás chocándome con la puerta.

Otra vez ese olor tan característico que tenía ella y que estaba conectado directamente con mi corazón, bueno, y con mi entrepierna. Al ver que se acercaba intenté dar un paso atrás aun sabiendo que era imposible. Ella acababa de anular toda la seguridad que solía tener simplemente con el contacto de su piel.

—Él quería besarme, ¿sabes? —el susurro de sus palabras me hizo contraerme.

—Sí —respondí sin pensar.

—¿Sí? ¿Lo sabes? —Cada vez apretaba más su mano en mi pecho e impulsivamente la agarré de la muñeca y acerqué mi cara a la suya intentando aparentar una seguridad que había desaparecido.

—No. Pero puedo imaginarlo.

El ambiente se volvió muy denso a mi parecer porque ninguno quitaba la mirada del otro hasta que bajé la cabeza hacia su boca a la vez que me mordía mi labio imaginándome que era el suyo. No sé qué pasó, pero cuando me quise dar cuenta tenía sus labios sobre los míos. Los primeros segundos, mientras empezaba a besarme con delicadeza no reaccioné aunque eso tardó poco. Tras el impacto y una vez que fui consciente realmente de lo que estaba pasando la agarré de la cintura y la acerqué a mí de un tirón, acto seguido invadí su boca con mi lengua sin tener consciencia de la realidad y sin querer pensar en por qué estaba pasando. Un millar de

sentimientos estúpidos y románticos empezaron a embargarme y me entraron ganas de decirle cosas que sabía que después me arrepentiría. Gracias a Dios tenía todavía un poco de cordura.

Fabiola se separó y se tocó los labios. Estaba acelerada pues eso no podía disimularlo, al igual que yo que todo el oxígeno que entraba en mí me parecía poco. Tardó unos segundos en recomponerse y volver a mirarme a los ojos.

—Este... este es el beso que... que no pude darle a él por tu culpa. —Intentaba parecer segura cuando me empujó para abrir la puerta y se fue.

Apoyé la espalda y la parte trasera de la cabeza en la puerta y me arrastré hasta el suelo. Flexioné las rodillas y hundí la cabeza entre las piernas. Había tocado el puto cielo unos segundos para caer en picado al mismísimo infierno. Que decepción saber que ese sabor tan delicioso estaba descatalogado para mí.

CAPÍTULO 39

Doris notó mi alegría esa mañana y dedujo que algo bueno me había sucedido. Le quedó más claro cuando fui yo la que me postulé para estar en la puerta y recoger a los peques.

Al abrir observé a Ulises detrás del barullo de personas esperando paciente su turno.

Fui recogiendo uno a uno y entregándoselos a Isabel hasta que llegó el turno de él y Mateo.

—Hola, Mateo. Qué guapo estás hoy. —Tenía un comentario para cada niño aunque evidentemente sentía algo más especial por él desde que pensé que era suyo.

Como no había más padres en la puerta cogí en brazos al niño y empecé a reírme porque no sabíamos ninguno de los dos cómo actuar.

—Que tengas un buen día en el trabajo.

—¿Nos vemos esta tarde? —Puso su mano en un lado de la puerta acercándose un poco más a mí.

—No. Tienes que estudiar. Nos vemos mejor esta noche.

Ulises no paraba de sonreír hasta que vio que me despedí; fue entonces cuando torpemente se inclinó hacia mí para darme un pico. Al separarnos vimos a un padre que nos observaba con cara de sorpresa y que al ver que lo miramos apurados, se empezó a reír.

—Os pillé. —Fue lo único que dijo antes de que Ulises se marchase y yo cogiera a su hijo de la mano y entrara dentro con los dos muerta de vergüenza.

Cuando terminé de trabajar llamé a Fabiola para que se acercase un rato a casa. Le había echado una pequeña bronca cuando Santos me enseñó los mensajes que le había mandado. Ella sabía que era él y fue muy ruin mandarle esos mensajes que le partieron el corazón.

—Hola. ¿Estas enfadada conmigo? —pregunté con un tono de voz débil.

—Nooo. Tenías razón, pero necesitaba vengarme.

—Pues ya lo has hecho, ¿no?

—Sííí. ¿Qué haces hoy?

—He quedado con Ulises esta noche. ¿Por qué no te vienes un rato?

—No sé. Quizás me pase.

A las nueve me asomé por la ventana porque escuché un ruido. Había oscurecido ya y el camión de basura recogía el interior de los contenedores. No hice nada más que entrar cuando sonó el timbre de la puerta y corrí a abrir. Salté sobre Ulises y le di el beso que debería haberle dado en la puerta de la guardería.

—¡Basta, basta! Pornografía aquí no, por favor. Hasta yo tengo mis principios —bromeó mi amigo en calzoncillos de nuevo.

—Santos, espero que no te importe que le haya contado lo tuyo con Fabiola a Ulises.

—No, qué va. Que todo el mundo se entere de que una tía me tiene literalmente cogido por los huevos.

El timbre empezó a sonar de nuevo y abrió Santos. De pronto se giró sin decir nada, me miró

incómodo y se fue. «¿Quién era?». Lo primero que pensé es que eran alguno de mis padres, pero al asomarme vi a mi amiga muy arreglada y con una mirada extraña. ¿Avergonzada?

—¿Dónde vas así vestida, Fabiola?

—He pensado que quizás podíamos salir. —Notaba algo raro en ella y me tenía preocupada. Ulises lo notó.

—Claro. A mí me apetece. ¡¡Santos!! Vamos a salir a celebrar que Ginebra y yo estamos juntos. Vente.

Él solía apuntarse a todo, pero no estaba segura de que viniese con lo reciente que estaba lo de Fabiola.

—¿Por qué no? Necesito una copa, o dos, o tres —contestó.

Los dos iban detrás sentados, cada uno a un lado y sin abrir la boca, cosa muy rara en ellos que normalmente se estaban peleando. Era algo muy incómodo.

En cuanto entramos en la discoteca Santos desapareció. Estaba segura de que estaba al acecho de alguna chica para intentar olvidar a Fabiola. Era lo mejor que le podía pasar.

Mi amiga y yo nos pusimos a bailar en la pista mientras Ulises fue a pedir la bebida a la barra. Llegó y las repartió. No dimos más de dos buches cuando vimos el vaso de ella vacío.

—¿Fabiola qué haces? Acabamos de llegar —le reñí.

Ella nos ignoró y siguió bailando como si nada mientras nosotros nos íbamos acercando al son de la música y terminábamos besándonos en medio de la pista. Al mirar hacia atrás mi amiga no estaba.

—Déjala. Ya es mayorcita —Ulises tenía razón, pero me preocupaba.

Le hice caso y seguimos bailando hasta que empezaron a dolerme los pies y decidimos sentarnos.

Miramos hacia la pista y empezamos a ver un revuelo. Me dio un palpito el corazón y nos dirigimos hacia allí. Santos estaba con una chica de la mano y con la otra le estaba quitando el vaso a Fabiola. Parecía muy enfadado, pero ella no se quedaba atrás.

—Venga tío, vete con la chica. Nosotros nos encargamos de ella, tranquilo. —Ulises sabía que Santos necesitaba desconectar y pensó que eso era lo mejor.

Fabiola estaba echa una furia con Santos por comportarse como un padre y el colmo fue ver entre la multitud a Juan. No podía pasar nada peor.

—Es mejor que nos vayamos de aquí. —Ulises se había percatado de la situación y se fue en busca del coche.

—Te acompaño. —Santos se despidió de la chica y lo siguió.

Yo intenté que Fabiola se tranquilizase. Se puso a llorar y me la llevé inmediatamente de allí. No estaba segura, pero supuse que había visto a Juan con su nueva chica y eso tenía que ser duro.

Nos fuimos a la puerta a esperar que nos recogieran, y empezaron a tardar demasiado. Decidimos caminar hasta el aparcamiento y fue allí donde lo vi. Mi padre tenía a Ulises con las manos apoyadas sobre el coche y lo estaba cacheando.

—¿Qué estás haciendo? —Corrí hacia él, pero mi padre me agarró del brazo haciéndome frenar.

—No te acerques a él o será peor —me amenazó.

No le hice caso y lo abracé como pude pues le había puesto los grilletes en las muñecas a la espalda.

—Tranquila, no va a pasar nada. —Eso era lo que decía, pero no lo que transmitía con la mirada. Había pánico en sus ojos.

—No, el que tiene que estar tranquilo eres tú porque no voy a dejar que vuelva a pasar nada de esto otra vez.

Mi padre abrió el maletero y alumbró con la linterna. Ninguno estábamos ahí para ver si lo había metido él o no.

—¿Ves? Sabía que había algo. Míralo tú misma. —Mi padre sonreía con maldad y no me lo pensé. Me puse a su lado y dirigí la mirada hacia la parte iluminada—. Estoy seguro de que esto no es legal.

Sin que mi padre se lo esperase toqué el paquete que estaba segura de que contenía droga y que lo había puesto él.

—Es mío, tiene mis huellas. Denúnciame. Ponme las esposas porque no sé cómo vas a demostrar que ese paquete es de Ulises.

Mi padre empezó a ponerse morado.

—No es tuyo. Diré que lo has tocado para salvarlo a él.

—Hay testigos. Me giré hacia Fabiola y Santos. ¿Qué habéis visto?

—Nada —dijo Fabiola mientras Santos negaba con la cabeza—. Yo creo que es de ella también.

—Voy a llamar a la policía ahora mismo para que vengan por mí y te sientas culpable toda la vida.

—¡Ginebra, ya! Déjalo. —Ulises estaba nervioso porque no sabía de lo que era capaz mi padre.

Hecho una furia se acercó a él y con muy malas ganas le quitó los grilletes.

—Culpaste una vez a Ulises con droga que no era suya y que te habías encargado de poner tú. Esta vez no te saldrás con la tuya, papá.

—Lo hice por ti, para que buscaras un futuro mejor sin él. Te enseñé sus antecedentes, ¿no lo recuerdas? Veo que no ha valido para nada.

—Conmigo era diferente. Hay gente que cambia. ¿Eres mejor persona haciendo lo que has hecho que él?

No esperé su respuesta y me acerqué a Ulises para plantarle un beso en los labios delante suya antes de montarnos en el coche. Tuvimos que parar a unas manzanas porque aunque delante de él me quise hacer la fuerte, después me entró un ataque de ansiedad.

—Siento todo lo que has pasado y lo que pasas por mi culpa. —No podía respirar.

Nos bajamos del coche mientras Santos y Fabiola se marchaban para dejarnos solos, fue la única forma en la que llegué a calmarme, viendo cómo me abrazaba y me miraba dándome fuerzas para superar todo esto demostrándome que nadie nos iba a separar esta vez.



Me acurrucó sobre su pecho y empezó a acariciarme la espalda para darme ánimos.

—Tranquila, ya pasó.

—¿Y si vuelve a ocurrir? ¿Por qué, Ulises?

—Pondré cámaras en el coche, iré siempre con alguien o aguantaremos y nos mudaremos sin decir dónde... No sé, aunque... recuerda que algún día tendré el juicio y voy a entrar en la cárcel. Voy a entrar seguro.

Me desgarraba pensar que todo eso era solo y exclusivamente por mí. Todas las personas que iban a sufrir y que estaban sufriendo por mi culpa. Intenté separarme un poco, pero no me dejó.

—De aquí no te mueves. Buscaremos la solución por lo menos hasta que entre. Llegado ese momento no te obligaré a esperarme.

—¿Estás loco? Ahí es cuando más te apoyaré. Tenemos que hacer algo.

—Ya lo he intentado todo. Mis padres me han pagado un abogado especialista en ese tema y me ha dejado las cosas muy claras. Si no tengo cómo demostrar que es mentira, iré dentro.

—¿Tienes que cuidar a tu sobrino esta noche? —Estaba melancólica y excesivamente triste.

—No. —Agarró mis mejillas y me hizo sonreír.

—Quédate a dormir conmigo, por favor.

Me besó con mucha dulzura hasta conseguir que olvidase todo lo ocurrido y solo pudiera pensar en él.

CAPÍTULO 40

SANTOS

Fabiola y yo caminamos sin rumbo exacto para dejar solos a Ulises y a Ginebra.

Yo iba con las manos en los bolsillos mientras ella cruzaba los brazos a la altura de su pecho.

La miraba de soslayo cada vez que podía, pero ella seguía con el ceño fruncido y el rostro sonrojado por el alcohol.

—No vuelvas a quitarme un vaso nunca más en la vida —gruñó.

—Te recuerdo la vez que tuve que llevarte a mi casa y acostarte. Lo que haces repercute en mí.

—Pues déjame. ¿Acaso te importa lo que me pase?

Tuve la necesidad de gritar que sí. Terminé por mordirme el labio y no decir algo de lo que pudiese arrepentirme.

—Volvamos. Ya han tenido tiempo de hablar. —Cambié de tema para no seguir peleándome con ella.

Llegamos justo cuando se estaban morreando y esperamos a unos metros de ellos. El momento se volvió demasiado incómodo porque por un segundo nos encontramos mirándonos. Aún no sé quién volvió la cara primero.

—¿Fabiola? ¿Estáis bien? He visto lo que ha ocurrido.

Me giré y vi a una pareja joven saludándola. También observé como ella se ponía nerviosa por segundos al verla jugar con sus anillos.

—Sí. Está todo solucionado.

—Hola —saludé amigablemente para meterme en la conversación y saber quién le hacía sentir más incómodo incluso que yo.

—Hola. Ella es Sandra, yo soy Juan ¿y tú eres...?

—Santos. Encantado. —Le ofrecí la mano y saludé a la chica con dos besos. Por el nombre ya sabía quién era: su ex.

Lo miré de arriba abajo, pero con simpatía. No era gran cosa. No sé qué había visto en él.

—¿Cómo estás, Fabiola? —le preguntó.

—Bien.

Todavía le dolía. Se la veía indefensa y débil, acostumbrado a verla con esa fuerza tan característica en ella que solía demostrar. Seguía rota por la decepción de la traición que ese tipo le hizo.

—Gordo, es tarde. —Su chica empezó a caminar para que le siguiese, pero él se quedó mirándola de una forma nostálgica.

—Estás muy guapa —dijo Juan cuando su acompañante no podía escucharlo.

Uy, uy... Peligro. Di un paso hacia ella y le agarré de la mano. De los dedos mejor dicho porque me daba miedo que me rechazase aunque lo que hizo fue entrelazarlos y agarrarme fuerte.

—Oh, lo siento. Pensaba al escuchar tu nombre que solo eras el compañero de Ginebra de Londres.

—Lo soy. Pero también soy su novio...

—Déjalo, Santos, no tengo por qué mentir. No es mi novio.

—Porque tú no quieres —solté por fin.

Se giró y me miró sorprendida.

—¿Cómo voy a querer algo contigo si me mentiste con los mensajes?! —Me cogió de improviso. No me lo vi venir.

Sabía que era yo, pero ¿desde cuándo? ¿Me besó sabiéndolo?

—Lo hice porque tu ex no se portó bien contigo y quería ayudarte a subirte el ánimo.

—Pero me mentiste y me sentí una estúpida.

—No te mentí, bueno sí, pero no en lo que decía. Todo lo que dije era verdad.

—¿Crees que alguien querría algo serio contigo sabiendo que estás con una y con otra?

—¿Por qué nadie lo entiende?! —Enfurecí—. Estaba con una y con otra porque no sentía nada por nadie, pero ahora es diferente.

—¿Por qué es diferente?! —gritó.

—Porque me muero por estar contigo.

No esperé a ver su reacción ante esa frase y la agarré por la cintura para arrastrarla hacia mí y quedarme mirándola a los ojos fijamente intentando que viese mis sentimientos reales.



Aunque estaba aterrado por su forma de actuar, me arriesgué y la besé sin saber aún si ella me correspondería o no, pero eso duró solo unos segundos, los necesarios para darme cuenta de que ella me besaba también y se dejaba querer.

—Madre mía. No me lo puedo creer. —Dejamos de besarnos y miramos hacia Ginebra que tenía la mano en la boca sorprendida.

Ulises se reía y la abrazaba por detrás para intentar llevársela y dejarnos más tiempo a solas.

—Espera, espera. ¿Qué está pasando? —Ella insistía. Eso quería decir que Fabiola en ningún momento le había hablado nada bueno de mí.

—Que es mi novia.

—¿Qué?! ¿Cómo que soy tu novia? Solo nos hemos dado un beso.

—De eso nada. Han sido dos.

—¿Dos? ¿Y ninguno me lo habéis contado? —preguntó Ginebra indignada.

—Deja que hablen. Parece que no lo tienen muy claro —bromeó Ulises.

—No le hagáis caso, no necesitamos hablar nada. Es mi novia. Quizás hoy no se dé cuenta, pero ya lo hará. —La cogí en peso y Ulises hizo lo mismo con Ginebra. Nos dirigimos al coche corriendo y nos fuimos a casa. Antes de todo llevamos a mi novia a la suya. No tenía ninguna prisa y era mejor que se hiciera a la idea y que tuviera tiempo de pensar en todo.

Me bajé del coche para acompañarla y ella empezó a reírse.

—¿Tendremos que hablar las cosas, no? —preguntó mientras ponía su mano entre nosotros para que no me acercase demasiado aunque a su vez me miraba de una forma diferente.

—Uy, eso significa que ya empiezas a darte cuenta de que quieres estar conmigo.

—No seas tonto, Santos. —Me dio un empujón y se dio la vuelta. Yo la agarré del pelo y ella se quejó, como si le hubiera dolido.

—Hablaremos lo que quieras. Tenemos todo el tiempo del mundo. —Eso lo dije más serio y conseguí que se sonrojase.

—Está bien. Mañana nos vemos.

—Espera. ¿Qué ha cambiado para que dejes de odiarme? Ya sé, no me lo digas. —Puse mi pulgar en sus labios—. Fue mi beso, ¿verdad? Es irresistible.

Me encantó verla sonreír con ese comentario pues estaba acostumbrado a que me mirase mal y a que me hablara con desgana.

—La verdad es que no lo sé. Quizás estoy confundida.

—No es la respuesta que quería escuchar. No, no estás confundida. Mañana nos vemos.

Riéndonos esperamos a que el otro diera el paso de irse o darnos un último beso. Al ver que ella no se atrevía le robé uno pequeñito y dulce para que se quedara con ganas de más.

—Adiós, bombón.

Me subí al coche y tras repasar todo lo sucedido en la noche, recordé:

—Oye. ¿Dónde está Juan?

CAPÍTULO 41

Santos venía en el coche eufórico por haber avanzado con Fabiola. Yo intenté advertirle que fuera poco a poco porque me tenía descolocada la reacción de ella y me daba miedo de que hubiese sido por haber visto a Juan. No quería que ninguno de los dos se hicieran daño.

Ulises y yo nos desvestimos y nos metimos en la cama en ropa interior. Hacía calor, pero quería estar abrazada a él.

—Sabes una cosa. He estado pensando y después de ver a tu padre creo que el mío no se merece mi trato. Siempre se ha portado bien conmigo y creo que si estoy a su lado conseguiré que termine por lo menos aceptando a mi hermana, y si no es así, tengo que ser justo y aceptar que conmigo ha sido buen padre a pesar de no haber podido pasar todo el tiempo que hubiese querido a mi lado por su trabajo.

—Creo que es lo más acertado.

—Desde que hablaste conmigo del tema no paro de darle vueltas a la cabeza y poco a poco ver que tenías razón y para él ha tenido que ser duro de aceptar y yo no se lo he puesto fácil.

—No te preocupes por eso ahora. Tienes tiempo de hablar con él y solucionar ese enfriamiento entre los dos. Yo te apoyaré en todo. No puedo decir lo mismo del mío. —Me daba tristeza pensar que esa relación con los míos era imposible y él se dio cuenta. Me abrazó y me dio un beso tierno en la frente mientras me acariciaba el cabello hacia atrás.

—Lo siento, no sé qué decirte.

Nos quedamos apoyándonos uno al otro hasta que empezamos a olvidar los problemas. El lugar en el que estábamos y el deseo que sentíamos el uno por el otro propiciaron caricias y besos que fueron dispersándose por todo el cuerpo. Cuando estábamos casi a punto de despojarnos de la poca ropa que llevábamos nos dimos cuenta de que ninguno de los dos tenía preservativo y decidimos parar. Agotados y con un calor interior brutal nos acostamos boca arriba en la cama intentando recobrar la compostura.

—Espera. —Ulises se puso los pantalones y se marchó de la habitación. Cuando entró traía uno en las manos y a lo lejos se escuchaba la voz de Santos.

—Me largo de aquí. Una hora os doy. Una cosa es intuirlo y otra saberlo a ciencia cierta. ¡¡Perversos!! —bromeó.

Después de eso ya solo quedaba disfrutar de la sensación de tenerlo dentro de mí mientras sus caricias me hacían sentir especial y única. La forma en la que me miraba mientras se movía y la manera en la que se preocupaba de que para mí fuera perfecto, solo me hacía confirmar que, durase lo que durase, necesitábamos vivir una relación sana y libre.

Cuando terminamos me abrazó desde atrás y me apretó con fuerza justo antes de suspirar.

—Para mí todo ha merecido la pena. —Me emocionó escucharlo decir eso pensando en los problemas que le había ocasionado aunque todo lo empezara él con su mentira—. Pensaba que te odiaba y que te había olvidado por completo, pero estaba clarísimo de que no. En cuanto te vi en

la guardería volviste a ocupar mi cabeza de la que ya no te pude borrar, pero sobre todo te incrustaste en mi corazón. —Volvió a suspirar de nuevo e intenté volverme, pero no me dejó. Supuse que era más fácil liberarse de las palabras sin la presión de que lo estuviera mirando—. Te quiero. He aguantado mucho en decir esto, pero después de lo que has hecho con tu padre por mí, me he dado cuenta de que no me importa equivocarme contigo—. Esta vez sí que me dejó volverme. Supongo que para ver mi reacción que no fue otra que responderle igual.

—Yo también te quiero. Nos ha tocado un comienzo difícil, pero lo importante es que tú y yo somos ahora un *nosotros* y no vamos a pensar en nada más.

Después de esas palabras tan bonitas nos besamos e intentamos descansar a pesar de que nuestros corazones palpitaban a mil por hora.

CAPÍTULO 42

SANTOS

Me desperté como siempre y preparé el desayuno para los tres. Había dormido como un tronco y me había llevado toda la noche soñando con Fabiola, o por lo menos esa era mi sensación. Aun podía sentir sus labios en los míos... Tenía que dejar de pensar en ella o tendría que darme una puta ducha fría.

Llamaron a la puerta y me alertó. Estaba como siempre en calzoncillos y al pensar que podía ser ella corrí a vestirme parcialmente con unos pantalones. Al abrir me la encontré, aunque no con el entusiasmo que me habría gustado.

—Buenos días.

—Hola. —No me dio la oportunidad de decir nada más y se fue a la habitación de Ginebra.

—¡¡Ah!! —se escucharon los gritos de Ginebra. O los había pillado en el acto o estaban en pelotas.

—Perdón, perdón. —Cerró la puerta veloz y se volvió hacia mí—. ¿Por qué no me has avisado? —Me encogí de hombros y se me escapó una sonrisa al ver sus mejillas completamente rojas—. Eres un estúpido. —Después de decirme eso tampoco pudo evitar empezar a reírse y venirse hacia mí.

—¿Cómo de malo ha sido? —pregunté en tono jocoso mientras me apoyaba en el aparador.

—En pelotas.

—Bueno, podría ser peor.

—No sabía que se había quedado a dormir.

—Solo dos personas podrían pasar la noche aquí —le dije en tono malévolo sabiendo que hablaba de ella.

—Fabiola, ya puedes entrar. —Ella se asomó a la puerta de Ginebra, se quedó pensativa y luego le dijo que no hacía falta.

Estaba claro. Había venido a hablarle algo sobre mí, pero en el último momento había cambiado de opinión.

—¿Te apetece desayuna? —Me senté en la mesa y me puse a comer. Ella me siguió y se echó un zumo.

No quise hablar nada para no cagarla y preferí esperar a que ella soltase lo que llevaba dentro, o por lo menos era lo que pensaba hacer hasta que mi ansia me ganó.

—¿Qué te ha hecho cambiar de opinión? —Se la veía tan tímida que apenas la reconocía y no sabía si eso era algo malo o bueno.

—¿De dónde sacabas las cosas que me escribías? O mejor dicho... que el chico del *bizum* me escribía.

—¿De verdad piensas que no son obra mía? —Hice un parón—. ¿De dónde crees que ha salido? —La miré fijamente y demasiado seguro mientras mordía la tostada.

—Sabe Dios. —Apartó la mirada de mí después de contestarme.

Agarré su silla por la pata y la arrastré hacia mí haciendo un ruido que me dio grima. Cuando estuvo a mi lado le agarré la mano y me la puse en el corazón.

—De aquí. —Yo mismo notaba cómo con su contacto me había acelerado. Ella se puso colorada e intentó apartarse de mí avergonzada y la dejé. No quería atosigarla y seguí con mi desayuno para no parecer demasiado romántico—. ¿Alguna pregunta más?

—Hola, chicos. —Los dos aparecieron de pronto.

—Bonito trasero, Ulises —bromeó Fabiola.

—¿Has visto el culo de él antes que el mío? Esto me parece muy fuerte. Venga, vamos a mi dormitorio. Me levanté e hice el amago de agarrarla para hacer la gracia, pero ella me siguió y me dejó a cuadros.

—Venga, vamos.

—Bueno, amigos, me voy. Mi novia me reclama. —La cogí en peso y me la llevé a mi habitación a pesar de que ella se revolvía para que la dejase.

—Todavía no soy tu novia.

—¿Todavía? Eso quiere decir que ahora en este momento no, pero después sí. Yo siempre leo entre líneas, nena. —Ella aunque intentó no hacerlo se tuvo que reír.

Me había dado cuenta de que quizás sí que empezaba a atraerle un poco o simplemente me estaba asociando al chico del *bizum*, que por él sí que sentía algo, y que evidentemente era yo. La cuestión era que algún sentimiento la frenaba y me iba a enterar del motivo en este momento.

Se apoyó en el escritorio y yo me puse frente a ella, pero a una distancia prudencial.

—Hagamos algo: Me dices tres cosas que te frenan para darme una oportunidad y si no puedo cambiarlas me quedo quieto y, si sí puedo, daré un paso hacia delante.

—Vale —dijo sin entender que no solo era eso.

—Si doy tres pasos te voy a besar y, si no, dejaré que tú decidas aunque después te voy a hacer preguntas yo a ti.

Ella aceptó y, mientras, apretaba los morritos como si estuviera dando un beso y se los toqueteaba con el dedo índice en forma pensativa.

—Lo primero que me frena es tu relación con las chi... —Antes de que terminara la palabra di un paso hacia delante. Con la mirada le hice saber que ni siquiera lo iba a explicar porque ya lo había hecho—. Está bien, sigamos. Lo segundo que me frena es tu forma de actuar tan descarada.

—Ya te he demostrado que tengo otra faceta con los mensajes, así que... —Di otro paso al frente—. Sabes que puedo saborear tus labios, ¿no? —La hice reír.

—Lo tercero que me frena es... que no sé si serás capaz de hacer que olvide a mi ex. —Puñalada en la espalda, en el corazón y patada en los huevos. No di un paso, ni me reí, ni intenté convencerla de lo contrario porque la desilusión me invadió. De pronto y decidida, fue ella la que dio el paso hacia delante y se quedó observándome a solo unos centímetros de distancia.

Al ver que no reaccionaba me agarró de las dos manos esperando a que lo hiciese.

—He dado el paso yo. ¿Sabes qué significa?

—Sí. ¿Y tú estás segura? —En cuanto afirmó con la cabeza me acerqué, la cogí del cuello y atrapé sus labios.

Empezamos a devorarnos con demasiada pasión para ser solo el tercer beso. En mi caso llevaba deseando que fuera mía demasiado tiempo aunque ella no lo sabía, pero lo averiguaría enseguida.

Los besos eran cada vez más delirantes. Con nuestros labios y nuestras lenguas enrollándose sin pausa y con el peligro de pasar la línea que nos llevaría a otro nivel más erótico si cabía.

La agarré por la parte en la que se metía la correa del pantalón y la elevé hasta el escritorio y me incliné hacia ella par asentirla más cerca aún. Ella enrolló sus piernas y siguió mi juego. No sabía si parar o seguir. Esto no me había pasado nunca y me estaba llegando incluso hasta desconcentrar.

—Espera, espera, espera. Uf... O paramos ya o no sé... tengo mis límites y hace un rato que los he sobrepasado. No quiero hacer algo que...

Los dos intentábamos mantenernos relajados y recuperar el aliento aunque eso para mí era más excitante aún.

—¿Qué te ha hecho cambiar de opinión? Me refiero al paso de odiarme a merecerme esto.

—Puede que... puede que verte con esa chica el otro día... —Su voz se hizo tan suave que sentí como una explosión en mi pecho y unas ganas irrefrenables de besarla y abrazarla, pero no a modo de empujarla con la pared, era algo más, algo más... Eran putos sentimientos. Me tenía agarrado por los huevos y era suyo.

—¿Celosita, novia? Eso me gusta.

—No soy tu novia.

—¿Por qué? —Me miró confusa y pude ver como tragaba saliva con dificultad—. ¿Por qué? ¿No te gusto lo suficiente?

Agarró mi camiseta y me acercó a ella poniendo sus labios a solo unos milímetros de los míos. Intentó besarme, pero me aparté.

—Contéstame. ¿Por qué? Solo quiero saberlo, no pasa nada. Necesitas tiempo, no te gusto lo suficiente... —Puso su dedo en mis labios haciéndome callar.

—Sí, soy tu novia, pero no sigas hablando. —Me aparté y empecé a saltar por la habitación y a silbar haciéndola reír—. ¿Ahora sí me vas a dejar que te bese?

—No. Porque lo voy a hacer yo.

Empecé a devorar esos labios que me seguían en mi locura cuando una de sus manos tocó mis pectorales por debajo de la camiseta y me dio escalofríos. Era una caricia tan tímida que decidí posar mi mano sobre la suya para ayudar a que me lo hiciese sin miedo porque aunque ella no lo sabía, este cuerpo era más suyo que mío a partir de ahora.

Me fui acercando más y más hasta estar completamente pegados cuando otra de su mano se dirigió a mi trasero. Las pocas neuronas que tenía en ese momento intentando pensar con lógica se fueron a mi entrepierna y me apoyé por completo sobre ella que terminó chocada contra la pared.

—Prométeme que seré especial. —Escuchar eso me hizo frenar en seco.

—Ey. ¿Esto es una trampa? —Me separé de ella e intenté recomponerme poniéndome bien el paquete—. Seguro que piensas que si hacemos algo más hoy no vas a ser especial para mí. Las chicas pensáis de esa forma.

—No es ninguna trampa. —Empezó a reírse—. Solo me refiero a que...

—No voy a hacer lo que hizo Juan, si ese es tu miedo. Ni siquiera me apetecía estar con chicas últimamente porque solo te tenía en la cabeza a ti. Y como no me queda claro lo de la trampa, aquí nos quedamos, señorita. Salgamos a desayunar. Bueno ve tú. Yo necesito una ducha fría. —bromeé haciéndola reír.

—No me voy a sentir menos especial porque tengamos sexo ahora.

—Nooo, cállate. Ya había tomado la decisión y... —Empezó a reír de nuevo—. No vas a pillarme. Tendrás que esperar a que esté preparado, señorita. No es por ti, es por mí.

Escuchar las carcajadas que le provocaba yo, cuando solo estaba acostumbrado a ver su rostro serio cada vez que se dirigía hacia mí, me hizo sentir demasiado bien para que lo que

sintiese por ella solo fuera un «me gusta». Había entrado despacio en mi vida, pero se había vuelto un huracán.

Esa mañana terminamos desayunando los cuatro mientras contábamos anécdotas donde el amor era el protagonista.

—Por cierto... ¿os he dicho que gravé cómo tu padre hacía un movimiento extraño en el coche de Ulises cuando abrió el maletero y que se escucha perfectamente cómo asume que fue él el que metió la vez anterior la droga? —dije como quien no quiere la cosa. Me miraron los tres a la par con los ojos como platos y completamente serios—. ¿Qué?

EPÍLOGO

Nos cogimos de la mano justo antes de entrar para ir con más fuerza. Era una de las cosas más duras que había hecho nunca, pero era lo justo. Detrás de nosotros Santos, Fabiola, los padres de Ulises y María con Mateo en brazos, que tras una larga charla consiguieron dar el paso y empezar una relación familiar, intentaban apoyarme. Su padre solo necesitaba un poco de tiempo para asimilarlo todo. Ahora todos eran mi familia.

Cuando entramos en la sala ya había llegado mi madre y fui en su búsqueda. Hacía unos meses que se había separado de mi padre y por fin había abierto los ojos y se había dado cuenta de la clase de persona que era. Prefería tenerme como hija a tenerlo como esposo y se presentó como acusación particular contra mi padre en el juicio. Habíamos presentado el vídeo como prueba donde él se auto inculpaba y lo aceptaron. Hay que reconocer que tu familia muchas veces no es la que lleva tu sangre.

Cuando miré a mi padre tuve un sentimiento agri dulce. No podía decir que lo odiaba, pero sí que necesitaba que pagase por su forma errónea de actuar. Ulises siempre me sostuvo la mano para darme fuerzas.

El juicio fue duro y largo, pero sentía en todo momento el apoyo de todos los que me querían. Aunque yo no fuera ni la víctima ni el verdugo, en realidad me sentía la protagonista de todo pues, si no hubiera sido por mí, nadie estaría aquí.

Todo terminó con un «Lo declaró culpable de los delitos de falso testimonio, posesión de droga y difamación». No llegué a escuchar qué tiempo estaría en la cárcel porque lo primero que hice fue mirar a Ulises que estaba lejos de mí. Por supuesto, a él lo declararon inocente de todos los cargos y quedó libre y limpio. Todo había terminado como debía terminar.

Ese día lo celebramos en mi casa, la que seguía compartiendo con Santos aunque a veces Ulises y Fabiola parecían que vivían allí. Mi madre se había ido a vivir cerca de mí y los padres de mi chico habían comprado una casa más grande para que María, su hijo y Ulises vivieran con ellos. El tiempo estaba volviendo a poner todo en su lugar.

Santos y Fabiola se volvieron inseparables. Consiguió que confiara en él comportándose como el novio perfecto. Solo tenía ojos para ella y la trataba como a una reina. Formaban una pareja preciosa, y yo y Ulises cada día nos queríamos más. Nos entendíamos a la perfección y nos ayudábamos en todo lo que podíamos, aunque a veces no teníamos mucho tiempo para vernos. Primero estaba su trabajo y sus oposiciones que eran primordiales para ser bombero. Luego mis estudios de magisterio y los entrenamientos de gimnasia rítmica a la que había vuelto gracias a él, que sabía que el Londres no había tenido la oportunidad de competir por ser extranjera y pensaba que merecía darme esa oportunidad. Al final había significado para mí más que un deporte; había sido mi primera elección personal sin que mis padres me controlasen. Entrenaba por las tardes y por las noches estudiábamos juntos para poder vernos. La mayoría de los días nos quedábamos dormidos en mi cama rodeados de papeles, pero valía la pena. Solo sería un tiempo.

Nos montamos los cuatro en el coche y nos dirigimos al pabellón donde nos esperaban las demás chicas del club. Yo competía a las doce, pero teníamos que estirar y calentar un buen rato antes.

Mientras mi entrenadora me decía lo que tenía que repasar miraba hacia arriba esperando poder ver a Ulises y a mis amigos, ellos me daban fuerza.

Llegó mi turno y salí a darlo todo. En cuanto sonó el pitido característico empecé a bailar al son de la música: subida de empeine, aguja, pasos rítmicos... sentía los nervios, pero también la adrenalina salir por todos los poros de mi piel. Solo quedaban unos segundos para terminar el montaje y no había tenido ningún fallo significativo.



Cuando llegó el final del baile sentí una sensación de libertad y de euforia que iba más allá del deporte. Era el primer paso hacia la nueva vida que yo había elegido vivir y esto era como una coronación a todo lo que había conseguido. Los aplausos de la gente y los gritos de mi chico y mis amigos llegaron a mí con una fuerza indescriptible. Mi entrenadora me felicitó y me explicó los fallitos que había tenido, pero a mí no me importaba nada, yo solo quería besar y abrazar a Ulises que me esperaba apoyado en la barandilla de las gradas con una cara de ilusión que me emocionó. Corrí hacia él y nos abrazamos. Podía ver la ilusión en sus ojos.

—¿Cómo haces esas cosas? Estoy orgulloso de ti, te quiero.

Los tres se quedaron impresionados pues nunca me habían visto entrenar y nunca habían ido a una competición de ese tipo.

—¿Qué calladito lo tenías? Uli, te hará posturas increíbles en la cama, ¿no? —Fabiola le dio un golpe en las costillas para hacerlo callar.

—Siempre pensando en lo mismo —bromeó ella.

—Vámonos ya —le dije a él.

—¿Cómo nos vamos a ir? Habrá que esperar a las medallas. ¿Y si ganas?

—Me dan igual los premios. Mi propósito en ningún momento fue ganar porque desde el

primer instante en el que elegí cambiar de deporte ya me sentí una ganadora. Para mí esto es solo una forma de corroborar que hice lo que debía. No puedo pedir nada más.

Me rodeó por la cintura, me elevó y me besó.

—Como quieras, Ginebra. Para nosotros eres la ganadora.

Salimos del pabellón y nos montamos en el coche para hacer el viaje de vuelta a nuestra casa, a nuestro presente, al que elegimos y por el que luchamos a pesar de los inconvenientes que nos puso la vida.



SI TE HA GUSTADO NO OLVIDES RESEÑAR EN AMAZON

Si quieres ver más imágenes, tomas falsas y videos, pásate por TIC TOC en
—**treceminumerofavorito**



FACEBOOK L.A.Bello

INSTAGRAM l.a.bello

DEDICATORIA Y AGRADECIMIENTOS

Primero quiero dedicárselo y agradecerse a Paola Vidal Alcedo, Mario Rodríguez Rodríguez, Manuel Coello Vidal y Alba Aragón Alba, por aceptar esta locura y prestarse con la misma ilusión que yo a este proyecto. Nos hemos reído, hemos disfrutado y nos ha ilusionado ver lo bonitas que quedaron todas, las que veis y las que no he podido incluir porque al fin y al cabo es una novela y lo importante es la lectura. Ha sido como jugar a las Barbies en la vida real.

Como siempre agradecerle a mi “socia”, Gloria Villero, que en este caso ha ejercido de fotógrafa y que espero que en un futuro, cuando se dedique a esto profesionalmente, recuerde que comenzó con esta novela.

También tengo que agradecerle a Marta Monroy, escritora y correctora profesional que me facilita tanto este proceso tan tedioso para un escritor, pero con el que tanto se aprende y se mejora.

Tampoco pueden faltar mis lectoras 0: Cristina Montero, amiga y una de las personas que está encima de mí para que escriba y María, una bookstagramer conocida como friki.de.los.libros que conocí cuando reseñó el primer libro que leyó de mí y que me ha ayudado mucho con sus consejos.

En último lugar y desde lo más profundo de mi corazón quiero dedicarle esta novela a mi amigo Jesús Rodríguez, padre de Mario, que ha sido la imagen de Ulises en mi novela. No ha podido ver el libro terminado porque nos dejó en noviembre tras una larga enfermedad que defendió hasta sus últimos días, pero que me sirvió de motivación para escribir y hacer algo diferente. Sé que le hacía mucha ilusión ver a su hijo en las primeras fotos que llegó a poder disfrutar y la imagen de la portada que hice para que se la imaginase y que finalmente decidí usar para la novela. Amigo, estás donde estás, espero sacarte una sonrisa cuando veas este libro publicado.

Termino esta novela con la misma frase con la que empecé, que fue tu lema durante tu duro proceso y que su puede llevar a cualquier ámbito de la vida:

PROHIBIDO RENDIRSE



Paola Vidal Alcedo



*Mario Rodríguez
Rodríguez*



Manuel Coello Vidal



*Alba Aragón
Montero*

SERIE AUTO CONCLUSIVA
AMOR ANDALUZ

- 1-No cruces la línea (Protagonista de Huelva)
- 2-¿Qué estás ocultando? (Protagonista de Málaga)
- 3-Entré SIN PERMISO (Protagonista de Cádiz)
- 4-¿Aceptas el trato? (Protagonista de Granada)
- 5-Mira dentro de ti (Protagonista de Córdoba)
- 6-Perdón (Protagonista de Sevilla)

LOS HERMANOS GUERRERO
BILOGÍA

- 1-Abre tu mente (Al amor)
- 2-Abre tu mente (A mi)



L.A.Bello es el seudónimo de la escritora Lorena Alcedo Bello, nacida en Chiclana de la frontera, lugar donde aún reside.

Amante de la lectura, en 2019 decidió embarcarse en el mundo de la escritura y en 2020 publicó su primera novela llamada “ No Cruces La Línea ”, primer aparte de la serie auto conclusiva “ Amor Andaluz ”.

En la actualidad lleva ocho novelas publicadas del género romántico y romántico-erótico divididas en series auto conclusivas o bilogías.